

***LOGOS Y SOFOS, DIÁLOGO***  
**SOBRE LA CIENCIA Y EL**  
**ARTE**

**Carlos Blanco**



*Logos.*- Querido amigo, cuánto me alegro de verte.

*Sofos.*- La alegría es mutua. Cómo no recordar nuestro último paseo a la luz de la luna, o las magníficas veladas de antaño, cuando la noche parecía no tener fin y las ideas se multiplicaban sin límite. Aún tengo presente ese hermoso encadenamiento de temas que tanto nos hacía disfrutar, esa efervescencia de argumentos e intuiciones que parecía proyectarnos a un diálogo eterno y a un deleite irrestricto en la morada de los dioses. En verdad, el tiempo es el peor enemigo del hombre. Ojalá se dilataran infinitamente los instantes cuando estamos juntos y nos entregamos al libre fluir de las ideas, en comunión con la belleza, bastión del alma.

*Logos.*- Bien sabes que contigo siempre he encontrado la inspiración necesaria para entablar las mejores conversaciones, inmersos en ese feliz entrelazamiento de cuestiones que nos permite apreciar la belleza infinita del saber en todo su esplendor.

*Sofos.*- Es un sentimiento recíproco. Te aseguro que pocos placeres de la vida son comparables a la dulzura de una conversación amena con un buen amigo. Con él no temes decir lo que piensas, o rectificar, o confesar tus flaquezas y exponer tus dudas. Eres entonces partícipe de una libertad verdadera, que te insta a no ocultar tus opiniones, sino a expresarlas con prudencia y magnanimidad. Qué importante es rodearse de las personas adecuadas para crecer en entendimiento y en sabiduría, pues no hay mayor tortura que la de vernos obligados a esconder nuestro pensamiento, a fingir actitudes que no compartimos, a sacrificar la belleza de la honestidad en el oscuro altar del miedo. La libertad de pensar, de sentir y de comunicar lo que uno piensa y siente es el don más hermoso de cuantos pueden bendecir a un ser humano. Pero uno no es libre si tiene miedo. En cuanto nos emboscan y atrapan las telarañas del temor, reprimimos la pujanza y el fervor de nuestra individualidad. Nos convertimos así en caricaturas de lo que podemos ser.

*Logos.*- Cuánta razón tienes. Con el miedo no se llega a ninguna parte, pero para vencer todo atisbo de temor es preciso comprender correctamente sus causas, y también entender que a veces es necesario como herramienta de protección ante la incertidumbre.

*Sofos.*- El miedo ahoga la voz del alma, y el ansia de complacer a todos es el camino más directo hacia el fracaso. Qué triste es vivir atemorizados por lo que pensamos, sentimos y decimos; qué triste es percibir cómo nos despojamos paulatinamente de nuestra dignidad. Yo no quiero que me admiren, sino que me comprendan.

*Logos.*- La sociedad es generosa si la complaces, pero implacable si la defraudas. Sólo unos pocos saben convivir con su propia soledad y con su propia reflexión, despojados del miedo a contradecir las opiniones heredadas y a pensar por sí mismos, más allá de la aprobación ajena.

*Sofos.*- Dichosos aquéllos que no temen la soledad, y que aun en ella encuentra motivos para amar al hombre. Porque únicamente quienes se atreven a explorar solos los senderos rechazados por la mayoría pueden ayudarnos a descubrir nuestro verdadero destino, la isla de luz en el inmenso y oscuro océano de lo que ignoramos.

*Logos.*- Y nosotros, en cuántas luchas silenciosas contra el sinsentido de esta sociedad no nos habremos visto involucrados...

*Sofos.*- He librado más batallas contra mí mismo que contra los demás. Cada idea nueva me ha planteado siempre un nuevo conflicto, cruel y sigiloso. En esta guerra interior he luchado por afirmarme frente a las ideas y las modas, aunque a veces parecieran evidentes e incuestionables. He luchado por rebelarme. He luchado por ser yo, y querría saber cuántas almas habitan en mi pecho. Me angustia pensar que con frecuencia encuentre placer en semejante deflagración cognitiva. Sólo la amistad verdadera me salva de este suplicio.

*Logos.*- Quien osa recorrer solo el más arduo y sinuoso de los caminos, que es la vía hacia la verdad, entiende lo que significa pedir ayuda, y valora en su justa medida las enseñanzas de los otros.

*Sofos.*- Qué gloria y qué honor tener amigos auténticos, recipientes puros en los que todo el caudal de nuestros pensamientos y de nuestra sensibilidad puede derramarse sin temor o desconfianza. Se puede amar a muchos, pero se puede confiar en pocos.

*Logos.*- Sí, y qué pocas personas experimentan el exigente don de la amistad. Vivo rodeado de gente, pero falto de amigos. En un amigo debería contemplar irisaciones de mi propia alma, una afinidad casi angélica entre sus gustos e intereses y los míos, entre su forma de percibir la realidad y la mía, entre sus aspiraciones y las mías.

*Sofos.*- Me he acostumbrado a reservar mi ansia de conversación a quienes poseen una mente abierta. Con ellos puedo aprender, puedo avanzar, en lugar de caer atrapado en

disputas estériles y en enfrentamientos vanos que nos impiden progresar. He optado por no callar; por renegar de mucho, pero por rebelarme también contra mucho. Cada vez soy más consciente del valor único del tiempo, recordatorio de nuestra finitud, que nos obliga a aplicar filtros rápidos frente a ideas y personas. A veces, o se actúa pronto o el monstruo crece. Y como no me importa equivocarme, pues sé rectificar, no veo ningún problema en adoptar esta actitud preventiva. Permite, en cualquier caso, que te confiese una cosa: contigo, el tiempo ralentiza prodigiosamente su ritmo, y lo que antes era un minuto parece convertirse en una hora. Es el milagro del diálogo honesto. ¡Ojalá vivir fuera conversar!

*Logos.*- ¡Sin duda! Al fin y al cabo, siempre es posible aprender algo de todo el mundo, incluso de tus enemigos. No hay nadie que no pueda ofrecerte al menos una pequeña lección sobre la vida, y para un buscador de la verdad qué difícil es tener buenos enemigos, enemigos que nos hagan crecer intelectualmente. A veces pienso que el mundo se divide en dos tipos de personas: las que están dispuestas a aprender y las que no. Qué importante es mostrarse receptivo a los mensajes de la naturaleza y de la vida. Reconocer nuestra propia ignorancia es el inicio de la más hermosa de las aventuras. Y conversar es quizás la manera más gozosa de aprender.

*Sofos.*- Conversar contigo sobre determinados temas puede conducirme al éxtasis. Llego incluso a sentir temor hacia mí mismo cuando me embarco en estos diálogos de vocación infinita, porque sé que desvelaré facetas desconocidas de mi propio ser, irradiaciones de mis sueños silenciados y de mis aspiraciones emergentes. No puedo concebir una felicidad más profunda y expansiva que la de intercambiar ideas e impresiones con un amigo como tú, pues no hay mayor gozo que el de saberse comprendido.

*Logos.*- Me abruma tus elogios, que no merezco. Yo también he venido muchas veces a este bosque, a la espera de una revelación filosófica que nunca ha acabado de llegar. Con frecuencia me he sentado junto a este riachuelo bordeado de árboles, cuya armonía rumorosa no cesa de evocar en mí cosas que ni siquiera podría expresar con palabras. Suspendido en este remanso de quietud sobrenatural, capto el destello remoto de un sentido pleno. Burbujas intangibles me elevan a un espacio límpido, poblado de deseos honestos y de aspiraciones nobles. Entonces me embriaga una visión que, como en el paraíso de Dante, “*mi distilla nel cuor lo dulce che nacque da essa*”. Un arroyo de aguas cristalinas riega aquí mi ser con el sueño de un amor jamás marchito, de un amor que no puede morir, de un amor que nos eleva al cielo de lo imperecedero y puro. Una paz de espíritu y una serenidad de corazón me envuelven y deslumbran cuando recorro estos senderos. Qué gracilidad, qué encanto y qué delicadeza se perciben ubicuamente en este parnaso de colores gentiles y pulsiones abstractas; qué efusión de suavidad, bálsamo capaz de diluir el dolor de almas crispadas. Es la voz divina de la belleza. Sus labios susurran en estos parajes enmudecidos, como si se esmeraran en musitar verdades perennes que renuevan el ser con su luz, eternamente clara.

*Sofos.*- Cuando contemplamos la belleza del mundo, murmullo celestial de un don sobrehumano, parece que podemos echarnos sin miedo a los serenos y hermosos brazos

de una intuición audaz. La mirada, hija de la mente y del corazón, se desnuda ante una realidad misteriosa, huidiza como un hada entre la bruma del bosque. En ese instante glorioso irrumpe una fuerza creadora, tejida con los hilos de un sentimiento honesto; un soplo de fervor intelectual que vivifica lo que yacía inerte. Asistimos a la conquista espiritual de un mundo antes vedado a la visión del hombre. Solos ante el silencio, libres de intromisiones y artificios, resplandece entonces la grandeza insondable de un alma que al fin y al cabo pertenece a la entraña misma del cosmos, a su brío creador. Se desvanecen cálidamente todas las oposiciones, y la totalidad de nuestro ser se reencuentra consigo misma en las profundidades de un existir que nos precede. Es la llamada de lo auténtico, y ¿quién resistiría su hechizo primordial? ¿Quién renunciaría a abrirse a su magia, fragante y enigmática?

*Logos.*- Me rindo ante la magia de un espacio puro e inviolable, saciado de belleza; de una belleza que parece saludarnos afectuosamente. Este milagro de la naturaleza y del espíritu sólo puede invitar a la experiencia más profunda de la vida, a una vida que se transforma en muerte si no se hace también reflexión.

*Sofos.*- Yo vivo para absorber sin temor la expectación infinita de quien no cesa de abrirse a la revelación de nuevos horizontes. Para contemplar el sueño de una aurora que no sucumbe, sino que siempre inspira. El ideal de una mañana siempre nueva y renovadora. El esplendor de un alba que no deje de transfigurar el espíritu humano, el corazón de quien sólo puede justificar su existencia en el ejercicio de la búsqueda. Aspiro a caminar sin miedo, poseído por un profundo e inagotable anhelo de descubrir, consagrado enteramente a la posibilidad de una sorpresa ilimitada que nos reconcilie con el milagro de la vida, con el misterio de este mundo, con el embrujo incomprensible de que seamos algo en vez de nada. Sólo quien consigue bañar su rostro y su alma con la esperanza de un nuevo descubrimiento puede salvarnos del sinsentido, porque se dispone a amar la epifanía de lo aún no dado. ¡Qué bello y necesario es amar la luz del día, la apertura de un mundo que se desvela ante nosotros y que puede ofrecernos lo imposible! Y ese amor debe infundirnos audacia para imaginar, hambre insaciable de creación. Pues ¿qué es la noche, sino el descanso de un día que ha de reservarse nuevas sorpresas? ¿Quién soportaría tanta luz durante tanto tiempo? ¿No brinda la noche la oportunidad de reponerse tras una exposición demasiado intensa a la maravilla de la luz, cuya fuerza es irresistible? ¿No nos enseña la noche a amar el día y el futuro con un impulso reverdecido?

*Logos.*- Sucumbe entonces conmigo al mismo sueño de la belleza, cuyos destellos inesperados han de purificar nuestra imaginación, atribulada y ansiosa.

*Sofos.*- La belleza es uno de los mayores consuelos en este mundo de oscuridad e incomprensión, que nos aboca a un destino ignoto. La belleza engrandece el alma. La llena de sensibilidad e intuición, y sana parte de nuestro sufrimiento. Recibir y engendrar belleza: qué profunda tarea para el ser humano.

*Logos.*- ¿Cómo no sentirse inspirado por la claridad de la belleza? Aquí todo invita a reflexionar en torno a la relación entre el hombre y la naturaleza, y entre el hombre y la inmensidad de su propio espíritu. Aquí todo es inconmensurable. Todo es descubrimiento. Todo es puro. Iluminados por la luz gozosa de la primavera, por el alma de la renovación y de la juventud, es aquí donde la mente se ve anegada por las grandes preguntas de la vida. ¡Y yo quiero vivir contigo este milagro!

*Sofos.*- Cuánta razón tienes. Aquí todo es fuente de deleite y estímulo para la comprensión, agraciados con una atmósfera de serenidad y recogimiento que para mí refleja la unidad arquetípica de todo con todo, la multiplicidad del universo fundida en el crisol de una hermosura libre y creadora.

*Logos.*- Creo que se trata de un sentimiento universal, común a las grandes tradiciones culturales. Tal y como escribió Wang Wei, uno de los mayores poetas y pintores de la dinastía Tang, “*repentinamente advertí que la tranquilidad es realmente felicidad, y sentí que mi vida tiene abundante ocio*”. Propiciado por una naturaleza serena y diáfana, este sosiego tan profundo nos permite respirar el perfecto aroma de una paz pura. Y ¿quién no cabalgaría sin cesar sobre el corcel de un deseo divino, que no se subsumiera dolorosamente en una espiral de anhelos insatisfechos, pues revelaría ya un sentido y una plenitud, premio a toda búsqueda honesta? ¿No es la belleza el anticipo de ese cielo, la recompensa inmerecida para una razón que vagabundea incansablemente en busca de la verdad, en busca del infinito?

*Sofos.*- Instantes como éste me recuerdan quién soy, pues por un minuto de placer celestial sacrificaría una eternidad de bendiciones. Ahora entiendo cuál es la esencia de la felicidad. La felicidad es una síntesis de sabiduría, belleza y amor, pero para lograrla se necesita una síntesis paralela de libertad, solidaridad y creatividad. De semejante convergencia nace el camino hacia la auténtica plenitud.

*Logos.*- ¡La plenitud! ¿No se estremece el intelecto al intuir la magnitud de esta idea ancestral y enigmática, colmada de sabiduría? ¿Quién puede siquiera atisbar el significado de la plenitud? Ya no sé si es un don o una condena ser hombre y poder pensar estas cosas...

*Sofos.*- Yo no temo las grandes ideas, las grandes intuiciones, los grandes sueños. No temo despertar desde otro mundo y volver a ver la misma luz del sol, el mismo dolor, la misma incompreensión que horada lentamente universos y espíritus, pues sé que en algún lugar encontraré belleza y amor, tesoros que justifiquen mi existencia. Este vislumbre me oreará con su afable brisa, céfiro divino que no merezco. Me elevará con su dulce fulgor a un cielo de inspiraciones, desde el que contemplaré sin miedo, con la altivez de un águila, el abismo infinito de lo posible, el verdadero horizonte del ser. Y aquí todo parece dulcificado por una hermosura límpida y reluciente, por una claridad que evoca el nombre del absoluto. Todo es gozo. Todo es sensibilidad. Todo insufla un placer bello y equilibrado, que deleita mi alma con la pureza de sus melodías celestiales. Todo

convoca al universo entero a unirse a una expresión de júbilo inagotable. Los ecos de esta épica no presagiada amansan mi angustia, como una flauta que sólo exhalara notas angelicales. Sumergido en este océano de abundancia espiritual, me atrevo a decir, como Virgilio, “*Manibus o date lilia plenis*”. Porque siempre cabría más belleza en el receptáculo de un corazón sensible, mano llena capaz de acoger aún más lirios. No quiero que el tiempo pase, ni volver a la rutinaria realidad o al asedio de las expectativas sociales. A solas con mi propia inmensidad, son infinitas las impresiones que ahora llueven sobre el alma, tormenta desatada por una nostalgia implacable hacia lo que no puede ser. Esta sensación me inocula una tristeza infinita, que sólo un amor infinito podría sanar. Pues ¿qué más hay? ¿Qué nos queda? ¿Hemos contemplado ya la totalidad del ser? ¿Qué puede aún brindarnos el universo? ¿No hemos explorado ya todos los deseos? ¿No hemos elevado la mirada a lo más alto y resplandeciente? ¿No hemos prometido incluso la salvación a la humanidad de su condena eterna? ¿No hemos soñado con penetrar en el núcleo de las estrellas y con descifrar el secreto de su brillantez? ¿No hemos sentido que todos los cometas flotaban en nuestras manos como polvo sagrado, y que todos los misterios del universo se deshacían como azucarillos? ¿Qué otra cosa nos queda por pensar, soñar y hacer? ¿Cambiar el color del cielo? ¿Transformar todos los astros en lunas de sangre? ¿Inundar de luz estas oscuras inmensidades que nos contienen? ¿De dónde este impulso infinito a superarnos? Fraguado en el magma de lo irracional, obedece sin embargo a una razón profunda. Es el propio universo, razón eterna de sí mismo, instancia inapelable en el supremo tribunal del ser, el que nos incita a ello. Él mismo nos entrega el bastón que, además de desbrozar el cosmos conocido, sondea lo que hay más allá de los límites de este espacio. Es él quien nos da la lámpara que no cesa de desprender luz en medio de tantas tinieblas.

*Logos.*- No sientas nostalgia. No dejes que se adueñe de ti la tristeza por este ocaso que parece clausurar la mente y la voluntad.

*Sofos.*- Ojalá fuera fácil controlar mis sentimientos, abocados tantas veces al vacío...

*Logos.*- ¿No es mejor alegrarse por todo lo que puede ser en este día, en este mundo, en esta historia, en esta verdad, en este infinito condensado en el hoy? Pensar, soñar y amar es lo que nos hace humanos, y queda siempre un infinito entre lo que soñamos y lo que podemos soñar.

*Sofos.*- Yo sólo puedo seguir buscando, para preguntarme en qué consistiría esa sabiduría superior, profunda y bella, por cuya luz suspiro. Pues ¿qué verdades más hondas sobre el ser y la vida podríamos aún descubrir? Sospecho que existe esa sabiduría. La intuyo, ¡pero se me antoja tan lejana!

*Logos.*- No te atormentes con esa percepción de impotencia, porque ¿quién conoce los límites de la mente humana? ¿Y quién ha explorado el verdadero alcance del amor?

Quizás encarnemos el perpetuo límite, la sombra de lo infranqueable, el horizonte que se sobrepone sin cesar a lo ya conquistado.

*Sofos.*- Por favor, sentémonos junto a la orilla y eternicemos los instantes. Será el esplendor de una intuición dulce y pura, flor celestial que sólo echa raíces en almas sensibles; corazón y mente fundidos en el vaso de un espíritu creador, mientras la naturaleza declama el verso oculto de su arte primordial. Y ninguna razón es tan poderosa como una intuición bien fundada.

*Logos.*- Lo que yo ahora intuyo desborda todas las razones. He contemplado muchas ideas, pero sólo he sido feliz cuando he sentido que esas ideas me contemplaban a mí directamente en el anfiteatro de mi espíritu. Porque una sola mirada pulveriza todas las palabras con el cetro insobornable del silencio.

*Sofos.*- Acércate, amigo. Abrázame. Derrama sobre mí toda tu ternura. Hazme sentir el amor más profundo y místico al que puede aspirar un ser humano en la claridad de su alma. Ayúdame a abrirme al milagro que quizás acontezca, pues una vida sin pasión no merece ser vivida.

*Logos.*- Disfrutemos de esta efusión de lo eterno, dulzura de dulzuras saciada de armonía, que no sabemos adónde nos conducirá la corriente de lo incontrolable. Alumbremos aquí una sabiduría inspirada en la hermosura y en el amor, una sabiduría que brote como hija de nuestras lágrimas. ¿Acaso no percibes cómo extiende ahora la belleza sus alas inmortales para envolver el mundo y el pensamiento con el suave manto de su aurora, siempre nueva?

*Sofos.*- Las aguas son transparentes. Se respira un aire puro. Hipnotizado por la perfección de sus formas, un gozo cristalino se apodera de mí en este lugar, donde despiertan mis voces adormecidas. Son los ecos de la salvación.

*Logos.*- En verdad, todo es demasiado bello. Rebaso con creces el alcance de mi fascinación poética, la extensión de mi sensibilidad. Dichoso todo aquello que me supere, eleve y proyecte a mundos nuevos.

*Sofos.*- Amigo mío, ya no me hacen falta más deseos. Todo me es apacible, espiritual y lírico, efluvio que apaga la sed de una mente ansiosa de novedad. Todo desasosiego se difumina como una silueta liviana perdida en la lejanía y exiliada de la memoria. Todo se cumple, y todo rebosa de una blancura inmaculada. Me siento partícipe de una realidad más profunda y bella que mi propio yo. Es el corazón invisible que palpita en el interior de la naturaleza, susurro de un don angélico, oculto tras las distorsionadoras cacofonías terrenales. Todo alcanza la plenitud auténtica, divina, iridiscencia de un cielo

eterno. Hoy merezco el tesoro de la vida. ¿No oyes cantar a esos pájaros escondidos? ¿No escuchas la voz del río y de las montañas, custodiados por la grandeza del cielo? Aquí mi alma se siente como una hoja que cae y, mecida por un suave viento otoñal, logra exhibir formas delicadas y armoniosas, desasida de su egoísmo e integrada en una totalidad incondicionada. Es la cadencia del espíritu, vibrante y luminosa, música sagrada compuesta con notas puras. Son las maravillas que la reflexión serena y contemplativa suscita en la mente y en la sensibilidad.

*Logos.-* Ante este tríptico de belleza natural y sencilla, riachuelo de paz y dulzura que bendice rostros heridos, uno se siente arropado por lo inefable, por lo puro, como si el mundo tratara de comunicarle algo, de balbucir destellos insondables que apuntan directamente al verdadero centro del espíritu. Qué contraste con el silencio glacial de un universo inerte que tanto nos atormenta a los hombres, huérfanos del sentido que respira en la palabra, desahuciados en esta callada vastedad de espacios y tiempos donde los conceptos yacen petrificados en estructuras materiales impasibles, tejidas de átomos y de lógica.

*Sofos.-* Recuerdo ahora unos versos enigmáticos de los *Upanisad*: “¿Quién pone nuestra mente a divagar? ¿Quién empuja la vida a emprender su viaje? ¿Quién nos mueve a pronunciar esas palabras? ¿Qué Espíritu se oculta tras el ojo y el oído?”

*Logos.-* Para cualquier mente sensible es sumamente tentador postular la existencia de un espíritu que mueve tanto el cuerpo humano como el cuerpo cósmico. En esta antropomorfización del universo, le atribuimos características personales como la inteligencia y la voluntad. Lo imaginamos como una gran conciencia que suspira por revelarnos mistagógicamente sus secretos más profundos. Es un soplo de lirismo, el latido de almas puras, la fusión de razón y sentimiento. Y yo vivo atrapado entre dos mundos, el del arte y el de la ciencia.

*Sofos.-* Admitirás que en un lugar como éste es inevitable claudicar ante semejante clase de pensamientos. Tenemos ante nosotros la majestad del universo, la gloria creadora de la naturaleza, la lógica insertada en el tiempo y en el espacio, como si la vastedad del mundo se hubiera concentrado en el silencio del espíritu. Hay tantos quilates de belleza diseminados por este planeta apasionante y misterioso; hay tantas dianas a las que podemos lanzar la flecha esquivada de nuestro ímpetu creador... La belleza nos abre a una nueva humanidad. La belleza descubre el sentido. El arte redime el corazón humano de su amarga soledad.

*Logos.-* Por supuesto. Además, estos días se me han antojado particularmente agradables, con cielos imbuidos de una claridad perenne y embelesadora. Pasear bajo un azul tan puro y luminoso ha sido el prelude de las mejores reflexiones.

*Sofos.*- Y qué necesitados estamos del bálsamo de la reflexión... Hoy padecemos una especie de *horror vacui* al tiempo libre y a la meditación pausada. Como querubines desorientados, vamos dando saltos de un lado a otro sin reflexionar acerca del fin que puede dar sentido a los medios. En este barroquismo existencial que nos ha tocado vivir, se teme la inacción, la aparente improductividad, el descanso. Pero para crear hay que divagar. Es preciso dar rienda suelta al pensamiento y dejar que las ideas vuelen grácilmente.

*Logos.*- De hecho, comprender el funcionamiento del cerebro nos ha permitido valorar la importancia de los momentos de inacción, aburrimiento y ocio, que en realidad son esenciales para la sedimentación de memorias y la decantación de patrones de pensamiento. Esos momentos inactivos son profundamente activos, pero llenos de una actividad tan silenciosa y discreta como necesaria y fructífera. Una sobrecarga de tareas nos satura; entramos en una espiral de rendimientos decrecientes y se apaga, adormecida, la hermosa luz de la creatividad. Debemos aflojar la tensión de una mente enfrentada a la infinitud de lo posible.

*Sofos.*- Compara este paraje idílico, cuya belleza es tan armoniosa y exquisita como la de un jardín japonés, con el bullicio de nuestras ciudades. Ruidos insoportables, gases contaminantes, injusticias patentes, personas sin rumbo... Una sobrecarga de estímulos que cortocircuita el pensamiento crítico. Es imposible filosofar en las ciudades. Parecen diseñadas para obstaculizar el desarrollo de un pensamiento profundo. A este paso, cambiará radicalmente la forma en que cultivamos las artes y la filosofía, porque ¿quién consigue hoy en día evadirse de tantas distracciones, de tantas noticias, de semejante aluvión de informaciones irrelevantes y de opiniones efímeras, para concentrarse y surcar libre y sosegadamente las sendas del saber, abstraído en sus sueños y en sus reflexiones?

*Logos.*- Es algo que me preocupa sobremanera. En estos tiempos tan turbulentos cada vez es más difícil reflexionar con calma, analizar con el mayor grado posible de objetividad y rigor las cosas, sin sucumbir a juicios apresurados y a categorizaciones simplistas. La sombra de las opiniones impulsivas eclipsa el juicio recto y, embriagados por la fuerza tentadora de las emociones, nos alejamos de la búsqueda de la objetividad. Qué importante es aprender a abstenerse de verter opiniones precipitadas hasta que un asunto no se ha ponderado con meticulosidad y desapasionamiento...

*Sofos.*- Por eso yo situaría las universidades en ciudades pequeñas, o en el campo, pero nunca en grandes núcleos urbanos, donde abundan las interrupciones y se hace sumamente difícil emprender proyectos intelectuales ambiciosos. Las concebiría como refugios consagrados al saber, como paraísos edénicos ajenos a las convulsiones materiales y a las batallas políticas. Honestamente, no me imagino a Kant en Nueva York...

*Logos.*- Pero Newton pasó largas temporadas en Londres.

*Sofos.*- No en su etapa más fecunda, cuando vivía en ese glorioso aislamiento que le brindaba la Universidad de Cambridge, árbol plantado en plena campiña inglesa, rodeado de un verde tan puro que parece exhalar el aroma de la paz auténtica. Por ello, no exageremos el valor de los viajes y de las experiencias mundanas. Kant no salió nunca de Königsberg, pero recorrió como nadie las profundidades del pensamiento humano. Lo importante no es viajar, sino reflexionar y comprender. Como más se aprende es estudiando, pensando y contrastando. La mente es más vasta y profunda que el universo físico.

*Logos.*- Sin embargo, ¿no hay más viveza y creatividad en el bullicio de un zoco islámico que en el silencio apacible y místico del desierto, o que en el remanso divino de un lago azulado presidido por cumbres nevadas? El gozo espiritual exige encontrar un equilibrio entre la paz plena y la discordia absoluta, sin claudicar a ninguno de los dos extremos, a la Escila de la quietud pura o a la Caribdis del perpetuo desafío. La sabiduría brilla en el justo medio, en el alma de la medida. Además, Platón, Averroes y Leonardo, ¿no residieron en algunas de las ciudades más frenéticas y pujantes de su tiempo, como Atenas, Córdoba y Florencia, sin que ello afectara a su rendimiento intelectual? Es más, intuyo que esa interacción con otras mentes les proporcionó un estímulo esencial para el desarrollo de su obra. Florencia era el epicentro del Renacimiento en el siglo XV, como más tarde lo serían Roma y Venecia.

*Sofos.*- ¡Oh, el Renacimiento, el período más bello de la historia occidental! Con sólo mencionarlo me elevas, me llenas de luz, pues en mí evocas una efusión de confianza, la llamada de un rayo de claridad pura; un canto extasiado a la armonía creadora. Amo su equilibrio y su luminosidad, esa fuerza expresiva, profundamente humana, que desborda la rigidez y el hieratismo medievales y confiere a su arte un realismo tan hondo como inspirador. En el tránsito del gótico al Renacimiento aprecio un ascenso simbólico y paulatino hacia la reconciliación estética entre los grandes reinos del ser, entre Dios, la naturaleza y el hombre, pues ambos estilos parecen encadenados por un amor común a la luz y a la pureza. Porque el Renacimiento es luz, o más bien la resurrección de una luz desvanecida. Representa el triunfo de la concordia entre la ciencia y el arte, la búsqueda de la verdad acompañada al despliegue de la belleza.

*Logos.*- El Renacimiento era insuficiente. Fue sólo el inicio. Plantó la semilla, pero no recogió el fruto. Para que la mente humana progresase no bastaba con imitar el espíritu del mundo clásico: había que desafiarlo para superarlo. Primero había que recuperar la grandeza pasada, mas sólo como paso previo a desbordarla con una nueva luz.

*Sofos.*- Quizás tengas razón, pero es difícil no idealizar esa época de universalidad, en la que una sola mente podía congrega todo el saber del mundo. Hoy vivimos en la era de la fragmentación. Nos beneficiamos del éxito de una división del trabajo intelectual que nos ha permitido avanzar asombrosamente en todas las disciplinas, pero que también nos ha distanciado amargamente de la perspectiva de lo universal, de la meta, del sentido. Además, poco tienen que ver las ciudades de entonces con las actuales, deshumanizadas, cubiertas de gruesas capas de asfalto, carentes de vegetación y envueltas en una densa nube gris que augura el peor final. Cómo no ensalzar las atalayas

de la ciencia y del arte que florecieron en enclaves únicos y legendarios, cual auténticas Atlántidas restauradas; pináculos altos y dorados de la aventura intelectual humana. ¿Por qué se ausentan de nuestros días? ¿Por qué no amanece ya esa gloria, esa aurora destronada de sabiduría y belleza que bendijo épocas pasadas y que hoy sólo concita un recuerdo exánime, un hálito fatigado de lo que fue y jamás regresará en este palimpsesto de sueños rotos e ideales conculcados que es la historia? La Biblioteca de Alejandría, uno de cuyos directores fue el gran Eratóstenes, la de Éfeso, la de Pérgamo...

*Logos.*- ¿No son las bibliotecas un termómetro de lo mejor de cada cultura?

*Sofos.*- En efecto. No puedo dejar de admirar las grandes bibliotecas. Templos consagrados a los libros, depósitos de sabiduría... Me fascinan poderosamente los libros, porque rinden culto a las ideas, y las ideas nos hacen divinos, nos elevan, nos ofrecen una instancia desde la que cuestionar el mundo y cambiarlo. Son manantiales de crítica y creación. Un libro es un nuevo mundo por descubrir. Un caudal de ideas que analizar. Alimento para la mente, estímulo de vida y esperanza para el espíritu. Al leer los grandes libros parece que la historia ha detenido su rumbo, y que las mentes más brillantes del pasado se sientan ahora con nosotros para transmitirnos su sabiduría y sembrar nuestra respuesta. ¿Qué sería de la humanidad sin libros? Sé que hay libros espantosos, pero incluso de estas obras puede surgir una invitación a pensar. En un libro cristaliza el don excelso de la inspiración, regalo de la naturaleza al hombre. Leer para pensar, pensar para crear, crear para amar, amar para transformar, transformar para entender. Leer para comprenderme y comprenderos, porque gracias a la escritura, el hombre derrotó al silencio, y el universo se hizo palabra.

*Logos.*- Parece que sólo una ciudad como Alejandría, crisol de tres continentes, receptora de la sabiduría de Egipto, el Próximo Oriente y Grecia, podía albergar a un investigador de la talla de Claudio Tolomeo. Su *Almagesto* no sólo perfeccionaba las contribuciones realizadas por Hiparco, sino que culminaba toda una tradición de búsqueda astronómica. Fue allí, en esa joya del helenismo coronada por una biblioteca que contenía textos dedicados a la totalidad de las ciencias y de las artes, donde se propició una simbiosis de culturas y un intercambio de conocimientos que permitió redactar una obra de semejante calibre. El trabajo de Tolomeo no tuvo rival durante más de un milenio. En él confluían brillantemente tanto el uso de estructuras geométricas para la descripción del movimiento de los astros, enfoque predominante en la civilización griega, como el de símbolos aritméticos, reflejo del talento que habían mostrado los babilonios para el estudio de los números y de los ángulos. Lo más seguro es que Tolomeo no fuera consciente de esta herencia babilónica, pero lo cierto es que su obra fusionaba métodos geométricos y aritméticos en el seno de un sistema astronómico cuyo desarrollo, gracias al uso de la observación y del razonamiento lógico, supuso un avance significativo para el pensamiento humano. No dejemos que la ventaja de conocer el desenlace posterior del sistema geocéntrico de Tolomeo, superado por el heliocéntrico de Copérnico, nos impida reconocer la grandeza de unos logros verdaderamente extraordinarios.

*Sofos.*- Qué fácil es juzgar el pasado desde la comodidad del presente, y qué fácil es perder de vista la complejidad que entrañaban muchos desarrollos científicos. Además, lo que hizo Copérnico es cambiar el sistema de referencia que Tolomeo había fijado en su *Almagesto*. El astrónomo polaco no habría protagonizado sus notables contribuciones al conocimiento sin antes haberse sumergido en las investigaciones de Tolomeo.

*Logos.*- Por supuesto. En cualquier caso, no podemos olvidar que atreverse a sugerir un cambio de sistema de referencia tan osado como el que propuso Copérnico era un acto de audacia y de creatividad de tales dimensiones que jamás dejará de asombrarnos. Modificar el sistema de referencia desencadena con frecuencia grandes revoluciones intelectuales. Piensa en Marx y en su inversión materialista del idealismo absoluto de Hegel.

*Sofos.*- Estoy de acuerdo. Pero hablábamos de Alejandría, evocadora de todo un universo de equilibrio, sabiduría y belleza que para mí constituye la esencia más profunda de la cultura griega. Ojalá hubiera perdurado su biblioteca, ojalá su faro derramara su aguda luz también hoy sobre los barcos que navegan hacia su puerto, que es el puerto de una humanidad enamorada del conocimiento como motor y meta de la vida; ojalá sus eruditos prosiguieran sus investigaciones en esa síntesis de ciencias y de civilizaciones que aún hoy nos deslumbra... Todavía me atrapa el mundo clásico. Es demasiado perfecto y luminoso. Sin embargo, yo debo visitar otras provincias del espíritu humano, y vagar como nómada incansable por el espacio y por la historia hasta que encuentre mi auténtico hogar, mi patria metafísica, que quizás resida en la mirada desconcertante del futuro.

*Logos.*- Te comprendo. ¿Quién no se siente maravillado ante esas obras maestras que, como la Acrópolis de Atenas, han sido capaces de condensar en piedra el alma y la grandeza de toda una civilización? Dichoso el arquitecto que ha sabido recrear la esencia de una cultura en el lenguaje universal de la belleza. Dichosa la luz de lo clásico, hermosa y arcana como una cariátide. Pues cuando la humanidad culmina una obra que fusiona lo natural y lo artificial con armonía y equilibrio, sólo puedo conmoverme. Es el hermanamiento entre los dos paisajes, entre los reinos de la naturaleza y de la cultura. Dos mundos que cooperan en la consumación de uno nuevo.

*Sofos.*- Aun así, y se me viera forzado a escoger, preferiría las ciudades y los monumentos que recapitulan más de un alma, como mi amada Jerusalén, o esa Estambul por cuya belleza no cesa de suspirar mi imaginación... En ellas resplandece aún más la maravilla de la creatividad humana, a la que han contribuido tantas culturas. Pienso en la Casa de la Sabiduría, que contó con la protección de los califas más ilustres del período abasí, como Harún Al-Rashid y Al-Mamún, cuando Bagdad era la ciudad más rica y poderosa del mundo y los ecos embelesadores de las mejores historias de *Las mil y una noches* inundaban sus calles, plazas y mercados. Ella congregó y aquilató la sabiduría de Grecia, de Persia y de la India; la ciencia, el arte, las matemáticas, la astronomía, la filosofía... Reminiscencias imperecederas de ese espíritu de búsqueda y tolerancia que vivificó una época venturosa nutren aún hoy nuestra imaginación, sobre todo cuando somos testigos de tanta irracionalidad, de tanto enfrentamiento absurdo, de

tanto fanatismo. Hoy quiero venerar esos paraísos celestes descendidos a la tierra no como regalo de los dioses, sino como fruto del esfuerzo y de la audacia de los hombres.

*Logos.*- Cuando alguien evoca los momentos más brillantes de la historia, no puedo dejar de pensar en la injusticia subyacente a las grandes creaciones artísticas. Los monumentos más insignes han sido construidos sobre el sufrimiento de innumerables seres humanos. Idealizamos la superficie de un río demasiado oscuro y ondulante, cuyo fondo se halla repleto de dolor, miseria y olvido.

*Sofos.*- Tienes razón, pero una gran obra de arte, aunque nazca de la injusticia, sigue siendo bella. Refleja un ámbito que parece trascender los avatares históricos de una época o los claroscuros de una biografía. Las obras más sublimes de la arquitectura, de la escultura y de la pintura, ¿no han brotado de situaciones sociales profundamente injustas? ¿No eran injustos los privilegios de los Medici? ¿Qué suelo más injusto que el de Egipto, Roma o la Edad Media? Es la triste paradoja de la historia humana. Sueño, sin embargo, con un futuro en el que semejante dialéctica entre la injusticia social y la gloria estética no tenga por qué repetirse, sino que sea concebible un desarrollo armonioso de la creatividad humana, exento de polos opuestos y de parcelas irracionales, anegado felizmente por la luz de la justicia y de la comprensión.

*Logos.*- Pero ¿qué es lo justo? ¿Qué es la comprensión?

*Sofos.*- Lo justo es lo universal, y por tanto lo comprensible; una atribución simétrica de derechos y responsabilidades a los individuos que como tal es susceptible de someterse al dominio de la razón, cuya destreza analítica encuentra reglas en medio de las particularidades. Lo justo es entonces lo común por encima de lo diferente; la ley frente al privilegio; lo racional frente a lo ilógico, por mucho que nuestro entendimiento de lo racional y de lo ilógico varíe de generación en generación, casi siempre de manera amplificativa, dentro de esa tensión entre la forma y el contenido en la que insistió Hegel.

*Logos.*- Excelente utopía, digna de la humanidad, pero utopía, al fin y al cabo, porque es tentador creer que la dialéctica representa el motor más vigoroso del desarrollo humano. Incluso los mayores genios se han visto motivados no sólo por la pureza de su espíritu, por su amor incondicionado a la belleza y al saber, sino por pasiones mucho más bajas e innobles, como la búsqueda de la fama, el anhelo de poder y riqueza o el enfrentamiento con otros artistas. Piensa en las disputas entre Bernini y Borromini, cuya rivalidad fue inmensamente fructífera para el desarrollo del estilo barroco y para el engrandecimiento de una ciudad siempre más grande como es Roma. Además, la fuente última del arte quizás estribe en un deseo egoísta, como es el de perdurar, el de saborear lo eterno, el de ser partícipes de una gloria inextinguible. ¿No es esto lo que han ansiado incontables civilizaciones? ¿No lo ambicionaban los faraones cuando construían sus templos de los millones de años, o el primer emperador chino cuando mandó expediciones en busca del elixir de la vida eterna? ¿No es la arquitectura en piedra la expresión máxima de las

expansiones estéticas de ese anhelo furtivo e insumiso, que revolotea en la conciencia humana desde tiempos inmemoriales?

*Sofos.*- Desde luego, aunque los faraones y los emperadores olvidaban que una idea brillante perdura más que una piedra cuidadosamente pulida, o que toda la opulencia ornamental del mundo. Recuerda el famoso verso de Shakespeare: “*Not marble, nor the gilded monuments...*”

*Logos.*- ¡Shakespeare! Sólo al leer a Homero y a San Juan de la Cruz he sentido algo tan sobrenatural, tan divino, tan inalcanzable para el común de los mortales. Sólo en los clásicos encuentro un consuelo permanente, una luz invulnerable que se sobrepone al flujo de los siglos y me llama también ahora por mi nombre. En ellos me reconcilio con la humanidad, con una humanidad cuyo centro está en todas partes, en todo destello de luz, venga de donde venga y conduzca adonde conduzca. Creo que existe una belleza clásica, universal y pura, cuyo espíritu inmarcesible posa sus alas sobre unos cuantos autores en cada época. Es la cadena dorada que vincula a los grandes artistas de todos los tiempos.

*Sofos.*- Esos autores alcanzan un estatuto perenne en el cielo de las artes gracias a su honda penetración en el misterio del ser.

*Logos.*- Vuelve ahora mi otra alma, porque cuando algún filósofo, artista o teólogo invoca el *ser*, me tapo los oídos. Pretende hacerme pensar que sólo él ha comprendido algo que ni siquiera es capaz de definir, y que en realidad consagra como lo indefinido e inaccesible, para después acusar al resto de no haber captado adecuadamente un horizonte que él mismo considera inescrutable. Me recuerda a Étienne Gilson, quien estaba convencido de que ningún pensador, salvo su amado Tomás de Aquino, había penetrado con la suficiente profundidad en el enigma del ser, cuando lo que él mismo dice está plagado de inconsistencias y obviedades; o más bien de sinsentidos, pues en realidad no dice nada digno de análisis, ni correcto ni incorrecto. De Gilson admiro sus investigaciones históricas, pero no sus sistematizaciones filosóficas. En torno a muchas de sus ampulosas e inanes sentencias se aplica perfectamente la mordaz frase del físico austriaco Pauli: “Ni siquiera es falso”. Refugiado en su atalaya de tautologías y trivialidades revestidas con un barniz mistificador, se dedica a derramar aceite hirviendo sobre los que honestamente le preguntan por el concepto que usa de manera tan arbitraria y que pretende erigir en el pilar de todas sus disquisiciones metafísicas. Hay que reconocer que los escolásticos y sus sucesores son sumamente habilidosos fabricando pseudoconceptos. A otro nivel, una sospecha similar se cierne, a mi juicio, sobre Heidegger y su exaltación del ser, del que supuestamente se habría olvidado la tradición occidental, precisamente porque él lo entroniza en un sitio metafísico tan recóndito que es imposible que alguien no se haya olvidado de una nebulosa tan remota e insondable.

*Sofos.*- No me malinterpretes. Lo que quería decir es que en los grandes autores, en aquéllos que han coronado la cumbre de lo clásico por iluminarnos con verdades

perdurables sobre la naturaleza y el hombre, la forma y el fondo convergen armoniosamente. Unas nupcias sagradas e indisolubles parecen unir la letra y el espíritu en el corazón de sus obras, partícipes de lo sublime. Pues ¿no es un verso aún más bello cuando hay una idea poderosa detrás, y el alma sólo puede enmudecer ante el esplendor de una diadema pura? Si me obligas a elegir entre la idea y la palabra, o entre un pensamiento profundo y una expresión bella, me quedaré con lo primero, aunque sueño con no tener que sacrificar nunca la belleza en aras de la eficacia. Son muchos los que escriben bien, pero pocos los que dicen algo interesante. Personas que se expresen bien hay muchas, pero hay pocas que tengan ideas originales y buenas. Una gran idea es más importante que una gran palabra. Es un recurso más escaso y entraña una operación intelectual más fascinante. Sobran palabras y faltan ideas en nuestro mundo.

*Logos.*- No lo negaré. La grandeza de una civilización reside ante todo en el conjunto de sus aportaciones al arte y al conocimiento, a la belleza y al saber, que son los frutos más duraderos del trabajo del hombre.

*Sofos.*- En el plano más inmediato, más terrenal, ¿no crees que los fines de toda actividad humana deben converger, casi inevitablemente, en una de estas tres categorías: verdad, justicia y deleite? La verdad ha de ser el fin de la ciencia y de toda búsqueda de conocimiento; la justicia, el de toda forma de organización social y de vida en común; el deleite, como placer sensible y espiritual, el gozo ante ciertas experiencias, el de nuestras vivencias individuales. Sin embargo, en un plano más profundo, la verdad, la justicia y el deleite se convierten en algo más puro, más universal y luminoso: en sabiduría, amor y belleza. El fin de nuestra búsqueda cognoscitiva no termina necesariamente en la verdad, pues también apunta a la sabiduría, que es la verdad hecha vida y enseñanza. Y en una situación ideal, el fin de las instituciones políticas y sociales trascendería la conquista de la justicia, en cuanto que atribución simétrica de derechos y responsabilidades a los ciudadanos de una misma comunidad. Se proyectaría a una esfera más inasible, más honda, más poética y sobrenatural: la del amor, auténtica fusión de lo individual y de lo colectivo; la de un yo que se supera y reencuentra en un tú y en un nosotros. Por último, el simple deleite languidece ante una meta más alta y noble: la belleza, el ideal estético tomado como fin en sí mismo, la posibilidad de reconocer algo digno y grande, susceptible de autojustificarse sin remitir a otra meta.

*Logos.*- En la expresión de tu idealismo me resulta inevitable percibir un profundo y desconsolado amor por lo eterno, por aquello que debería existir siempre, sin sucumbir al doloroso abismo de la aniquilación; por algo que reclama el derecho a subsistir por sí mismo y desde sí mismo, como un dios entronizado en el cielo de la inteligibilidad pura. Son los ecos de la fe, que nunca dejan de resonar en almas sensibles e inclinadas a la metafísica. Sin embargo, debemos recordar que la eternidad es una creación humana.

*Sofos.*- No necesito surcar los dominios del cielo ni descender a las profundidades de la tierra para saber que una ley lógica es eterna e inexorable. Caerán imperios y desaparecerán especies, pero las matemáticas y la lógica perdurarán. Sólo puedo aprender a admirar la victoria de la idea sobre el flujo, y afanarme en reproducirla en el terreno del arte y de la vida humana.

*Logos.*- Nada ni nadie es eterno, menos aún las construcciones de nuestra propia mente. Basada en axiomas y en reglas de razonamiento, es ella la que teje cuidadosamente todo un mundo de objetos puros y relaciones simbólicas, destellos de abstracción y formalismo que quizás se esfumen cuando se extinga el hombre.

*Sofos.*- ¿Te atreves a sostener que los principios supremos de la lógica, las reglas universales que enhebran el pensamiento humano, no son eternos? ¿El principio de identidad no es acaso imperecedero, incontestable, inatacable?

*Logos.*- Lo que quiero decir es que jamás sabremos si esos principios lógicos tan sólidos no constituyen en realidad artificios que fabrica nuestra mente para orientarse en el mundo, códigos de navegación para aventurarse por los desconcertantes senderos del espacio y del tiempo. No podemos excluir que una especie distinta a la nuestra opere con reglas lógicas diferentes. Un demonio cartesiano podría estar empeñado en engañarnos con la aparente e insoluble rigidez de los axiomas fundamentales de la lógica.

*Sofos.*- No puedo aceptar esa idea. Incluso un extraterrestre tendría que admitir el principio de identidad, o la universalidad de determinados números trascendentes, como  $\pi$  y  $e$ , cuyo valor no puede cambiar bajo ningún concepto. Son entidades lógicas incondicionadas, hermosas reminiscencias del absoluto. Piensa en la proposición  $p \rightarrow p$ , que para mí se alza como el principio supremo del pensamiento, pues incluye tanto el principio de identidad como el principio de fundamentación o de condicionalidad: un objeto se tiene a sí mismo como condición de posibilidad, o un objeto siempre se puede deducir de sí mismo. En términos más especulativos, cabe entonces decir que todo lo real se tiene a sí mismo como posible, dado que si algo no fuera posible no podría ser real. Al examinar la evolución de las especies apreciamos que un ser desprovisto de mente sólo puede abrirse a lo real, entendido como inmediatez, como estímulo externo que en él desencadena respuestas prácticamente automáticas. Sin embargo, el ser que posee una mente capaz de representarse el mundo y de imaginar se abre ya a lo posible, a lo que no está dado en la inmediatez de lo real. En la cúspide del desarrollo filogenético, el ser dotado de autoconciencia, el ser que sabe que sabe y que reflexiona sobre su propia reflexión, capta lo necesario, pero lo necesario siempre ha estado ahí como principio lógico inalterable, como regla universal.

*Logos.*- Prefiero no entrar por ahora en la discusión sobre los fundamentos de la lógica, que más bien se me antoja una disquisición metafísica en torno a cuyas complejas elucubraciones poco puede afirmarse o refutarse con claridad. Para mí, la naturaleza es la fuente última de normatividad, por lo que sospecho que las leyes de la lógica hunden sus raíces en las leyes de la naturaleza, de cuyo funcionamiento y de cuyas posibilidades nuestra mente sólo comprende algunos aspectos. Quizás sólo las matemáticas sean eternas, pero porque reflejan el orden inviolable del universo. Dios, si existiera, debería ser el orden matemático del universo. Dios debería ser las matemáticas.

*Sofos.*- Dios no puede ser sólo un orden matemático, porque Dios crea, actúa, se mueve, fluye, sufre y goza. El orden matemático del universo es impasible; es lo eternamente impasible. Es la idea congelada en su inmutabilidad, pero no la idea viva. Es sustancia eterna y no sujeto.

*Logos.*- Sin embargo, un Dios temporal, un Dios desprovisto del atributo de eternidad, me parece contradictorio, pues adolecería de imperfección. Como científico soy escéptico ante la idea de Dios, pero al menos exijo que las definiciones sean claras y consistentes, o de lo contrario no podemos saber de qué hablamos cuando invocamos el concepto de un ser divino. No es de extrañar, por tanto, que los grandes teólogos y filósofos hayan concebido la eternidad como un atributo esencial de Dios. Santo Tomás de Aquino afirma en la *Summa Theologica* que “*el concepto de eternidad se deriva de la inmutabilidad, como el de tiempo del movimiento, según ha quedado dicho. Como quiera que Dios es lo más inmutable, a Él le corresponde en grado máximo ser eterno. No sólo es eterno, sino que es su misma eternidad. Por otra parte, ninguna otra cosa es su propia duración, porque ninguna es su propio ser. Dios es su mismo ser uniforme. Por lo cual, lo mismo que es su esencia, así también es su eternidad*”.

*Sofos.*- Si Dios se limitara a ser eterno, sin integrar en su esencia el movimiento y la temporalidad, sería más imperfecto aún. E incluso me atrevo a decir que más incomprensible, porque el movimiento y el tiempo pertenecen al ser del mundo, y si Dios ha creado el mundo, ha tenido que concebir el mundo en cuanto mundo, por lo que en su mente infinita ha tenido que concebir lo temporal y lo mutable. Ha tenido que comprenderlo.

*Logos.*- Lo ha concebido, mas no lo ha experimentado.

*Sofos.*- Pero una mente como la divina necesariamente experimenta lo que concibe. No puede ser tan frágil e imperfecta como nuestra mente, que piensa a través de imágenes. Lo pensado por Dios es ya realizado en el seno infinito de su esencia. Porque si en Dios no puede haber tiempo, su pensamiento es su creación. Su pensamiento es su acción. Somos el pensamiento de Dios. No hubo primero un proceso de pensamiento y luego uno de acción, sino que se trata de fenómenos eternamente simultáneos.

*Logos.*- Entonces Dios actúa sin pensar, y lleva a término la sublime obra de la creación sin seguir un plan cuidadosamente trazado con anterioridad a su ejecución en el horizonte del espacio y del tiempo. Luego es un ser impulsivo. Un Dios terrible. No quiero ese Dios. Para eso me quedo con la naturaleza, que al menos suscita la luz de la razón a partir del fiero impulso. Por otra parte, y por volver a la cuestión que nos ocupaba, ¿cómo sabes que la conciencia es la cima de la evolución?

*Sofos.*- Las claves de la singularidad humana son el lenguaje articulado y la autoconciencia, saltos siderales en la evolución, sellos de lo que nos permite ser quienes somos. ¿Qué nos hace humanos? Poder crearnos a nosotros mismos. El lenguaje y la

autoconciencia sirven a ello, pues nos creamos mediante el conocimiento y el arte, luego es el conocimiento del mundo y de la mente lo que nos hace humanos. La ciencia y el arte son así las rúbricas más resplandecientes de nuestra humanidad.

*Logos.*- Puedo estar de acuerdo con lo que dices, pero ¿por qué es más elevado el espíritu que la materia? Aseguras que es superior, mas ¿en qué sentido? ¿Te refieres a que es más complejo? Categorías como *inferioridad* y *superioridad* son sólo metáforas útiles, pero no descriptores objetivos de la realidad. En el universo no hay un arriba, un abajo o un centro; no hay nada inferior o superior a nada. Un principio básico de la física nos conmina a aclarar en qué marco de referencia situamos nuestras observaciones. De hecho, la física no progresó lo suficiente hasta que no se hubo percatado de la necesidad de hablar en términos de un movimiento relativo. Esta constatación lógica, crucial en la filosofía natural de Galileo, posibilitaba comprender el movimiento de los objetos con respecto a una Tierra ya no inmóvil, sino sujeta también a movimiento según el marco de medida aplicado. Todo movimiento es relativo a un sistema de referencia, y toda alusión a lo superior y a lo inferior exige antes matizar el marco en el que se expresa. Para avanzar en el pensamiento primero es necesario explicitar el sistema de referencia que empleamos, los puntos de partida de nuestro análisis, los presupuestos que guían nuestro razonar.

*Sofos.*- Si es imposible operar sin marcos de referencia, elijamos al menos el mejor posible, es decir, el más parsimonioso. Y es evidente que tomar como referencia la complejidad biológica es mucho más razonable que otros criterios, como el de la supervivencia o el del número de individuos que pertenecen a una especie. Remite, al fin y al cabo, a la profundidad y a la amplitud de las tareas que ese ser vivo puede desarrollar; a lo cualitativo más que a lo cuantitativo.

*Logos.*- En cualquier caso, no nos desviemos de la discusión. Convendrás conmigo en que ni siquiera las obras más excelsas de la humanidad son eternas. Sólo perduran mientras nos inspiran, mientras nos iluminan con el fulgor de algo profundo y bello, para ayudarnos a caminar, y renovar la mente con sus imágenes de mundos felices. Sólo son capaces de sobrevivir en el seno del espíritu humano mientras nos dan sentido y valor. Cuando ya no lo hacen, perecen irremisiblemente, sepultadas bajo la oscuridad del olvido, entre sueños rotos y aspiraciones estragadas. Aun así, han sido dignas de la humanidad, han bruñado el espejo de nuestras ansias, de nuestro poder, de nuestro deseo. Ha sido entonces hermoso y noble crearlas.

*Sofos.*- Nuestro mundo reniega de lo eterno. Ni siquiera piensa en lo eterno. Vive preso de lo inmediato, de lo finito, de lo contingente. Es posible que lo eterno evoque una bella fantasía, forjada a la luz trémula e inspiradora de las hogueras y de los astros, nodrizas que han amamantado los sueños de la humanidad desde noches primordiales. Aun así, ¿no es necesario creer que nuestro destino apunta a lo eterno, y que estamos llamados a superar los límites del espacio y del tiempo para internarnos en la morada de los dioses? ¿Qué, sino la fuerza oceánica de esta fe tan osada, podría ayudarnos a

sobrevivir y a trascendernos? No sé si existe Dios, pero siento que en la conciencia habla una voz divina. Es la voz de la bondad.

*Logos.*- No necesitamos que algo sea eterno para que tenga valor. Hay valor infinito en lo temporal y contingente, en su fugacidad, en su carácter efímero y vulnerable, porque es ya parte indeleble de la biografía del universo.

*Sofos.*- Yo no puedo vivir sin la conciencia de lo eterno. He nacido en un período erróneo de la historia. El destino se ha equivocado al situarme en este tiempo.

*Logos.*- No seas tan pesimista. Ambos admitiremos que nuestra época es preferible a cualquiera de las edades áureas del saber y de la belleza que has mencionado. En esos períodos, por luminosos que se nos antojen, sólo unos pocos podían consagrarse en cuerpo y alma al cultivo de la ciencia y del arte, para contribuir al despliegue de inteligencia, erudición y belleza que tanto enorgullece a la estirpe humana. Normalmente lo hacían bajo los auspicios de reyes, sacerdotes y déspotas cuyo mecenazgo solía ocultar una cruel voluntad de dominio sobre la conciencia de los sabios, quienes más bien se convertían en sus vasallos y cortesanos, obligados a sofocar toda llama de rebeldía contra un sistema claramente injusto. Bajo algunos reinados florecieron, ciertamente, las artes y las ciencias, pero el control último sobre los resultados de la investigación recaía en los soberanos o en los jefes de la Iglesia, no en el juicio de la comunidad científica o en el consenso de la sociedad.

*Sofos.*- Indudablemente. De hecho, en este aspecto me confieso seguidor de Hegel, quien creía que el curso de la historia representaba el progreso en nuestra conciencia de la libertad.

*Logos.*- Hoy en día, la humanidad ha adquirido mayor conciencia de su libertad, de sus posibilidades, de su dignidad. Casi todos pueden dedicarse al saber y al arte, no sólo unos pocos escogidos. El talento, y no las veleidades de los poderosos, es el verdadero criterio de admisión en ese selecto foro. Todos somos responsables de que el disfrute de tales condiciones de bienestar y esplendor no se circunscriba a quienes se han beneficiado de felices accidentes cronológicos y geográficos.

*Sofos.*- Yo voy más allá. Yo impugno la totalidad del sistema social que gobierna nuestras vidas. Al fin y al cabo, pensar que las diferencias individuales en capacidad y esfuerzo justifican por sí solas las disparidades de posición social, ¿no constituye un axioma sumamente cuestionable? La aparente imposibilidad de concebir un sistema social distinto, organizado con arreglo a otros principios también discutibles, sólo obedece a la pobreza de nuestra fantasía. Seguramente en la Francia de 1700 nadie o casi nadie podía romper con la idea de una desigualdad estructural entre los tres estados, justificada por la necesidad de preservar el orden social y de evitar la anarquía. Lo mismo podría decirse del sistema de castas en la India. Por fortuna, la mente es más elástica y poderosa de lo que solemos pensar. La mente siempre se vence a sí misma. La

historia es el escenario no sólo de la necesidad, sino también de la posibilidad, y es en el complejo equilibrio entre necesidad y posibilidad donde se decide constantemente el destino de lo real.

*Logos.*- No sé si me atrevo a albergar sueños tan altos, pero creo firmemente que la humanidad entera, dueña de su destino, capaz de seleccionar racionalmente el tipo de vida y de sociedad que desea, ha de gozar de los prodigios forjados por la mente a través del arte y de la ciencia. No podemos continuar claudicando ante los imperativos ciegos de la selección natural y de la fatalidad histórica.

*Sofos.*- Qué importante es reflexionar sobre estas cuestiones. Ellas solas justifican la necesidad de la filosofía y de las humanidades, pues toda generación ha de plantearse la pregunta por el sentido si quiere vivir humanamente. Pero en una sociedad como la nuestra, tan apegada a la inmediatez, resulta prácticamente imposible adquirir independencia de juicio y desconectar de un ambiente a menudo asfixiante y acaparador. Saturados de estímulos fútiles, pensar en metas elevadas y en nuestro legado a la posteridad se ha hecho cada vez más arduo. ¿No es demasiado triste verse obligado a cumplir expectativas ajenas al cultivo del saber en sí mismo, al despliegue de nuestras capacidades racionales? ¿Quedan hoy sabios? ¿Dónde están? ¿Por qué se ocultan? ¡Quiero conocerlos!

*Logos.*- Te aseguro que he conocido a personas de cuyos labios brotaba una sabiduría dulce y luminosa. Exentas de soberbia, hablaban con humildad y autenticidad, las más amables de las virtudes, pues son las pinturas que embellecen el alma. En su tono venerable era posible percibir una ciencia más profunda que la de la razón. Su luz me serenaba. Irradiaba una belleza espiritual y una plenitud moral que no han dejado nunca de fascinarme y de alumbrarme desde su púlpito de pureza: una ciencia hecha vida, tallada con hondura y aplomo, que en palabras sencillas encapsulaba las doctrinas más grandes; porque sabio es el que encuentra lo universal en lo concreto. Convéncete, además, de que existe un signo inconfundible de la verdadera sabiduría en este mundo: el sabio se esmera siempre en neutralizar los efectos negativos y en resaltar los positivos de las acciones y de las motivaciones humanas. Al arrogante responde con una indiferencia creadora, superior, capaz de ahogar el espíritu de la arrogancia; al humilde ofrece una respuesta digna de su humildad, si es honesta y no constituye una estratagema sutil.

*Sofos.*- Te creo, pero siento una ausencia desazonadora de eso que tradicionalmente se ha llamado sabiduría. Pues ¿quién aspira hoy al saber concebido como fin en sí mismo, no subordinado a aplicaciones prácticas o instrumentalizado como herramienta de poder, prestigio y honor? ¿Quién lo cultiva como propósito último e irreducible, como sello de nuestra condición de seres racionales, que se entregan libremente al ejercicio de la razón? No sé si, como dice Aristóteles, todos los hombres desean por naturaleza conocer, pero es indudable que muchos albergan esa noble vocación, en verdad grande y divina, pues nos acerca a lo que es digno por sí mismo. Una luminosidad pura y resplandeciente parece orlar el nimbo de un espíritu consagrado a la búsqueda

desinteresada del saber. Quien persigue el saber es el auténtico santo, porque sirve al más alto de los fines, y eleva a la humanidad con la honestidad de su búsqueda. Con razón han afirmado insignes maestros que la sabiduría es mejor que el oro, y que una mente libre y lúcida es preferible a la riqueza y al poder, pues nos permite ser dueños de nuestros propios fines, no esclavos de nuestros medios. Mueve montañas y forja imperios, pero sólo podrás conmoverme si me revelas una verdad profunda.

*Logos.*- El rico puede satisfacer todos sus deseos de forma sencilla y desbocada, y aderezar su mente con plenitudes efímeras. Sin embargo, ya lo sentenció Séneca: "*Divitiae non sunt bonum*". La verdadera riqueza consiste en aprender a controlar esos deseos. Se trata de una riqueza más bella, más universal, más profunda, que sólo puede surgir de una comprensión honda y luminosa de la realidad externa e interna a nuestra mente. Es la dignidad de la sabiduría, que no se deja impresionar por el poder y la riqueza, pues ella brilla por sí sola. Y te aseguro que no hay suficiente dinero en el mundo para comprar un solo átomo de sabiduría. Ricos hay muchos, sabios hay muy pocos. Mi prioridad es la sabiduría, no el dinero.

*Sofos.*- Por fortuna, el dinero no da la razón. Y, honestamente, no veo mucho mérito en enriquecerse a costa del trabajo ajeno, sino en aportar algo a la humanidad que no pueda ser acaparado por un solo individuo. Lo hermoso de una gran idea es que no puede poseerla el individuo. Automáticamente pasa a pertenecer a la humanidad y a difundirse libremente.

*Logos.*- Estoy de acuerdo. ¿Y de qué sirve la riqueza si no se puede usar? ¿Sería rico quien no pudiera comprar trabajo ajeno? El saber, en cambio, colma ya a quien lo tiene. Es fin y no medio. Además, sólo con dinero no construyes El Escorial, Versailles o Caserta. Se necesita estilo, conocimiento y elegancia. Y la creatividad unida a la elegancia nos introduce en el sagrado mundo de la plenitud. La riqueza material es condición necesaria pero no suficiente para crear el gran arte, el arte universal, el arte que enorgullecería al ser humano en todos los lugares y en todas las épocas.

*Sofos.*- Desde luego. Y es triste, profundamente triste, que la riqueza descomunal de unos conviva con la miseria desgarradora de otros.

*Logos.*- Lo peor no es ser pobre, sino el sentimiento de exclusión social que ello genera, el clasismo al que nos aboca un mundo tajantemente dividido según los niveles de riqueza. Es esa percepción corrosiva de que la dignidad sólo pertenece a quienes pueden costeársela, y de que los demás han de subordinarse a ellos, que suelen ser complacientes con los poderosos y severos con los débiles. Pues, querámoslo o no, la riqueza de unos conlleva el peligro latente de dominio sobre otros. El poder económico no es neutro. El dinero confiere capacidad de influir sobre las voluntades ajenas, y quien tiene más dinero puede comprar más voluntades, cuando lo lógico sería que el poder se distribuyese de la manera más equitativa posible. Es la esencia de la democracia.

*Sofos.*- El fin de la cultura sólo puede residir en ayudarnos a ser más libres y responsables, para aprender a imaginar y juzgar las cosas por nosotros mismos, exentos de temores paralizantes y de veneraciones entorpecedoras. La cultura debe entonces enseñarnos a superar las divisiones entre los seres humanos, para que la libertad de unos no dependa de la de otros.

*Logos.*- Se trata, en definitiva, de aprender a ser más racionales, es decir, más humanos. Sólo así nos percataremos de que las diferencias entre clases sociales son construcciones históricas, convenciones contextuales y no leyes eternas de la naturaleza; fronteras que han de ceder el testigo al gran puente del espíritu humano, cimentado sobre valores universales.

*Sofos.*- Creo que lo más bello de la vida brota de la posibilidad de aprender, de progresar, de renacer intelectualmente conforme acumulamos saberes y experiencias, porque comprendemos mejor el mundo y lo humano para gozar de las delicias de una expresión libre y rejuvenecedora. Aprender es uno de los mayores placeres de la vida. Pues ¿no es la vida un aprendizaje continuo y una oportunidad irrestricta de crear y de reinventarnos? Consagrarnos a una meta libre, ¿no nos engrandece, no nos emancipa de la búsqueda avasalladora de utilidad en todas nuestras acciones y no nos insufla el soplo benéfico de lo franco, desinteresado y puro, contagiados de ese espíritu que nos trasciende y eleva?

*Logos.*- De todas formas, permíteme ser algo escéptico, pues ¿acaso no lo hacemos por placer? ¿No buscamos el conocimiento porque en realidad nos inspira un profundo sentimiento de bienestar y complacencia?

*Sofos.*- Siempre puedes encontrar una razón suficiente de todo lo que hago y pienso, una razón ajena a la autodeterminación de mi voluntad, pero esta opción se autojustifica, atrincherada en sus propios presupuestos. No es falsable, porque siempre sería verdadera y siempre esgrimirías una causa previa de todo lo que decido. Créeme: yo cultivo el conocimiento por amor a su grandeza intrínseca, atrapado dulcemente en la fascinación ante lo que es bello, sugerente y verdadero, sin necesidad de justificaciones ulteriores. El conocimiento es el medio y el fin de mi felicidad. Y por paradójico que resulte, esta aventura, este navegar imposible hacia las islas afortunadas, me brinda paz, una paz celestial que no dimana de la búsqueda frenética de nuevas experiencias, sino de un placer profundo y sabio, más grande que todas las teorías. Es el gozo sereno de quien es capaz de encontrar valores universales en medio de las vivencias más mundanas. Es la alegría diáfana e imperturbable que surge de una vida dedicada al conocimiento y a los demás. Es el *amor Dei intellectualis* de Spinoza. Esta sensación verdaderamente angelical desprende una luz pura y efusiva, un sosiego y una templanza que revelan las mayores virtudes, pero que sólo florecen en corazones honestos.

*Logos.*- No entiendo cómo puedes encontrar semejante atisbo de plenitud en una tarea condenada a la irresolución. Pues no dudes de que cuanto más buscas, comprendes y creas, más crece la conciencia de todo lo que te queda por delante, porque cuanto más sabes, más conoces todo lo que ignoras. Esta infinitud potencial es intrínseca a la búsqueda del saber, y es causa de inquietud.

*Sofos.*- Tienes razón, pero esta percepción no tiene por qué hacerte infeliz, sino apasionado, entregado a vivir como debe vivir un hombre, guiado por el deseo de trascenderse y de ayudar a los demás a trascenderse mediante el conocimiento y el amor. Lo que yo hago es construir ese reino de Dios sobre el que tanto han especulado las grandes religiones, y que sólo puede concebirse como una integración del progreso material y del crecimiento espiritual, como la reconciliación de materia y espíritu, para que el ser humano no viva ya escindido entre dos mundos, sino plenamente armonizado con la unidad y con la síntesis.

*Logos.*- Exaltas la paz individual, una especie de indiferencia ante las pasiones y las vicisitudes mundanas, esa serenidad de alma que tanto fascinaba a los estoicos, pero nuestro tiempo, más que falto de paz individual, está falto de paz colectiva, de paz entre los hombres, de paz entre las religiones, de paz entre las culturas, de paz entre infinidad de grupos. Es fácil encontrar la paz individual, la ataraxia, porque sólo dependes de ti mismo y de tus convicciones; lo difícil es conquistar la paz entre los hombres.

*Sofos.*- La paz política significa poco si sólo nos limitamos a acabar con las guerras y no buscamos acabar con las causas de las guerras: la injusticia, la ignorancia, la opresión y el prejuicio.

*Logos.*- A veces es mejor esquivar un problema que afrontarlo directamente. No creo que lleguemos nunca a resolver por completo el problema de la guerra, que hunde sus raíces tanto en la psicología como en la complejidad de las estructuras sociales. Lo único que podemos hacer es controlar nuestras pulsiones destructivas, domesticarlas, así como diseñar un orden social que fomente la cooperación por encima del conflicto. Pero nunca extinguiremos su llama, salvaje y persistente.

*Sofos.*- La ausencia de paz en nuestro mundo es el resultado de la pequeñez de nuestras almas. Crea almas grandes y tendrás paz, porque los individuos irradiarán compasión, templanza y armonía. Habrán aprendido entonces a pensar más allá de ellos mismos, liberados de la oscura prisión del egoísmo y de la cerrazón mental. El despertar de una conciencia adormecida, que se solidariza con el sufrimiento ajeno y con las ansias de la humanidad, nos abre a un mundo inundado de belleza y repleto de posibilidades enaltecidas. La soberbia humana, que ha provocado la caída de imperios y civilizaciones, es la fuerza negativa que nos incita a enfrentarnos entre nosotros y a imponernos sobre los demás. Es la clausura del espíritu, la negra huella de la caducidad. Nos impide contemplar la vastedad del mundo y la presencia de otros seres, de otras almas, de otras criaturas que tienen el mismo derecho que nosotros a existir, progresar e imaginar. Combate la causa de la soberbia, seca las fuentes de las que manan sus aguas

turbias y enfurecidas, y traerás paz al mundo. Pero si lo que haces sólo sirve para acrecentar un ego siempre insaciable, no vale nada.

*Logos.*- Tus ideales son bellos e inspiradores, pero creo sinceramente que se han equivocado de etapa histórica. El mundo es demasiado complejo como para pretender solucionar los grandes problemas colectivos cambiando las mentes individuales. Son planos distintos, niveles emergentes e irreducibles que demandan su propio método de análisis. Sería un error confundir la moral con la sociología. Además, por fortuna o por desgracia ya no vivimos en los tiempos de destierros voluntarios y ensimismamientos monásticos. Las universidades no son sólo templos del saber, sino de la utilidad. Basta con fijarse en el número de alumnos que optan por carreras de humanidades o de ciencias puras. Hemos de adaptarnos a esta realidad, porque luchar contra ella es vano. No es posible exiliarse artificialmente del mundo. El mundo siempre regresa a ti de una u otra forma.

*Sofos.*- Si el conocimiento es un fin en sí mismo, concebir las universidades desde una perspectiva netamente utilitarista es un crimen contra el saber. No podemos ser esclavos de lo útil.

*Logos.*- Pero tampoco de lo inútil, por lo que decir que tal o cual postura es esclava de una u otra asunción no añade nada. Siempre somos esclavos de algún presupuesto, y convertirse en esclavo de lo inútil muchas veces implica entregarse no a un fin puro e incondicionado, sino a la tiranía del placer y de los apetitos más primarios, cuando la ciega pasión aún no ha desembocado en un océano más profundo y luminoso.

*Sofos.*- La categoría de una universidad, su envergadura intelectual, se pone de manifiesto en la veneración que profesa al saber en sí mismo, en el aprecio con que cultiva saberes abstractos y teóricos que no se traducen inmediatamente en aplicaciones prácticas, al servicio de la sociedad o de la industria. Nuestras universidades deberían ser las verdaderas ciudades de Dios, microcosmos consagrados a la más alta y noble de las actividades: la búsqueda del conocimiento. Ajenas a disputas materiales, a efímeros conflictos políticos, a la sed insaciable de poder y de influencia que nubla a tantas personas, sólo obedecerían a la libertad de pensamiento. Estos espacios de reflexión no deberían verse contaminados por el ritmo frenético y vertiginoso del mundo y de sus presiones. Sólo así llegarán a alzarse como auténticos paraísos del saber. Sin embargo, ¿en qué se han convertido hoy en día?

*Logos.*- Aprecio lo que dices, pero creo que la sociedad tiene derecho a exigir también resultados útiles, pues el saber no vale nada si no contribuye a mejorar el mundo y la vida de los hombres. Corre el riesgo de transformarse en privilegio de unos pocos, en arma de dominación y en fomento de la ociosidad en el escaso número de personas que pueden dedicarse a cultivarlo. ¿De qué sirve el conocimiento si no nos ayuda a entendernos mejor los unos a los otros? Es inútil llenar el alma con grandes ideas si ello no nos ayuda a realizar grandes actos. Sin consecuencias prácticas, el cultivo del saber se convierte en un juego fatuo, en un divertimento vano y egoísta, en una traición a la humanidad.

*Sofos.*- Sólo quien logra aislarse del mundo puede comprender mejor el mundo, y derramar su luz a un mundo cegado por su propia luz. Las universidades resultarán más útiles si no se identifican del todo con la sociedad, si resisten las presiones ambientales y aprenden a volar por cielos más altos. Un observador externo, un mundo en paralelo que no tema proponer ideas osadas y desconcertantes, es la única manera de cuestionar los principios que rigen este mundo. Las universidades han de ser instituciones sostenidas sobre los valores fundamentales de la libertad de pensamiento y de la solidaridad académica, sin los cuales es imposible que la humanidad avance. Sin libertad para imaginar, concebir, criticar, reinterpretar y compartir no surgen nuevas ideas, nuevas teorías, nuevas preguntas, nuevas formas de ver el mundo, porque educar es enseñar a dudar razonablemente, para juzgar las cosas por uno mismo.

*Logos.*- Si es así, qué hermosa y perdurable responsabilidad la de los profesores: introducirnos en el largo y apasionante camino hacia la libertad mediante el conocimiento; enseñarnos a aprender y enseñarnos a reconocernos a nosotros mismos; ofrecernos las herramientas para buscar y pensar por nosotros, para ser nosotros y para crecer más allá de lo que somos. Ayudarnos, en definitiva, a comprender el significado de lo humano, tarea encomendada a todas las épocas y a todos los individuos.

*Sofos.*- Dudar por dudar es infantil; dudar para progresar es sabio. Y el miedo, la sumisión o las modas atentan contra ese espíritu de libertad e intercambio. Nos entumescen. Renunciamos entonces a la osadía de pensar, al don más excelso que posee nuestra mente. El mayor servicio de una institución universitaria consiste así en cultivar el saber mismo, en investigar, en reflexionar, en contribuir a la maravilla de comprender. Creemos departamentos de sánscrito, de historia, de griego bizantino, de topología algebraica, de física teórica... y tendremos una universidad, no una escuela. Basta con que haya al menos una persona que se consagre al estudio del etrusco o del sumerio, pues no podemos tolerar que se pierdan estos conocimientos, ese patrimonio humano. Sin investigación no hay conocimiento, y sin conocimiento no hay libertad. Alabemos el saber por el saber mismo, como fin puro. Es la expresión de la dignidad de la razón humana, que no se pliega a metas ajenas a su propio desarrollo. Evoca la libertad máxima del espíritu en su acercamiento desinteresado a algo que nos trasciende y diviniza, a algo noble. ¡Oh, mundo del saber puro, no subordinado a intereses prácticos, mas puesto al servicio de la dignidad del conocimiento como fin incondicionado!

*Logos.*- Qué bello es tu idealismo, émulo de las épocas de mayor esplendor de la humanidad, pero permíteme ser escéptico, e incluso pesimista. Ese parnaso de recogimiento sapiencial que tanto te seduce, venturosamente ajeno a los ruidos y vaivenes del mundo, ya no existe, y probablemente no volverá a existir nunca. La historia avanza de forma inexorable y aleccionadora. Ningún individuo tiene la fuerza suficiente para cambiar una tendencia tan sólida, tan constatada.

*Sofos.*- Si por mí fuera, me evadiría de este mundo caduco y banal y me recluiría en los pocos refugios intelectuales y estéticos que aún quedan, a ser posible lejos, en enclaves recónditos, pero rodeados de belleza. Ansioso de soledad y contemplación, me reconciliaría conmigo mismo en un claustro románico como el de Santo Domingo de Silos, o en uno gótico flamígero, como el de San Salvador de Oña, con sus finas tracerías, atento al suave rumor del agua que borbotea en la fuente, reminiscencia de una paz divina y de una armonía celestial. Sólo el canto de los pájaros interrumpiría mi silencio, piadosa efusión de arte en el misterio de la naturaleza, triunfo de la corriente de la vida sobre la inmutabilidad de lo inerte. Allí forjaría con mi mente prodigios mayores que todos los cielos y galaxias del universo. Y junto a esa ventana abierta al paraíso de la claridad auténtica creo que compondría, como Fray Luis de León, una oda a la vida retirada, a ese existir beatífico en comunión con lo que tiene valor por sí mismo, emancipado de la esclavitud tecnológica y del ensordecedor ruido ambiental. Encadenado al amor por la verdad y la belleza, sentiría una esclavitud dulce, porque asumiría una vocación universal, de la que brotaría un mensaje inspirador para todos los hombres. Entonces lograría encaramarme a las doradas torres de la sabiduría para desde ellas divisar un mundo más vasto, compasivo y bello de lo que imaginábamos. Azucena y libro, pureza y conocimiento, definirían mi alma renacida en la esfera de lo profundo. Qué noble y poderosa utopía la de consagrarse por entero a la búsqueda libre del saber. Ser partícipe del despliegue de esfuerzo y paciencia que exige el ascenso a los cielos de la verdad y de la abstracción, arduas cimas que consumen ingentes desvelos y que sólo rinden tributo a la perseverancia, la pasión y la destreza. Gustoso subiría ahora mismo por esa escalinata invisible, exquisitamente simbolizada en obras como la Escalera de Minerva en Coimbra, la de Soto en Salamanca y la de Miguel Ángel en la Biblioteca Laurenciana de Florencia. Sí, qué hermoso es soñar...

*Logos.*- ¿Alcanzarías realmente la libertad en una vida monástica? Racionalización del tiempo, horarios cuyo eje central gira en torno a la liturgia, imperativo de orar y de trabajar, anulación del individuo, férrea disciplina, despotismo teológico, sometimiento a reglas externas... ¿Dónde yace la libertad creadora en semejante huida a un mundo virtual, a un consuelo efímero?

*Sofos.*- No me importa. Ni siquiera necesito retirarme a un monasterio cristiano perdido entre las montañas. Me bastaría con crear mi propio refugio estético, mi propio parnaso en medio de lo cotidiano, para iluminar la existencia con una luz incesante. Desnuda mi alma ante lo que tiene valor por sí mismo, me imbuiría de ese hondo equilibrio espiritual que preside los jardines zen, simples y diáfanos, puros en su simbiosis de piedra, agua y silencio, estampas de un cielo divino regido por la armonía. ¿No brilla en ellos la naturaleza con todo su esplendor? ¿No busca la mente humana sustraerse a esta cadena desasosegante de transformaciones que nos impide captar el fundamento?

*Logos.*- Sumergirse permanentemente en esos remansos de paz y hondura sería la solución fácil. Lo que hemos de hacer es luchar por mejorar el mundo. ¿Y qué significa mejorar el mundo? Traer más belleza, más amor, más sabiduría. No renunciemos entonces a adaptarnos a muchas de las exigencias del mundo, ni a extraer las lecciones más valiosas de nuestro tiempo, que también es capaz de prodigarnos grandes enseñanzas.

*Sofos.*- Creo que cuando contemplas cómo fluyen sin descanso los arroyos de la vida, cómo los suaves perfiles que antes ondulaban el horizonte se agitan ahora intempestivamente en tu pecho, condenados a la evanescencia, cómo se te escapa la fuerza, el todo, el sentido..., es inevitable que te atrape la tentación de querer detener ese salvaje devenir y decir "esto es mío"; no más caminar, no más avanzar hacia un destino desconcertante, no más tiempo, para que sólo primen el espacio y la permanencia, con el cálido soplo de una belleza perenne, de un impulso tierno y amoroso. Sería un cielo en miniatura, una tierra convertida en paraíso.

*Logos.*- Todo cambia, sí, menos el amor... Pero ¿por qué temer el cambio? El cambio es la esencia de la vida, y de la materia, y del espíritu. Todo es cambio en un universo que no cesa de avanzar, de contradecir lo anterior y de irrumpir en nuevos horizontes.

*Sofos.*- No idolatremos el cambio. Convivir con la conciencia de cambio es crucial para adaptarse a las nuevas circunstancias, pero si nos obsesionamos con cambiar sin necesidad, con cambiar por cambiar, corremos el riesgo de quedarnos inadaptados a ningún medio. Aprendamos por fin a conciliar cambio y permanencia.

*Logos.*- Yo más bien abogaría por aprender a anticiparse tanto al cambio como a la permanencia; por aprender, en suma, a ser conscientes. Además, ese sueño tan hermoso de capturar plenamente el instante y de suspender su irrefrenable disolución en una cascada de nuevos momentos, como anhelaba un Fausto arrebatado por la belleza de algunas imágenes que desfilan ante los ojos del género humano, ¿no se realiza de una u otra forma cuando cultivamos la vida intelectual? Porque cuando nos entregamos en profundidad al estudio o a la creación, se diluye la conciencia del tiempo. Nos posee la inmutabilidad. Como si se tratara de un fenómeno inspirado en la física relativista, en esas ocasiones parece que la mente viaja a velocidades cercanas a la de la luz y que los instantes se dilatan milagrosamente en su sistema de referencia. Un minuto se asemeja entonces a una hora, y una tarde a un día; la eternidad ralentiza sus portentos y derrama toda su gloria en la copa de una sola noche. Al compás de esa intuición creadora, nuestra alma se abre a la inmensidad, y al hacerlo engrandecemos nuestro propio espíritu. Las energías cognitivas que consume este proceso de explosión combinatoria son ingentes, pero la recompensa es celestial, es el premio más elevado que puede recibir un hombre: la intangible corona de laurel de quien busca no el dinero, el poder o la fama, sino el saber puro y la creación pura. Consagrarse a la búsqueda paciente de lo universal, no a los espejismos efímeros y a los deleites fugitivos de los honores mundanos, es lo único que puede revelarnos el rostro esquivo de la felicidad. Porque la felicidad verdadera no puede consistir en tener o en acumular, sino en vivir nuestro paso por la tierra con sencillez y hondura.

*Sofos.*- No podría estar más de acuerdo con tus palabras. Cuando me sumerjo en la corriente de un pensamiento creativo, siento que el tiempo se suspende. Un presente eterno atrapa mi alma con dulzura y me deshago de todo apego al yo. Me trasciendo. Sólo el objeto me posee. Me universalizo. En ese momento, la subjetividad se

trasciende en objetividad pura, pero en una objetividad aún más grande, porque ha incorporado la grandeza de lo subjetivo, de su ansia y de su búsqueda. Es la objetividad verdadera, que trasciende la oposición entre sujeto y objeto y nos revela un mundo nuevo, el mundo de la creación, la aurora luminosa de una gran idea. Embriagado de voluntad creadora, parece que escucho la voz de un ángel, un canto melodioso cuya pureza brota no de lo alto, sino de los fondos telúricos del alma, de las profundidades abisales de lo desconocido que habita en nosotros. Es entonces cuando la alfombra mágica de un amor honesto me eleva a un mundo de maravillas, a la meca de mi anhelo.

*Logos.*- La conciencia creadora es una inteligencia osada, que no teme entregarse a sus propias intuiciones. Y sólo de una intención pura puede surgir una gran creación. Sólo cuando el creador se sincera consigo mismo, asume su propia libertad y escapa al juicio ajeno para ascender a un plano de verdadera autonomía puede forjar algo grande, algo genuino, algo diferente. Porque lo diferente es el signo de nuestra subjetividad, el derecho y el deber de grabar nuestra huella en la naturaleza y en la historia.

*Sofos.*- Suspender la historia, dilatar los instantes, ser partícipe de ese fervor intelectual o estético que nos transporta a un paraíso ajeno a tiempos y espacios, colindante con la divina eternidad... Esta sensación indescriptible anega nuestro espíritu cuando buceamos en la hondura de la creación intelectual y artística, y parece que nada en el mundo existe más allá de esa relación inmediata con el objeto de nuestra investigación o de nuestra imaginación. Brilla entonces la verdadera libertad, y tiene lugar el espectáculo más memorable que puede protagonizar un alma enamorada de la creatividad y del saber. Sin embargo, incluso en esos momentos tan inescrutables no puedo dejar de sufrir. Sufro por la fugacidad, por las exhalaciones de una pasión perdida, por el carácter caduco de los esfuerzos humanos, dolorosamente marchitos, por asemejarse todo a espuma que se deshace ante la avidez de nuestra voluntad.

*Logos.*- Quien ama la imaginación contempla la vida como una oportunidad, no como una condena y una fuente de sufrimiento. Se transforma así en conciencia bienhechora, ansiosa de irradiar luz y sabiduría a sus semejantes.

*Sofos.*- Cuánta razón tenía Buda: sufrimos por lo que no tenemos y por lo que tenemos. Por todo sufrimos. Todo evoca posibilidad de sufrimiento. Un manantial de dolor incesante es la existencia humana, incapaz de resistir la luz cegadora del deseo, rehén de las proyecciones volcadas al futuro, obnubilada por las miríadas de anhelos que se desprenden de una voluntad fáustica. Pues toda esa belleza perdida, toda la grandeza que un día atesoramos, ¿quién la reconstruirá? ¿Quién la ampliará? ¿Quién resucitará las pasiones olvidadas? Sólo puedo hacerme eco de la nostalgia de tantos poetas, del suspiro incontenible de un alma que desfallece; de la angustia de todo hombre ante lo irrecuperable, ante el paisaje melancólico de la historia. Un destino incomprensible mutila nuestro ser, condenado a vagar entre pedazos de cosmovisiones derrumbadas.

*Logos.*- Es digno y puro sentir nostalgia ante la belleza y la bondad desvanecidas, ante la mirada grávida de una historia implacable. Nos enaltece, y refleja el corazón de

nuestra humanidad. Yo también quisiera congelar el curso del mundo y cantar eternamente las maravillas de todo lo hermoso y noble que ha brotado sobre la faz de la tierra. Pero huir del mundo, como propugnaban los ascetas y los monjes medievales, esconde una profunda cobardía. Hay mucho trabajo pendiente antes de retirarse del mundo. Somos seres en el mundo, y esa belleza languidecida que tú imploras no habría sido contemplada por el hombre si no nos hubiéramos esforzado en recorrer los misteriosos senderos del mundo. La historia merece no sólo ser recordada, llorada y admirada, sino también reinterpretada en cada instante.

*Sofos.*- Yo más bien creo que somos seres contra el mundo, y que es en esta incesante rebeldía contra lo dado donde radica la esencia más genuina de la humanidad y de nuestra curiosidad indoblegable. También una piedra es un ser en el mundo, y una planta, y un animal. Decir que el hombre es un ser en el mundo no añade nada a lo evidente. No revela la dimensión más profunda y genuina de lo humano, su auténtico horizonte. Hay incontables seres en el mundo, pero sólo uno que aspire a desafiar el mundo, creando su propio mundo. Una filosofía verdaderamente profunda y esclarecedora debería reflexionar sobre esto y no sobre lo que ya sabemos; sobre la contrariedad al mundo y no sobre la mundanidad del mundo. ¿Por qué queremos ir más allá del mundo? ¿Por qué esta sublevación exacerbada contra lo dado? ¿Por qué la pregunta? ¿Por qué *el porqué*? Es asombro ante el asombro, deseo del deseo, contemplación de la propia contemplación. Es la esencia de lo humano elevada a principio rector de toda vida y de toda hermenéutica.

*Logos.*- Pienso que defender nuestro carácter de seres en el mundo no es incompatible con sostener que en nuestra constitución biológica existe un impulso indoblegable a alzarnos contra el mundo. Lo maravilloso es que la propia naturaleza haya sembrado el germen de la rebeldía en una de sus creaciones. Es ella la que ha encendido esta desobediencia ontológica desde su propio seno. Es ella la que alimenta a quien pretende destronarla.

*Sofos.*- Si el hombre no es un ser en el mundo, sino un ser contra el mundo, se halla entonces sumido en un despiadado duelo de titanes, en una gigantomaquia de desenlace incierto. Ojalá hubiera tregua, pero esta batalla entre lo inconsciente y lo consciente quizás sólo se salde con la destrucción de lo segundo. Aun así, necesito seguir soñando, arremolinar las prolongaciones de mi yo en el regazo de mis sueños, porque en ellos me descubro, y es en ellos donde forjo mi porvenir. Cuando mi alma se entrega a la dulzura de los sueños, percibe un susurro celestial, un eco prófugo de procedencia incognoscible. Es la eterna juventud de la imaginación creadora; es el sueño transformado en esperanza.

*Logos.*- Consciente o inconsciente, esa mente que inventa sueños crea también pesadillas; una pesadilla cósmica para quienes aún piensen que el universo de átomos y lógica es una proyección de la conciencia...

*Sofos.*- Deja que disfrute de esta vista sublime que mis sueños me ofrecen: un mundo vasto, pulcro y pleno, que yo sobrevuelo a mi antojo y en cuya belleza mística y exuberante encuentro el añorado hogar. Deja que me consagre por entero a lo imposible. No me impidas ser aquello que busco.

*Logos.*- Lejos de mí tan oscura intención. Lo que pretendo es advertirte acerca de los peligros del idealismo, pendiente resbaladiza que puede hacernos renegar del mundo para fugarnos plácidamente a universos irreales.

*Sofos.*- Permite entonces que las alas intactas del ensueño se posen sobre un alma sensible, acariciada por la intuición de un don insondable. Déjame ser idealista, porque así ensancho mi humanidad, mi mente, mi deseo, mi futuro, y lleno mi espíritu con evocaciones de ligereza y transparencia, destellos de un cielo puro regido por el amor y la sabiduría. Esa voluntad que enarbola anhelos imposibles fertiliza mi ansia de vida, mi llamada a continuar sin temor o recelo por las sendas de una existencia extraña y en ocasiones descorazonadora.

*Logos.*- Escasa es la distancia que separa el idealismo de la religiosidad. Se empieza por creer en lo imposible y se acaba por claudicar ante la fe, ante el dogma, ante la certeza subjetiva y esclerotizada, impermeable a la discusión y al contraste empírico. De nada sirve rebelarse contra una razón sujeta a la evidencia.

*Sofos.*- Poco habría avanzado la propia razón humana si nuestros ancestros hubiesen pensado como tú. Los grandes pioneros de la ciencia y del arte tuvieron que profesar fe en algo que entonces era ajeno a las evidencias empíricas. Sin fe nos quedaríamos atados al presente, a lo dado. No me refiero a una fe religiosa, sino a una fe humana, que nos permite anticiparnos a las posibilidades que laten en el universo en forma de ideas. Además, por egoísmo cultural reconozco que me entristecería profundamente asistir a la desaparición completa de los vestigios de fe e idealismo que aún quedan en el mundo. Las religiones quizás se extingan, pero no la religión como depósito de símbolos, como reserva de imaginación creadora. Pues admiro las alas de la fantasía, cómo brotan en el seno de la intuición y se elevan con ligereza por encima de lo observable para vislumbrar otros mundos posibles. Te lo confieso: ojalá persistan los monjes y los monasterios, para así preservar ese ilustre y copioso legado de sabiduría y belleza que aún hoy custodian. Mi religión es el arte y la bondad, la hermosura y la santidad de un acto noble; el dios interior que habita en nuestra conciencia individual. No podría soportar un mundo despojado del idealismo, vaciado de la creencia en una belleza pura y en una existencia libre de las angustiosas presiones que ejercen el dinero y el poder. Pesadumbre y aflicción es lo que me produce comprobar cómo se extingue todo un universo, cómo se deshace ante nosotros el cielo de la utopía, cómo se desfigura la silueta del ideal...

*Logos.*- ¡Eres un romántico! Un romántico irredento, que vive entre ideas divinas y armonías celestiales, atento a la mirada furtiva de un saber oculto. Te sientes cautivado por los fríos muros de los monasterios cistercienses y por las altas bóvedas de las

catedrales góticas, oraciones en piedra que irradian sacralidad. Perdido deleitosamente en la atmósfera nostálgica y severa que desprenden esas nobles ruinas, identificada tu alma con la pureza de sus evocaciones, te entregas a las ensoñaciones más dulces dentro de sus claustros húmedos y enmudecidos, mistificados por el suave rumor del agua que brota de una fuente sigilosa cuya concordia te llena de esperanza y sosiego, destellos aleccionadores de una pasión adormecida. Crees vagar por un mundo colmado de cándida fantasía y fervor estético que contrasta clamorosamente con la agria realidad del aquí y del ahora. Aunque te falte la fe, te sobra la emoción. Pero no hay que huir, sino comprender, y comprender para transformar. No observar el mundo con aristocrático desdén, sino afanarse en entenderlo para mejorarlo. Se trata de un reto estremecedor, pero digno de la humanidad. El ideal neoplatónico hoy sirve de poco, pues esa unidad lejana e insondable teorizada por Plotino, a la que sólo se puede acceder mediante la espiritualización del hombre y la desmaterialización de la vida, no existe fuera del mundo. Esa unidad es el mundo, con su imperfección y transitoriedad. Esa unidad comparece en la mente que busca reconciliarse con la materia, no en la mente que reniega de la materia.

*Sofos.*- Puede que tengas razón, pero insisto en que me resulta inevitable idealizar determinados momentos históricos, o ciertos lugares imantados con un encanto insólito, tan deslumbrantes como un atardecer junto a La Alhambra. Piensa en la belleza silenciosa de un paraje solitario, cuya magia nos envuelve con ternura y nos rescata de todo sentimiento triste y gris. ¿Qué poeta no querría immortalizar ese cielo en miniatura que contemplamos en algunos enclaves bendecidos con una luz sobrenatural? Su hermosura parece creada para el sobrecogimiento lírico. Evoco el borboteo de aguas azuladas que surcan la ladera de un bosque, verdeadas por el musgo. Me redimo en ese murmullo celestial que en ocasiones nos atrapa cálidamente y nos contagia una sensación de plenitud espiritual y estética incomparable. Absorto en la contemplación de la belleza, ¿quién no se sumerge en un fecundo retraimiento espiritual, en un soliloquio propio de dioses que nos abre las puertas de ese paraíso interior escondido en los fondos abisales de la subjetividad? La flor de una felicidad eterna brota entonces de súbito en el alma. Pues ante la belleza, incluso el infierno latente en las simas de toda conciencia humana parece difuminarse, como si un agua demasiado pura hubiese apagado sus llamas. Recuerdo con viveza cómo, arrullado por la dulzura del canto de un pájaro que se había posado sobre la rama de un sauce, y cuya silueta se reflejaba armoniosamente en la superficie del río, una vez me sumí en un profundo sueño. Tan sólo percibía el leve fluir de la corriente, sutil y cadencioso como los chorros de agua que engalanan un jardín islámico. Embriagado por la belleza pura de esa música ascética, de esa melodía acompasada, empecé a imaginar que el paso del tiempo se había suspendido piadosamente en una clepsidra divina, y que las presiones de la necesidad material se habían por fin desvanecido. Al cabo de unos minutos, fue un tenue rayo de luz lo que me hizo despertar, vacilante frente a la verdad y la hermosura de lo soñado. Pero mientras estaba ensimismado en semejante recreación onírica sentí que un sueño aún más luminoso me envolvía con la delicadeza y la serenidad de sus redes: el sueño de la belleza, el sueño de la creación, el sueño de un mundo digno de nuestros ideales. Regocijarse en el embrujo de los sueños para inundar el mundo de fantasía, de idealismo, de voluntad...; pasión desencadenada que por fin se lanza a volar sobre el paisaje de lo imposible. Es la vocación más genuina del artista. Y yo me rindo ante la fuerza que emana de esa intuición tan profunda.

*Logos.*- Con frecuencia he albergado un sentimiento parecido al tuyo. El poder de la autosugestión humana, sobre todo ante algunos estímulos especialmente bellos, no deja de sorprenderme. El mundo parece yacer suspendido en tus manos, y las fuerzas de la naturaleza amagan con deshojarse ante el poder omnímodo de tu voluntad. Buceamos entonces en ese sentimiento oceánico del que hablaba Freud, y todos los ríos de la mente humana desembocan en una totalidad confusa e insumisa, en una inmensidad sobrecogedora como la que aseguran haber percibido místicos y profetas en sus más exaltados delirios poéticos. Santa Teresa de Ávila creía que un ángel alanceaba su cuerpo y traspasaba su alma, y otros místicos han imaginado que vagaban por los espacios celestes. Así, el célebre patriarca antediluviano Enoc, figura central de la literatura apócrifa judía y protagonista de inverosímiles peripecias siderales, habría viajado cual cosmonauta por el firmamento para revelar a los hombres la naturaleza oculta del reino de Dios. Un arrecife de fantasías multiformes y evocadoras, pero meras y abigarradas fantasías, que nos despistan en nuestra búsqueda del conocimiento, en nuestro ascenso hacia la verdad.

*Sofos.*- Mientras sean bellas, mientras sean puras y cautivadoras, alabaré esas fantasías, pues ¿no es la naturaleza una gigantesca y hermosa fantasía, una melodía infinita, un canto inacabado que sólo unos pocos logran comprender? ¿No es el artista el interlocutor por antonomasia de una naturaleza en apariencia muda, pero en verdad elocuente como los mejores oradores y profunda como los filósofos más sabios? La fascinación por la belleza es hondamente humana. Demasiado humana, diría yo, pues llevamos siglos empeñados en descifrar su lenguaje, las estructuras matemáticas que la expresan. ¿Acaso hemos conseguido superar a la naturaleza en capacidad creadora? ¿Son nuestras obras más bellas e inspiradoras que las suyas? Lo ignoro, pero sólo sé una cosa: a diferencia del hombre, la naturaleza no busca la belleza por sí misma. Somos nosotros quienes concebimos fines auténticos, nobles sueños de trascendencia sobre las leyes inexorables de la física. No queremos limitarnos a satisfacer reglas impuestas desde fuera, sino a afirmarnos como agentes creadores, autónomos, que con el soplo divino de la razón y de la imaginación infunden vida a lo inerte.

*Logos.*- La ciencia nos dará la respuesta. Sólo si investigamos la naturaleza de la mente humana descubriremos por qué vivimos atrapados por ese sueño de belleza plena e infinita que tú has descrito. Sólo entonces comprenderemos cómo construye nuestro cerebro los grandes ideales que nos orientan en las sendas de la vida.

*Sofos.*- Con la ciencia conoces qué es el hombre, con el arte de qué es capaz el hombre. Pues ¿cuál es el destino de un gran artista, sino convertirse en mediador entre el ser humano y la emoción suprema? Yo no puedo evitar derramar lágrimas cuando admiro una obra cumbre de la pintura, como *El nacimiento de Venus*, de Botticelli, o cuando escucho la *Quinta Sinfonía* de Beethoven, especialmente su segundo movimiento, y me siento vinculado a una belleza gloriosa, a una primavera eterna. En ese instante, una luz intensísima me deslumbra con su pureza celestial, y todo emerge límpido ante mi espíritu, puro como una belleza libre y expansiva que no cesa de atraparme con la dulzura de sus rayos. Renace entonces el alma humana con un vigor nuevo, y todas las tinieblas del temor y de la angustia se disipan suavemente ante ese sol inusitado. Sólo es sinceridad lo que transmite mi mirada cuando me posee semejante sentimiento de

libertad y pureza. Percibo todo un mundo oculto, bendecido con una claridad divina, capaz de rescatarme de las preocupaciones efímeras y de las ansias vanas para elevarme a un paraíso de armonía, verdad y plenitud. Creo que ni la poesía ni la arquitectura logran penetrar con tanta fuerza en el alma como la música. La gran música, la música bella y profunda, la música que nos permite contemplarnos en el espejo de nuestros propios sentimientos, expresa lo inexpresable. Nos hunde en la vastedad infinita de nuestro yo. Nos reconcilia con nuestras auténticas posibilidades. Nos desgarrar y sobrecoge, porque rompe el velo de las apariencias y nos descubre que en la amplitud del ensueño y del deseo somos verdaderamente libres, verdaderamente humanos, auroras triunfantes sobre los ocasos y las noches.

*Logos.*- Sin duda, el arte engrandece a la humanidad, pero es la ciencia la que mejor entiende el lenguaje de la naturaleza y el conjunto de sus posibilidades. Lo que el arte imaginó se hizo realidad con la ciencia, fuente de la técnica. La ciencia, obra maestra de la humanidad, proclama nuestra gloria, la gloria de nuestra mente, la gloria del deseo de saber, por fin cumplido. Enfrentados a la inmensidad de la naturaleza nos sentimos minúsculos e irrisorios, pero en cuanto comprendemos sus leyes nos hacemos partícipes de esa grandeza.

*Sofos.*- Tendrás que justificar mejor tu tesis, querido amigo. Para mí el arte, o la expresividad tomada como fin en sí misma, es superior a la ciencia, y me parece que las manifestaciones más excelsas de la creatividad humana residen en las obras artísticas, no en los descubrimientos científicos. Las teorías pasan, las obras perduran. Además, pienso, como Platón, que la filosofía es la primera de las artes...

*Logos.*- O la primera de las ciencias, como creía Aristóteles, para quien la metafísica, núcleo de la filosofía, se halla destinada a dar razón de las demás ciencias. Pues toda ciencia remite a postulados filosóficos, a axiomas metafísicos difícilmente comprobables. Incorpora una lógica. Incluso yo, que me considero un fervoroso seguidor del método científico, debo reconocerlo. Opino, en cualquier caso, que los axiomas de la ciencia son mínimos e infinitamente elásticos. Proporcionan el fundamento de su autocorrección perpetua, en una iteración inagotable entre el pensamiento y el mundo.

*Sofos.*- Más bien diría que la filosofía es el puente entre las ciencias y las artes. Es la última de las ciencias y la primera de las artes. Es la ciencia del significado y el arte del concepto, pues pretende diseccionar analíticamente las ideas y al mismo tiempo crear ideas nuevas. Y una idea nueva es la cima que corona todo esfuerzo intelectual. La esencia de la filosofía reside en el despliegue de un empeño conceptualizador que toma distancia crítica con la realidad para pensarla, comprenderla y, por qué no, transformarla y recrearla. En su crisol se funden entonces el ímpetu científico y el impulso artístico.

*Logos.*- Pero lo último y lo primero convergen en ese inmenso ciclo que es el pensamiento humano. De hecho, la ciencia es cultura, como lo es el arte. Es el reflejo más eminente de la capacidad de comprensión que todos atesoramos, del poder de

trascender situaciones particulares para elevarnos al análisis de lo universal, al plano de las leyes comunes más allá de la multiplicidad de los fenómenos, de los patrones de comportamiento que exhibe una naturaleza vasta y desafiante, pero por fortuna sometida a reglas que la inteligencia humana logra discernir. Ya dijo Aristóteles que la inteligencia “*es la más divina de las cosas que conocemos*”. Y, ciertamente, la inteligencia resplandece como la habilidad de relacionar ideas, de conectar lo distinto con arreglo a lo compartido, a la unidad subyacente. Sólo resuelve problemas quien capta conexiones entre elementos, quien ve un todo más allá de las partes. La inteligencia es entonces sinónimo de nuestro poder de comprensión, y la emoción de comprender nos abre a lo indescriptible, subyugados por lo que conocemos y por lo que desconocemos.

*Sofos.*- A lo largo de su historia, la filosofía ha brillado como creación: creación de categorías, de sistemas, de marcos, de argumentos, de ideales, de utopías, de imaginarios... La filosofía se ha alzado siempre como una evocadora síntesis entre la razón, cuya esencia es serena y melancólica, y la pasión, esa voluptuosa efervescencia imaginativa que rubrica nuestra humanidad. Al igual que el científico, el filósofo busca comprender. Pero a diferencia del científico, el filósofo busca extraer un sentido humano de esa comprensión, para relacionarlo todo con todo: el hombre con la naturaleza, el pasado con el futuro, lo real con lo posible. La filosofía no se conforma con los análisis fragmentarios del mundo que ofrecen las distintas ciencias. Persigue un entendimiento completo, la universalidad en sí: llegar al fundamento de todo, guiada por un afán de totalidad que sella su destino, y quizás también su tragedia. Se ha dicho que los científicos viven en una isla de conocimiento rodeados de un mar de ignorancia. Más bien creo que habitan en un archipiélago, pues ni siquiera sabemos con certeza cuál es la conexión entre esas islas. La filosofía puede y debe aportar mucho a la comprensión de los puentes que vinculan las islas del saber, de los principios unificadores, para dibujar un mapa más preciso y profundo de la realidad y del conocimiento.

*Logos.*- Pienso, no obstante, que para crear de manera auténticamente fecunda, sin caer en el atraso y en el anquilosamiento conceptual, la filosofía ha de comprender primero las verdades de la ciencia. Más aún, ha de asimilar el método que nos permite adquirir esas verdades. Ha de destilar el poder explicativo de la ciencia a través de sus conceptos más profundos y universales, y elaborar un sistema plenamente racional, que integre todo ese conocimiento y muestre las conexiones entre las ideas científicas. La filosofía absorberá el espíritu de la ciencia y del arte; será ciencia y arte, no retorno al espíritu primigenio y a su despliegue desde formas ancestrales, desde un núcleo primordial y totalizante que se desenvuelve y ratifica palingenésicamente, sino superación y creación de nuevas ideas. En definitiva, la filosofía debe comprender y crear, ha de convertirse en una hermosa síntesis de ciencia y arte, al servicio de la razón y de la imaginación humana.

*Sofos.*- Tú exaltas el poder de comprensión de la mente humana, su habilidad para imponer orden donde parece que tan sólo vaga el fantasma del caos.

*Logos.*- Por supuesto. Y lo hago porque quiero comprender. Quiero entenderlo todo. Quiero fundirme con la totalidad del universo mediante la luz de la razón. Asumo libremente el anhelo de bañarse en las fuentes de la sabiduría más profunda, en el oriente donde nace todo conocimiento verdadero.

*Sofos.*- Yo prefiero alabar nuestra fuerza creadora, la huella de lo subjetivo, nuestra independencia ante el frío acontecer de un mundo incapaz de responder a los más altos ideales de belleza, bondad y amor que llega a concebir el espíritu humano. En el arte resucitan aspiraciones fenecidas, sueños incumplidos, anhelos prohibidos. En el arte damos rienda suelta a todo lo que podemos imaginar en ese reino infinito que se esconde en las profundidades inasibles de la conciencia. El arte es vida, es humanidad, es creación incesante de mundos nuevos. La obra de arte abre el espíritu, no lo cierra o lastra con dogmas, certezas e imposiciones. De esta grandeza desmesurada latente en las entrañas del arte nace una sensación gloriosa y desbordante de libertad. Háblame con algo más puro, más hermoso, más divino que la palabra y la razón. Háblame con el sentimiento. Háblame con el arte, que no se subordina a las exigencias ciegas y necesarias del razonamiento lógico, sino que se abre a lo inaudito, a lo insólito, a lo inesperado.

*Logos.*- ¿Crees que al estudiar científicamente un fenómeno lo vacías de belleza y sentido? Te equivocas. Ahí dentro, en lo profundo, hay más maravillas ocultas de las que puedes ver. Ahí yace un universo tan vasto y fascinante como el espacio exterior. La belleza que captan tus sentidos es un ápice de los tesoros estéticos que pueblan la naturaleza en sus fundamentos últimos. Tú ves una estrella en la lejanía, pero el científico escruta ese cuerpo celeste y descubre las mismas leyes físicas y químicas que rigen los procesos terrenales. He aquí la verdadera belleza, la belleza universal, expresada mediante leyes de simetría y conservación que evocan lo eterno e imperan en cualquier región del cosmos. Para el artista es un milagro que las plantas crezcan y que muchas de sus hojas sean verdes, pero el científico desentraña el proceso de la fotosíntesis y la estructura molecular de la clorofila. El milagro se convierte en ley, y lo impenetrable en razón. Contemplas el pétalo de una rosa, y cantas poéticamente todo lo que te sugiere esa belleza silenciosa y pura. Como el místico, crees que se halla suspendida en sí misma, en su propia justificación, en su autosuficiencia lírica. Yo entiendo el porqué de sus colores, las cadenas de moléculas que la conforman, el deslumbrante mundo de átomos y leyes de la naturaleza que se entretajan con perfección suma. Hay más misterios cuanto más profundizamos en la estructura de la realidad. Hay más secretos ocultos, todo un mundo de belleza única e inmarcesible. No creas que menosprecio el arte, porque yo también caigo rendido ante las manifestaciones más sublimes del genio creador de la humanidad: pirámides, templos, catedrales, bóvedas, bibliotecas, grandes obras del pensamiento científico, eximias partituras, brillantes inventos... Yo también me estremezco ante el cielo nocturno, moteado de estrellas capaces de pincelar un lienzo admirable, mientras lucen bellas y esplendorosas, flotando en espacios recónditos; explosión de luminosidad estética que nos envuelve con los suaves rayos de su armonía. Mi sensibilidad también se rinde ante la belleza desbocada de un crepúsculo junto al mar, cuando todo invita a soñar con algo aún más puro. Pues todo brota del manantial inagotable del ingenio natural y humano, y esos prodigios revelan sólo una porción de las verdaderas posibilidades de la naturaleza

y de la mente. Es preciso lograr un equilibrio entre el asombro y la crítica. El asombro despierta la mente, la crítica la orienta. El asombro es sólo el primer paso hacia la comprensión. Yo amplí el reino de la belleza; yo extiendo la posibilidad de contemplar. Yo fundo arte y ciencia.

*Sofos.*- Tú crees entender esa belleza, y quizás tengas razón, porque la percepción de la belleza del mundo es inseparable de la autopercepción que la mente humana tiene de sí misma. Pero mayor que la belleza del mundo es la belleza del espíritu, que sabe apreciar esa belleza, que es consciente de la belleza, que aspira a crear belleza; Dios encarnado en la fuerza de un deseo puro. ¿Y no te parece, como a Sófocles, que "*numerosas son las maravillas del mundo, pero de todas la más sorprendente es el hombre*"? Porque la octava maravilla del mundo reside en la mente humana; o más bien la primera, pues es condición de posibilidad de las restantes maravillas erigidas por la mano del hombre.

*Logos.*- Me malinterpretarías si pensaras que me conformo con entender el mundo, con esclarecer su estructura y explicar su funcionamiento. Yo quiero comprender para crear, y crear para vivir de forma más humana, o incluso divina. Apreciar lo objetivo para progresar en subjetividad. No opongas lo universal a lo individual, la necesidad de la razón a la libertad de la voluntad. Al pensar y actuar como individuo estás ya expandiendo lo universal, estás realizando posibilidades universales que sólo despiertan a través de los individuos y de sus voluntades. Y, a la inversa, al acceder a la esfera de lo universal mediante el pensamiento racional, ¿no te estás descubriendo como individuo, como vanguardia de una posibilidad universal? La razón no es tu enemiga, sino tu aliada. El horizonte de universalidad que ella nos brinda es nuestra salvación, no nuestra condena. No caigas en el absurdo de Kierkegaard, para quien mi posición como observador objetivo de la realidad puede debilitar lo humano que hay en mí, mi ser más íntimo, como si el ejercicio de la razón menoscabara mi subjetividad. Crezco en humanidad cuando comprendo lo que me rodea, pues al hacerlo me comprendo a mí mismo. Amplí la angustiosa y asfixiante esfera de mi yo, de mi pequeñez, de mi egoísmo, oscuro y opresivo. Me universalizo, me inserto en un todo mayor, pero sin dejar de ser vanguardia subjetiva de ese todo. Observo para observarme, y al relativizarme me expando. Ensanchó objetivamente mi subjetividad. La razón me humaniza. La razón me abre a nuevos mundos. La razón me constituye en vanguardia y anticipo de posibilidades de esos mundos. La razón me dignifica, porque me revela cómo en medio de la necesidad universal surgen posibilidades infinitas, semillas de libertad y creación.

*Sofos.*- Antepones la verdad a la libertad.

*Logos.*- En efecto, para mí la verdad es el valor supremo. Libertades hay muchas, verdad sólo hay una. Prefiero la unidad a la pluralidad.

*Sofos.*- Pero eso es una opción filosófica, tan discutible como otra. No hay razones suficientes para inclinarse por la verdad antes que por la libertad.

*Logos.*- La libertad crea caminos, pero todos conducen a la verdad. La verdad es irresistible. Tarde o temprano se impone. Es el reflejo de lo imperioso e inexorable. Incluso si consagras la libertad como valor máximo de la existencia humana, la tomas ya como verdad, luego reconoces que la verdad es la meta suprema de nuestra andadura por las sendas de la vida y del conocimiento. Porque nadie es libre si vive en el engaño, instalado en la oscura celda del solipsismo, recluso en la crisálida de percepciones no contrastadas. Prefiero ser esclavo de una verdad impersonal que rehén de un autoengaño subjetivo.

*Sofos.*- Yo cuido del ser no contemplándolo pasivamente y desentrañando sus leyes, sino creándolo.

*Logos.*- La ciencia no es una mera reacción ante estímulos superpuestos, ni la simple y pasiva observación de lo que la naturaleza se digna mostrarnos: la ciencia es una actividad intrínsecamente creadora, permeada de lógica y de imaginación. La ciencia no consiste sólo en resolver problemas, sino en adivinar los problemas que aún no existen. Por ejemplo, la teoría general de la relatividad, uno de los mayores triunfos de la mente humana, no surgió de la necesidad de resolver problemas, pues las discrepancias entre las observaciones y el modelo newtoniano eran mínimas. Emergió, por el contrario, del imperativo lógico de extender el principio de relatividad. Fue una necesidad interna, no externa a la mente; no un problema en sentido estricto, sino la problematización de ese mismo problema. Nació del deseo de comprender, de explorar el porqué de las cosas y de expandir aún más el radio de nuestras preguntas.

*Sofos.*- No discutiré los hermosos e incontestables ejemplos de creatividad científica que nos ofrece la historia, pero lo repito: el arte es libertad, porque no clausura causalmente el ser, no cierra el horizonte de sus posibilidades, sino que lo expande. Es un soplo de originalidad y de fervor inextinguible que deja abierta toda pregunta, pues siempre es capaz de formular interrogantes inéditos, cuestiones interpoladas en cada nuevo triunfo de la mente. Es libertad expresiva, y por tanto autonomía creadora, dispuesta a interpretar el mundo dado y a configurar el mundo nuevo. Es un estallido de posibilidades celosamente custodiadas en el seno recóndito de la lógica y de la imaginación. No se limita a comprender lo dado, la naturaleza, el mundo tal y como se nos revela, sino que se esmera en crear otro mundo, otra naturaleza, otra realidad.

*Logos.*- Sin embargo, esas posibilidades están ya determinadas. No nacen de la nada, pues son el despliegue necesario de un núcleo, las combinaciones de los elementos ya existentes. El carácter creador del ser humano, su condición de constructor de sentido, puede perfectamente interpretarse desde el prisma de la actualización de posibilidades. La ciencia revela el mecanismo de todo ese proceso. En su sentido más profundo, lo que tú llamas creación libre obedece a una reorganización de las piezas del mosaico, no a su concepción desde la nada.

*Sofos.*- Pero cómo las combines es arte y destreza, es ya creatividad, es ya capacidad de moldear la materia mediante la idea. Son infinitas las posibilidades de crear belleza. Basta con unos pocos colores, con unas pocas palabras, con unos pocos sentimientos. Es el milagro de la multiplicación del espíritu por sí mismo. Es la verdadera riqueza divina, que con poco logra todo. Al fin y al cabo, el arte comporta mayor osadía que la ciencia, porque no se conforma con investigar el ser que comparece ante nosotros, sino que se afana en forjar sueños ya en el hoy, mediante el lenguaje de la expresión libre. Sin Shakespeare no se habría escrito *Hamlet*, pero sin Newton o Leibniz tarde o temprano se habría hallado el cálculo infinitesimal, o sin Darwin y Wallace el principio de la evolución por selección natural, o sin Lorentz, Poincaré y Einstein la relatividad especial. La ciencia descubre, el arte crea. En la ciencia existe una senda nítida, transparente, quizás no rectilínea, pero sí determinada por la naturaleza, que es insobornable, y no se enternece ante las aspiraciones del hombre. El arte, en cambio, rebosa de originalidad; es expresión de libertad pura, porque la senda no preexiste: es el hombre el que la construye a tenor de su voluntad y de su fantasía. El arte proyecta una búsqueda apasionada de la piedra filosofal de la imaginación, que convertiría en dorada realidad todo sueño presente. El arte es así la obra más hermosa de la humanidad, lo que en verdad nos diferencia de otros animales. El arte es el fruto más excelso de la conciencia humana.

*Logos.*- Y del inconsciente, pues cuántas grandes creaciones artísticas no habrán surgido en el magma incontrolable de los sueños, o en las aguas turbulentas del deseo prohibido.

*Sofos.*- No lo niego. Pero sea resultado de procesos conscientes o inconscientes, ante todo es humano, y como miembro de la especie humana me enorgullece ser partícipe de este fruto tan noble e inspirador. Intuyo que una especie más inteligente que la nuestra tendría ciencia, pero ¿saborearía la grandeza del arte? ¿Gozaría de su luz, tenaz y embelesadora?

*Logos.*- Creo que te equivocas si piensas que la ciencia se limita a descubrir lo que comparece ante nosotros, como si fuéramos espectadores pasivos de la gran trama del universo. Para descubrir hay que crear un lenguaje, un sistema de conceptos, un imaginario, una estrategia de investigación... Pues ¿qué significa investigar, sino avanzar en el conocimiento, expandir el radio de lo que sabemos, traspasar una frontera y vislumbrar otra? La objetividad se presenta entonces como un ideal, y la verdad como un límite. Ciertamente, las culturas de investigación cambian según cada disciplina, pero no el proceso en sí, no el método para aventurarse por territorios inexplorados, tarea que siempre requiere grandes dosis de originalidad y valentía, una efusión de creatividad que poco tiene que envidiar a la de los artistas. ¿Y cómo hacerlo sin crear simultáneamente un camino, una estrategia? Por supuesto, investigar a veces implica también revisar nuestros conocimientos previos, las ideas heredadas, para cuestionarlas sin temor, pero con generosidad.

*Sofos.*- El científico investiga el universo, pero el artista trata de crearlo. ¿Y no es más humano querer fraguar nuestro propio mundo que conformarnos con entender el mundo ya dado, ajeno a nuestra voluntad?

*Logos.*- Yo también quiero crear nuevos mundos, alimentar la imaginación humana y anticipar un futuro mejor para mis semejantes, pero es precisamente en la labor científica, en el desciframiento de ese lenguaje sutil y maravilloso que rige el universo, donde me realizo como artista, donde encuentro mi verdadero arte, donde creo un mundo más exuberante e inspirador que todas las obras estéticas talladas por el genio del hombre. Ni la más brillante de las civilizaciones pudo siquiera intuir la grandeza del universo.

*Sofos.*- Tampoco los mejores científicos han logrado anticipar los resultados de la creatividad humana. ¿Qué matemático, físico, químico, biólogo, sociólogo o historiador ha conseguido descubrir las leyes del pensamiento y de la fantasía, y entenderlas con el suficiente grado de profundidad como para predecir el rumbo de la actividad humana? Hemos progresado en la comprensión de los mecanismos neurofisiológicos de la conducta humana, pero nunca llegaremos a predecir los comportamientos individuales. No sólo influyen demasiadas variables, sino que existe un elemento de subjetividad, de motivación, quizás inescrutable para la ciencia; por fortuna, pues afecta a la entraña de nuestra libertad.

*Logos.*- El verdadero científico, amigo mío, no teme proponer hipótesis osadas, ni admitir que carece de respuestas para multitud de preguntas. Prefiere conjeturar y equivocarse antes que no conjeturar para evitar equivocarse. Aunque nos falta mucho por conocer, la vastedad de nuestra ignorancia no debería impedirnos continuar embarcados en la búsqueda de la verdad y en la creación de nuevos lenguajes que nos acerquen a ella. La creatividad es el recurso desconocido de la humanidad, pero nuestra tarea consiste en intentar conocerlo mejor.

*Sofos.*- Sigo creyendo que el arte es epítome de libertad creadora. Aun influido por un contexto y unos valores culturales, desborda sin cesar todas las determinaciones y avanza impávidamente hacia un futuro bañado de autonomía, espontaneidad y expresividad. Las tentativas de deducir las leyes de la historia y de la evolución de la mente humana han sido denodadas e incontables, pero han acabado siempre humilladas por las sorpresas infinitas que brotan del arte, de la radiante y copiosa exuberancia de estilos y tendencias que propicia. Esta victoria sobre las presiones del pasado y las condiciones del presente, este triunfo sobre las determinaciones emanadas de la materia y de la historia, ¿no constituye la prueba más vívida y hermosa de la superioridad del arte sobre la ciencia, de la libertad sobre el conocimiento, de la autonomía del espíritu sobre la necesidad de la naturaleza?

*Logos.*- Jamás negaré que el arte puede ilustrarnos con suma sabiduría sobre los entresijos de la condición humana, sobre el alcance de nuestras pasiones y de ideales. En el teatro, en la pintura, en la poesía..., en toda expresión artística, en toda realización de un ideal estético, vibra el espíritu humano, su mosaico de posibilidades de realización, su creatividad insumisa y oceánica. Pero sólo la ciencia nos ayuda a comprender el mundo tal cual es, sin las interferencias del deseo, el mito y la leyenda. En el largo y fascinante camino de la racionalidad científica, la mente se mimetiza con el universo gracias a la comprensión de los principios que lo gobiernan. Sólo la ciencia penetra en la realidad hasta llegar a sus constituyentes últimos, a su infraestructura más profunda, a la base que sustenta todo arte y todo anhelo. El poeta ensalza una lágrima, en la que contempla toda un alma derramándose, toda una interioridad que ha de batirse en duelo con un mundo hostil; el científico entiende su mecanismo, el proceso que subyace a este fenómeno de secreción química. Semejante conato de comprensión racional no despoja de magia al mundo, sino que nos permite valorarla y, por qué no, revestirla con la tersura del lirismo. El arco iris no pierde un ápice de su fervor y de su belleza porque los científicos desentrañen el fenómeno óptico que lo posibilita, sino que emerge ante nosotros como manifestación sublime de una naturaleza capaz de gestar semejante maravilla, semejante espectáculo de colores, desde leyes simples y universales. Es el trabajo infatigable en el taller de la naturaleza, digno de ser poetizado, pues rebosa de gloria y racionalidad, pero se trata de una labor eficiente, que con unos pocos impulsos desata toda la maquinaria de un universo infinito. He aquí la complejidad, nacida de la humilde y hermosa fuente de la simplicidad. Convéncete de que no hay alternativa a la ciencia, pues ella nos revela la verdad sobre el mundo.

*Sofos.*- Crees que sólo quien disecciona los fenómenos de la naturaleza hasta dar con sus elementos más básicos y sus leyes últimas comprende en realidad lo que se alza ante nosotros, el enigmático mundo que nos rodea. Crees que el científico tiene el monopolio de la profundidad, como si sólo él mirara más allá de una superficie que parece destinada a engañarnos con irresistibles evocaciones. No es cierto. La profundidad es hija de una reflexión constante y pausada, y también la mirada del artista revela una dimensión singular, un significado único del mundo, pero se esmera en diseminar su descubrimiento con la luz de la belleza.

*Logos.*- Insisto: sólo quien observa el mundo con las lentes del método científico es capaz de sobreponerse a sus preferencias individuales para encontrar una explicación objetiva y reproducible de la realidad. El profeta Zacarías dejó escrito: "*Oráculo del Señor que desplegó el cielo, cimentó la tierra y formó el espíritu del hombre dentro de él*". Unidad de designio, mismo poder creador que se manifiesta en el universo como un todo, en el cielo, en la tierra y en la conciencia. Ese oráculo es la razón, la ciencia en su capacidad explicativa, que comprende la naturaleza como *natura naturans*, como regla de sí misma, como ley generadora de las estructuras que componen el cosmos: la naturaleza como determinante y determinada al unísono, o la naturaleza en su dimensión formalizadora y la naturaleza en cuanto que materializada en plasmaciones concretas, distinción que alude a la diferencia entre la naturaleza legisladora y la naturaleza legislada, o entre el sistema de reglas operativas y los objetos por él regulados. Naturaleza que se inventa a sí misma desde un conjunto de leyes. Amplitud y vacío, expansión y contracción, inmensidad y hondura; eso es el universo, eternamente

bello. Su grandeza material coexiste con su simplicidad lógica. Han pasado los tiempos de profetas y enviados celestiales. El cielo desciende hoy desde la razón humana, unida al amor y al deseo de perfeccionamiento, que nos proyecta hacia un futuro de creación y hallazgo. Ese profeta bíblico es hoy la ciencia. Lo que los profetas intuyeron en edades precientíficas, ¿no adquiere hoy forma gracias al desarrollo de la razón humana y a los extraordinarios descubrimientos que auspicia?

*Sofos.*- De la razón y de la imaginación. Olvidas que el arte también ha contribuido de forma excelsa a expandir los horizontes de nuestra mente, y que también en él reina el deseo honesto de comprender la pluralidad del mundo. En el arte saltamos a la inmensidad de lo desconocido desde la cima de lo conocido, para crear nosotros el rostro de lo que no tiene nombre. Es el éxtasis de un ser que sólo busca trascenderse. Pero tú parecees plegarte con docilidad a las reglas de juego que definen el método científico, cuando la pregunta filosófica más importante se refiere al porqué de esas reglas, estipuladas en abstracto y con frecuencia violadas a lo largo de la historia en el proceso mismo de la investigación. Es más: yo me pregunto por el origen de las brillantes intuiciones que, muchas veces ajenas a la lógica y al rigor de la ciencia, sin embargo han propiciado progresos excepcionales en el conocimiento de lo real y de lo posible, en virtud de audaces acrobacias imaginativas que desbordaban el alcance de las evidencias disponibles. Amparadas en la habilidad de aprehender súbitamente una luz no discursiva, ¿no guardan estas visiones estrecha semejanza con la naturaleza de la creación artística?

*Logos.*- Yo no desdeño el arte, fortaleza de la imaginación, sino que intento comprenderlo como fruto de la mente humana, que es producto de la evolución, y por tanto hija de las leyes del universo. Sólo el espíritu de la racionalidad científica, quizás la idea más grande jamás concebida, caracterizada por una feliz sumisión a la lógica y a la experiencia, nos libera de nuestros prejuicios sobre el mundo y nos permite avanzar por la senda del conocimiento seguro. Lo demás son ilusiones, incapaces de perforar la vastedad de lo desconocido con el ojo de la razón pura.

*Sofos.*- ¿Ilusiones? ¿No es la ciencia una gigantesca ilusión, entretejida con la totalidad de nuestras aspiraciones? ¿No brota de la ilusión del conocimiento, cuando tú mismo sabes que todo lo que decimos conocer es en realidad provisional, falible, intrínsecamente incompleto? ¿No es más digno imaginar, soñar, ensanchar la mente humana, en vez de hacerla sucumbir a la rasa evidencia, fuente de ese conocimiento seguro que tanto estimas? ¿Habremos de consentir que el temor a equivocarnos apague la llama de la inspiración?

*Logos.*- Yo busco evidencias para conocer, y busco conocer para imaginar lo que aún no conozco, pues sólo así sondearé modos de conocerlo. Olvidas que toda gran obra científica es fruto de una gran imaginación, de la valentía de quien se lanza a formular hipótesis que inevitablemente trascienden la mera evidencia. Como bien sabes, los antiguos griegos, antes de penetrar en los dominios de Apolo, leían la más célebre de las exhortaciones filosóficas. ¿Y no es la ciencia la base del autoconocimiento? “*Conócete*

*a ti mismo*”, es decir, conoce tu naturaleza humana, que compartes con los demás hombres y mujeres; conoce lo que la ciencia enseña acerca del origen y de la constitución del ser humano, y conoce también su desarrollo histórico, que revela mucho en torno a sus virtudes y sus carencias. Esta indagación científica te ayudará a profundizar en ti mismo, a descubrir cuántas almas habitan en tu pecho, a buscar en lo escondido de tu ser, a entender de dónde vienes, a aceptarte tras conocerte para no temerte, porque el miedo sólo genera insatisfacción e infelicidad. Y al conocerte, conocerás mucho sobre los demás, y en los demás encontrarás mucho de lo que hay en ti. Conócete, en definitiva, para conocer a la humanidad. Pero para ello necesitas avivar la luz universal del espíritu científico. La ciencia planta así la semilla de un arte y de una ética.

*Sofos*.- La ciencia desvela el pasado del hombre, el arte anticipa su futuro.

*Logos*.- La ciencia es la aventura más fascinante que ha emprendido la especie humana. Una síntesis luminosa de intuición, lógica y experiencia; una grandiosa recapitulación de las mejores tesis del idealismo, el racionalismo y el empirismo. Es la odisea del conocimiento, la estela rutilante de la búsqueda de la verdad; y el conocimiento es el legado más valioso de una cultura. La manzana de Adán redimida por la manzana de Newton, donde el científico emerge como nuevo Adán, cuya manzana es bella y resplandeciente, porque en ella yace la fuente de la curiosidad y del conocimiento, el mayor don del ser humano. Se trata de un periplo de dimensiones legendarias, que se remonta a Egipto, a Babilonia, a la India, a China, a los mayas...; a las grandes civilizaciones primordiales, en las que florecieron la astronomía y las matemáticas.

*Sofos*.- Estoy de acuerdo en que el espíritu de la racionalidad no despierta con los griegos. Ya antes se empezó a buscar la universalidad, la tendencia a discernir principios generales, por ejemplo en forma de reglas morales comunes. Ya antes amaneció la pregunta por el sentido, la necesidad de ofrecer explicaciones sobre el hombre y la naturaleza, así como el deseo de identificar una doctrina válida para todos. Creo que es la esencia de las religiones universalistas que nacen aproximadamente durante lo que Karl Jaspers llamó *edad axial*. Pienso, eso sí, que la conciencia de que es preciso justificar la verdad, la idea de que la verdad es ante todo comprobación, se inicia con los griegos. Con ellos habría despuntado una razón consciente de sí misma.

*Logos*.- Desde tiempos remotos la mente humana se percató de la existencia de leyes inteligibles, de proporciones, de una lógica en la naturaleza, aunque la interpretaran como el designio de Thot, dios de la escritura y de la geometría, o de cualquier otra deidad, mientras que hoy la contemplamos como la estructura formal intrínseca al propio universo y no tenemos por qué apelar a dimensiones sobrenaturales. Reconozco, eso sí, que llevamos menos de cuatrocientos años familiarizados con una conciencia clara del valor del método científico para comprender el funcionamiento del cosmos. Estamos en la infancia de nuestra racionalidad, en los comienzos de este poderoso sol que brilla en la noche de la ignorancia. Son muchos los tesoros que aún encierra el universo, y que esperan ansiosos la llegada de una mente capaz de apreciarlos.

*Sofos.*- Si me permites una contextualización histórica, no negarás que la mayor parte de la humanidad ha vivido en los últimos cuatro siglos. Por tanto, la mayoría de los seres humanos ha nacido cuando la ciencia ya había comenzado a exhibir su verdadero alcance. Quizás estemos en la madurez y no en la infancia de la racionalidad científica, y hoy necesitemos más arte que ciencia...

*Logos.*- Acepto tu matiz. Sin embargo, no debemos olvidar que hasta fechas muy recientes muchas personas no se habían imbuido de la racionalidad científica, dada la ausencia de sistemas educativos sólidos. La ciencia existía y progresaba a pasos agigantados, gesta que la elevaría al más glorioso pedestal del conocimiento humano, pero su espíritu no había percolado lo suficiente en nosotros.

*Sofos.*- Puedo estar de acuerdo con lo que dices, al menos en parte. Una pregunta distinta es por qué la biología tardó más que la física en constituirse como ciencia. La racionalidad biológica es, de hecho, más reciente. Hubo que esperar hasta el siglo XIX para que se pusieran los cimientos de la teoría celular, de la teoría de la evolución y de la genética, auténticos pilares de nuestra comprensión biológica, triunvirato conceptual sobre cuyas bases pudo desarrollarse una aproximación propiamente científica a los fenómenos biológicos.

*Logos.*- Buena pregunta. Quizás tenga que ver con la complejidad del objeto de estudio y con la necesidad de desarrollar determinadas técnicas experimentales. En cualquier caso, lo que pretendía decir es que la ciencia es racionalidad, es objetividad, es lógica que rompe hechizos y destierra prejuicios. El arte sigue apegado al mito.

*Sofos.*- ¿Y no son necesarios los mitos para sobrevivir? ¿Acaso no son fuente de consuelo, no nutren y dulcifican el espíritu, no nos proyectan a espacios nuevos y a ardorosos horizontes que claman por ser explorados?

*Logos.*- Elevarse ilusoriamente al cielo y desdeñar irresponsablemente la tierra. No veo nada noble en esa supuesta épica.

*Sofos.*- Tierra y cielo constituyen un mismo universo. Fragmentas artificialmente lo que en realidad está unido.

*Logos.*- Sí, pero es la ciencia la que nos descubre la conexión que todo lo entrelaza. Es ella la que se adentra en la estancia más sagrada del templo del saber, cuyas estilizadas columnas y elaborados capiteles son el espejo de una grandeza universal; es ella la que llega hasta los cimientos de la creatividad humana, que hunde sus raíces en la plasticidad del cerebro, moldeado por millones de años de lentas y azarosas variaciones genéticas que ha filtrado la selección natural.

*Sofos.*- También quienes se entregan a la creación artística consagran su existencia a algo noble e infinitamente digno: la expresión, el nacimiento de una nueva obra, el despliegue de la sensibilidad humana, que brota de la emoción más profunda.

*Logos.*- Pero incido en el hecho de que gracias a la ciencia aprendemos a sentirnos partícipes de una realidad más vasta, más honda, más fascinante que el pequeño reino de lo humano. Por mucho que nos distraigamos con otras metas, por mucho que busquemos la satisfacción de nuestras aspiraciones y el cumplimiento de nuestros deseos, la verdad es irresistible. La verdad es nuestra auténtica vocación, y sólo la ciencia nos conduce a ella. Y ¿acaso no somos más felices cuando nos entregamos a algo más grande que nosotros mismos? ¿No crece el espíritu humano en esa búsqueda piadosa de algo que nos supere, que nos trascienda, que nos descubra quiénes somos y a qué mundo pertenecemos?

*Sofos.*- Sin duda. Es la mejor definición de la felicidad: trascenderse a uno mismo en los demás y en el universo, en la solidaridad y en el saber. Es el emblema de la bondad y de la alegría en este mundo. Y trascenderse no es otra cosa que dejarse guiar por la razón y la compasión, para auspiciar la acción conjunta entre iguales. Estas fuerzas nos ayudan a ver más allá de nuestras preferencias individuales, y a incluir a los restantes seres humanos en nuestra búsqueda de felicidad.

*Logos.*- Hay quienes desprecian la compasión como virtud.

*Sofos.*- Soy yo el que desprecia a quienes piensan así. Por ellos siento un desprecio tan profundo como profunda es su ignorancia. Escuchar la pequeñez de esos pensamientos me hace sufrir aún más que a quien los difunde. Si la elevación intelectual del hombre se pone de manifiesto en su capacidad para extender el radio de su comprensión y superar los límites de su conocimiento presente, de su imaginación, de su yo, su ascenso ético hacia una moral más racional y universalizable exige necesariamente adquirir conciencia del sufrimiento ajeno. Compadecerse para eliminar ese sufrimiento. La compasión no es sino la mirada de un yo capaz de superarse a sí mismo en lo ajeno. La compasión es la libertad no ensimismada; la libertad superada en solidaridad, la libertad del individuo redimida en la libertad de todos. Pero yo busco una compasión creadora, que no sólo sufra con los que sufren, sino que aspire a erradicar la causa de todo sufrimiento. Yo quiero amar con un amor nuevo y con una voluntad nueva.

*Logos.*- ¡Razón y compasión, lógica y sensibilidad!; la grandeza de lo universal unida a la dignidad de lo concreto.

*Sofos.*- No puedo entonces imaginar a personas más felices que los científicos y los artistas, consagrados como están a buscar y a crear, a investigar la realidad y a expresar las complejidades del alma humana, mar de anchura infinita y de profundidad desconocida. Es la mayor de las virtudes y la fuente de una dicha honesta, capaz de enseñarnos a relativizarnos a nosotros mismos y a soñar con un mundo más grande,

bello y puro que el actual. Muchos piensan que el ignorante es feliz, pero se engañan. Aun así, sería iluso afanarse en lograr una serenidad de espíritu que ni el saber ni la belleza pueden darnos. Inmersos en la vorágine de la vida y de la búsqueda, sólo alcanzaremos paz en nuestra mente si combinamos nuestro anhelo de búsqueda y desafío con la atención al instante, con el aprecio sincero de lo que la naturaleza y la cultura nos conceden ya en el hoy, para propiciar una cierta suspensión de la conciencia del tiempo y del espacio.

*Logos.*- Entonces admitirás que la objetividad es un valor más elevado que la subjetividad.

*Sofos.*- No me obligues a elegir, ni a adoptar equidistancias salomónicas. Además, es indudable que la pregunta por la naturaleza del valor constituye uno de los principales interrogantes de la ciencia, cuya respuesta nadie conoce. Pues ¿cómo se genera valor? ¿Por qué los seres humanos consideramos algo como valioso? ¿De dónde brota, en definitiva, la fuente del valor, y por qué privilegiamos unas cosas antes que otras, y unas ideas por encima de otras? Marx intentó ofrecer una teoría sistemática del valor que descansa sobre una concepción materialista de la historia, donde el trabajo humano se alza como la fuente última del valor. Estoy convencido de que nadie ha osado elaborar una teoría tan ambiciosa, tan tendente a esa meta esquiva y misteriosa llamada completitud, tan susceptible de integrar historia, sociología y cultura en un solo modelo.

*Logos.*- Sin embargo, y como bien sabes, el error de Marx estriba en haber aceptado la teoría clásica del valor-trabajo, que ya figuraba en economistas como Adam Smith y David Ricardo.

*Sofos.*- En efecto, y salta a la vista que en una sociedad compleja es imposible determinar objetivamente el valor de una producción humana destinada al intercambio. Sólo la oferta y la demanda pueden hacerlo, pero a costa de renunciar a cualquier capacidad predictiva y a cualquier conato de análisis apriorístico de la naturaleza del valor atribuida a un objeto en particular.

*Logos.*- Siento la tentación de pensar que el valor es subjetivo en cuanto a su determinación, pero que en realidad es objetivo *a priori*, es decir, en cuanto a su generación. El valor de una creación humana sólo puede caracterizarse *a posteriori*, de acuerdo con la ley indeterminista de la oferta y de la demanda, que se limita a agregar preferencias de un lado y de otro del sistema productivo. No obstante, lo que los agentes determinan *a posteriori* hunde necesariamente sus raíces en alguna propiedad valiosa de ese objeto, aunque en ocasiones pase desapercibida. El valor no puede surgir de la nada; lo que se determina *a posteriori* siempre tiene que encontrar alguna base *a priori*, en las virtualidades inherentes a ese objeto.

*Sofos.*- Entonces un objeto sería intrínsecamente valioso con independencia del juicio del mercado.

*Logos.*- Sí, al igual que una obra de arte es valiosa con independencia de su éxito comercial.

*Sofos.*- Pero no de su éxito entre los críticos... ¿Por qué entronizar a los críticos por encima de los consumidores?

*Logos.*- Sé que es una cuestión sumamente complicada, pero creo que ha de ser posible identificar criterios objetivos de valor, como hace la ciencia a la hora de juzgar la calidad de una hipótesis, según, por ejemplo, su poder predictivo.

*Sofos.*- Depende de a qué ciencia te refieras. La biología predice poco. La selección natural, una de las categorías fundamentales de las ciencias biológicas, actúa *a posteriori*, transfiriendo información del ambiente a los genes, tal y como advirtió Dobzhansky.

*Logos.*- Por mucho que la selección natural determine *a posteriori* el valor de las variaciones genéticas aleatorias acaecidas en el seno de los organismos, nada excluye la posibilidad de que en un futuro no remoto consigamos adelantarnos a esta fuerza y anticipar el resultado de las distintas rutas evolutivas. Imagina que pudiéramos catalogar todas las variaciones factibles y sus entrelazamientos, y determinar a su vez las diversas rutas seleccionables, tanto óptimas como subóptimas. Nuestro poder de comprensión de los entresijos de la vida crecería notablemente.

*Sofos.*- En todo caso, la ciencia tiene la suerte de contar con un referente externo, como es la naturaleza a través de nuestra captación empírica de sus designios, algo que no ocurre con el arte o las ciencias sociales, cuyo único criterio sólo puede estribar en la recepción externa de una obra.

*Logos.*- Mantengo la esperanza de que un conocimiento más profundo de la neurociencia nos ayude a resolver un problema tan arduo y fascinante. Entenderemos cómo funciona el cerebro y cómo la mente genera juicios de valor, recapitulaciones de nuestra naturaleza y de nuestra cultura. La ciencia encapsula nuestro progreso hacia la objetividad, nuestra capacidad de desasirnos de nosotros y de nuestras preferencias para abrirnos a la vastedad de un mundo que nos supera, a la verdad que nos contiene y desborda. Porque comprender el universo, el conjunto de sus leyes impersonales, su inveterada e inviolable armonía matemática, trasciende los exiguos afanes del hombre,

nuestro angosto mundo de intereses y vanidades, casi siempre preso de un antropocentrismo atroz.

*Sofos.*- Pero la subjetividad, la mente y la libertad del hombre, ¿no son parte de la naturaleza? Al conocerlas, admirarlas y transformarlas, ¿no elucidamos también la estructura más profunda del universo, que ha posibilitado el surgimiento de lo subjetivo desde lo objetivo? Creo que fue Wittgenstein quien dijo que la subjetividad es un límite del mundo...

*Logos.*- Querrás decir un límite de nuestra comprensión del mundo, porque el auténtico límite ontológico, el verdadero filo del mundo, viene dado por el tiempo. El tiempo es el verdadero límite del mundo. El sujeto es en último término el objeto desplegado en el tiempo, o la estructura temporalizada de una manera más compleja; objeto duplicado y por tanto capaz de controlarse a sí mismo. El límite reside en cada acción que tiene lugar en el universo, pues en todo despliegue de funcionalidad, en toda evolución, en todo lo que rebasa la mera disposición estructural de los objetos del universo, contemplamos cómo avanza el mundo por el espacio y el tiempo, o más bien cómo se incrementa la espaciotemporalidad del mundo...

*Sofos.*- Por supuesto, pero precisamente en virtud de ello aceptarás que el sujeto constituye la plasmación por excelencia de esa actividad a la que te refieres. El sujeto impulsa el objeto, en el sentido de que pone de manifiesto nuevas funcionalidades, nuevas capacidades de acción, nuevas indeterminaciones con respecto a la estructura ya dada. Comporta así una posibilidad frente al acto fijado en la estructura, en la objetividad. El sujeto es entonces un nuevo comienzo para el objeto, una reinención de lo dado, una nueva instancia desde la que supervisar y transformar el objeto. El sujeto es el objeto convertido en dueño parcial de sus propias posibilidades, y por tanto es el objeto que se enfrenta a sí mismo y se percibe desde un nivel más elevado de complejidad.

*Logos.*- Es, en definitiva, una nueva objetividad, sólo que más sofisticada, dado que consigue romper con ciertas determinaciones estructurales previas y elevar su centro de gravedad a una dimensión más compleja, desde la que puede controlar los niveles menos desarrollados.

*Sofos.*- Me parece que en el fondo estamos defendiendo nociones compatibles, sólo que tú adoptas un enfoque *de abajo arriba*, donde lo subjetivo emerge con naturalidad desde lo objetivo, mientras que yo subrayo las propiedades excepcionales y prácticamente irreductibles asociadas a la esencia más genuina de lo subjetivo. Este énfasis no lo considero arbitrario. Tampoco es una muestra extemporánea de delirio estético, como si la cadencia poética de mi alma estuviera ansiosa por idealizar ontológicamente el ámbito de lo subjetivo, a fin de exonerarlo de cualquier sometimiento a los cánones del análisis científico. De hecho, para mí representa una verdadera necesidad filosófica, que nace de la grandeza intrínseca de la subjetividad y de las profundas dificultades explicativas que plantea. Además, aceptarás que por mucho que avancemos a la hora de

entender racionalmente el universo perdurará siempre la sombra imborrable de lo incomprensible. Y cuando hablamos del mundo humano, lo incomprensible tiene un nombre: se llama injusticia. La ciencia no ha conseguido desentrañar la oscura raíz de la injusticia, ni tampoco ha descubierto el sistema ético que nos permita definir sin ambigüedades en qué consiste la justicia. Mientras tanto, yo sufro con cada injusticia, con cada sangrante vestigio de inhumanidad que hiere la naturaleza y la historia. Y algo dentro de mí quisiera ser esa lágrima universal que sólo puede verter un dios, compungido por la inmensidad del dolor terreno. La ciencia quizás nos ayude a mitigar sus consecuencias, pero el río de la injusticia es tan caudaloso y conmovedor que nunca secaremos por completo sus siniestros manantiales. Sólo el arte permite recrearnos en un mundo de dicha y perfección salvífica que no existe en esa realidad impertérrita y penumbrosa tan ensalzada por la ciencia.

*Logos.* - Pienso que el ser humano tiene la capacidad de sustituir la selección natural por la selección racional, lo que contribuye a atenuar los efectos aparentemente indelebles de la injusticia. Es así capaz de crear nuevos mundos dentro del mundo. Hasta dónde nos llevarán esos mundos es algo que desconozco. De hecho, hoy disponemos de un poder inaudito: el de modificar la naturaleza. Si la clave de la vida reside en una molécula tan bella y simétrica como la doble hélice del ADN, quintaesencia de proporción y equilibrio, y si en verdad hemos conseguido descifrar la organización de una multiplicidad de seres biológicos y abrir el cofre que contiene su secreto último, aprender a cambiar el ADN, nuestra dotación genética, equivaldrá entonces a cambiar nuestra naturaleza.

*Sofos.* - Pero no sólo somos ácido desoxirribonucleico; somos también ambiente, cultura, epigénesis creadora...

*Logos.* - Sin duda, pero todo ello mediado por un programa de instrucciones genéticas escrito en nuestro ADN. No importa lo plástico y heterogéneo se nos antoje este código compuesto por cuatro maravillosas y versátiles letras, porque al fin y al cabo no hace sino imponer unas constricciones ineludibles de cara a cualquier eventual expresión fenotípica.

*Sofos.* - No soy biólogo, pero tengo la impresión de que es erróneo atribuir a los genes el fundamento exclusivo de nuestra identidad humana. De hecho, la secuenciación del genoma humano ha desvelado que nuestra dotación genética no es excesivamente más compleja que la de otras especies menos evolucionadas y carentes de nuestras más habilidades cognitivas más notables. ¿Dónde radica entonces la esencia de lo humano?

*Logos.* - No te falta razón. Ante todo, es preciso reflexionar en torno a la esencia de la vida. Si la vida se reduce a un conjunto de moléculas, ¿en qué radica su identidad? Creo que a diferencia de una piedra, cuya estructura constituye un mero agregado de elementos materiales en el espacio debido a causas extrínsecas, un ser vivo posee un programa de diseño unitario, una lógica adaptativa intrínseca. Yace aquí la característica más sobresaliente del fenómeno de la vida, en su organización interna, en su

programación. En lo que respecta al ser humano, el viviente más complejo conocido, una de las trazas innegables que definen su especificidad no estriba, a mi juicio, en el número de genes, en su dimensión puramente cuantitativa, sino en la alta proporción de genes reguladores que posee: en el aspecto cualitativo, en la capacidad de disponer de un mayor grado de control sobre los demás genes. El diseño es así mucho más perfecto y versátil. El programa de instrucciones se revela mucho más complejo, lo que desencadena inmensas posibilidades de desarrollo, así como una funcionalización mucho más elaborada, sustentada en estructuras más sofisticadas que en la mayoría de los seres vivos. Por tanto, si queremos modificar nuestra naturaleza hemos de alterar nuestros genes. Sería la mayor manifestación de poder jamás mostrada por la humanidad. Tradicionalmente, nuestra especie ha exhibido las inmensas capacidades que le confiere su mente de una forma negativa: ha eliminado especies enteras y ha sometido a otras a tiranías crueles que aún hoy perduran. Sin embargo, en el futuro podremos no sólo mejorar la naturaleza de las especies existentes, sino también crear nuevas especies y resucitar otras extintas. Seremos dioses. Encenderemos la llama de la vida, bella y vigorosa.

*Sofos.*- Me aterra ese horizonte, pálido y gris. Yo prefiero crear en el arte, con el lenguaje de la cultura, mediante el símbolo y el concepto, que no dañan a nadie, o al menos no tienen por qué infligir dolor a nadie; realidades comunicables, que se difunden libremente y se asumen libremente. Me preocupan las consecuencias de interferir en una naturaleza que es sabia, pues nos lleva miles de millones de años de ventaja en conocimiento y sensatez.

*Logos.*- ¿Sabía, cuando se limita a combinar ensayos y errores durante millones de años? La naturaleza es indolente, despiadada, hostil. Sólo se preocupa por multiplicar nuestros genes. No es tan sabia como la concibes, o como la queréis imaginar quienes idealizáis la armonía primigenia de la naturaleza y olvidáis todas las calamidades que también nos depara. Muy sabia no puede ser cuando provoca semejante desperdicio de vidas individuales para propagar meras cadenas de nucleótidos. Usemos lo grandioso que hay en nosotros, la mente, la ciencia, la plenitud creadora, para llevar el mundo hacia el ideal auténtico, hacia el imperio de una razón emancipada de la naturaleza. Tan crítico como eres con la ciencia, al final exaltas la naturaleza física, su estado actual; yo me afano en elevarla al cielo de la razón, sereno y claro.

*Sofos.*- Fin noble, pero los medios que deberás emplear me atormentan, porque pueden desatar todo tipo de catástrofes. Yo no estoy en contra de cualquier clase de mejora biológica de la especie humana. También sueño con nuestro perfeccionamiento genético, con fomentar mejoras afectivas y cognitivas universales que, por ejemplo, mitiguen o incluso erradiquen pulsiones tan negativas como la agresividad. Ésta es precisamente la meta más genuina de la civilización: mejorarnos, pero libremente, no de forma automática, no sin la cooperación de nuestra voluntad y de nuestra responsabilidad. La verdadera mejora ética del ser humano no puede canalizarse a través de la ingeniería genética, sino que exige el concurso de nuestra libertad. La educación es el camino a la libertad. La educación es lo que nos hace más humanos, al llenar el vacío de nuestra mente con valores, conocimientos y aspiraciones. Además, ignoramos las consecuencias de ciertas intervenciones técnicas en el núcleo de la

naturaleza humana, en nuestra línea germinal. ¿Merece la pena correr semejantes riesgos, quizás preludios de un apocalipsis antropológico? ¿No es preferible seguir confiando en la fuerza del progreso espiritual, en los beneficios de la educación y de la cultura, o al menos proponer una moratoria hasta que dispongamos de mayores garantías?

*Logos.*- Creo que deberíamos elevar la plataforma de la que partimos como seres humanos, y concentrar ese progreso espiritual al que aludes en cimas aún más altas. Frente a sombrías advertencias, imagina que gracias al perfeccionamiento genético de la especie humana pudiéramos dedicar nuestros esfuerzos a tareas más valiosas, por haber roto las cadenas de ciertas esclavitudes biológicas que no dejan de fustigarnos en el presente. Una especie más evolucionada biológicamente podría desarrollar una cultura más profunda. Su espíritu podría surcar cielos más gloriosos.

*Sofos.*- Insisto en los peligros, en los costes asociados a la realización de semejantes sueños transhumanistas, que pueden convertirse en pesadillas irreversibles. Ciencia y ética deberán ir de la mano. No todo lo que se puede hacer se debe hacer. La ética es signo de libertad, porque nos permite rebelarnos frente a la fatalidad de lo posible y fijar nosotros las fronteras de aquello que es digno de la humanidad. Al renunciar a proyectos técnicamente viables, pero éticamente cuestionables, nos afirmamos como seres humanos y vencemos la tiranía de lo útil. No olvidemos que la ciencia conduce a la técnica, y la técnica es con frecuencia la antesala de la deshumanización, pues nos ofrece medios más perfectos para causar dolor y sufrimiento. Refuerza así el dominio de los fuertes sobre los débiles y vacía de vida la naturaleza.

*Logos.*- Prefiero disponer de posibilidades y asumir yo el desafío de humanizarlas. Los filósofos deberían aportar soluciones, no sólo actitudes lacrimógenas y exasperadas que se recrean en pesimismo retroalimentado y en fatalismos pavorosos, como cuando se dice que la ciencia no responde a los interrogantes fundamentales de la existencia humana, dando a entender que nunca lo hará. ¡Claro que lo hace, y claro que lo seguirá haciendo! La ciencia vierte luz sobre una pléyade de interrogantes. Otra cosa es que no nos agrade lo que nos enseña, porque queramos subordinar la realidad al deseo. Además, aunque la ciencia explique mucho acerca del mundo, es a la creatividad humana a la que corresponde imaginar cómo, sin contradecir el conocimiento presente, cabe edificar escenarios en los que se cumplan anhelos y se persiga incrementar la felicidad de todos. Criticar, amigo mío, es fácil; investigar y crear es difícil, tanto como cambiar un paradigma en la ciencia y en el pensamiento. Huyamos de esas filosofías que se bañan en lágrimas de cocodrilo, pues en lugar de buscar la verdad del mundo y del hombre se afanan en antropomorfizar esa verdad para satisfacer sus intereses y preferencias. El conocimiento no tiene por qué ahormarse a los deseos individuales, sino a la mayor objetividad posible, aunque con frecuencia desazone y desilusione, como si amputara brutalmente las aspiraciones más profundas del hombre.

*Sofos.*- Precisamente la reflexión sobre la naturaleza y los límites del conocimiento humano constituye uno de los cometidos principales de la filosofía. Lo que generalmente se denomina epistemología, gnoseología o “ciencia del conocimiento”,

tiene como objetivo abordar el problema del conocimiento, esto es, el interrogante de cómo adquirimos un conocimiento válido a partir de la experiencia sensorial y del pensamiento racional. O, en otras palabras, lo que busca es conocer el conocimiento; bella paradoja, pues para hacerlo debemos partir ya de una cierta idea de conocimiento y de un compromiso relativo con algún método que nos permita alcanzarlo, presupuestos que han de perfeccionarse iterativamente, gracias a una retroalimentación constante entre la mente y la realidad, o entre nuestra idea de conocimiento y lo que realmente podemos decir que conocemos. De las grandes cuestiones en torno a las que versa la especulación filosófica, probablemente no encontremos una en la que confluyan aspectos tan profundos y universales sobre las áreas que tradicionalmente ha cubierto esta rama del pensamiento humano. Pues, en efecto, cuando nos planteamos la pregunta por la naturaleza del conocimiento, resulta imprescindible examinar problemas concomitantes, como la naturaleza del mundo y de la mente, fuentes de las que extraemos todo conocimiento posible, así como, en términos más generales, la naturaleza del ser humano, que emprende el ambicioso proyecto de trascender la situación específica en que se encuentra, su contexto espaciotemporal, para aventurarse a obtener conocimientos de validez universal, capaces de revelar los detalles más esquivos y recónditos del universo.

*Logos.*- Lo reitero: la filosofía, ¿qué conocimiento concreto ha aportado a la humanidad, más allá de la lógica y de la ética? ¿En verdad crees que tiene futuro la filosofía? Los filósofos disertan sobre el conocimiento, pero no lo amplían.

*Sofos.*- Tanto como para haber plantado la semilla de la ciencia misma. No en vano, en sus inicios la ciencia estuvo íntimamente ligada a la filosofía. No sólo Newton incluyó el término filosofía en el título de su obra magna, de 1687, sino también John Dalton, uno de los padres de la química moderna y autor del aclamado *A new system of chemical philosophy*, que a comienzos del siglo XIX revolucionó nuestra comprensión de la materia. Sin olvidar a Jean-Baptiste de Lamarck, artífice del primer gran modelo evolucionista en historia natural, expuesto en su *Philosophie zoologique*, de 1809. Pese a sus errores, este libro sentó las bases de una profunda transformación en el pensamiento biológico. Estos y otros ejemplos no hacen sino poner de relieve cuán indisoluble era la unión entre ciencia y filosofía hasta bien entrado en el siglo XIX.

*Logos.*- Tan ilustre pasado contrasta con un presente demasiado sombrío para la filosofía, lleno de queja y llanto.

*Sofos.*- Olvidas que la reflexión filosófica ha sido y es una de las fuentes más profundas y caudalosas de pensamiento crítico.

*Logos.*- El adjetivo *crítico* yuxtapuesto al nombre de una corriente o escuela filosófica me parece el recurso fácil de algunos autores para dar la impresión de que son más conscientes, rigurosos y profundos que otros, o para ocultar que en verdad se avergüenzan de las connotaciones de su postura, como cuando Popper tilda su realismo de crítico. Imaginemos que alguien quisiera barnizar su dualismo metafísico como

*dualismo crítico*. ¿Sería por ello menos falso? ¿Acaso el adjetivo *crítico* debe proporcionarnos un salvoconducto para incidir en lo falso o en lo trivial? ¿Consideras que la filosofía es más crítica que la ciencia o que el arte? ¿No está la ciencia acostumbrada a cuestionar los prejuicios del sentido común y las onerosas cargas de inveteradas tradiciones filosóficas, que muchas veces han obstaculizado el progreso del conocimiento por su apego a ideas caducas y patentemente erróneas? ¿Acaso te atreverás a circunscribir el ímpetu crítico a la filosofía, como si ella sola monopolizara lo que al fin y al cabo es patrimonio universal de la razón en sus distintas expresiones, cuya esencia es necesariamente crítica, pues se basa en el análisis de los principios y de las consecuencias?

*Sofos*.- Honestamente, no veo por qué la filosofía no puede realizar análisis provechosos de los fundamentos conceptuales de muchas categorías científicas, siempre y cuando sean consistentes con la lógica y con la experiencia. Es lo que hacen los teóricos de la física. Es lo que hizo el propio Einstein. Si lees las primeras partes del más significativo de sus artículos del *annus mirabilis*, “*Sobre la electrodinámica de los cuerpos en movimiento*”, en ellas casi no encontrarás fórmulas matemáticas. Esas páginas contienen un análisis conceptual brillante de las ideas de tiempo, espacio, medida y simultaneidad. Supuso un avance tan profundo para el pensamiento humano que incluso logró anticiparse al funcionamiento de la realidad, pues su examen conceptual de nociones básicas de la física le permitió deducir, desde sólo dos postulados, un modelo capaz de corregir la mecánica newtoniana y de subsumirla como un caso límite de un marco más amplio. Para mí, la primera sección de ese artículo es perfectamente equiparable a un extraordinario ejercicio de reflexión filosófica. No encuentro, en definitiva, diferencias tan sustanciales entre la filosofía y la ciencia, pues ambas buscan la verdad. La filosofía, sin embargo, se proyecta también como arte, desemboca en el arte, se convierte en arte, en creación libre y reveladora, cuyas prolongaciones trascienden los límites de la experiencia presente del mundo para alumbrar experiencias potenciales, y para iluminar las pasadas con la luz de nuevas interpretaciones. Análisis y creación, en suma, son las dos almas del quehacer filosófico, la una más próxima a la ciencia, la otra más cercana al arte. Todo ello para pensar lo humano, que es el gran reto de la filosofía. Y en el acto de contemplar y juzgar el mundo como observadora externa, encaramada a las atalayas de la razón crítica, ¿no crees que la mente trasciende los límites del mundo, el raso existir del orden natural? ¿No resplandece entonces como una luz sobrenatural irradiada en la oscuridad del mundo, rayo que apunta al ser, al fundamento, a lo puro e infinito, más que a los entes concretos del mundo?

*Logos*.- Tú dices que la mente humana trasciende el mundo, pero has de reconocer que nuestro entendimiento se limita a desarrollar modelos sobre el mundo, incapaces, como advirtió tu apreciado Kant, de llegar a la cosa en sí, a la verdad del mundo, a su realidad más profunda e inalterable. Como no podemos estar seguros de que el mundo sea tal y como nos lo representamos en la mente, más bien pienso que no trascendemos el mundo mediante el pensamiento, sino que ni siquiera llegamos al mundo, pues ni siquiera alcanzamos su verdadero ser, su esencia más genuina. Nos hundimos en los abismos desasosegantes de nuestra subjetividad, ansiosos como estamos de objetividad pura.

*Sofos.*- Pero en el acto de concebir categorías y modelos, en la asombrosa capacidad de nuestra mente para una especulación filosófica que no se rinde ante la mera evidencia, me resulta inevitable percibir un poder casi divino para trascender el mundo, socavar sus cimientos y zarandearlo con el hermoso aliento de la imaginación crítica. La filosofía quizás no pueda aportar nuevos saberes, pero sí aventurar nuevas posibilidades de pensamiento.

*Logos.*- De toda la filosofía que he estudiado sólo he aprendido algo con la lógica, la ética y la historia de las ideas. El resto se me antojan meras elucubraciones, cavilaciones de espíritus atormentados por dudas no esclarecidas y secuestrados por el deseo imposible de alcanzar un conocimiento pleno. Has dicho, correctamente, que las ideas han de ser consistentes con la lógica y con la experiencia. No niego que muchas categorías filosóficas sean lógicamente consistentes, pero no estoy seguro de que puedan enfrentarse a un examen empírico.

*Sofos.*- Quiero que mi filosofía sirva para dar sentido a la vida. Si no, será inútil. A pesar de todo, soy consciente de que exigir utilidad a la filosofía es un acto de profundo egoísmo existencial, pues ¿por qué ha de servir la filosofía para arrojar luz sobre el misterio de la vida humana? Lo que yo busco es la superación de la filosofía por la creación, por la fuerza originadora que trasciende la oposición entre ciencia y arte. Sería la irrupción de la filosofía verdadera, que a la comprensión racional de la realidad añade el impulso creador de la imaginación, el pasado y el presente volcados al futuro.

*Logos.*- Pides demasiado a la filosofía, y a la ciencia, y al arte. Serías más feliz moderando tus expectativas. Si todo lo centras en ti mismo y en la búsqueda de un sentido individual, sólo sufrirás estérilmente. Siembra subjetivismo y recoge dolor, dolor profundo, grietas implacables en el alma por sentirte un exiliado metafísico, un conjunto de células que, al pensar y amar, parece un extraño en el mundo en el que vive. Ni siquiera deposites tus ansias y esperanzas en la humanidad, pues también acabará por defraudarte. Busca mejor una verdad que nos desborde y supere como seres humanos. Venera el universo y su música celestial, trenzada con eternas armonías matemáticas. Sé libre de ti mismo y del género al que perteneces.

*Sofos.*- Precisamente a esa libertad de pensamiento y de acción es a lo que nos exhortan las grandes teorías filosóficas.

*Logos.*- Sí, pero no puedo evitar pensar en el número de complicaciones innecesarias generadas por los filósofos y disipadas por los científicos, en la multitud de falsos misterios que hoy se desvanecen como nieve fundida por el sol de la razón y de la experiencia. El metafísico Zenón de Elea quiso convencernos, ilusamente, de que la flecha lanzada a la diana no puede recorrer ninguna distancia finita, porque cualquier porción finita es infinitamente divisible. La flecha no avanzaría, atrapada en un abismo de infinitos. Con el descubrimiento de las series convergentes en matemáticas se disuelve el problema, dado que podemos tener infinitos términos y un resultado finito. Además, Zenón no reparó en que la flecha sería, ella misma, infinita, pues conforme a

su modelo estaría compuesta por fragmentos finitos infinitamente divisibles, luego tampoco podría existir la flecha, y ningún objeto en realidad.

*Sofos.*- Olvidas que fue un filósofo, Aristóteles, quien ya propuso un modo convincente de esquivar las dificultades planteadas por Zenón.

*Logos.*- Sí, con el concepto de infinito potencial. Pero su división entre el infinito potencial y el actual es algo artificiosa. Cantor dilucidaría toda esta cuestión en el siglo XIX con su estudio de los conjuntos infinitos numerables, como el conjunto de los números naturales. Sus descubrimientos matemáticos echan por tierra muchas de las conclusiones a las que llegó el Estagirita, para quien es imposible tener una cadena infinita de motores y es necesario postular un primer motor, hipótesis a todas luces prescindible si aplicamos los hallazgos de Cantor sobre la posibilidad de contar ciertos conjuntos infinitos. No obstante, y más allá de estos casos concretos, lo que quiero poner de relieve es que especular, como hacen tan placenteramente los filósofos, sale barato. Limitarse a intuir, a creer que esas cavilaciones solitarias y enigmáticas son válidas con independencia de su contraste experimental, conduce a callejones sin salida o a flagrantes sinsentidos. Cada vez soporto menos el narcisismo filosófico, la sedicente vacuidad de los meros epígonos que enmascaran con hermetismos lingüísticos su falta de ideas. Prefiero buscar la verdad a través de la claridad y devolver a las palabras su uso preciso. Qué triste confundir oscuridad con profundidad. Qué triste dejarse impresionar por frases grandilocuentes.

*Sofos.*- Tengo la sensación de que quienes acusan a determinadas filosofías de ser demasiado oscuras a veces tienen mentes demasiado estrechas, recelosas de la complejidad. Pretenden simplificarlo todo, deducirlo desde principios demasiado sencillos, sin contemplar matices, excepciones y curvas en el pensamiento. Todo lo quieren rectilíneo y claro, sin sinuosidades hermenéuticas. Pero ni el mundo ni la mente funcionan así, con ese grado de perfección analítica que ni siquiera subsiste en el terreno de las matemáticas. La creatividad humana combina simplicidad y complejidad, claridad y oscuridad, porque el orden puro es inoperativo, tanto como el caos puro, que no produce nada valioso. Es inútil y lesivo aspirar a reducirlo todo a principios simples. Es mejor abrirse también a lo irreductible, a lo no fundado, a lo que desafía toda disección analítica y protagoniza saltos aún mayores que los de la naturaleza. Suelo encontrar verdades más luminosas en filósofos considerados oscuros. Por ejemplo, Whitehead es más oscuro que Russell, pero su libro *Process and reality* me parece más profundo e inspirador que casi todos los textos russellianos, en ocasiones planos e incapaces de revelarme nuevas perspectivas sobre la existencia humana. En cualquier caso, entiendo tus críticas a la filosofía, pero también se han propuesto hipótesis científicas disparatadas a lo largo de la historia. Concebir una nueva idea no siempre nos catapulta a la verdad. Tanto la ciencia como la filosofía se nutren del ensayo y del error en sus aproximaciones a la realidad, sin subordinarse siempre a una lógica más profunda. Pensar, y convertir el fruto sazonado de nuestra reflexión en una intuición validada, no siempre es fácil. El espectro del error afecta tanto a la ciencia como a la filosofía. Sin embargo, ¿qué habría sido de la ciencia si algunas mentes no se hubieran aventurado a especular, aunque las evidencias fueran exiguas y confusas? De los errores de unos nacen los aciertos de otros.

*Logos.*- Estoy completamente de acuerdo con lo que dices. Celebro que muchas mentes se lancen a especular, con la razón y la imaginación como únicas herramientas, cuando las evidencias empíricas escasean. De hecho, creo que tu postura contrasta llamativamente con la que se colige de esa frase tan ambigua y problemática de Wittgenstein, según la cual de lo que no se puede hablar es mejor callarse. Semejante actitud refleja cobardía filosófica, pues ¿cómo sabemos que no se puede hablar de ciertas cosas? ¿Quién conoce los límites del pensamiento humano, y quién puede atreverse a identificarlos con los límites del lenguaje? Hace siglos no se podía hablar sobre multitud de objetos que se desconocían, o acerca de multitud de temas considerados tabú. Honestamente, creo que para destronar a Wittgenstein del injustificado pedestal que tantos le atribuyen basta con leer su obra. He leído el *Tractatus* y confieso que esperaba más, pues la mayoría de sus sentencias son triviales. No está a la altura de un Kant o un Hegel; menos aún de un Gödel en lógica.

*Sofos.*- De hecho, para llegar a la idea misma de límite del pensamiento uno tiene que haber intuido vagamente que hay algo más allá de ese límite, o de lo contrario no podría siquiera aseverar que se alza un límite entre una y otra cosa, o entre el dominio de lo pensado y el de lo impensable. Luego el pensamiento tiene que haberse adelantado al lenguaje, pues aunque no lo exprees, has de haberlo pensado.

*Logos.*- No todo es lenguaje. El lenguaje, o la capacidad de comunicarnos con los demás y con nosotros mismos, es un medio, no un fin. Siempre puedo poner el lenguaje al servicio del pensamiento, y concebir entidades para las que ni siquiera existen nombres, sino sólo descripciones vagas que se perfeccionarán conforme nuestros pensamientos sobre ellas se hagan más claros y profundos. Cuando uno está convencido de algo, la palabra no es un obstáculo, sino un camino. Me importan las ideas, no las palabras. Lo que me interesa, y lo que interesa al científico y al matemático, es el objeto al que se refiere el lenguaje; las ideas congregadas en el lenguaje: el concepto y la forma de pensar más que el lenguaje en sí. La idea que golpea la palabra. La idea que fluye como una corriente subterránea y empuja la palabra. La idea que envuelve la palabra. En verdad, qué pobre es con frecuencia la imaginación del filósofo, cerrada sobre sus minúsculos sistemas, y qué fácil olvida lo grande y fascinante que es el universo, el perpetuo desafío que en él cristaliza y que sólo encuentra parangón en el frondoso mundo de la imaginación humana.

*Sofos.*- Comparto casi todo lo que dices, pero qué grande es en ocasiones la especulación filosófica, qué osada, qué valerosa, qué rica en sugerencias y planteamientos capaces de iluminar a la propia ciencia. Cuánto vigor y cuánta sabiduría blande el pensamiento filosófico; cuánta humanidad late en el uso desafortunado de las ideas para arrojar luz sobre el mundo.

*Logos.*- Entiendo tus alabanzas al poder de la imaginación, que parece asomarnos a la pura infinitud, pero no idealices en exceso la grandeza de las elucubraciones filosóficas.

Al fin y al cabo, no hay tantas opciones a la hora de pensar. Si identificas el ser con lo inmutable, es difícil que no llegues a conclusiones similares a las de Platón. Si, por el contrario, incluyes el devenir en la esencia del ser, lo más probable es que desarrolles un sistema como el de Hegel. Ciertamente es que hay grados intermedios, claros y oscuros metafísicos, pero si llevas tus ideas a sus últimas consecuencias, tarde o temprano convergerás con uno de estos autores. Su sombra no dejará de perseguirte.

*Sofos.*- Yo no sería tan pesimista. La historia de la filosofía pone de relieve la capacidad de nuestra mente para trascender las rígidas fronteras de los sistemas filosóficos y otear mundos mucho más vastos y profundos. La filosofía desborda la lógica; la filosofía es lógica aunada a imaginación. Y si las ideas son el material de trabajo de un filósofo en el gran laboratorio del pensamiento, la calidad de su filosofía dependerá de la consistencia y de la completitud de sus ideas.

*Logos.*- Un poco de filosofía es siempre positivo, porque te abre a nuevos horizontes especulativos y te obliga a revisar los fundamentos de tus esquemas mentales. Pero un exceso te nubla, te hiela y atrapa, te impide avanzar, atenazado por un sinnúmero de especulaciones y de problematizaciones escolásticas que no llevan a ninguna parte, enredado en una madeja de preguntas que se inmunizan frente a cualquier conato de respuesta, recreadas en el placer tiránico que produce interrogar sin tener que esforzarse en responder. Por tanto, la combinación ideal para avanzar en las sendas del saber consiste en un poco de filosofía y en mucha ciencia.

*Sofos.*- No menospreciemos ninguna fuente de inspiración. Nada sobra en esta ardua búsqueda de la verdad en que nos hallamos inmersos.

*Logos.*- Permíteme ofrecerte una pequeña muestra de la inutilidad de muchas reflexiones filosóficas. Si no me equivoco, en nuestros días hay quienes aseguran que vivimos en una simulación, en una especie de programa informático del que no somos conscientes, o del que sólo ellos son conscientes. Pero quienes así razonan olvidan la palmaria inconsistencia lógica en que incurren. Pues aceptemos por un momento tan extravagante hipótesis. Imaginemos, en efecto, que vivimos en una simulación virtual generada por una civilización mucho más avanzada tecnológicamente que la nuestra, tanto como para producir semejante engaño holográfico. Sin embargo, esa civilización, ¿cómo sabe que ella misma no vive insertada en otra simulación, programada por una civilización aún más evolucionada? Pobres filósofos... Qué gran servicio frente al diletantismo metafísico presta el método de la reducción al absurdo, tan fecundamente empleado por los matemáticos en sus demostraciones. Basta con poner de relieve las consecuencias patentemente indefendibles de algunos razonamientos filosóficos para percatarse de la fragilidad de sus premisas.

*Sofos.*- Lo que mencionas es sólo una caricatura de la auténtica filosofía. La filosofía digna de tal nombre, la gran filosofía, es otra cosa. Como comprenderás, pocos filósofos

son partidarios de plantear especulaciones tan osadas sobre la naturaleza simulada de la realidad, que más bien parecen discusiones bizantinas en torno a las cuales difícilmente podrá alguien emitir un veredicto.

*Logos.*- ¿Qué es entonces para ti un buen filósofo?

*Sofos.*- Al igual que un buen científico es aquél que comprende los principios de la naturaleza y es capaz de aplicarlos convenientemente a situaciones específicas, el buen filósofo entiende lo particular a la luz de lo universal. Conjuga evidencia empírica y audacia imaginativa. Lanza una mirada perspicaz al mundo para extraerle todo su jugo y captar su esencia más profunda, la clave de su mutabilidad, el secreto de su diversidad intrínseca y de su capacidad de generar novedad, inmerso como se halla en un reto incesante contra sí mismo.

*Logos.*- A pesar de mis críticas al rumbo actual de la filosofía, quiero dejar constancia del profundo respeto que siento por algunos grandes filósofos, por los buenos filósofos que despliegan un pensamiento hondo, innovador y preocupado por la comprensión de la realidad. Ellos, en efecto, examinan problemas genuinos y no pierden el tiempo con razonamientos erróneos.

*Sofos.*- Aunque me erija en abogado de la metafísica, yo mismo reconozco que algunos filósofos parecen empeñados en emular a los teólogos, afanados como están en discutir escolásticamente sobre cuestiones inverificables y enzarzados en fantasías especulativas fabricadas por ellos mismos. Sus pequeños conceptos, su erudición vacua y sus rencillas sectarias me sonrojan. Suelen ser espíritus acomodaticios, volátiles, moldeables como la arcilla. Serán buenos cortesanos. Aprenderán a ocultar sus verdaderos pensamientos para complacer a sus señores o al pueblo cual dóciles criados, pues prefieren vivir en la tristeza, el servilismo y la monotonía antes que arriesgar nada. Pero vivir es arriesgar. Y pensar es vivir. No piensa nada profundo quien no vive nada profundo, y por tanto quien no arriesga nada profundo. Con sangre y dolor se rubrican las vidas profundas y los pensamientos profundos. Yo sólo puedo admirar al que piensa sin miedo, al que se atreve a cuestionar lo dado, al que ama tanto el saber que no teme renunciar a todo por encontrar una sola verdad. Es al impávido, al alma intrépida y creadora que emprende aventuras solitarias, a quien reservo mi admiración, y no a quienes permanecen arrebujados en sus propios conceptos, sin voluntad de abrirse a nuevas ideas.

*Logos.*- Hay tan pocos espíritus fuertes y valerosos, dispuestos a navegar por mares desconocidos y a redescubrir enclaves olvidados en su propia tierra...

*Sofos.*- Sin duda, y qué distinto sería el mundo si no sepultásemos la viveza de nuestros pensamientos bajo las pesadas losas del miedo, si no reprimiéramos el hermoso impulso que desvela una nueva realidad por temor a lo que ésta esconda. Cuántos tesoros no se

habrán perdido a causa del miedo. Cuántos mundos no se habrán desvanecido de la tierra y de los cielos sin que nadie los haya contemplado, pues no ha habido ningún espíritu valiente que se acercara a ellos. La capacidad de liberarse del miedo es un signo inequívoco de progreso individual y colectivo.

*Logos.*- Descubrimiento. Amo esta palabra. Descubrir una nueva idea o una nueva parcela de la realidad es el mayor honor al que puede aspirar un ser humano. Pero consagrarse a esta tarea exige embarcarse en una búsqueda pura, sin sombra de vanidad; en una búsqueda abierta al desafío y a la revisión constante de nuestros presupuestos, para buscar la verdad pura, y no aquella que satisfaga los deseos humanos. Sólo puede descubrir algo grande quien no teme trascenderse a sí mismo, quien acepta relativizarse y otorgar la primacía a una realidad que siempre nos desborda. La ciencia, como materialización de esta búsqueda, parte de un único postulado, tan flexible y necesario que difícilmente podemos considerarlo un dogma: la idea de que el universo es comprensible. Esta firme convicción de que la naturaleza goza de inteligibilidad, y de que la mente humana puede amoldarse a ella para desentrañar sus reglas, ha sido tan exitosa que me cuesta encontrar contraejemplos capaces de invalidarla. Incluso las emociones, paradigmas de lo irracional y generadoras de abundantes sesgos cognitivos, responden a una lógica. Podemos entender las causas neurofisiológicas de las emociones. Podemos elucidar los procesos subyacentes. No son misteriosas, sino susceptibles de racionalización científica, que siempre emerge triunfante.

*Sofos.*- De hecho, coincido con Heidegger en su apreciación de que el grado de desarrollo de una disciplina del conocimiento se pone de manifiesto en su capacidad de cuestionar los principios que la sustentan. Las grandes ciencias han experimentado grandes revoluciones conceptuales, como ocurrió con la física y con la biología. Por el contrario, las pequeñas ciencias se aferran a sus presupuestos, y muchas veces tratan de inmunizarse frente a cualquier tentativa de revisar sus asunciones iniciales y sus modelos.

*Logos.*- Por desgracia, muchos economistas, e incluso algunos físicos, parecen seguir el mismo camino hacia una ciencia pequeña. En lugar de cuestionar los presupuestos en los que se amparan, se enmarañan acérrimamente en debates inútiles, ajenos a la realidad, ocluidos en torno a sus propios axiomas e incapaces de pensar de una forma audaz y novedosa. Además, en muchos casos emplean premisas tautológicas, o triviales, que no añaden conocimiento, como la de que los agentes económicos siempre intentan maximizar sus intereses. Sin embargo, cuando les pedimos que definan rigurosamente conceptos clave en sus modelos, como los de *interés* y *racionalidad*, lo que hacen es remitirnos a la noción de *función de utilidad*, por lo que se limitan a expresar algo sencillamente obvio, un círculo vicioso semántico. Lo mismo sucede cuando hablan de la producción, que toman como algo dado, en lugar de iluminarnos sobre cómo y por qué se produce. ¡Qué fácil, partir de lo difícil y no preguntarse por cómo llegamos a lo difícil! No descubren nada, sino que oscurecen lo evidente y muchas veces fallan a la hora de distinguir lo descriptivo de lo normativo. Hasta hace poco ni siquiera se planteaban la posibilidad de que el interés no tuviera que caracterizarse en términos de coste-beneficio monetario. Ansiosos por imitar a las ciencias naturales, han creado un monstruo plagado de formalismos matemáticos. Rara vez han desvelado algún principio

profundo y desconocido acerca del comportamiento de las personas de carne y hueso. Por fortuna, la sociedad ha avanzado mucho económicamente, pero no gracias a las teorías de los economistas, sino al trabajo de los científicos, de los inventores, de los pensadores, de los ingenieros... En definitiva, gracias a los que generan ideas sobre cómo producir y distribuir la riqueza, no a quienes parasitan las investigaciones de otras disciplinas del saber. Son los nuevos escolásticos. En su estado actual, la economía no deja de ser una ciencia panglossiana.

*Sofos.*- Estoy completamente de acuerdo. Muchos economistas se creen capaces de impresionar a los humanistas, a los políticos y a los científicos con supuestos hallazgos, expresados en modelos cuya sofisticada arquitectura matemática puede amedrentar a los críticos y a los incautos. Sin embargo, basta con examinar sus fundamentos y sus conclusiones para percatarse de que, en un número significativo de casos, los descubrimientos no dejan de ser obviedades que se podrían haber alcanzado desde el puro razonamiento lógico. Además, difícilmente podrán ocultar el caudal de discrepancias entre las escuelas de pensamiento económico, desavenencias con frecuencia insolubles que, honestamente, impiden considerar a esta disciplina como una verdadera ciencia, al mismo nivel que la física, la química o la biología. Sigo sin ver de qué manera aumentan y enriquecen los conocimientos de la humanidad.

*Logos.*- Después de todo, el problema de su insuficiencia explicativa quizás nazca de la ingenua pretensión de abordar un objeto tan complejo como es el sistema económico desde una única perspectiva, cuando por su propia naturaleza exige un tratamiento interdisciplinar. No debemos olvidar que la búsqueda de certeza en los modelos económicos podría ser tan ilusoria como en muchas ramas de las ciencias duras. La física parte de átomos y sigue un fructífero enfoque *bottom-up*, “de abajo arriba”, pero ni siquiera ella puede eludir la sombra de lo estadístico cuando analiza grandes agrupaciones de átomos y moléculas. Esta fatalidad se agrava cuando nos adentramos en el estudio de las sociedades. Aunque, en efecto, el individuo no se reduzca por completo a la suma de sus relaciones sociales, es evidente que éstas desempeñan un papel crucial en la configuración del individuo, por lo que el átomo social, en su agregado, sólo puede abordarse desde el presupuesto de que existen fuerzas colectivas basadas en relaciones sociales, desde las que es posible inferir patrones estadísticos. De lo contrario, sería imposible pensar más allá de los individuos y contemplar un plano de análisis propiamente social. Sin embargo, muchos modelos económicos simplemente eluden el estudio de estas fuerzas sociales históricamente constituidas, que se traducen en relaciones de poder, en valores comunes...

*Sofos.*- Sin duda. Sociólogos, historiadores, psicólogos, filósofos, politólogos...; todos tienen mucho que decir en torno a los sistemas económicos y la conducta humana. Sería irresponsable desdeñar sus aportaciones y creer que la economía académica, tal y como se concibe normalmente en las universidades, detenta el monopolio a la hora de analizar estas cuestiones.

*Logos.*- En cualquier caso, estas quejas justificables contra las prácticas habituales en la economía actual deberían extenderse a ciertas disciplinas filosóficas. Muchos filósofos son también culpables de un despliegue inútil de artillería matemática vacua, pues llenan sus páginas con fórmulas anegadas de signos lógicos para ofrecer conclusiones obvias, fuegos fatuos carentes de originalidad, meras variaciones sobre lo que ya sabemos o sobre lo que ya hemos pensado. Al igual que los economistas, que enmascaran su falta de propuestas mediante inflados modelos matemáticos, pretenden abrumarnos con una falsa destreza filosófica camuflada tras símbolos lógicos que sólo son eso: símbolos, sintaxis; no semántica, no concepto, no innovación en el arduo y esquivo reino de las ideas.

*Sofos.*- Absolutamente. La buena filosofía, la que es fructífera para las ciencias naturales y para la libertad humana, es una síntesis de conceptos, argumentos y articulación sistemática; un equilibrio de originalidad, justificación y amplitud del que muchos carecen, aunque quieran convencernos de lo contrario.

*Logos.*- Los principios o axiomas, capaces de articular datos dispersos y reflexiones fragmentarias, ¿no constituyen el alma de un sistema filosófico? Y el alma por antonomasia es la racionalidad, que todo lo unifica desde un principio simple y poderoso.

*Sofos.*- Me pregunto cuál es el mínimo de conceptos necesarios para racionalizar completamente el cosmos...

*Logos.*- ¡Ojalá lo supiera! No obstante, y por volver a la cuestión previa, admito que la ética sigue siendo el territorio más genuino de la reflexión filosófica. Agotada la lógica, en la que prácticamente no se realizan progresos tan sustantivos como los que en su día protagonizaron Russell, Whitehead y Gödel, y como la metafísica, la epistemología, la antropología y la estética están abocadas a una absorción inminente por las distintas disciplinas científicas, sólo queda la ética como patrimonio de los filósofos. La ciencia aplica la razón al estudio de la naturaleza; la ética aplica la razón al estudio del comportamiento humano.

*Sofos.*- Como te decía, es imposible desdeñar la ética, porque la razón es más amplia que la ciencia. La ética consiste entonces en la reflexión filosófica sobre cómo articular medios y fines. Se presenta, por tanto, como una doctrina acerca del valor de nuestros actos, o del significado de la acción individual en cuanto que miembros de la especie humana.

*Logos.*- Celebro tus palabras. Hay que estudiar las cosas científicamente, no idealizarlas con el hechizo de la poesía. No hay nada místico ni eterno ni incomprensible en la ética. No hay ningún imperativo absoluto latiendo en el corazón de nuestros sistemas morales.

Lo que hay que hacer es entender el origen y el sentido de las reglas éticas como construcciones axiomáticas, inexorablemente incompletas si aspiran a ser consistentes. En cualquier caso, ¿dirías que la base de la ética es la responsabilidad?

*Sofos.*- Más bien la libertad, cuyo correlato indisociable es la responsabilidad, pues no podemos determinar autónomamente el curso de nuestras acciones si no somos capaces de responder por ello. De lo contrario, nuestras acciones habrían sido determinadas por algo ajeno a la voluntad propia de un ser racional, que ha de poder justificar sus fines y los medios escogidos para realizar esos fines. De todas formas, y por insistir en el tema sobre el que antes debatíamos, ¿realmente crees que la ciencia lo ha explicado todo, y que está a punto de fagocitar los grandes campos de la reflexión filosófica? ¿Piensas que ha desentrañado todos los misterios? Leo y releo a muchos científicos, pero ninguno me ha iluminado tanto acerca de la condición humana como los grandes filósofos o los grandes novelistas. Lo que más me importa, que es comprenderme a mí mismo y entender el horizonte de mis posibilidades, no lo esclarece la ciencia. De hecho, ¿entiendes la conciencia, algo tan esencial para cada uno de nosotros?

*Logos.*- No en su totalidad, pero sí en algunas de sus dimensiones. Al fin y al cabo, el problema mente-cerebro es uno de los mayores desafíos de la ciencia. Entender cómo el cerebro produce representaciones y adquiere conciencia de ellas se alza como uno de los grandes enigmas del conocimiento humano. Desde luego, lo que no aceptaré es una interpretación dualista de la conciencia, que la conciba como una realidad sobrevenida por generoso influjo divino, don que descendería desde los celestiales dominios de lo inescrutable para ungir los cráneos de unos simios evolucionados.

*Sofos.*- Si en verdad comprendes la conciencia, que contemplada como autoconciencia o conciencia de uno mismo es la entraña de nuestra humanidad, muéstrame entonces la fuente más profunda de semejante sabiduría, condúceme por esa senda que todos han soñado surcar; enséñame qué significa ser humano y entregarse a una búsqueda auténtica de la verdad. Dímelo, porque necesito saberlo. Quiero abrirme a una búsqueda sincera, pero no despiertes en mí falsas esperanzas. No juegues con mis aspiraciones, tesoro sagrado de mi mente, marfil pulido por los anhelos eternos de todo hombre.

*Logos.*- Si me lo permites, venceré tu escepticismo, y en realidad romperé multitud de hechizantes sutilezas filosóficas, arabescos conceptuales que en vez de ayudarnos a avanzar en el terreno del conocimiento se recrean irresponsablemente en cuestiones ya resueltas, o en misterios complejos pero no inabordables, como si prefirieran preservar resquicios de oscuridad e incomprensión. Me recuerdan a esas personas que idealizan las penurias materiales de sus semejantes y alegan que los pobres son más felices que los ricos, o que el bienestar de Occidente nos aleja de nuestra verdadera naturaleza humana. Qué absurdas son esas opiniones, tristemente apegadas al mito del buen salvaje y de un estado de naturaleza beatífico, máxime cuando vienen de aquéllos que nunca han tenido que experimentar en sus propias carnes la privación y la escasez. Con esa actitud perpetúan sin quererlo una situación injusta, impiden distribuir adecuadamente la riqueza y ofrecen a los poderosos una excusa para seguir disfrutando de sus prebendas y arbitrariedades. Qué fácil resulta idolatrar la pobreza cuando se vive en la

abundancia, o exaltar la ignorancia cuando se posee el conocimiento y se olvidan las grandes dificultades que hubimos de superar para conquistar lo ganado.

*Sofos.*- Pero los filósofos, como los artistas, tienen derecho a poner de relieve la amplitud de lo que aún no comprendemos, de cuántas flaquezas y fisuras existen en las explicaciones científicas y de cuántos enigmas fascinantes se alzan aún ante nosotros. Heraldos de un corazón ansioso, nos revelarán así un horizonte saciado de posibilidades, un mundo de profunda belleza y sinuoso sentido.

*Logos.*- Esa labor me parece noble y útil, aunque algunos quieran inmortalizar esos misterios y obstruir la búsqueda de respuestas. Siempre surgirán nuevos misterios, pero es preciso resolver los que ya conocemos. El futuro se encargará de brindarnos nuevas oportunidades para desplegar el ingenio que nos caracteriza.

*Sofos.*- Entonces estarás de acuerdo con quienes, en sintonía con Einstein, sostienen que cuanto más comprendemos el universo, más incomprensible nos resulta, dado que inevitablemente crece la distancia entre lo que sabemos y lo que debemos saber.

*Logos.*- Entiendo el sentido de la frase de Einstein, lúcida como tantas otras citas atribuidas al genio alemán, pero discrepo profundamente de esa idea. Pues cuanto más comprendemos el universo, más consistente se nos manifiesta, más cercano a los requisitos de un sistema formal constituido por unos axiomas y unas reglas de inferencia, binomio que simboliza el arco y la flecha de la lógica, el pan y el vino del razonamiento. Lo que pienso es que cuanto más comprendemos el universo, más conscientes nos hacemos de lo mucho que nos queda por explicar de su estructura y de su funcionamiento. Afloran sin cesar nuevos misterios, como el de la materia oscura. Enfrentados a esta perspectiva de infinitud, sólo podemos desprendernos de la perversa tentación de creer que un día clausuraremos el horizonte de nuestras investigaciones.

*Sofos.*- ¿Qué decir entonces de quienes, como Weinberg y Hawking, han buscado afanosamente una *teoría del todo*, capaz de reducir la vasta heterogeneidad de los fenómenos del universo a un conjunto simple y pequeño de ecuaciones matemáticas? Ciertamente, esta propuesta descansa sobre el presupuesto de que es posible desvelar ese fundamento último del universo, esa matriz irreductible de la que brotaría todo cuanto existe y puede existir.

*Logos.*- Lo único que podemos elaborar es una teoría del algo, nunca una teoría del todo. Jamás estaremos completamente seguros de haber agotado toda la investigación posible sobre el universo. ¿Cómo saber que hemos desentrañado el auténtico todo, el sistema completo del universo, sin dejar ese todo y examinarlo desde fuera? Pero entonces estaríamos añadiendo un nuevo elemento de información a ese todo: nuestra nueva posición fuera del sistema, como observadores externos; nuestra conciencia de ese sistema, susceptible de situarse más allá de sus límites. Honestamente, no creo que

logremos erradicar las huellas de contingencia, creatividad e indeterminación latentes en un número incalculable de dominios de lo real. No cesan de irrumpir nuevos enigmas, nuevas causas de desconcierto para nuestras teorías, nuevos estímulos para continuar persiguiendo una verdad que siempre se nos escapa en su esencia última. Hasta bien entrado el siglo XX sólo conocíamos dos fuerzas fundamentales de la naturaleza, la gravitatoria y la electromagnética; hoy hemos identificado y explorado cuatro. ¿Quién se atrevería a excluir una quinta, o una sexta, o un nuevo dominio de la realidad ajeno a nuestro entendimiento físico presente?

*Sofos.*- Estoy completamente de acuerdo. De hecho, ni siquiera entendemos realmente la naturaleza de la gravedad.

*Logos.*- Newton sufrió en sus propias carnes el denso y subyugante halo de esoterismo que cubre la fuerza gravitatoria cuando se vio obligado a teorizar sobre una *actio in distans* entre cuerpos separados espacialmente. Esta idea fue severamente criticada por grandes eminencias de la física de su tiempo, como Huygens y Leibniz. Pero el genio inglés, fiel a su espíritu científico y a su amor a la verdad, respetuoso de las evidencias y de la máxima "*Hypotheses non fingo*", no dudó en postular una misteriosa interacción universal entre las masas, sin la cual era imposible explicar adecuadamente la estructura y el funcionamiento del cosmos. Se trata de un hilo unificador sutil y formidable, que parece entregado por la mismísima Ariadna para rescatar a la desventurada humanidad del laberinto de lo desconocido. ¿Cómo no envidiar a Newton? ¿Quién podría hoy descubrir un principio tan universal, dotado de semejante vigor explicativo y de una simplicidad conceptual tan profunda?

*Sofos.*- En el hallazgo de la ley de gravedad contemplamos, en efecto, una de las mayores contribuciones a la integración del saber jamás realizadas, pues con un único principio Newton fue capaz de conectar infinidad de fenómenos.

*Logos.*- Es la complejidad reducida a simplicidad; lo particular englobado en el poder de lo general; la maravilla insondable del universo desgranada en la belleza de sus reglas fundamentales. Por fortuna, podemos decir que Einstein mitigó el problema de la acción a distancia gracias a su teoría de la relatividad general, pues con ella explicó la gravedad como efecto de la curvatura de un espacio-tiempo tetradimensional provocada por el tensor energía-momento.

*Sofos.*- Al igual que Kant, no tengo ningún problema en admitir la posibilidad de una acción a distancia, porque no acepto la posibilidad de una acción contigua. A mi juicio es imposible el contacto directo, absoluto, entre dos objetos, dado que exigiría energía infinita y violaría la impenetrabilidad de los cuerpos. No puede haber entonces contigüidad real en la naturaleza; tan sólo aparente. En cualquier caso, y por mucho que hayamos avanzado en la comprensión de la gravedad desde la perspectiva de la teoría general de la relatividad, nadie ha conseguido explicarla desde la teoría cuántica de campos. Se postula la existencia de un gravitón, bosón que transmitiría la interacción

gravitatoria, pero nadie lo ha encontrado. Cada vez construimos aceleradores de partículas más grandes, pero cada vez descubrimos menos cosas.

*Logos.*- La gravedad es la más universal de las fuerzas fundamentales de la naturaleza, pues afecta a todo objeto físico dotado de masa. Y dado que la masa es una manifestación de la energía, ¿hay algo en el universo que no se halle sometido a la gravedad?

*Sofos.*- ¿Quizás la información?

*Logos.*- Pero en términos estrictamente físicos, la información remite a la entropía, y ésta a la energía. Además, tengo mis reservas sobre la pertinencia del concepto de información en el estudio de la naturaleza. Se abusa mucho de esta idea, pero me parece un subproducto de especulaciones filosóficas difícilmente validables. Creo que la categoría de información sólo es comprensible si se especifica el sistema de referencia en el que resulta informativa para un sujeto capaz de entenderla. No basta con la sintaxis, con la combinación de signos mediante reglas, sino que es necesario apelar a la semántica, a la comprensión del significado de esos signos. La información, por tanto, no sirve de nada si no se determina su significado. En mi humilde opinión, esto no puede lograrse de manera plenamente objetiva, sin las interposiciones de la subjetividad de uno u otro individuo y de una u otra especie. Aun así, aceptemos que la información puede definirse como el inverso de la entropía, y por ello como una medida del orden imperante en un sistema. Para un físico un concepto sólo tiene valor si conduce a una medida concreta.

*Sofos.*- Es posible que se logre. El desarrollo de la computación cuántica probablemente revele nuevas dimensiones del concepto de información, que sean cuantificables y susceptibles de contraste empírico.

*Logos.*- Ciertamente, pero aún no lo sabemos. De todas formas, lo que sugería con mis anteriores reflexiones es que no podemos estar seguros de haber conquistado la respuesta final, cuando ni siquiera sabemos en qué consiste la pregunta final. Además, la propia ciencia ha demostrado la existencia de límites insoslayables para el conocimiento humano. Uno de ellos dimana del principio de incertidumbre de Heisenberg, que podemos considerar un *límite sintético*, o un límite sobre nuestro conocimiento del mundo externo a nuestra mente. El otro invoca los teoremas de incompletitud de Gödel, que se refieren a la estructura interna del pensamiento lógico y establecen un límite analítico, o una frontera para el conocimiento de las construcciones formales generadas por nuestra mente. Este avance fundamental para la lógica y las matemáticas puso de relieve la imposibilidad de deducir formalmente toda la matemática desde proposiciones lógicas, como habían pretendido hacer Whitehead y Russell en sus titánicos *Principia Mathematica*, monumento a la inteligencia humana.

*Sofos.*- Los *Principia Mathematica* plantean una reveladora convergencia entre lógica y matemática. Pero si la matemática se basa en la lógica, la lógica ha de conducir a la matemática como una de sus consecuencias naturales. Esta derivabilidad mutua implica que ambas disciplinas gozan de unidad formal. Sólo pueden distinguirse entonces en virtud de sus objetos, pero no de las reglas de construcción que las sustentan.

*Logos.*- Precisamente por ello es tan relevante el descubrimiento de Gödel. En mi opinión, el teorema de Gödel constituye un hallazgo aún más profundo y deslumbrante que la teoría de la relatividad o que la mecánica cuántica. Nuestros modelos físicos pasarán, pero la verdad de que es imposible conjugar plenamente consistencia y completitud en la arquitectónica de nuestras creaciones intelectuales permanecerá siempre. Dentro de cinco mil años seguiremos admirando a Gödel como aún hoy admiramos la magnificencia de la Gran Pirámide. Dichoso el que ha desvelado algo tan hondo, tan trascendental; una verdad tan propia de un dios y no de un hombre.

*Sofos.*- Sí, dichoso, pero triste al mismo tiempo, porque sepulta uno de nuestros sueños más hermosos: el deseo de alcanzar racionalmente la verdad plena. Pues, en el fondo, ¿de qué sirve la empresa intelectual humana? ¿Cuál es el fin de esta búsqueda alocada de novedad, experiencia y crecimiento? ¿Qué certeza sólida hemos coronado? ¿De qué conquista definitiva podemos enorgullecernos, más allá de un pasado irrecuperable que sólo permanece como nostalgia? Recorrer las avenidas del dolor para descubrir aún más dolor, afanarse en aumentar el saber para desvelar aún más ignorancia, buscar ansiosamente una luz salvadora para caer en el profundo y gélido abismo de una condena prescrita: he aquí la esencia de la vida humana, que no deja de desplegar nuevas formas de dolor, desconocimiento y sinsentido. Yacemos suspendidos en lo inexplicable; colgamos del finísimo hilo de lo que quizás no obedezca a causa alguna, a razón alguna, a propósito alguno, hundidos en la inmensidad de un cielo sin alma. ¿No lo decía ya Lord Tennyson en su memorable poema *The ancient sage*, cuyo versos inolvidables parecen sintetizar milenios de indagaciones metafísicas?

*Thou canst not prove the Nameless, O my son,  
Nor canst thou prove the world thou movest in,  
Thou canst not prove that thou art body alone,  
Nor canst thou prove that thou art spirit alone,  
Nor canst thou prove that thou art both in one:  
Thou canst not prove thou art immortal, no  
Nor yet that thou art mortal—nay my son,  
Thou canst not prove that I, who speak with thee,  
Am not thyself in converse with thyself,  
For nothing worthy proving can be proven,  
Nor yet disproven: wherefore thou be wise,  
Cleave ever to the sunnier side of doubt,  
And cling to Faith beyond the forms of Faith!*

*Logos.*- No necesito probar lo inefable. Incluso si todo lo que creen contemplar mis ojos fuese un gigantesco espejismo, incluso si la claridad de la lógica fuera el producto de un

vasto y terrible autoengaño, incluso si el mundo real y externo a mi mente no gozara de consistencia propia y se redujera a un conjunto de percepciones, mi ciencia me revelaría la verdad de esas percepciones en cuanto percepciones. Todo lo que hemos descubierto, descartado y racionalizado es verdadero dentro de ese universo de percepciones. La ciencia no necesita suponer un sustrato real, no necesita comprometerse con la tesis filosófica que defiende la existencia de un mundo exterior. De hecho, la investigación científica puede funcionar perfectamente con asunciones pragmáticas que se limitan a constatar los datos percibidos y a organizarlos mediante modelos lógicos en sintonía con esos mismos datos, aunque no logre fundamentarlos en pilares metafísicos indestructibles, en las columnas de Hércules de la racionalidad universal. Por ello, poco me importa que no pueda demostrar a ciencia cierta la existencia de otras mentes, o del pasado, o de una continuidad en mi yo que trascienda la superposición discontinua de memorias atomizadas. Siempre tendría que partir de algún axioma, principio o postulado; llámalo como quieras. Además, es en la incertidumbre donde brilla de manera especial la grandeza de la inteligencia humana. La inteligencia es adaptabilidad, y la ciencia nos enseña a adaptarnos adecuadamente a la complejidad del mundo. Para ello, nos insta a dudar de modo fructífero, no a intentar demostrarlo todo. Nos habla de proposiciones razonables, plausibles, mas no absolutamente demostradas. Desde su sano escepticismo entona un canto al poder de la duda creadora, de la duda que abre nuevos horizontes y engendra nuevos caminos para el conocimiento desde las entrañas de lo desconocido, desde las grutas insondables de la ignorancia. Semejante incertidumbre en el alcance de nuestro saber no me asusta. Es profundamente bella; sublime, diría yo, porque refleja posibilidades irrestrictas de progreso y de renacimiento intelectual, rúbricas incontestables de lo humano.

*Sofos.*- Es siempre reconfortante escuchar estas palabras en boca de un científicista confeso...

*Logos.*- El científicista cree que la ciencia es la forma más efectiva de acceder a la verdad, pero no que agote la verdad y que nos lleve al conocimiento absoluto. Empecé a amar la ciencia cuando comprendí que no hay nada más bello que entender el porqué de las cosas.

*Sofos.*- Comprender es también la meta de la filosofía.

*Logos.*- La filosofía ha de convertirse no en esclava de la teología, sino en esclava de la ciencia, pero en una esclava crítica y creativa, capaz de identificar los principios universales del conocimiento y de plantear preguntas osadas. Muchos filósofos tienen en alta estima los grandes sistemas, construcciones intelectuales tendentes a la completitud que incluyen ramas fundamentales del pensamiento como la ontología, la epistemología, la antropología, la ética, la filosofía política, la filosofía de la religión y la filosofía del arte. Yo quiero mostrarte ese sistema unificador; incompleto, pero integrador y susceptible de autocorrección y de progreso. Es la ciencia. La ciencia nos revela la verdad sobre prácticamente todas esas disciplinas. La ciencia nos ofrece una ontología o teoría de la realidad, una teoría del conocimiento y de cómo se produce, así

como una visión acerca del hombre y de sus orígenes basada en evidencias y no en especulaciones. Y quizás en el futuro logre aventurarse en los intrincados senderos de la ética, de la política, de la religión y del arte. “*Ignoramus*”, es decir, somos conscientes de muchas cosas que aún desconocemos, pero jamás me atrevería a decir “*Ignorabimus*”, es decir, ignoraremos, por siempre, como si una maldición nos impidiese eternamente despejar ciertas incógnitas. La ciencia auténtica no oculta sus limitaciones y sus flaquezas, pero tampoco esconde su confianza en la fuerza de la razón. Siempre se han alzado voces que proclamaban la imposibilidad de resolver ciertos enigmas, y siempre ha emergido triunfante la razón humana. Es mi esperanza. Mi fe. Mi amor.

*Sofos*.- La ciencia explica, en efecto, muchas cosas, cosas inertes, cosas rígidas, cosas sumisas a leyes, cosas inexpresivas... Pero conforme despunta la luz de la vida y crecen los niveles de complejidad en las formas orgánicas, ese poder explicativo disminuye de manera flagrante, y se desvanece casi por completo cuando nos acercamos al misterio de los misterios, que es la conciencia humana, el yo: la viveza de la subjetividad, la capacidad de referir el mundo a mí mismo; mi ser, mi interioridad, mi mundo irreductible. Hay demasiados misterios en el universo, amigo mío.

*Logos*.- Deja que te muestre, en términos sencillos, cómo la ciencia es capaz de entender los fundamentos de la conciencia humana, pilar de nuestra singularidad biológica. Lo haré pese a todas las advertencias desesperanzadoras de los filósofos, que no cejan en su empeño de menoscabar las honestas tentativas de los neurocientíficos por desentrañar un enigma que ha perdurado milenios. Mi análisis quizás sea incompleto, pero no falso, al menos hasta que los elementos explicativos ausentes no comprometan el valor de los presentes.

*Sofos*.- Te escucharé atentamente.

*Logos*.- Estarás de acuerdo conmigo en que las sensaciones pueden entenderse como reacciones ante estímulos, ¿verdad?

*Sofos*.- Así es.

*Logos*.- Por ejemplo, la sensación de ver no es otra cosa que la reacción de mi sistema visual al impacto de una serie de fotones, es decir, de la luz reflejada en el objeto que contemplo.

*Sofos*.- En efecto, y reconozco que la neurociencia ha protagonizado avances sobresalientes en el estudio del sistema visual, de tanto interés para artistas y filósofos.

*Logos.*- Por tanto, ver el mundo implica reaccionar ante el mundo gracias al procesamiento de información sensible a través de mi sistema visual, complejo y fascinante, pero susceptible de elucidación científica.

*Sofos.*- ¿Ves el mundo o la imagen del mundo?

*Logos.*- Veo directamente el mundo, en la forma de una representación visual de ese mundo generada por mi cerebro. El hecho de ver no es otra cosa que la posesión de esa representación, en este caso en la modalidad sensorial visual. Si viera la imagen del mundo, y no el mundo en sí, cabría preguntarse si, para ver la imagen del mundo, también tendría que elaborar una imagen de esa imagen y después verla, pues según esa hipótesis siempre vería réplicas del objeto, pero no el objeto en cuanto tal. Caeríamos entonces presos de un problema de regresión infinita, nudo gordiano que se corta evitando la duplicidad inicial. Ver significa, en suma, disponer de una representación sensorial que activa automáticamente una serie de redes neuronales. Es la sensación que esas redes neuronales producen en ti lo que se traduce en una percepción visual concreta.

*Sofos.*- De acuerdo, aunque no deja de sorprenderme cómo se construye una representación, dónde está, dónde se almacena en el cerebro...

*Logos.*- Como te digo, la manera en que tu cerebro reacciona ante un estímulo visual implica inevitablemente la elaboración de una representación que activa un vasto y complejo conjunto de neuronas. Ves como ves porque el estímulo reacciona de una determinada forma con aquellas estructuras y funciones cerebrales asociadas a la visión. En cualquier caso, y para no quedarnos atrapados en esta cuestión, imagina entonces la conciencia como una reacción a un estímulo, semejante en esencia a la sensación y, más aún, al tipo de sensación que permite generar representaciones mentales, facultad que compartimos con tantos otros organismos biológicos. La diferencia estriba en el carácter secundario de la conciencia, es decir, en que la conciencia es la reacción no ante un estímulo, sino ante la reacción a ese estímulo.

*Sofos.*- ¿Una reacción de segundo orden?

*Logos.*- Exacto. No reacciono ante el objeto que veo, sino ante mi reacción al verlo, ante mi acto de ver. Digamos que constituye por tanto una representación de la representación: una metarrepresentación, o representación de segundo orden.

*Sofos.*- Interesante, pero ¿estás seguro de que este concepto agota la naturaleza de la conciencia? Lo digo porque pienso que la conciencia se opone esencialmente a lo automatizado, a lo que se limita a seguir unas reglas dictadas desde fuera. Sin embargo, si la interpretas como una mera reacción, por compleja que la consideres, aún es subsidiaria de un cierto grado de automatismo. No comprendo entonces de qué manera podría la conciencia ser en verdad conciencia, esto es, alzarse como un paréntesis auténtico en la cadena de reacciones que media entre un estímulo y una respuesta en forma de conducta. Pues gracias a la conciencia, ¿no se libera la respuesta de su inmediatez? O, en otras palabras, ¿no debería equivaler la conciencia a la posibilidad de dictarse a uno mismo reglas propias? Ignoro si tu explicación de la conciencia resulta satisfactoria desde el punto de vista científico, pero aprecio conceptos importantes y necesarios en ella.

*Logos.*- Me alegro de que te resulte útil. Si estás de acuerdo con lo anterior, podríamos entonces dividir el mundo en las siguientes clases: objetos incapaces de formar representaciones (u objetos sin mente), objetos capaces de formar representaciones (y por tanto susceptibles de adoptar estados mentales) y objetos capaces de formar representaciones de representaciones (es decir, objetos conscientes de sí mismos, u objetos dotados de subjetividad).

*Sofos.*- ¿Podría emerger un nivel superior en el futuro, en forma de seres conscientes de su autoconciencia? ¿De seres *metaconscientes*?

*Logos.*- No lo creo, porque la conciencia incorpora ya esa capacidad. La conciencia es ya un “*meta*” antepuesto a todo estado concebible, pues entraña la posibilidad universal de referirse a cualquier estado mental.

*Sofos.*- De todas maneras, yo incluiría la sensibilidad en tu clasificación, que quedaría así: objetos insensibles; objetos capaces de sentir, esto es, de procesar información externa; objetos susceptibles de sentir y de formar representaciones del mundo; objetos aptos para crear representaciones de representaciones. Creo que la sensibilidad establece una barrera demasiado profunda entre un tipo de realidad y otro, casi tan tajante como la que inaugura el mundo de las representaciones.

*Logos.*- Acepto la corrección, pues me parece pertinente. La sensibilidad es la capacidad de recibir afecciones, de procesarlas en un sistema interno de tratamiento de la información y de emitir una respuesta. Es el grado de mediación entre el estímulo y la respuesta lo que distingue lo no vivo de lo vivo. El ser vivo selecciona la respuesta, mientras que el no vivo responde de modo automático ante un estímulo. A lo largo de millones de años, la evolución ha conseguido generar nuevos y fascinantes resortes de desautomatización entre el estímulo y la respuesta, indicativos del nivel de complejidad de un organismo dado. La representación puede considerarse un salto cualitativo con respecto a la sensación, pero en realidad no hace sino desplegar las posibilidades mismas que anidan ya en la naturaleza de la sensación para elevarlas a una nueva cumbre de complejidad funcional. La utilidad adaptativa es nítida, porque al

representarme el mundo gano independencia con respecto a él, mayor cuanto más nos acercamos a esa habilidad etérea y subyugante que llamamos conciencia.

*Sofos.*- La capacidad que tengo de referir a mí la realidad externa es lo que más me asombra. Es el problema del yo como instancia en paralelo al mundo, como ojo interno que traduce la visión sensible en experiencia subjetiva.

*Logos.*- Admito que nos queda mucho por entender sobre la naturaleza de la conciencia. El modelo es sumamente rudimentario. Falta mucho por explicar de la única manera verdaderamente aceptable para un científico: mediante mecanismos precisos, meticulosos, no vagos e incontrastables. Creo, sin embargo, que desde principios relativamente simples podremos esclarecer el funcionamiento del cerebro, de la mente y de la conciencia como facultad cognitiva superior. La clave reside en percatarse de que el cerebro distingue y a la vez integra. Lo que parece incompatible, que es la integración a través de la diferenciación, normalmente consideradas operaciones inversas que se neutralizan si acontecen simultáneamente, se reconcilia en la actividad de un cerebro tan desarrollado como el nuestro. Integramos lo que diferenciamos y diferenciamos lo que integramos. En esta aparente contradicción pienso que yace el secreto de la conciencia humana.

*Sofos.*- En cualquier caso, con este constructivismo materialista que abanderas de forma tan fervorosa pretendes convencerme de que todas nuestras ideas surgen por asociación de elementos más simples. Olvidas que, como demostró Platón, cuando comparamos dos objetos, presuponemos inevitablemente un concepto de igualdad, una categoría previa que no podemos haber inducido a partir de experiencias particulares. No vemos la igualdad en sí, sino cosas parecidas; la igualdad trasciende los términos de la comparación. La idea de igualdad ha de ser entonces innata, o al menos consustancial a la estructura de nuestra mente; una especie de *a priori* trascendental en sentido kantiano. De hecho, empirismos tan radicales como el de Berkeley no tienen en cuenta que yo no experimento nada susceptible de elevarse a la categoría de idea. Estrictamente, no experimento ni figura ni extensión ni movimiento tomados en sí mismos; tan sólo cambios de posiciones, pero nunca el movimiento como tal. En realidad, no experimento nada, o al menos no sé qué es lo que experimento. Pues ¿cómo puedo estar seguro de que esa hipotética percepción sensible no es una reconstrucción de mi cerebro, antes que el efecto de una intuición sensible? ¿Qué veo, qué toco, qué oigo...? ¿Cosas? ¿Veo en realidad una cosa? No. Lo que veo es un conjunto de partículas, y ni siquiera eso, porque tampoco veo una partícula. ¿Qué veo entonces? Sólo lo que la mente reconstruye con arreglo al dato bruto.

*Logos.*- No veo necesario abrazar una visión como la kantiana, basada en apriorismos trascendentales refutados por el desarrollo del propio pensamiento científico, cuyos logros más sobresalientes han puesto de relieve la inexistencia de una intuición inexorable del espacio y del tiempo, y por tanto de un concepto único de ambos. Las teorías científicas son aproximaciones consistentes, parciales y plausibles. Por así decirlo, incorporan un conjunto de probabilidades bayesianas que nos permiten establecer correlaciones razonables entre fenómenos, pero nada más. Las teorías son

meros acercamientos a la realidad, útiles mientras exhiban poder predictivo, es decir, mientras funcionen para lo que queremos que funcionen. En virtud de esta naturaleza provisional insoslayable, deben estar continuamente preparadas para revisar sus principios. No necesitamos ningún apriorismo trascendental para garantizar la validez del conocimiento científico, cuya única justificación reside en su utilidad predictiva y en su habilidad para mostrarnos correlaciones convincentes entre fenómenos, cuyo procesamiento mental habrá de explicarlo progresivamente la neurociencia.

*Sofos.*- ¿Qué ocurre entonces con aquellos discursos científicos carentes de valor predictivo, o con aquellos en los que la cuantificación y la predicción sólo han alcanzado niveles precarios? ¿No son entonces verdaderas ciencias las llamadas “ciencias blandas”, donde hoy en día es prácticamente imposible efectuar predicciones reales y el científico ha de limitarse a constatar tendencias? Por ejemplo, la teoría de Darwin es científica y adolece de escaso valor predictivo. El poder predictivo como rúbrica de carácter científico quizás valga en física, donde somos capaces de adelantarnos teóricamente a deslumbrantes resultados prácticos, o en química, donde podemos vaticinar con alto grado de certeza qué compuesto surgirá de una determinada reacción. Sin embargo, en ramas que estudian realidades más complejas como mucho llegamos a identificar tendencias, predicciones blandas. Y en la esfera de lo humano no sólo no predecimos, sino que creamos nosotros el horizonte de nuestras predicciones. La predicción, en suma, no puede agotar la esencia de lo científico.

*Logos.*- Las ciencias blandas siguen siendo ciencias, aunque su capacidad de añadir conocimientos robustos al edificio del saber humano sea más limitada que en el caso de las ciencias duras. Creo, de hecho, que la esencia más profunda del método científico no consiste en la cuantificación o en la predicción, sino en la posibilidad de esclarecer mecanismos funcionales que nos permitan comprender la evolución de los distintos sistemas físicos, químicos, biológicos e incluso sociales. Eso sí, cuando el poder predictivo flaquea no basta con que el modelo propuesto sea plausible, pues la naturaleza puede sorprendernos y funcionar de una manera claramente implausible. En este escenario no tenemos más remedio que confesar nuestra ignorancia y buscar maneras alternativas e indirectas de validar nuestros modelos. No obstante, estas insuficiencias no lastran por completo el carácter científico de determinadas áreas del saber. Representan más bien un desafío para impulsar con mayor vigor la empresa científica y extender las estrategias que han tenido éxito en la física y la química a campos como la biología, la neurociencia y las ciencias sociales.

*Sofos.*- Me alegra saber que no reduces lo científico a lo estrictamente cuantificable, porque entonces numerosas disciplinas se verían excluidas del dominio de la ciencia, desde la fonética histórica hasta la etología.

*Logos.*- Por regresar a la cuestión que nos ocupaba, pido que desdeñemos por un momento términos como materialismo, empirismo, racionalismo o idealismo trascendental, que encasillan irresponsablemente a los pensadores y sólo proyectan prejuicios sobre aquéllos que buscan la verdad. Razonemos mejor desde primeros principios y usemos la lógica, que es la herramienta universal de la mente humana.

*Sofos.*- Razonemos, entonces, y verás cómo alcanzamos conclusiones similares a las de Platón.

*Logos.*- Creo que no. Recuerda, además, que ya Aristóteles esgrimió una crítica sumamente lúcida a su maestro Platón, al argumentar que si la idea constituía la esencia de las cosas era imposible que residiera fuera de las cosas, pues las dejaría sin fundamento, desontologizadas. Si algo es esencia de algo, no puede habitar en un mundo ajeno a ese algo; ha de formar parte de su constitución, o lo despojará de su carácter ontológico. Es precisamente lo que postula y confirma reiteradamente la física: las fuerzas de la naturaleza no son ajenas al mundo, no son una esencia trascendente al universo, sino que pertenecen a la estructura misma del mundo, dado que se transmiten mediante partículas bosónicas como fotones, gluones y, por qué no, gravitones.

*Sofos.*- De todas formas, no veo cómo afecta esto a la teoría del conocimiento de Platón y a la seria objeción que plantea contra todas las visiones empiristas, basadas en la idea de una *tabula rasa*, donde la mente nace como una hoja en blanco en la que se imprimen experiencias, pero sin contenido previo alguno. O, desde una perspectiva más moderna, creo que una célebre frase de Leibniz, "*Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu, excipe: nisi ipse intellectus*", recapitula a la perfección la necesidad de postular una estructura lógica innata en la mente humana, una facultad para abstraer y combinar según mecanismos racionales. También en los platónicos de Cambridge, especialmente en Cudworth, encontramos penetrantes reflexiones sobre la importancia de lo apriorístico en el espíritu humano, muchas de las cuales han inspirado a Chomsky en sus investigaciones sobre la naturaleza del lenguaje.

*Logos.*- Aunque algunas categorías de la mente puedan suscitarse a partir de un programa de instrucciones innato, de carácter genético y cuyos elementos básicos no proceden de nuestra experiencia del mundo, la mayor parte de nuestros conceptos resultan claramente inducidos de nuestro contacto con la realidad. Además, más que ideas innatas o recordadas, como conjeturan los platónicos y los racionalistas, lo que creo que existe es una predisposición a organizar la información, a "formalizarla". Es esta posibilidad de categorizar los datos de la experiencia lo que proviene de la mente y no de la experiencia. Sin embargo, hoy podemos explicarla en términos neurocientíficos, gracias a la comprensión del desarrollo cerebral y de cómo la expresión de los genes se traduce en el tipo de organización del sistema nervioso que posee el *Homo sapiens*. Honestamente, no veo ningún misterio en el hecho de que, por disponer de unos sistemas perceptivos concretos, estructurados de una manera y no de otra, asimilemos la realidad de una manera y no de otra. Tomemos, por ejemplo, la noción de igualdad a la que antes aludías. ¿Acaso afirmas que nacemos con una idea innata de igualdad? ¿Crees que el niño, hasta que no reflexiona conscientemente sobre ella al hilo de las experiencias que atesora y de las enseñanzas que recibe, puede espontáneamente alcanzar una idea tan abstracta?

*Sofos.*- Pero lo que dices no hace sino reforzar el argumento de Platón en torno a la reminiscencia: cómo es posible que cualquier hombre, aunque no haya recibido educación, pueda llegar a razonamientos similares, a una estructura lógica universal, pues la multiplicidad de fenómenos no impide discernir la unidad conceptual subyacente.

*Logos.*- Insisto: lo que traes contigo es la capacidad, abstracta y vacía, de integrar objetos, así como de asociarlos. Integrar implica destilar ciertas características comunes, mientras que asociarlos simplemente entraña establecer correspondencias entre ellos. Integrar exige más que asociar. La igualdad en sí, no obstante, sólo la conoces por experiencia, o por una reflexión consciente motivada por esa experiencia. De hecho, no sabes lo que es exactamente la igualdad, más allá de las dos rayas paralelas que utilizamos para expresarla en lógica y matemáticas. La igualdad más bien emerge como una aproximación o límite que, por convenio, bautizamos con el término igualdad. Dos árboles nunca son idénticos; lo que hacemos es encontrar mínimos comunes denominadores e introducirlos en una nueva categoría, la de *árbol*. Un individuo nunca es una copia exacta de otro, salvo en contados casos biológicos, normalmente relacionados con la reproducción asexual. Es al reflexionar conscientemente sobre la naturaleza de esas características comunes cuando llegamos al concepto de igualdad. Además, Platón confunde propiedades con estructuras; o, alternativamente, adjetivos con sustantivos. Me explico. Si digo que “Juan es alto”, es evidente que la altura no existe del mismo modo que existe Juan, sino como formalización de una propiedad, como extensión de un atributo de Juan, que se generaliza para poder aplicarse a otros sujetos. La propiedad no es sino una manifestación de la estructura, de su funcionalidad o susceptibilidad para actuar en el espacio y en el tiempo, referenciada en un sistema simbólico: el despliegue temporal de una estructura, de una disposición espacial. Pues, en el fondo, no puede haber objeto sin propiedad. Tiene que haber alguna cualidad en un objeto, o no resultaría inteligible. Y me preguntarás: “¿cómo lo sabes?” Reconozco que se trata de un *a priori* de la mente. No puedo concebir un objeto sin al menos una propiedad que lo determine. Por tanto, afanarse en elaborar una teoría de las ideas que postule la existencia supramundana de las propiedades como si constituyeran objetos reales, pero espiritualizados, incurre en un error categorial. La altura no existe en cuanto tal, ni tampoco la humanidad; existen como atributos potenciales de sujetos, de sustantivos, estructuras delimitables entre sí de manera razonable y suficiente.

*Sofos.*- Pero esa potencialidad, ese aspecto de posibilidad lógica, ¿de dónde procede? ¿Cuál es el origen de lo posible, de lo que la mente llega a concebir gracias al poder combinado de la lógica y de la imaginación? Además, esa “manera razonable y suficiente” de delimitar objetos es más cualitativa que cuantitativa, fruto de la intuición de la mente.

*Logos.*- Buena pregunta. Aún nos queda mucho por comprender en torno a la estructura más profunda del universo, de la que plausiblemente dimanen esas posibilidades lógicas a las que te refieres y que la mente humana es capaz de alumbrar en la soledad de la reflexión. En cualquier caso, pienso que la teoría de Platón sobre la preexistencia de ideas y posibilidades lógicas no puede ser correcta. Al menos es poco probable que lo sea. La razón es la siguiente. Cada idea que puebla ese exótico mundo inteligible tiene

que haberse construido de acuerdo con unos axiomas y unas reglas de inferencia, pues debe obedecer a una estructura lógica, a una relación de consecuencia que inevitablemente parte de unas premisas y de unas nociones primitivas. Es decir, una mente tiene que haberla elaborado según un plan lógico, aunque haya sido una mente divina y lo haya hecho *ab aeterno*. Ahora bien, esa mente, por excelsa y perfecta que se nos antoje, ¿no hace desde la eternidad exactamente lo mismo que la mente humana en el tiempo? Nosotros también formamos ideas mediante la aplicación de una estructura lógica a las representaciones que obtenemos por vía empírica, o a las construcciones internas confeccionadas por nuestra imaginación. Esa mente suprema debe emplear los mismos procedimientos que la humana cuando construye la idea genérica de “hombre”, o de “león”, o de “triángulo”, sólo que, hipotéticamente, ese espíritu celestial lo habría realizado todo fuera del tiempo, en el inescrutable reino de la eternidad. Pero el mecanismo lógico debería ser el mismo. Por ello, y en aras de la eficiencia cognitiva, prefiero suponer que las ideas no preexisten en un cielo inteligible cuya estructura desempeñaría el mismo papel que nuestra imaginación, sino que son el fruto de la creatividad de la mente humana usando instrumentos lógicos. ¿Para qué suponer dos mentes cuando sólo es necesaria una? ¿Para qué duplicar, de manera tan pintoresca, lo que sólo requiere prestar atención al poder de la mente para imaginar y estructurar de forma lógica? ¿No es más racional lo que exige un menor número de presupuestos?

*Sofos.*- Platón respondería que esas ideas no se construyen: se contemplan, se descubren tras rasgar el velo de lo sensible y abrir la ventana de lo inteligible. No las crea ninguna imaginación ni aparato lógico alguno, pues han existido siempre, como posibilidades eternas e inmutables, moradoras de un sistema racional trascendente al espacio y al tiempo. No obstante, estoy de acuerdo contigo en algunos aspectos, porque ese mundo inteligible se asemeja sospechosamente a una gran mente, a una vasta imaginación gobernada por los mismos cánones lógicos que la nuestra, sólo que mucho más poderosa, e incluso infinita. Si esas ideas preexistieran, en realidad gozarían de un valor metafísico mayor que el de la propia divinidad. La divinidad sería esclava de esas ideas, rehén de esas estructuras lógicas inalterables sobre las que no ostentaría autoridad alguna, dado que siempre habrían subsistido autónomamente en un paraíso de inteligibilidad.

*Logos.*- Comprendo, en el fondo, el énfasis platónico en la grandeza del pensamiento puro para acceder a dimensiones ocultas a los sentidos. Lo fascinante es el poder de la mente humana para llevar a cabo semejante proceso de generalización desde un atributo particular a uno universal, pero estoy seguro de que la neurociencia lo explicará tarde o temprano a partir de las conexiones entre los sistemas perceptivos y las áreas asociativas multimodales del cerebro. Me solidarizo con el anhelo de los científicos por desentrañar misterios universales de la filosofía y saciar nuestra sed de conocimiento.

*Sofos.*- Tu afirmación es sólo una expectativa, una muestra del materialismo promisorio que denunciaba el eminente neurofisiólogo australiano Sir John Eccles. No sabes si la neurociencia logrará explicar esa nota definitoria de la conciencia humana. Puede que no lo consiga nunca, y que debamos acostumbrarnos a convivir con el misterio, con el inexpugnable misterio, inmenso y desafiante como un océano embravecido...

*Logos.*- No lo descarto, pero me permitirás ser optimista. Estoy en mi derecho de confiar en la grandeza de la ciencia. Ciertamente, reconozco que aquí penetramos en un terreno sumamente problemático: el de la capacidad que exhibe nuestra mente para extraer las características más relevantes y desde ellas elaborar conceptos; el de la génesis de ese poder de generalización que tanto nos embruja. Con todo, no debemos olvidar que los sentidos, teóricamente menos complejos que la mente abstracta, ya funcionan así. Ellos ya extraen de la información sensible determinadas características, por lo que tu experiencia del mundo se halla inevitablemente filtrada por tus sistemas perceptivos. Algo similar ocurre con la mente.

*Sofos.*- Sólo que la diferencia quizás sea más sustancial, no de grado...

*Logos.*- La lección filosóficamente más jugosa de estas disquisiciones es que todo, amigo mío, responde a causas materiales, hilvanadas por una lógica comunicable en el lenguaje de las matemáticas. Sin embargo, la razón no puede anticipar todas las posibilidades que se derivan del orden matemático del universo, y que se multiplican asombrosamente con el nacimiento de las primeras formas de vida y de conciencia.

*Sofos.*- Creo que cuando te sinceras contigo mismo, dejas que fluya libremente la sensibilidad y abres tu corazón a la belleza y al espíritu, te das cuenta de que el mundo no puede agotarse en lo puramente material, ni en un determinismo de resonancias laplacianas. Sólo entonces, a solas con la mirada pura de la conciencia, profunda y perforadora como una flecha de luz que asaetea la razón y la sensibilidad, descubres que hay mucho más que lo físico. Puedes así hacerte cargo de esas hermosas palabras de Pascal: “*El corazón tiene sus razones que la razón ignora*”. Subsiste todo un universo de valores e ideales que la mente no siempre logra apreciar.

*Logos.*- No lo sabes. Ignoras el poder y el alcance de la mente, de la ciencia, de la razón volcada al análisis del mundo. Alguien me insinuó una vez que preguntar por el número de multiversos era como plantearse el número de emociones que un ser humano medio tiene a lo largo del día. Yo respondí que es perfectamente posible calcular el número de emociones. Dificultad no significa imposibilidad. Lo contrario es rendirse, algo indigno del hombre.

*Sofos.*- No creo que pueda coincidir contigo. Admito, eso sí, que quienes amamos el arte adolecemos en ocasiones de cierta ingenuidad cuando antropomorfizamos una naturaleza estetizada y le atribuimos características que, como la crueldad o la generosidad, obedecen a categorías morales propias de una conciencia que consideramos libre, como la humana, pero no predicables de lo inerte y por tanto amoral. La naturaleza no es ni buena ni mala con nosotros. Como un Jano bifronte, a veces nos dispensa grandes bienes y otras nos depara calamidades inauditas. Sigue sus propias leyes, y lo milagroso es que en el seno de esa necesidad tan rígida haya podido despuntar la luz de la conciencia humana. En cualquier caso, me encantaría profundizar en la discusión filosófica sobre la esencia del arte, y contrastar mis puntos de vista con

los tuyos, inspirados en las ciencias experimentales. ¿No te parece, en el fondo, que el arte es naturaleza asimilada por el hombre, que se afana en transformarla para deleite de sus sentidos?

*Logos.*- Supongo, en cualquier caso, que no estarás de acuerdo con Schelling, quien concebía la ciencia y el arte como obreros opuestos. De hecho, según él sólo cabe verdadero genio en el arte, pues “*no hay ningún genio en las ciencias, no porque sea imposible resolver genialmente una tarea científica, sino porque la misma tarea cuya solución puede ser encontrada por un genio es también resoluble mecánicamente*”. Tanto es así que, según el filósofo alemán, “*sólo aquello que el arte produce es posible pura y exclusivamente por un genio, porque en cada tarea que el arte ha resuelto se concilia una contradicción infinita*”. Por todo ello, “*lo que produce la ciencia puede ser producido por un genio, pero no es necesariamente producido por él*”.

*Sofos.*- Lógicamente, estoy en desacuerdo con él. Mi visión es antitética a la suya, aunque creo que comprendo e incluso comparto alguna de las intuiciones que destellan en su argumento. Lo cierto es que, en mi opinión, la contradicción que señala Schelling jamás es infinita, porque ningún genio llega siquiera a atisbar la distancia entre lo posible ideado y lo realizado. Ningún genio crea realmente desde la nada, a imagen y semejanza del *ex nihilo* teológico, y por tanto ninguno resuelve una contradicción infinita en acto entre el ser como fundamento dado y el no ser como lo imposible, o entre lo universal afirmativo, que es el ser real, y lo particular negativo, que es la nada como negación absoluta de ese ser real, oposición que en la lógica aristotélica representa la forma más extrema de contrariedad. Ningún genio se alza con entera libertad sobre las determinaciones antecedentes, fuerzas que modulan el despliegue de su fervor creativo. No existe entonces una contradicción tan firme y radical entre la idea y la realidad como los idealistas se ven tentados de concebir. El genio resuelve contradicciones parciales y finitas, no absolutas e infinitas. Lo infinito es la posibilidad teórica de crear, es decir, la capacidad de avanzar en el espacio del arte mediante la expresión de nuevas potencialidades, proceso para el que no es posible imaginar un límite.

*Logos.*- Pero lo mismo cabría decir de la ciencia.

*Sofos.*- Al igual que sucede con el artista en la intimidad de su espíritu, o en la cooperación con el espíritu de otros artistas, cuyas creaciones brotan del vigor consciente e inconsciente de su subjetividad, es la mente del científico la que debe resolver múltiples contradicciones antes de alcanzar un resultado valioso. Sin embargo, este acto inevitablemente trasciende el puro y ciego mecanismo, pues exige grabar la huella de lo subjetivo y espontáneo también en la investigación científica, fruto de una imaginación contrastada con la experiencia, pincel del alma. Newton hubo de solventar inmensas contrariedades antes de culminar esa vasta manifestación de ingenio y destreza que es su sistema mecánico del mundo, cuyas partes nos parecen armonizarse con relativa facilidad precisamente porque el genio de este inglés eterno encontró un principio unificador lo suficientemente poderoso y universal como para subsumir todas las potenciales contradicciones surgidas en su seno. Lo que sí creo es que la creatividad

artística es de una naturaleza mucho más profunda que la científica, pues no restringe el radio de su acción a la explicación de lo dado, no se conforma con recorrer el itinerario mecánico dictado de antemano por el mundo, sino que instaura ella misma un mundo y unas reglas. Es *natura naturans*, que desemboca en una nueva *natura naturata*, en una nueva obra, en un nuevo mundo, pero siempre gracias a ese flujo creador que emana de la mente, de lo consciente y de lo inconsciente.

*Logos.*- De acuerdo con tu modelo, ¿no sería preferible concebir el arte como síntesis de *libertas liberans* y *libertas liberata*?

*Sofos.*- El esquema spinozista es tan bello y poderoso que incluso sirve para un paradigma monista pero no materialista, donde en vez de *natura naturans* y *natura naturata* lo que tendríamos es el binomio *idea ideans/ idea ideata*. Atribuyamos el poder generador último a la materia o al espíritu, persiste el problema metafísico de la unidad o pluralidad de lo real. Si sólo existe la naturaleza, todo ha de proceder de esa naturaleza, que inevitablemente se alzaría como origen y producto de sí misma; si sólo existe la idea, ella será causa y efecto de su propio poder fundante, eterno e irreducible.

*Logos.*- Ciertamente, me veo obligado a reconocer que la libertad dimana de la naturaleza, por lo que la dualidad entre *libertas liberans* y *libertas liberata* no hace sino apuntar a la distinción entre *natura naturans* y *natura naturata*. Debe haber continuidad entre ambas, pese a la existencia de rupturas incuestionables y de súbitos cambios de fase en el proceso, porque todo salto evolutivo oculta incontables pasos intermedios, la condensación de un proceso subterráneo y microscópico que muchas veces se nos escapa. En términos globales prima la continuidad entre la naturaleza como conjunto y la libertad como subconjunto de ese inmenso conjunto, cadena áurea análoga a la que impera entre la materia y la mente, pues estoy convencido de que *Natura non facit saltus*. Por tanto, la *natura naturans* esconde potencialmente la *libertas liberans*, y en la *natura naturata* late la posibilidad de una *libertas liberata*, de una explosión creadora del espíritu...

*Sofos.*- El arte es la mente que crea una nueva naturaleza desde la naturaleza; el arte es así naturaleza que se recrea a sí misma, que retorna a sus poderes genesíacos y produce algo cualitativamente nuevo. Es una nueva naturaleza, un nuevo primer motor inmóvil que pone en marcha el fascinante mecanismo de la naturaleza, pero vivificado con un nuevo lenguaje, con una nueva gramática, con un nuevo sistema de reglas de transformación, con un nuevo conjunto de leyes nacidas de la subjetividad humana y de los “juegos de la fantasía” sobre los que hablaba Schiller. Kant no andaba entonces desencaminado cuando definió el genio como “*el talento (dote natural) que da la regla al arte*”, esto es, como la “*capacidad espiritual innata mediante la cual la naturaleza da la regla al arte*”. Amigo mío, la ciencia y el arte son las dos alas del espíritu humano. No cortemos una de ellas. No hay ave que pueda volar con una sola ala. Permitamos que se complementen en ese vuelo tan fatigoso pero bello que nos muestra la infinitud del mundo y de la imaginación. Podemos albergar un amor simultáneo por el razonamiento analítico y por la efusión estética del lenguaje, que nos abre a dimensiones inexploradas del espíritu. Ciencia y humanidades hermanadas en la más

profunda de las búsquedas. Pues tanto la ciencia como el arte entrañan una lucha contra el infinito, una batalla desasosegante pero hermosa; la una, contra la infinitud de lo desconocido, la otra, contra la infinitud de lo posible. Es la pasión ascendente que sella el triunfo de la sensibilidad humana, cruz que es ya gloria, dolor transfigurado en alegría creadora.

*Logos.*- ¿No es el científico el creador por antonomasia? El investigador científico es también artista, es también autor de un nuevo verso en el inagotable poema del mundo, pues la ciencia no se limita a reproducir el mundo, sino a representarlo y formalizarlo con unos conceptos inventados por la mente humana. Ningún gran hallazgo habría tenido lugar sin la ayuda inestimable de la imaginación.

*Sofos.*- Tanto el científico como el artista han de ser creadores, y tanto los grandes científicos como los grandes artistas son eximios creadores de conceptos, sistemas y lenguajes. Lo que me veo obligado a admitir es que la obra de arte siempre podría prolongarse, en una carrera infinita e indefinida. El artista nunca dejaría de sentirse insatisfecho con su obra, porque siempre podría añadir más, mejorar más, pulir y aquilatar más las aristas de sus creaciones con un soplo nuevo, incoado en el manantial inagotable de la imaginación. Casi todos los artistas sufren no sólo con la elaboración de su obra, sino con su supuesta finalización, porque son conscientes de la imperfección intrínseca que la envuelve y del sinnúmero de posibilidades no llevadas a término. No cabe límite para el ejercicio de la imaginación, e incluso lo aparentemente contradictorio suele ceder ante el sagrado impulso de la fantasía humana, que rápidamente se dispone a reconciliar los opuestos y a convertir todo atisbo de contrariedad en fuente de complementariedad. Por ello, la culminación de una obra nunca es tal. Es sólo aparente, pues siempre está inconclusa. Resulta entonces inevitable que todo artista, cuando cree acabar su obra, se vea invadido por una inocultable sensación de tristeza, atormentado por el sinsabor de percibir que siempre podría haber elevado el espíritu del arte a una cota más alta y pura. La teleología de la obra artística se proyecta sobre ella misma, se clausura en el horizonte potencialmente infinito que abre. Impide así discernir un fin real más allá de la tentativa de volcar todo un espíritu creativo en esa expresión concreta del arte. Un problema científico, en cambio, puede considerarse resuelto de forma más o menos completa cuando los elementos de análisis verdaderamente relevantes han sido esclarecidos. Otra cosa es que surjan nuevos problemas, o que debamos revisar los problemas antiguos a la luz de un prisma nuevo, pero esta incompletitud no se refiere a la naturaleza intrínseca del problema, sino a la actividad científica en cuanto tal y a la conjeturada infinitud del universo, que siempre podría depararnos sorpresas inéditas. Cada obra de arte permanece esencialmente incompleta, presa siempre de un relativo grado de indefinición, porque en sí misma evoca un universo hipotéticamente irrestricto. El artista podría dilatarla, expandirla y resignificarla de modos prácticamente infinitos, cuyos únicos límites residirían en la fuerza de la imaginación.

*Logos.*- Larga y lenta es la senda del arte...

*Sofos.*- Sin duda, pero en ella es difícil distinguir una trayectoria ascendente, una evolución lineal y progresiva, una verdadera superación del pasado por el futuro. Piensa en el *Cantar de los Cantares*. ¿Acaso alguien ha logrado componer un poema tan hermoso e inspirador como esta perla de la literatura hebrea?

*Logos.*- El *Cantar de los Cantares*, quizás el título más hermoso que podríamos concebir para una obra humana, no menciona a Dios. Esta manifestación incomparable de la mejor poesía hebrea no alude a lo sobrenatural...

*Sofos.*- Es cierto, pero la hermosura de sus palabras alcanza tales cúspides, cimas tan esbeltas nimbadas con una blancura tan nívea, que es imposible no vislumbrar un anhelo de trascendencia, una sacralización del amor como el tesoro más divino de la humanidad. La dulzura y el juego describen ese amor radiante, esa destilación de voluptuosidad y deseo, de cuerpo y alma, de totalidad indivisa que proyecta en el amado todo un universo de evocaciones y aspiraciones. La rosa de Sarón, el lirio de los valles, el cervatillo que corretea por los bosques, la paloma escondida, los amados que pastan entre azucenas, el corazón que clama por oír la voz de la amada mientras siente el arrullo de las tórtolas, el fervor con el que persigue a su otro idealizado en el silencio de la noche, sin importarle recorrer una Jerusalén terrenal que abraza místicamente a Sion, aroma puro derramado en honor del amor eterno, del amor humano y del amor divino... En definitiva, una belleza pura, cuyas olorosas fragancias nos acercan al paraíso. Es la fuerza abrumadora del amor, carisma sobrenatural que nos unge con su óleo perfumado, don que brota en la raíz de nuestros corazones.

*Logos.*- Quieres entonces decir que el arte no tiene por qué progresar, sino que vive libremente, sin someterse a las leyes inexorables de una supuesta evolución ascendente. Olvidas, sin embargo, que el progreso científico muchas veces entraña una destrucción creativa de lo anterior, en analogía con lo que planteó Schumpeter. No tanto un incremento lineal, pacífico, armonioso, como una senda zigzagueante e incierta.

*Sofos.*- Por supuesto. En cualquier caso, niego la mayor, pues no siempre es necesario destruir para crear. A menudo es posible crear añadiendo nuevos elementos a lo que ya existe, no eliminando lo que ya existe. Crear suele ser sinónimo de transformar, de reordenar, de imprimir un carácter cualitativamente nuevo a lo que hay. Surge entonces un todo mayor que la suma de las partes, dado que incluye también las nuevas interacciones entre sus elementos, una serie de disposiciones configurativas antes inexistentes. Pueden así aparecer propiedades globales ausentes en los elementos individuales, mientras que algunas propiedades individuales directamente se eliminan, se neutralizan o se preservan, o simplemente no se manifiestan y permanecen latentes.

*Logos.*- No tengo objeción alguna contra la idea de un todo distinto a la suma aritmética de sus partes. De hecho, la física nos enseña que el todo puede ser menor que la suma de sus partes. Por ejemplo, la masa resultante de dos objetos sometidos a atracción gravitatoria mutua será menor que la de esos objetos considerados individualmente,

pues al unirlos se emite energía, lo que, en virtud de la equivalencia fundamental entre masa y energía, que contempla ambas realidades como manifestaciones de un fenómeno más profundo, implica una menor masa total en reposo. Se produce, por tanto, un defecto de masa, tal que la masa relativista del sistema conjugado será menor que la de sus partes. En realidad, será igual a la suma de las masas de sus constituyentes menos la energía de unión dividida por la velocidad de la luz al cuadrado.

*Sofos.*- El escenario físico que aduces me parece sumamente interesante. Cabe, por tanto, un todo igual, mayor o menor a la suma de sus partes, aunque, como es lógico, la energía total del sistema tiene que conservarse en cualquier caso, pues es un invariante temporal. De todas formas, y por incidir en la importancia del tema que nos ocupaba, reconozco que en ocasiones crear ha exigido destruir, pero si uno contempla con mirada amplia la historia de las ciencias y de las artes, las grandes creaciones integran lo anterior, heredan lo mejor de sus antecedentes y se deshacen de lo inútil o incorrecto. Extienden el espacio del pensamiento, no lo reducen, o no sustituyen un elemento por otro como si se tratase de un juego de suma cero. El espacio de las creaciones es ilimitado. Pueden convivir creaciones esencialmente heterogéneas e incluso incompatibles.

*Logos.*- Salvo que busquemos objetividad plena y queramos decidir la verdad de una proposición, en cuyo caso la disyuntiva entre lo correcto y lo incorrecto me parece inexorable y entraña un juego de suma cero, pues es preciso aplicar un filtro selectivo que excluya determinadas opciones y sancione otras.

*Sofos.*- No obstante, incluso este binomio sucumbe cuando nos percatamos de que algo puede ser correcto en un contexto e incorrecto en otro, del mismo modo que la mecánica de Newton es válida bajo ciertas condiciones y errónea bajo otras. Es entonces posible crear expandiendo, no destruyendo. Algunos hallazgos científicos pueden ser, en efecto, profundamente revolucionarios, pero siempre susceptibles de inserción en un marco más amplio, porque al fin y al cabo remiten a la naturaleza, que es unitaria y acoge en su seno todos los fenómenos que ante nosotros se presentan como procesos distintos. La unidad del arte sólo se produce en la unidad del diseño subjetivo que formaliza la obra artística, en la unidad desplegada por la mente del artista. Indudablemente, en ella pueden confluír múltiples elementos conscientes e inconscientes, dispersos y fragmentarios hasta que el plan de la obra consigue subsumirlos en un fin más abarcador. La obra de arte carece así de ese referente externo que confiere unidad a la suma de subjetividades entregadas a la búsqueda de la objetividad científica.

*Logos.*- Luego el arte es su propia naturaleza, su propio filtro, su propia selección extrínseca, nacida, paradójicamente, a partir de causas internas al creador de esa obra.

*Sofos.*- Si en la ciencia el creador de un modelo se distingue intrínsecamente de la creación que trata de investigar, y para estudiarla ha de crear él mismo una nueva creación, un símbolo en la forma de una teoría o de una hipótesis que reproduzca a escala la estructura y el funcionamiento de su objeto de análisis, en el arte no existe esa mediación entre el sentido y el referente, esta duplicación entre sujeto y objeto. En el

arte es el creador el que talla su propio sentido y su propio referente al unísono. El símbolo agota por tanto el referente, acoplados en la unidad entre creador y creación como cristalización objetiva del espíritu subjetivo de un creador. Todo brota de la mente del artista, que puede pero no necesita inspirarse en la naturaleza para galvanizar su fervor creativo. Lo que el científico extiende no es tanto la cuestión específica que estudie como la empresa científica en sí. Si en el arte prima la expresión de la subjetividad humana, es lógico pensar que el arte se realiza en cada obra. Quizás no se agote en cada obra, pero sí vierte su esencia potencial por igual en cada obra, pues la grandeza de las distintas manifestaciones artísticas, su valor cualitativo, estribará en la destreza con la que el artista haya logrado reflejar todo un espíritu, toda una subjetividad, dentro de los límites asociados a las estructuras materiales a través de las que inexorablemente se canaliza la labor artística: en cómo la *natura naturans* aposentada en la mente subjetiva batalla contra las constricciones de una *natura naturata* dimensionada dentro de los cauces del espacio y del tiempo. El científico, sin embargo, busca la objetividad, y por tanto la característica más genuina de la ciencia reside en el método que utiliza para abordar cuestiones sumamente heterogéneas. En el arte no tiene por qué existir un método más allá de la libre configuración de la subjetividad humana a través de estructuras materiales que la delimitan y filtran, mientras que en la ciencia lo importante no es sólo la incógnita concreta que se consiga despejar mediante una adecuada combinación de lo racional y lo empírico, sino la capacidad de aplicar la luz de una estrategia de trabajo sobre la naturaleza. Es así posible concebir problemas científicos que, en la práctica, se hallen cercanos a una resolución completa, aunque la actividad científica apunte a una irresolución intrínseca. En el arte, por el contrario, tanto la obra específica como la actividad artística en sí adolecen de incompletitud intrínseca. No obstante, creo que no andaba errado el poeta francés Saint-John Perse cuando hablaba de una confluencia entre la verdad poética y la verdad científica, entre la ciencia como poesía del universo y la poesía como ciencia de la intuición, de la expresión humana en su búsqueda de concisión, sensibilidad y belleza. Ciencia y poesía no hacen sino interrogarse por los mismos objetos, por el mismo mundo que se yergue, majestuoso, ante nosotros, aunque difieran en sus métodos de investigación de lo real y lo posible.

*Logos.*- Ni siquiera los descubrimientos científicos que atribuimos a causas fortuitas habrían sido posibles sin una mente imaginativa, capaz de interpretar creativamente los indicios que ofrece la naturaleza. No veo tanta diferencia entre un soneto de Petrarca y una ecuación de Einstein: ambos traslucen belleza, una belleza pura, profunda y expansiva, la belleza de la mente que imagina el mundo y la belleza de la mente que se adentra en el secreto último del mundo, en el *sanctasanctorum* de este templo infinito que es el universo. Es la misma mente. Es la misma belleza. Es el mismo hombre.

*Sofos.*- Permíteme entonces plantear un interrogante tan profundo como inveterado: ¿qué es la belleza? O más bien, ¿cómo podría el pensamiento acercarse a la esencia más genuina de la belleza? ¿Es acaso la armonía la nota más característica de la belleza verdadera?

*Logos.*- Creo que la belleza no reside únicamente en la armonía, sino ante todo en la adecuada combinación de lo distinto. La armonía es sólo uno de los ingredientes de la

esencia de la belleza, pues a veces es más bello lo que tolera un cierto grado de desorden y de discordia en su seno. La belleza emerge, así, como una síntesis de elementos: color, figura, intensidad... Esta mezcla mesurada es lo que genera placer en nuestros sentidos, y hace que ciertas cosas nos resulten agradables. El cerebro buscaría, por tanto, una tensión creadora entre el orden y el desorden, ese equilibrio inestable que brinda paz, pero también desafío. La belleza nos proporciona comodidad y acicate al mismo tiempo, una precaria unión de opuestos cuya utilidad evolutiva es manifiesta, porque nos reconforta y estimula, reconciliando pulsiones antagónicas.

*Sofos.*- La esencia del arte no puede consistir en lo agradable. Muchas cosas son agradables sin ser artísticas. Quiero entender la raíz de esa condición, por qué una determinada creación nos resulta agradable y se convierte en fuente de placer sensible.

*Logos.*- ¡Sin duda! Yo también pienso que una aproximación puramente sensible a la naturaleza de la belleza es demasiado superficial. La belleza más profunda es invisible a las representaciones de los sentidos. Es pura, como la belleza de un concepto, o de una idea matemática. Es la belleza que captamos en ciertas relaciones lógicas, asociada al gozo inconmensurable de comprender. En ella contemplamos un fin, un límite asintótico, la condensación de un infinito potencial, un fin que es también un principio; un ciclo, un bucle entrelazado de clausuras y aperturas, donde la tambaleante contradicción se asume de forma creativa. Es una belleza inteligible, trascendental, no limitada por las constricciones sensoriales, sino amplificada por la vastedad de la mente.

*Sofos.*- Coincido contigo, porque admiro la belleza del lenguaje matemático, su capacidad para expresar de manera concisa y transparente el fundamento más firme de la armonía. En cualquier caso, y dado que eres científico, tendrás que aclararme el misterio de por qué la luz de la inspiración sólo derrama su gracia sobre unos pocos, como si en ocasiones descendiera del cielo una luz pura y divina, una chispa eterna que bendice el alma humana con el don de una palabra evocadora y de una idea profunda.

*Logos.*- ¡Me encantaría saberlo!, pues quién no querría escrutar las fuentes universales de la creatividad humana para desenterrar el tesoro más grandioso que cabe concebir, cuya belleza coronaría todos nuestros esfuerzos y expiaría toda nuestra insatisfacción. La intuición es un beso furtivo que nos visita de incógnito, cuando menos lo esperamos y quizás cuando menos lo merecemos. Si el sistema fuera completamente determinista, el resultado inevitable de un entorno cultural específico regido por las leyes generales de la historia, bastaría con estudiar los patrones subyacentes para predecir la génesis de una nueva idea. Es tentador creer que ciertos hallazgos científicos tenían que producirse necesariamente en una época y en una cultura en las que desembocaba la fuerza irresistible de factores antecedentes, como si algunos períodos hubieran estado predestinados a albergar grandes gestas por el simple hecho de heredar toda una tradición previa. Newton sería entonces el depositario del proceso irrefrenable y arrollador que abocaba la evolución de la ciencia a seguir una dirección específica; un mero actor en una trama mucho más vasta y poderosa que sus propias cualidades

subjetivas. En definitiva, un feliz e insigne títere de la historia del pensamiento científico, que se habría servido de nombres individuales para desplegar lo que por su propia naturaleza es inexorable. Al igual que con su tabla periódica Mendeléiev pudo anticipar la existencia de elementos químicos aún no desvelados, pues entendió la lógica de las propiedades atómicas, quien comprendiera las causas que determinan ineludiblemente el desarrollo de la ciencia podría adivinar cuándo y cómo surgirán los futuros grandes descubrimientos.

*Sofos.*- Entiendo entonces que eres escéptico ante la posibilidad de predecir cómo y cuándo tendrán lugar las grandes manifestaciones de la creatividad humana.

*Logos.*- Lo soy, porque es siempre fácil estudiar un hito científico *a posteriori*, con las ventajas que nos brinda el conocimiento histórico acumulado, y convencerse de que era relativamente sencillo predecirlo, como si una cadena causal invencible llevara hasta él. Percibir lógicas históricas y lógicas mentales cuando ya han eclosionado en el tiempo es fácil. Lo difícil es adelantarse a ellas. Y desentrañar la naturaleza de ese salto que subyace a las grandes creaciones de la mente es una tarea apasionante, un santo grial que merece la cruzada del espíritu científico. Estoy seguro de que jamás se rompe la estricta continuidad lógica entre ideas, el itinerario microscópico que las vincula; por el contrario, lo que se abre es un nuevo camino, un atajo que simplifica la conexión entre conceptos, para desvelar un territorio de posibilidades preexistentes. Pero descifrar el secreto de la creatividad humana sería como encontrar la piedra filosofal, que todo lo convertiría en oro.

*Sofos.*- Demasiado oro nos petrificaría, como al rey Midas. Dejemos espacio para lo inescrutable, para lo nuevo y verdaderamente creativo. Exploremos caminos hacia la creatividad, pero no pretendamos transformar la creatividad en necesidad, disolviendo su magia y desnaturalizando su esencia. Y la creatividad es sinónimo de la libertad, del horizonte aún no sondeado. Lo más importante en la vida ni se define ni se mide ni se subsume en una ley: se capta con el espíritu de la sabiduría.

*Logos.*- ¡Oh paradoja!, porque investigar y tratar de comprender racionalmente los fenómenos del mundo implica de forma casi concomitante buscar leyes matemáticas, exactas y objetivas, cuando parece que las realidades más profundas de la existencia humana jamás se plegarán a ese lenguaje tan universal y bello como frío e indiferente. Por fortuna, no hay una regla para aprender a crear, ni para expresar el fruto de nuestras creaciones, sino un espacio infinito para la sorpresa y un número inagotable de lenguajes para su comunicación. Nada sustituye el deseo de crear y la posibilidad de beneficiarse de los estímulos que nos ofrece la experiencia, chispas capaces de encender la llama de la novedad genuina. Es innegable que la mente suele funcionar con arreglo a concatenaciones de estímulos y respuestas. La cuestión es cómo logramos aprovechar el estímulo. Las mentes más creativas extraen todo el jugo de los estímulos más insignificantes. Pienso, en definitiva, que la creatividad depende más de la voluntad que del entendimiento.

*Sofos.*- ¿Qué es por tanto la inspiración, común a científicos y a artistas que captan repentinamente una nueva luz en su pensamiento?

*Logos.*- Gran pregunta. Creo que la inspiración equivale a una ruptura de simetría lógica. Espontánea o no, la mente inspirada abandona el camino lineal y se lanza con audacia a explorar rutas en paralelo, alternativas igualmente válidas, pues son igualmente lógicas. Sin embargo, no tengo demasiada esperanza en que algún día comprendamos la mecánica de este proceso, si es que existe, hallazgo que nos permitiría predecir los resultados de la creatividad futura.

*Sofos.*- No me inquieta esta aparente fatalidad, pues más hermoso que encontrar lo ya vaticinado es descubrir lo que nadie esperaba, lo impredecible, lo que brilla con la luz de lo inusitado, miel para labios ansiosos de dulzura. La sorpresa fulgurante que brota como flor no presagiada. El volcán submarino que emerge de súbito desde las profundidades oceánicas y crea una nueva isla.

*Logos.*- Por supuesto. La ciencia no cesa de depararnos sorpresas insólitas. Es incomparablemente bello y aleccionador contemplar cómo la naturaleza suele burlarse de la imaginación humana, y cómo cuando creíamos haber agotado con nuestro entendimiento todas las opciones posibles en la explicación de un fenómeno surgen en ocasiones itinerarios que desafían todo pronóstico. Pero el genio de la naturaleza se enfrenta al genio de la humanidad, que discierne vías asombrosas para anticiparse a la propia naturaleza. Rival es sublimes, sin duda. Genios colosales que podrían humillar incluso a un dios. Ignoro las causas últimas que detonan el estallido de la creatividad en algunas mentes ungidas con ese óleo único, espíritus que parecen señalados caprichosamente por la divinidad para protagonizar las hazañas intelectuales que aún hoy les otorgan fama imperecedera. Pienso, sin embargo, que la imaginación a menudo se asemeja a un arquitecto, capaz de construir un nuevo edificio donde antes no había nada, pero que a veces se comporta como un arqueólogo, pues rescata tesoros perdidos de la mente. Crear implica con frecuencia recordar.

*Sofos.*- Cuánto difiere esta postura del determinismo de Hegel, para quien la filosofía es el reencuentro del espíritu consigo mismo, la suprema grandeza del pensar en cuanto tal, que, como una deidad aristotélica, no encuentra fin más noble que el de pensarse a sí mismo. Pues en ese desarrollo inexorable, en ese despliegue necesario de la idea, nada auténticamente nuevo puede acaecer; ninguna sorpresa puede depararnos el universo. Arrollados por la corriente de la historia, todo está ya preestablecido en la idea misma, en la lógica que sigue un curso ineluctable. Marx reinterpreta la lógica de Hegel en clave materialista, pero mantiene la *forma mentis* o sintaxis mental, aunque cambie la semántica; vino nuevo sobre odres viejos. Llena con una nueva exégesis el mismo aparato lógico que había tallado meticulosamente Hegel en la *Fenomenología del espíritu* y en la *Ciencia de la lógica*.

*Logos.*- En realidad, ese sistema sintáctico, ese conjunto de estructuras lógicas que canalizan los conceptos metafísicos empleados por Hegel, palpita ya en las obras de Escoto Eriúgena y de Spinoza, aunque alcance su máximo esplendor con el filósofo alemán. Por supuesto, este sistema conlleva el determinismo, al afirmar taxativamente la existencia de un plan racional inexorable en el universo y en la historia, de una lógica dialéctica que rige la totalidad del proceso de desenvolvimiento de la idea desde su forma más inmediata como *en sí puro* hasta la conciencia absoluta, reconciliadora de todas las dimensiones del espíritu. No hay lugar para la libertad, para la novedad, para la creatividad auténtica. Todo obedece a un destino universal ineluctable.

*Sofos.*- A mi juicio, esta concepción de la realidad y de la mente, por brillante o incluso excelsa que se nos antoje, pues consigue integrar tantos ámbitos antes dispersos del pensamiento filosófico dentro de un esquema unificador y de una estructura lógica común, es profundamente opresiva. Clausura la historia, borra cualquier vislumbre de la libertad y sanciona una verdad que, sospechosamente, ha de coincidir con lo que un filósofo particular sostiene que es la verdad. Hegel no sólo cree que existe una verdad, de naturaleza racional, universal y necesaria, sino que además piensa que es susceptible de ser esclarecida por su mente, sin posibilidad de error o de parcialidad. Enarbola, por tanto, dos tesis altamente cuestionables: en el plano ontológico, la de la existencia de un determinismo absoluto en el universo, y en el epistemológico, la de una fe cuasi religiosa en el poder de la mente humana para conocer esa verdad.

*Logos.*- Lo hace porque proyecta demasiados presupuestos sobre la realidad, una concepción excesivamente laxa y discutible de la verdad, concebida como un todo capaz de integrar cualquier cosa. No obstante, basta con examinar los fundamentos de esta concepción del mundo, tal y como el filósofo alemán los expone en su monumental *Ciencia de la lógica*, para detectar errores lógicos tan graves que deberían enmendar la práctica totalidad de su sistema, pretendidamente racional, cuando en verdad conculca principios básicos de la razón. Pues es sencillamente falso, como sostiene Hegel en su intento de ofrecer una alternativa al principio clásico de identidad, que una cosa no sea igual a sí misma porque siempre es más que sí misma. Si así fuera, ese hecho de “ser más que sí misma” debería ser a su vez “más que sí mismo”, luego ni siquiera una cosa sería igual a “lo que es más que sí misma”, sino a “lo que es más que el hecho de ser más que sí misma”, y así *ad infinitum*. Es decir, ya no sería más que sí mismo, sino *más que lo que es más que sí mismo*. La cosa quedaría disuelta en una cadena infinita, donde sería difícil encontrar elementos numerables, dado que por definición los miembros de ese conjunto estarían intrínsecamente subordinados a sus sucesores, sin poder discernir auténticas unidades lógicas delimitables. O detengo el proceso o no tendrá sentido que afirme nada, porque si algo es más que sí mismo, nunca es sí mismo, luego no tiene sentido referenciar al ser consigo mismo y establecer una comparación.

*Sofos.*- De la misma manera que Hegel plantea una lógica ascendente, según la cual toda cosa es siempre más que sí misma, alguien podría imaginar una lógica descendente, en virtud de la cual una cosa es siempre menos que sí misma; un *reduccionismo universal* frente al *expansionismo universal* por el que aboga el filósofo germano.

*Logos.*- Probablemente, semejante clase de lógica resultaría más acertada para comprender la naturaleza de la realidad, porque la ciencia se esmera en construir lo complejo a partir de principios simples. Pero más allá del problema de regresión infinita que estalla inevitablemente en el seno de la lógica hegeliana, como un huevo de dragón a punto de eclosionar, y que quizás podría solventarse aceptando una idea demasiado laxa del término *más*, es evidente que la posibilidad de que algo sea más que sí mismo es eso, una posibilidad, un añadido de la mente, pero no una certeza: algo *en potencia*, pero no *en acto*. Puede que una cosa sea más que sí misma o que no lo sea; sólo podré decir que, potencialmente, una cosa puede ser más que sí misma, pero no que lo sea en acto, salvo que incurra en la falacia de fusionar dos objetos en uno (la cosa y lo que es más que esa cosa) y luego afirme que en realidad constituían un único objeto. Si busco, como la lógica, una certeza inatacable y absolutamente segura, sólo puedo decir con legitimidad incondicionada que la ley fundamental de la razón entraña la identidad de cualquier objeto susceptible de análisis lógico consigo mismo, en el estado en que lo representamos en ese juicio lógico. Que pueda ser más que sí mismo es sólo una mera posibilidad. Por tanto, el enunciado “una cosa es más que sí misma” es una posibilidad, no una certeza categórica. Confundirlas llevaría a toda clase de arbitrariedades lógicas, por mucho que resulte fascinante para la especulación filosófica, al impulsar la aspiración humana a una comprensión cabal del cosmos. Incluso puede ser un principio verdadero en el cómputo global. Empero, sólo una mente divina, capaz de contemplar la totalidad de un universo completado, clausurado definitivamente sobre el horizonte de sus posibilidades, consumado en su integridad, podría percibir que las cosas idénticas a sí mismas eran en realidad idénticas a las posibilidades que se derivaban de ellas, y que lo que a nosotros se nos antojaba meramente posible, un juicio probabilístico sin visos de certeza, respondía a la verdad absoluta. Sin embargo, esto es escatología, no lógica. Hegel sólo puede decir que quizás una cosa sea más que sí misma, dada nuestra experiencia histórica, pero no que una cosa sea más que sí misma con arreglo a una certeza lógica irrevocable. Es algo que ignoramos. Son proyecciones de la mente, loables e inspiradoras, y entiendo que la filosofía no puede limitar su radio de acción a insistir en certezas lógicas palmarias y al alcance de todos, sino que debe atreverse a especular, a ir más allá de esas certezas para abrir nuestro espíritu al horizonte de posibilidades que la imaginación y la razón nos muestran: a llenar el vacío del formalismo lógico con objetos, con propuestas. En cualquier caso, este anhelo valiente y encomiable de descubrir nuevas formas de pensamiento no puede ocultar que sólo tenemos certeza sobre la existencia de una identidad formal cuando comparamos la estructura lógica de un objeto con ella misma, y que sabemos también que esa misma estructura lógica se tiene a sí misma como posibilidad, por cuanto toda cosa se implica a ella misma. El resto es un cuadro de sugerentes elucubraciones filosóficas, pero no un conjunto de sólidas certezas lógicas.

*Sofos.*- ¿Lo absurdo se implica entonces lógicamente a sí mismo, o lo imposible? Porque en ese caso lo absurdo estaría también impregnado de lógica.

*Logos.*- Lo absurdo se contiene lógicamente a sí mismo. Sin embargo, el elemento de lógica que hay en lo absurdo se refiere tan sólo a la relación de consecuencia necesaria establecida entre un objeto, sea razonable o absurdo, y él mismo como su predicado

potencial. No nos revela nada acerca de su sentido interno. La proposición “Si un círculo es cuadrado, entonces un círculo es cuadrado” es verdadera, aunque su contenido sea absurdo, es decir, inconsistente y por tanto imposible de concebir, como sucede con el número primo más grande, entidad contradictoria, tal y como demostró Euclides al probar la existencia de infinitos primos mediante *reductio ad absurdum*. Es lo que ocurre con lo imposible, que es posible como imposible, dado que lo imposible es un predicado potencial de sí mismo. Pero lejos de incurrir en contradicción al enunciar esa estructura sintáctica, simplemente satisfacemos un principio fundamental de la lógica en su carácter de mera formalidad, porque todo sujeto se puede pertenecer a sí mismo como predicado, por mucho que el sujeto sea palmariamente absurdo.

*Sofos.*- Curiosamente, y si bien es cierto que en muchos aspectos me sitúo en las antípodas filosóficas de sus posturas, hay un punto sumamente controvertido de la lógica y de la ontología hegelianas en el que estoy de acuerdo con el pensador alemán. Aunque considero que su lógica dialéctica es insostenible, pues se basa en errores formales patentes, como la identificación entre ser puro y nada pura, igualdad que exige asumir la contradicción en sí y que, en consecuencia, impide razonar lógicamente, esto es, analíticamente, más allá de complejas metáforas lingüísticas de cadencia mística, creo que la intuición fundamental del automovimiento dialéctico del concepto es iluminadora. Parece que, en efecto, en la historia de la mente humana los conceptos fluyen por sí solos, en el curso de un proceso autónomo, de una especie de memética cósmica que no requiere la participación de la subjetividad humana. Esta idea resultará absurda para muchos, pero es innegable que existe una necesidad lógica en las formas del pensamiento, cuya variación depende de la etapa histórica, del nivel de conocimiento alcanzado en las distintas áreas del pensamiento y de la acción. Lo queramos o no, tarde o temprano se llega a ellas por cauces heterogéneos pero convergentes. A mi juicio, el error de Hegel estriba en no haber detectado la pluralidad de líneas de despliegue de esa necesidad lógica, quizás universal a escala global, pero inevitablemente particularizada en los diversos contextos; la multiplicidad de ramas y de convergencias, la posibilidad de elaborar interpretaciones pluralistas de esa necesidad lógica hipotéticamente inquebrantable. En definitiva, lo que Hegel no advirtió es la relevancia capital de la creatividad en el pensar y en el obrar del hombre.

*Logos.*- De hecho, metafísicamente quizás todo esté relacionado con todo, si en verdad todo cuanto es procede de un mismo fundamento y no existen multiversos, inconexos e incommunicables, pero en la práctica hay que distinguir. Todo atrae a todo, pero no con la misma intensidad. Aunque la gravedad sea universal, sus efectos no siempre resultan relevantes para la investigación de ciertos sistemas.

*Sofos.*- El pensamiento colectivista prima las relaciones sobre las sustancias. El pensamiento individualista opera al revés. Ni relaciones ni sustancias: no hay sustancia sin relación y no hay relación que no tenga como soporte la sustancia. Es difícil integrar, pero es necesario, pues ambas visiones pueden reclamar su parte de verdad filosófica.

*Logos.*- El límite para cualquier sistema filosófico y para cualquier ideología es la verdad. La mentira jamás puede llevarnos a construir algo digno. Créeme: es falso que todo pueda relacionarse con todo en el plano de análisis propio de la mente humana.

*Sofos.*- Yo aspiro a trascender ese plano; yo aspiro a analizar el universo como lo haría una mente sobrehumana, una mente divina. No temamos pensar más allá de nuestros límites, pues al hacerlo ya estamos superándolos, ya estamos desbordando esa frontera de apariencia infranqueable.

*Logos.*- Sueñas demasiado, amigo mío. Me conformo con intentar pensar como mejor puede hacerlo un ser humano.

*Sofos.*- Sin ese sueño jamás habríamos superado las barreras de nuestra comprensión presente. Todo gran creador en la ciencia y en el arte ha sido un gran soñador. Ha tenido que atreverse a navegar más allá de lo que sus contemporáneos consideraban el fin del mundo conocido. Y yo sé que nadie conoce cuál es el fin de nuestra mente. Yo sé que nadie ha visto jamás las fronteras de la mente humana.

*Logos.*- Por mucho que mi corazón me incite a estar de acuerdo contigo, la razón me dice que tu visión, impregnada de un hermoso y enternecedor idealismo, conlleva los mismos riesgos filosóficos que el sistema de Hegel. De hecho, estoy convencido de que su realización traicionaría tus intenciones originales, pues desembocaría también en el determinismo y en la clausura de la imaginación ante el horizonte de lo nuevo. En una perspectiva tan sintética, tan recapituladora, tan apta para incluirlo todo, es inevitable llegar a creer que no se puede pensar más allá de ella, pues por su propia definición ese modelo lo asume todo, todo lo engloba bajo la ubicuidad de un prisma conceptual deliberadamente diseñado para no excluir nada. Pero entonces sucumbimos otra vez al problema que plantea el argumento ontológico de San Anselmo, quien creía que por pensar algo de manera convincente, ese algo tenía que existir con independencia de nuestra imaginación lógica. No hay ningún puente necesario entre el pensamiento y la realidad, entre los órdenes lógico y ontológico, salvo en lo que respecta a la intuición de que debo existir porque pienso, como advirtió Descartes. Podría argüirse que el filósofo francés únicamente prueba la existencia de pensamientos, y no de un sujeto, de un *yo*. Sin embargo, esos pensamientos han de ser detectados por alguna instancia. De lo contrario, ¿cómo llegaríamos a la conclusión de que existen semejantes pensamientos? No obstante, el acto de detectar exige un sujeto, que converge con lo que solemos llamar “yo”. Por tanto, mi propia existencia es lo único que puedo deducir *a priori* sobre el mundo; ningún otro objeto del mundo puede ser inferido desde el puro pensar. Es iluso pretender deducir *a priori* las leyes de la naturaleza, como quería Leibniz, porque siempre puedo elaborar varios sistemas intelectuales del mundo igualmente consistentes, luego necesito un filtro externo que los cribe. He de abrir el pensamiento al mundo para comprobar la existencia de lo que concibo en la soledad de mis meditaciones filosóficas.

*Sofos.*- Si el universo es un pensamiento de Dios, o al menos el fruto del razonamiento de una naturaleza dispuesta a depararnos sorpresas infinitas, y nosotros somos también mente y pensamiento, deberíamos poder deducir formalmente el resultado de ese pensamiento, su plasmación en un conjunto de leyes y de estructuras materiales. Al fin y al cabo, somos partícipes conscientes del pensamiento universal, por lo que Dios debería pensar como nosotros, o más bien nosotros pensar como Él. Deberíamos entonces ser capaces de deducir *a priori* las leyes de la naturaleza y los elementos sobre los cuales se aplican, pues deberíamos poder reproducir el proceso de pensamiento de Dios o de la naturaleza. Deberíamos poder penetrar en la mente infinita de Dios.

*Logos.*- En el supuesto de que siguiéramos la misma lógica y de que Dios sólo hubiera tenido una opción a la hora de pensar el mundo, algo que a mi juicio sería impropio de un ser infinitamente creativo y perfecto, cuyo espíritu no podría verse constreñido por ningún límite, ni siquiera por el límite de lo óptimo y de la necesidad de su elección. Dios debería mostrar su grandeza en su capacidad de sobreponerse a la linealidad del razonamiento discursivo, para suscitar posibilidades inéditas, ajenas a cualquier deducción; saltos conceptuales que sólo el mayor de los genios podría protagonizar.

*Sofos.*- Pero las leyes de Newton, por ejemplo, parecen constituir un sistema tan perfecto desde el punto de vista lógico, pues contemplan todos los casos conceptualmente posibles, que no puedo resistir la tentación de intentar deducirlas *a priori*, desde el razonamiento puro, a fin de elaborar un sistema intelectual del universo. Algo similar sucede con las leyes de la termodinámica, que para mí reflejan la disyuntiva lógica entre la identidad y la diferencia, o entre lo que permanece y lo que cambia.

*Logos.*- Sin embargo, entonces deberás explicarme por qué nadie fue capaz de predecirlas rigurosamente, y no sólo de vislumbrarlas vagamente, si en verdad resultan tan razonables, tan esperables, cual pulcras e inexorables inferencias a partir de unos principios lógicos establecidos axiomáticamente. Éstas y otras leyes fueron inducidas desde observaciones y experimentos, no deducidas desde un sistema intelectual del mundo, exento de intuiciones empíricas acopladas a los conceptos puros de la razón. Además, piensa en la magnitud de la deducción. ¿Quién lograría inferir desde el pensamiento puro la existencia de cuatro fuerzas fundamentales, o de la materia oscura, o de la expansión acelerada del universo?

*Sofos.*- Precisamente no puede dejar de maravillarme que determinadas teorías hayan predicho acertadamente la realidad en múltiples ocasiones, tanto como para adelantarse a los experimentos y ofrecer resultados asombrosamente exactos. La complejidad de la realidad deducida desde la simplicidad de ciertas teorías físicas no hace sino apoyar el argumento sobre la racionalidad intrínseca del cosmos, sobre su carácter de sistema lógico materializado en el espacio y en el tiempo, sobre su condición de pensamiento divino cosificado. Piensa en el positrón, vaticinado por Dirac, o en el bosón de Higgs, o en las ondas gravitacionales, a las que conduce inevitablemente la teoría de la relatividad general.

*Logos.*- Sí, yo también admiro el poder predictivo de las grandes teorías, que no hace sino glorificar el poder predictivo de la mente humana y la belleza de la racionalidad. En cualquier caso, no olvides que esos importantes desarrollos conceptuales se sostienen sobre los hombros de gigante de inducciones previas. Por tanto, valoraré la concepción apriorística del universo según su valor predictivo. Si a partir de ella alguien consigue deducir *a priori* nuevas leyes y nuevas estructuras de la naturaleza, me veré obligado a creerle, y a profesar una fe tan vehemente como la suya en la existencia de una lógica fundamental subyacente a los fenómenos del cosmos. Sin embargo, ni Descartes ni Spinoza ni Leibniz ni Hegel han coronado esa meta, quintaesencia del sueño que embruja a todo racionalista.

*Sofos.*- Te entiendo, pero reconozco que más que la predicción en sí lo que me interesa es la fuente de ese poder predictivo, que a mi juicio dimana de una comprensión profunda de la estructura de los fenómenos materiales. De todas formas, perdona la aparente distracción, pero dado que el argumento en torno al carácter racional del universo tiene mucho que ver con la pregunta sobre la naturaleza y el alcance de nuestras habilidades cognitivas, que serían partícipes de esa racionalidad, me surge una duda: ¿cómo puedo saber que tu conciencia es esencialmente igual a la mía? Mediante el célebre *cogito, ergo sum* pruebas la existencia de un ser pensante y consciente de que piensa, pero ¿cómo sabes que mi mente piensa y es consciente de que piensa de la misma forma que la tuya?

*Logos.*- ¡Buena pregunta! Me atrevería a decir que tanto por la constitución biológica de nuestro cerebro como por la capacidad que ambos manifestamos de compartir unas reglas lógicas comunes es legítimo aseverar que tu conciencia, o tu manera de ser consciente y de referir tus pensamientos a ti mismo, es sustancialmente idéntica a la mía. De hecho, si es posible la comunicación entre los seres humanos debemos suponer que todos poseemos unas facultades cognitivas bastante similares. Hablo en mi nombre, no en el de nadie más. Sólo me represento a mí mismo, pero albergo la firme y contrastada convicción de que en la intimidad de la conciencia individual laten principios, aspiraciones e inquietudes universales que nos vinculan a una misma familia humana. De no ser así, explícame cómo es posible que nuestras mentes lleguen a unos mismos principios lógicos y entiendan unas mismas ideas, aunque procedan de fuentes tan diversas e inverosímiles.

*Sofos.*- Agradezco la aclaración. En cualquier caso, y por volver a nuestra anterior discusión sobre el sistema de Hegel, creo que lo más estremecedor de su propuesta es el cierre ontológico al que se ve sometido el horizonte del espíritu. Una verdad-totalidad que él cree haber entendido por completo.

*Logos.*- Pero si, como defiende Hegel, la verdad es el todo, ¿qué es entonces lo falso? El todo está hecho de partes, y es difícil concebir una totalidad verdadera integrada por partes falsas, salvo que creamos en la emergencia mágica y misteriosa de propiedades verdaderas allí donde sólo existían cualidades falsas. Más aún, si la verdad es el todo, nada falso debería quedar fuera de ella, luego también la negación de esa verdad debería

ser ella misma verdadera. Es decir, la frase “*La verdad no es el todo*” debería ser igualmente verdadera, pues la negación del todo también se insertaría en ese todo capaz de absorber incluso lo que le resulta opuesto. Creo que Aristóteles analizó esta cuestión con suma lucidez en su refutación de las tesis de Protágoras en el libro cuarto de la *Metafísica*. Análogamente, si digo “Todo es bueno”, incluso lo malo debe ser bueno, dado que no cabe imaginar una excepción a ese todo. Por tanto, si admito ese principio hegeliano no podré pensar adecuadamente, porque pensar implica seleccionar entre alternativas. A mi juicio, incluso un dios tendría que enfrentarse a disyuntivas lógicas y escoger.

*Sofos*.- En su interpretación más extrema, este dogmatismo filosófico puede servir para justificar el sacrificio de lo individual en aras de lo colectivo, la legitimación metafísica de una especie de martirio expiativo cuyas causas más profundas brotan de la aciaga convicción de que la mente puede llegar a la verdad absoluta, y de que esa verdad es unívoca. Para este determinismo irredento no cabe novedad genuina, creación efectiva de posibilidades, expansión del ser, más allá del mero despliegue de lo ya implícito. Sobrecoje sentirse parte de un proceso inexorable cuya meta sólo puede cumplirse. Surge entonces el deseo incontenible de rebelarse, de negar ese proceso, esa ley, y lanzarse a un abismo inundado de futuro; de convertirse uno mismo en ley o proceso: de ser, sin subordinadas a otro ser, a un espíritu universal. Por fortuna, el verdadero arte y la auténtica filosofía evocan y difunden libertad, la luz de una autonomía creadora que no teme cuestionar cualquier clase de presupuesto y cualquier estructura lógica dada.

*Logos*.- Una filosofía como la de Hegel me angustia, me aterra, me deprime. Contrasta de manera estruendosa con la belleza del pensamiento científico, perennemente abierto a la posibilidad de contradecir lo anterior y de derribar principios antes aceptados. Para la ciencia, la racionalidad no estriba en la supuesta inmutabilidad de los descubrimientos particulares que se realicen, sino en la validez de la lógica que guía el proceso, en el método. Y la filosofía, ¿no ha de convertirse en creación, en arte inspirado en la ciencia?

*Sofos*.- Sin duda. Creación es precisamente lo que ha sido la filosofía a lo largo de su historia: creación de categorías, de sistemas, de marcos, de argumentos, de ideales, de utopías, de imaginarios... ¿No reside la grandeza de un filósofo en la originalidad de sus ideas, en la finura de sus distinciones y en la amplitud de su sistema? Es asombroso pensar en la vastedad del catálogo de conceptos que puede alumbrar la mente humana, en el mosaico de nuestras ideas potenciales, caleidoscopio de todo un universo de inteligibilidad y diversidad que parece discurrir en paralelo al cosmos físico. Esta abundancia de sistemas intelectuales y de perspectivas filosóficas me fascina, aunque también me insta a buscar la unidad y la integración. De hecho, el intento de materializar semejante anhelo de integración nos abre a un nuevo método filosófico, más allá de la genealogía y de la hermenéutica, si bien en convivencia con ellas. Porque el progreso filosófico no exige vencedores y vencidos en la batalla de las ideas, sino alcanzar una comprensión más profunda de lo real y de lo posible. Sumemos métodos y nos acercaremos más a la verdad, que es infinita.

*Logos.*- Pero al llevar a cabo esa integración conceptual, ¿no apagas la llama más pura de la filosofía? De nuevo, ¿dónde quedan resquicios de auténtica creatividad filosófica, de revelación y constitución de mundos?

*Sofos.*- La filosofía es y ha sido fuego, erupción volcánica de ideas. Existe una necesidad de ordenarlas, de sistematizarlas, pero ante todo de pensar, de dejar que la exuberancia del concepto fluya por sí sola, sin someterse a las rigideces inexorables de la lógica. Es la belleza intercesora de la filosofía. Yo mismo me debato entre ambos opuestos, entre el ímpetu racional, analítico y científico, filtro ordenador que domestica las pulsiones tantas veces indómitas del pensamiento, y la voluptuosidad del arte, la grandeza de una hermosura expansiva e incontrolable, el magnetismo del pensar por el pensar, que sólo se justifica en el acto de pensar, y en hacerlo con belleza e imaginación. Al fin y al cabo, la filosofía vive entre la ciencia y el arte.

*Logos.*- Sin embargo, considero que para crear de manera auténticamente fecunda la filosofía ha de comprender primero las verdades de la ciencia. Más aún, debe asimilar el método que permite adquirir esas verdades. Ha de destilar el poder explicativo de la ciencia a través de sus conceptos más profundos y universales, y elaborar un sistema plenamente racional, que integre todo ese conocimiento y muestre las conexiones entre las ideas científicas. La filosofía habrá absorbido entonces el espíritu de la ciencia y del arte; será ciencia y arte, no retorno al espíritu primigenio y a su despliegue desde formas ancestrales, sino superación y creación de nuevas ideas.

*Sofos.*- Suscribo parte de tu apreciación. Yo también pienso que la filosofía ha de concebirse como creación de nuevas ideas y de flamantes marcos conceptuales, no como sumisión a un sistema cerrado. Sin embargo, no puedo dejar de maravillarme ante esas grandes mentes metafísicas que han intentado formular un sistema completo del universo y de la conciencia. Así, en el colosal sistema de Hegel, la unidad se vuelve multiplicidad, para reencontrarse como unidad; del yo al nosotros, como nuevo yo. Lógica y naturaleza reconciliadas en la libertad del espíritu. Permanencia y devenir, ensimismamiento del pensamiento puro y éxtasis de una realidad que desborda las fronteras de la idea; mente y universo reintegrados en la fenomenología del misterio. Es imposible no ver algo grandioso en semejante proyecto intelectual, un programa de investigación loable, pese a sus errores y flaquezas. Integrar, aunque para ello haya que dividir primero en tesis y en antítesis...

*Logos.*- Pero lo que ha de contar no es la grandeza del sistema, juzgada desde un punto de vista conceptual o estético, sino su verdad. Teorías científicas grandes y bellas, como el geocentrismo de Tolomeo, no son verdaderas. Y, al contrario, teorías no precisamente bellas y armoniosas, como el modelo estándar en física de partículas, han sido reiteradamente confirmadas por los experimentos. Podemos admirar el proceso de elaboración y la arquitectura lógica de las teorías, pero su valor fundamental residirá en su correspondencia con los hechos. Además, es falso que la verdad sea un justo medio entre los extremos, como insinúan algunos. La verdad no está en el justo medio entre

geocentrismo y heliocentrismo. La verdad es el límite en el grado de correspondencia entre nuestros modelos mentales y el objeto al que se refieren.

*Sofos.*- Por supuesto. Pero no me prohíbas alabar la creatividad especulativa de ciertos autores. Ideas que quizás no sean correctas a la hora de explicar el funcionamiento del mundo pueden sin embargo arrojar una luz bella y vigorosa sobre la grandeza de la mente humana, sobre su capacidad para concebir y asociar. Además, creo que el sistema hegeliano se enfrenta a una paradoja fundamental, de la que también adolecen *Las Enéadas* de Plotino: si la idea estaba completada en sus inicios, dado que expresaba la identidad pura, la invicta igualdad del ser consigo mismo, ¿por qué se vio obligada a salir de sí misma? ¿Por qué se alienó, por qué condescendió a adoptar formas materiales? ¿Por qué se introdujo la negación en el seno de la identidad pura? Podría haberse quedado recluida en su identidad, sin surcar los tortuosos senderos del espacio y del tiempo, sin pisar el barro del mundo y de la historia. Se habría ahorrado multitud de esfuerzos inútiles. En el caso del Uno plotiniano, no era necesario que existiesen niveles degradados de esa unidad primordial, inquebrantable y divina. Ella sola se bastaba, porque lo perfecto no necesita compararse con algo imperfecto para que resplandezca su perfección. Aun así, y más allá de compartir contigo objeciones a los grandes sistemas idealistas, mantengo la opinión de que es el artista y no el científico el que más nos revela acerca del mundo, porque no se limita a comprenderlo, no se rinde ante él, no se deja subyugar por lo que el mundo dispone ante nosotros, sino que se entrega a crear su propio mundo. De hecho, no encuentro una noción más elevada y gloriosa que la de creación, la de un ser humano que asume los atributos de la divinidad y forja él mismo su propio mundo, pero no de la nada, sino del fértil suelo de su imaginación, espejo de lo infinito.

*Logos.*- Hablas mucho de integrar, de trascender las divisiones entre tesis y antítesis. Es fácil postular una imposible unión de los contrarios, como si un hechizo mágico pudiera propiciar que A y no-A fueran conjugables en una misma proposición. Místicos como Meister Eckhart, y filósofos que, en sintonía con Hegel, pretenden expresar metafísicamente las intuiciones más profundas de los místicos, se afanan en alcanzar una suprema coincidencia de los opuestos que ni siquiera es deseable, pues acarrearía caos, desequilibrio, confusión perpetua. El conocimiento avanza no mediante la síntesis precipitada y la aparente disolución de los contrarios en el magma inexpresable de un todo informe, sino mediante el descarte, la inhibición y la selección de hipótesis. Sin distinciones, sin sobreponerse a ese panteísmo voraz y amorfo que disuelve el ímpetu analítico, es imposible avanzar. La ciencia no difumina toda identidad en un espacio vaporoso, sino que distingue, separa, esclarece; impone la lógica y la razón sobre el desorden y la arbitrariedad. Frente al holismo de cariz idealista, la parte no tiene por qué disolverse en el todo, diluida en el magma de sus relaciones. Esas relaciones precisan de un sustrato autónomo, o no relacionarían nada. Ambas, las partes y las relaciones, son lógicamente necesarias para comprender el mundo. De hecho, una misma parte o sustrato independiente puede establecer distintos sistemas de relaciones, así como un mismo sistema de relaciones puede afectar a distintas partes. Es imposible entender el universo sin preservar como elementos lógicos irreductibles las partes y las relaciones o *leyes* que las vinculan.

*Sofos.*- También es preciso integrar, pues con demasiadas distinciones la mente humana se pierde en detalles vacuos, parcela la realidad en exceso y se olvida de lo importante. Integrar es armonizar las diferencias, sumarlas y, al igual que en el análisis matemático, efectuar un paso al límite, para extraer un patrón común que nos revele una nueva dimensión del objeto investigado. Integrar implica por tanto asimilar y trascender las diferencias. Exige entonces seleccionar de acuerdo con un principio o sistema de principios. Y la mente, ¿no unifica lo diverso? Quizás los místicos, en sus ardientes deseos de unidad con lo divino e incondicionado, no hagan sino expresar mediante metáforas una profunda inquietud del pensamiento humano, anheloso de coronar ese éxtasis, esa salida de sí mismo, esa superación de las fronteras lógicas que nos aprisionan en el seno de rígidas oposiciones y de tajantes dualidades. ¡Qué equilibrio más delicado! Porque un exceso de conocimiento y análisis te satura, te contamina, te inhibe. Cuántas energías desperdiciadas o anuladas en ese proceso. Alcancemos, así pues, el punto óptimo entre el análisis y la síntesis, entre el fervor que divide la realidad para esclarecerla y la voluntad que se esmera en recomponerla para entenderla.

*Logos.*- Sin duda, la unificación es la regla suprema de la mente, que destila e integra en un espacio común de percepciones y conceptos. Pero unifica lo que puede y debe ser unificado. No se entrega a una delirante búsqueda de la unión entre el ser y el no-ser, sino que entroniza el ser por encima del no-ser, el conocimiento por encima de la ignorancia y la verdad por encima del error. La mente deseosa de avanzar en las sendas del conocimiento huye de las filosofías mistificadoras, carentes de celo analítico, cuyas prematuras proclamas de armonía suelen servir para camuflar la injusticia, otro de los nombres de la irracionalidad. No se ofusca con ese progreso hacia un concepto más inclusivo que tanto fascinaba a Hegel. Para avanzar es necesario descartar. No basta con reconciliar las oposiciones en una síntesis por elevación, fundiendo tesis y antítesis en el crisol de una unidad conceptual más profunda, sino que es preciso eliminar lo falso y pulir lo imperfecto para que resplandezcan la verdadera unidad, la verdadera profundidad, la verdadera universalidad, expurgadas de inconsistencias formales, exentas de fallas lógicas.

*Sofos.*- No niegues a la mente humana el cumplimiento de uno de sus deseos más profundos, de uno de sus sueños perennes: el conocimiento absoluto, el lienzo completo donde naturaleza, vida y conciencia se hallarían plenamente integradas en un único sistema conceptual. ¿No es esta ilusión, vasta y desaforada, la que inspira también hoy a innumerables científicos, ansiosos por encontrar la teoría más perfecta posible, es decir, la que explique un mayor número de fenómenos desde un menor número de principios?

*Logos.*- Sin oposiciones no progresa la mente, empantanada en una unidad prematura y amorfa. Pero sin la aspiración a la unidad no se libera la mente, condenada a contemplar lo distinto sin poder enraizarlo en un suelo más profundo.

*Sofos.*- Como horizonte asintótico, como estímulo permanente para un intelecto siempre necesitado de grandes metas, ¿no crees entonces que el anhelo abrigado por los místicos es legítimo y noble?

*Logos.*- Si lanzamos una mirada crítica a la historia, las épocas más obsesionadas con la búsqueda de unidad como meta última del espíritu obstaculizaron el desarrollo del conocimiento científico. Los grandes místicos, o los ocultistas del Renacimiento, que como Pico della Mirandola ambicionaban disolverse *in abyssio primae unitatis*, en el abismo de la unidad primigenia, para así fundir su alma con la vastedad del ser divino, con la mente de las mentes y con la forma de las formas, tenían poco interés en escudriñar la naturaleza, en descomponerla en sus elementos constituyentes, en llegar hasta los átomos que arman las moléculas más complejas. Era el afán desbocado de unidad y síntesis lo que absorbía sus inquietudes intelectuales. Pero, de nuevo, para progresar hay que distinguir y descartar. Todo está relacionado con todo, aunque si no distingues no puedes entender la naturaleza de esas relaciones. La unidad no se logra yuxtaponiendo artificialmente lo distinto, sino separando los elementos contingentes hasta alcanzar principios verdaderamente universales, categorías dotadas del mayor grado concebible de necesidad. Para comprender sistemáticamente la realidad conviene seguir el curso de la propia naturaleza, construyendo lo complejo desde lo simple e identificando los principios fundamentales que subyacen a lo distinto, a fin de enlazar la materia con la mente. El ideal de fusión completa entre todos los órdenes del ser y del pensamiento se lo dejó al arte, a la grandeza irrevocable de la intuición creadora. No me extraña que místicos, ocultistas y platonizantes hayan destacado como impulsores de la imaginación estética, como alquimistas de mentes y sensibilidades, antes que como descubridores del funcionamiento del universo. Lo que yo busco es la verdad, no la persuasión, ni la belleza como fin en sí mismo. Lo que yo busco es una verdad inagotable, pero verdad al fin y al cabo. Lo que yo busco es el mundo manifestado en su verdad.

*Sofos.*- Qué ingenuo me parece en ocasiones tu celo científico, tu fe incommovible en la posibilidad de conocer objetivamente el mundo. Más cándido y enternecedor que el idealismo del artista.

*Logos.*- Si desplegara todo mi fervor crítico, nada quedaría en pie en este mundo, y caerían todas las piedras levantadas por la humanidad...

*Sofos.*- Pero ¿acaso olvidas que, como escribió Foucault, no existe saber sin relación de poder? ¿No busca la ciencia ampliar nuestro dominio sobre el mundo y sobre la sociedad?

*Logos.*- El interés fundamental de la ciencia reside en la ciencia misma. En entender más que en poder. No es cierto, como a veces sugieren algunas interpretaciones de un filósofo teóricamente alejado de Foucault, como es Habermas, pero curiosamente cercano a él en determinadas ideas epistemológicamente frágiles, que las ciencias naturales se guían por un interés técnico. La técnica es consecuencia de la ciencia, pero

la ciencia no es efecto de una técnica que actúe como causa final, como orientación teleológica inexorable. No hacemos ciencia para inventar nuevas técnicas, sino para aproximarnos a la infinita verdad sobre el mundo. Muchos hallazgos científicos quizás no lleguen nunca a tener aplicación técnica, mas son fascinantes en sí mismos, pues abren la mente y revelan posibilidades inexploradas para la imaginación.

*Sofos.*- El poder produce saber, y la búsqueda científica del saber ha ocultado con frecuencia una búsqueda paralela de poder.

*Logos.*- Creo que confundes diversos sentidos del término poder, o que lo interpretas desde tal multiplicidad de significados que en tu esquema todo es poder, luego nada es poder.

*Sofos.*- Define entonces poder.

*Logos.*- El poder lo entiendo como la capacidad de acción, también en el ámbito del pensamiento. ¿Por qué ha de ser entonces malo, o exhibir connotaciones tan negativas como las que los filósofos suelen atribuir a este concepto? Evidentemente, el saber amplía nuestras posibilidades de acción, pero de ahí a creer que el saber es una construcción basada en relaciones de poder y que es imposible sustraerse a determinaciones externas para alcanzar la objetividad dista un abismo. El saber no es el resultado de esas relaciones de poder, al menos cuando nos referimos a un saber profundo y riguroso. La conciencia puede siempre abstraer de esas determinaciones y separar poder social de saber objetivo. Honestamente, creo que Foucault propone ingeniosas relecturas del pasado, pero no argumentos filosóficos nuevos, no una voluntad real de distinguir adecuadamente conceptos, que muchas veces mezcla de manera laxa y confusa, como suele hacer con las nociones de poder, autoridad, conocimiento... Me interesan los creadores, no los intérpretes, salvo que sus interpretaciones sean tan profundas como para haber creado nuevas formas de pensamiento. Y tengo la impresión, quizás algo superficial, de que ninguna teoría filosófica reseñable puede encontrarse en sus escritos, cuyas sugerentes interpretaciones del pasado son eso: sugerentes, pero basadas en una selección unilateral de las fuentes documentales y, por tanto, tan poco objetivas como la historiografía que él se esmera en criticar. Curiosamente, alguien tan escéptico sobre la posibilidad de obtener conocimientos objetivos no parecía dudar de la objetividad de su propia opción metodológica. Además, para ser congruentes con esta visión deberíamos decir que el saber en torno al saber-poder es también una manifestación de poder. Así, el propio Foucault estaría introduciendo un nuevo marco hermenéutico normativo, que constreñiría nuestras posibilidades de libre autoexpresión frente a las interpretaciones dadas.

*Sofos.*- No estoy seguro de la verdad de lo que dices. En tu opinión, la conciencia puede sustraerse a esas determinaciones, pero no sé si en la práctica es posible.

*Logos.*- Pensar que las formas y dominios posibles de conocimiento están determinados por relaciones de poder no explica nada. Establece una conexión biyectiva allí donde hay varias asociaciones posibles, pues un efecto puede proceder de distintas causas y una misma causa puede producir distintos efectos. Volveríamos al problema que plantean las tesis de Thomas Kuhn y, en general, las explicaciones sociológicas de lo que en realidad obedece a procesos lógicos y racionales, a un desarrollo interno de la mente científica y no a causas sustancialmente extrínsecas.

*Sofos.*- Precisamente lo que nos enseñan autores como Kuhn y Foucault es que los resultados científicos son esencialmente provisionales. Por ello, las pretensiones que parecen esgrimir muchos científicos, quienes se arrojan el derecho a sentar cátedra sobre determinados asuntos, como si sus opiniones tuvieran que erigirse en verdades inmutables, no responden a la auténtica naturaleza de la investigación científica.

*Logos.*- La ciencia no necesita que Kuhn y Foucault le recuerden el carácter provisional de muchos de sus resultados. Es perfectamente consciente de ello, como también lo es de la necesidad de buscar cotas más altas de objetividad y perfección en nuestro pensamiento, en lugar de plegarse a la mera constatación de cuán efímeras y frágiles son la mayoría de las conclusiones de nuestra búsqueda. Por no hablar de resultados que, en la práctica, son permanentes, irrevocables, como que el aire está compuesto en un 78% de nitrógeno y en un 21% de oxígeno. ¿O crees en la remotísima posibilidad de que este resultado se demuestre erróneo, o en la aún más recóndita de que las órbitas planetarias no sean elípticas? ¿No te parecen conquistas perennes de la ciencia?

*Sofos.*- Es poco probable, pero no imposible. Carecemos de una certeza absoluta sobre la verdad de las proposiciones que tú mencionas. Ya lo advirtió Hume.

*Logos.*- El empirismo de cadencia escéptica cree imposible demostrar conexiones necesarias entre fenómenos naturales, dado que nunca experimentamos directamente esa necesidad, sino únicamente correlaciones. Frente a esta postura, pienso que un análisis de la estructura de los fenómenos nos revela signos inequívocos de necesidad, tal que las cosas no podrían ser de otra manera. Un examen profundo de los mecanismos de los fenómenos pone de manifiesto una necesidad intrínseca, ontológica y no sólo epistemológica; una razón suficiente en la naturaleza. Pues en cuanto investigo exhaustivamente las propiedades de los constituyentes de la materia, alcanzo a esclarecer su comportamiento y la causa última de por qué no podrían actuar de otra forma, salvo que entraran en juego variables ocultas. Al igual que el resultado de una deducción consiste, después de todo, en la explicitación de lo que se hallaba implícito en las premisas, en lo que concierne al comportamiento de los objetos materiales el efecto es consecuencia directa de lo puesto, de lo dado al inicio. En último término no es sino el fruto de requisitos espaciotemporales, que se imponen inexorablemente. Las cosas no podrían desarrollarse de manera sustancialmente distinta a como lo hacen porque he comprendido su fina estructura, los detalles más relevantes de su mecanismo rector. Éstos apuntan, al fin y al cabo, a razones de índole espacial, a la disposición de los constituyentes de la materia y a principios fundamentales de simetría e invariancia,

en virtud de los cuales la naturaleza no podría seguir un curso esencialmente distinto al que nosotros contemplamos.

*Sofos.*- No sé si te he entendido bien, pero ¿alguien puede descartar la posibilidad de que en una galaxia lejana las órbitas planetarias describan otra figura geométrica, distinta a la elipse? ¿No podrían ser estrictamente circulares, o hiperbólicas? En cualquier caso, tanto la composición del aire como la forma geométrica de las órbitas planetarias se refieren a hechos; lo que quizás no resista el paso de los tiempos es la ley específica mediante la cual explicamos cada uno de esos hechos, pues para hacerlo es preciso remontarse a las estructuras fundamentales de la materia y a la lógica que las rige, cuyos entresijos sólo han sido escrutados de manera fragmentaria. Hasta hace pocas décadas nadie imaginaba que existiera una clase de materia, la oscura, que no conseguimos explicar desde el modelo estándar de la física. ¿Y quién comprende realmente lo que ocurre en el interior de un agujero negro, más allá del horizonte de sucesos? ¿Te atreves a sostener que allí se cumplen las mismas leyes de la física que aquí nos parecen perennes e incuestionables?

*Logos.*- La certeza absoluta quizás sea inasequible para la ciencia. Sin embargo, creo que podemos concebir un grado tan elevado de probabilidad en determinadas proposiciones que a efectos prácticos converge con la certeza absoluta, revestida de carácter perenne. Mencionas la materia oscura, entidad sin duda desconcertante, pero a favor de la capacidad predictiva de la ciencia diré que la teoría de la relatividad general de Einstein ha pasado con éxito todas las pruebas empíricas a las que se ha visto sometida, incluso cuando ha sido aplicada al análisis de regímenes gravitatorios tan extremos como los de un agujero negro supermasivo. Resplandece así, junto con la mecánica cuántica, como uno de los mayores logros del pensamiento universal. Al mismo tiempo que aumenta el espacio de lo desconocido crece también el de lo conocido y contrastado. ¿No es maravilloso, no es bella esta paradoja? Además, la idea de que la ciencia es una construcción social no es falsable, pues ¿cómo lo sabes? ¿Mediante qué proceso contrastado has llegado a esa conclusión tan osada? ¿Qué no sería entonces una construcción social, dado que más bien parece definir todo fruto de la mente como resultado de una elaboración colectiva, subsidiaria del contexto? Pero si así fuera, debería ser posible deconstruir el resultado hasta encontrar algo objetivo, un constituyente nítido, real, inatacable, una causa en la que hundiera sus raíces esa proyección social. Sin olvidar que la explicación en términos de construcción social, ¿no es ella misma una construcción social? ¿Cómo escapar de esta regresión infinita? En cualquier caso, volvamos al argumento inicial. Si, como piensas, el conocimiento implica poder, entonces habría sido mejor que no avanzara la ciencia, pues así viviríamos libres de las complejas redes de poder que extiende sobre nosotros.

*Sofos.*- En cierto modo, es lo que creo.

*Logos.*- Pero en ese escenario sería mejor no conocer que conocer. Luego estableces una nueva jerarquía, según la cual es mejor no saber que saber, y por tanto no asimilar humanamente el mundo que asimilarlo. No responder que responder. La nueva cúspide en esa pirámide cognitiva la ocuparía la ignorancia, ahora entronizada como meta suprema. Por tanto, deberíamos preferir ser esclavos de la ignorancia que siervos del conocimiento. Sería entonces dulce congelarse en las gélidas aguas de la ignorancia.

*Sofos.*- Depende de cómo definas esclavitud y de cómo definas una ignorancia que en ocasiones es docta y luminosa, signo clarividente de humildad y apertura.

*Logos.*- Y de cómo definas tú libertad. ¿No estás de acuerdo en que es libre quien adquiere conciencia de las opciones y puede elegir?

*Sofos.*- Sí, al menos parcialmente.

*Logos.*- Pero todo ello exige saber, es decir, ser esclavo del conocimiento, no de la ignorancia, porque la esclavitud del conocimiento no es otra cosa que la libertad, mientras que la libertad en la ignorancia es, en realidad, la auténtica esclavitud, el aprisionamiento en lo que resta y no suma, en lo que reduce y no engrandece, en lo que ensimisma y no abre. Si el hombre hubiera de preferir la ignorancia al conocimiento, entonces sería mejor que no existiera, al menos en su forma actual.

*Sofos.*- El problema es que ningún filósofo ha demostrado que el ser entrañe mayor perfección que el no ser, o la existencia que la inexistencia. Es el núcleo fallido del argumento ontológico. ¿Ser es mejor que no ser? Hay horrores existenciales que no deberían haber sido, no deberían haber irrumpido en los dominios del ser. En esos casos, el no ser sería mejor que el ser. Además, parece olvidar que el ser humano es intrínsecamente contradictorio. Quieres hacerme creer que nuestra conciencia podrá por fin alcanzar un estado de inequívoca limpidez lógica, pero te equivocas. Vivimos inmersos en la contradicción y en la imperfección, y encendemos la llama de la creatividad precisamente porque convivimos con la incompletitud, con el movimiento y el cambio, con el desafío y la lucha. Es por ello por lo que nos atrevemos a recorrer el camino menos transitado, pues sólo ante el oscuro abismo resplandece el verdadero genio creativo de la humanidad. Sólo los grandes desafíos espolean nuestra imaginación y permiten que luzca el poder de una mente capaz de albergar un infinito potencial de ideas. Somos y devenimos; compareceremos y no comparecemos, luego somos y no somos, suprema paradoja ontológica. Por parafrasear a San Pablo, en ella vivimos, nos movemos y existimos. Somos construcción social y dato biológico que se construye socialmente, sobre la base de esas determinaciones sociales previas y de cuantas nos atrapan en el presente.

*Logos.*- Qué visión más oscura y pesimista emerge de esta clase de posturas, qué limitación tan angustiada para el entendimiento humano, qué horizonte tan lánguido e inexpresivo... ¿No sería más lógico aceptar que la verdad es un límite asintótico, perfectible, pero que podemos ganar conquistas sólidas e irreversibles en ciertos

terrenos? El progreso del saber es efecto del poder, sí, pero del poder de la mente. Por eso teorías que incomodaban profundamente al poder político han resistido el paso de los tiempos y se han impuesto en el egregio mural de las verdades científicas. Piensa en el heliocentrismo, inicialmente combatido por la Iglesia en connivencia con muchos gobiernos, pero finalmente triunfal, porque la verdad acaba siempre por resplandecer con su luz y su gloria.

*Sofos.*- Hay verdades, amigo mío, que por desgracia quizás no brillen nunca ante los ojos del hombre...

*Logos.*- No puedo ser tan pesimista cuando contemplo el curso de la historia y los espectaculares avances que hemos protagonizado. Además, y por volver a las consideraciones anteriores, quiero dejar claro que aprecio enormemente el esfuerzo de Foucault por cuestionar categorizaciones cuya arbitrariedad camuflaba ansias indisimulables de poder. De hecho, en su filosofía reverbera una preocupación constante por los discriminados y los marginados, por las minorías desheredados de este mundo, por la diversidad sexual y el derecho del individuo a ser él mismo, sin diluirse ante las agobiantes presiones de normas caducas y deshumanizadoras. Esta filosofía me parece admirable, una muestra extraordinaria de compasión intelectual que lleva a un análisis hondo y solidario de la realidad, frente al ensimismamiento egocéntrico y regresivo de quienes creen que el mundo se acaba en ellos. Sin embargo, sigo pensando que es imposible renunciar a categorizar. Si me obligas a abstenerme de categorizar me impones la no-categorización. Me fuerzas a hacer algo. ¿No es esto categorizar, aun en negativo? El rechazo a toda forma de categorización no tiene sentido. Sería como decir que, dada la imperfección consustancial a cualquier ley creada por el hombre, sería mejor no aprobar leyes. Volveríamos entonces a la edad de la barbarie. En ocasiones, rehuir toda categorización implica favorecer al poderoso y perjudicar al débil. Por tanto, la clave radica en aprender a elegir las categorizaciones más eficientes y parsimoniosas, aquéllas capaces de autocorregirse, pero es imposible no categorizar. Al fin y al cabo, la ciencia posee el método más simple y universal de cuantos ha inventado la mente humana; un método capaz de autocorrección infinita y de mejora perenne. Al igual que la evolución de las especies, este método se sustenta sobre dos grandes pilares: la variación y la selección. El científico puede forjar en su imaginación las hipótesis más osadas y dar rienda suelta a la inmensidad de su fantasía, pero lo que concibe en la soledad de su mente ha de pasar el severo tamiz de la validación empírica, la criba minuciosa de una selección externa. Debe estar permanentemente dispuesto a revisar sus puntos de partida, en un proceso iterativo entre sus presupuestos teóricos y las evidencias acumuladas. El lema de la ciencia podría expresarse de la siguiente manera: *“No temas cuestionar tus prejuicios si en verdad quieres comprender la naturaleza”*. Así, lo que no era más que una amalgama de vaporosas elucubraciones desemboca en un sistema de enhiestas certezas, y el premio del científico no es otro que el de saborear las delicias de una comprensión profunda, de un análisis honesto de la realidad, que brota como fruto merecido de su esfuerzo. Porque la ciencia no es contemplación, ni mera observación, como parece que pensaba Sir Francis Bacon; la ciencia es ante todo experimentación, como advirtió Galileo. Cultivar la racionalidad científica exige preguntar, ir más allá de la superficie de lo real para adentrarse en su estructura más profunda; no postrarse sumisamente ante la naturaleza tal y como desfila ante nuestros ojos, como si el científico hubiera de abstenerse de perturbar las manifestaciones

espontáneas de las cosas. La ciencia requiere valentía para zarandear la naturaleza, para acosarla con preguntas y para obligarla a contestarlas. Frente a la serenidad estática de quien se limita a contemplar la naturaleza, en la ciencia experimental toda pasividad se convierte en indagación, en crítica, en ansia canalizada a través de la razón y del ingenio. Infinita es la dignidad de la mente humana, tanto como para forzar a la poderosa naturaleza a brindarnos una respuesta a la altura de nuestras inquietudes.

*Sofos.*- Basta con observar la historia, la persistencia de oscuridades e injusticias desde tiempos inmemoriales, lo poco que ha cambiado la condición humana desde la aparición de los primeros testimonios escritos, para darse cuenta de que tu optimismo en el poder de la razón y de la ciencia es exagerado. De hecho, una de las pruebas de que la naturaleza no es tan sabia es que haya creado una humanidad capaz de tanta crueldad y de tanta sinrazón. Pues ¿no es la historia una sucesión de poderes ilegítimos, una hilera compuesta por unos pocos que mandan y una mayoría mandada? Civilización y barbarie se dan siniestramente la mano en la historia de la humanidad. ¿Qué lección cabe entonces extraer de la historia, de las guerras, de las perversidades, de la inhumanidad que ha caracterizado siempre al ser humano y que socava los pilares de toda esperanza? ¿Qué luz prístina desenredaría esta madeja de intereses espurios y de fines irracionales que todo lo cubre y domina, en la que, como acertadamente atisbó Marx, sólo presenciamos la explotación de unos hombres por otros, el beneficio cosechado a costa del trabajo ajeno? ¿Dónde está ese progreso del que tanto hablas? ¿Qué explica en realidad la ciencia?

*Logos.*- Creo en el progreso. Hemos progresado porque hoy podemos formular más y mejores preguntas; preguntas crecientes en extensión e intensidad. La posibilidad de ensanchar nuestra imaginación, ¿no te parece un criterio suficiente de progreso?

*Sofos.*- Quizás en el plano intelectual exista progreso, pues hemos aprendido paulatinamente a contemplar ideas más profundas y universales, pero no estoy seguro de que en el terreno de la sociedad rija una ley análoga, en forma de una mejora continua hacia el horizonte del ideal moral. Discrepo categóricamente de quienes, émulos de Leibniz, proclaman que vivimos en la mejor época de la historia humana. ¿Con arreglo a qué criterio? Si partimos del supuesto de que lo más probable es que cada época supere a la anterior en niveles de desarrollo tecnológico, lo extraño sería que hoy no viviéramos en el mejor tiempo posible, al menos de acuerdo con ese criterio tan estrecho. Lo que necesitamos no son recordatorios de trivialidades, sino propuestas de mejora. Y quien se contenta con lo que hay no contribuye a la mejora de la humanidad. Quien renuncia a la crítica de lo establecido renuncia a ser humano. Conformarse con lo dado denota una estremecedora falta de imaginación. Trabajemos juntos para imaginar un mundo nuevo, no para vanagloriarnos de lo ya alcanzado.

*Logos.*- ¿Piensas entonces que la historia de la humanidad es la historia de la lucha de las clases, la historia agónica e interminable de la opresión y de la sumisión? ¿No hay algo más en la historia, algo más noble y puro, algo más luminoso; algún destello de progreso verdadero hacia el ideal? ¿No decías que admirabas sin límite las grandes creaciones de la mente y los momentos dorados de la historia?

*Sofos.*- Ojalá la historia de la humanidad hubiese sido la historia de la lucha de clases. Lo que ha sido es la historia de la resignación de las clases. A menudo han sido las clases más desfavorecidas las que, o bien no han tenido más remedio que conformarse con la situación, o bien, impulsadas por una mezcla de engaño, desidia e ignorancia, han apuntalado ellas mismas un sistema atrozmente injusto, aunque en otras ocasiones se hayan alzado heroicamente contra la tiranía. Si el espíritu de la rebeldía hubiera prendido con mayor fuerza en los seres humanos desde tiempos antiguos, hace ya tiempo que habríamos construido un mundo más justo, más sabio, más racional, más luminoso. Sueño con esa rebeldía humanizadora que penetre en todas las mentes y en todos los corazones para difundir una luz universal, la de la búsqueda de la justicia y el conocimiento. Sueño con una humanidad que no se resigna a convivir con la injusticia y la irracionalidad. Sueño con una humanidad digna de sí misma. Hasta entonces, un entonces quizás infinito o al menos inalcanzable, ¿qué nos queda? Ante el grotesco espectáculo que tantas veces presenciamos en el teatro de la historia, por cada enseñanza valiosa debemos soportar multitud de monstruosidades, fieles reflejos de la barbarie del mundo y de la vida. Por mucho que avance la ciencia, la conducta humana no mejorará tanto como crees, pues con frecuencia olvidamos la escasa distancia que nos separa de la animalidad. Seguiremos presos de nosotros mismos, incapaces de borrar los funestos vestigios de nuestra lúgubre arrogancia, y sólo podremos encontrar un refugio de claridad y consuelo en el arte, en ese alivio imbatible fraguado por las ambiguas y temblorosas manos del hombre.

*Logos.*- Hemos crecido en libertad, al menos en conciencia de la libertad. Esto es innegable. Podemos complacernos en el pesimismo más oscuro y acendrado, pero no negar una realidad incontrovertible.

*Sofos.*- ¿Quién es verdaderamente libre en este mundo? Hemos cortado cadenas antiguas para sucumbir a nuevas esclavitudes. Las libertades conquistadas coexisten con nuevas presiones, con correcciones políticas, con autocensuras. Sin duda, algunas de estas restricciones son comprensibles en aras de la libertad y del bienestar de grupos tradicionalmente discriminados, pero otras son opresivas, paralizantes, desesperanzadoras. Sueño con esa edad dorada de la libertad, de una libertad universal y solidaria que nos acerque a la meta recóndita pero deseable que es la utopía de un mundo más humano, de un mundo renacido. Pero sólo son sueños, vagos y cimbreados sueños; delirios de un poeta... ¡Qué difícil es ser libre!

*Logos.*- Insisto en que no puedo compartir tu colosal pesimismo, amigo mío, pues aún tengo fe en la creatividad humana. Todo lo irracional, es decir, todo aquello que está insuficientemente justificado, tarde o temprano se abandona. Es la eficiencia explicativa, que desecha progresivamente caducos y frágiles privilegios epistemológicos. Es la necesidad de la mente. Es el triunfo evolutivo de la especie humana.

*Sofos.*- Admito que en la ciencia quizás sea posible concebir un progreso acumulativo, pese a las flagrantes rupturas de paradigma que despojan de linealidad estricta al

proceso. Al fin y al cabo, para la investigación científica existe un marco de referencia indiscutible: el universo físico. Es lógico, por tanto, que las hipótesis se sucedan al ritmo de nuestros descubrimientos sobre la naturaleza. Nuevos fenómenos inspiran, validan y descartan nuevas hipótesis. Nuevas verdades se superponen en una escalera interminable que parece proyectarnos al cielo de la verdad completa, aunque conforme avancemos en ella el carácter dramático de la infinitud se haga más evidente y doloroso. Pero en la historia, en la esfera de la actividad humana, en el mundo propiamente humano, no existe un marco fijado de antemano para nosotros: no hay meta clara, ni principio nítido. Por ello, creo que la historia funciona más bien de manera cíclica, al igual que el desarrollo económico, porque a veces es necesario reiniciar el sistema, reinventarse, volver al principio. Después de todo, nadie ha definido qué significa lo humano, ni para qué hemos de ser humanos. La historia emerge así como el espacio de la autoinvención del hombre, forzada o voluntaria; como el escenario forjado por una extraña mezcla de necesidad y libertad, de herencia y trabajo, de poder y creatividad.

*Logos.*- Lineal o cíclica, lo que contemplamos es una misma racionalidad, una lógica en el desarrollo de la ciencia y de la especie humana, que camina incansablemente hacia la adquisición de más conocimientos y de mayor bienestar.

*Sofos.*- Sigo pensando que no existe una única fuerza capaz de arrogarse el protagonismo exclusivo en los procesos históricos. La tecnología, la lucha entre clases y grupos sociales, la curiosidad, los valores los ideales religiosos y morales, las profecías...; todos estos factores mueven la historia, contribuyen a la evolución de la humanidad en el tiempo.

*Logos.*- Pero ¿cuál de ellos prima sobre las demás? No basta con amalgamar causas; hay que jerarquizarlas. Quizás por eso siempre he desdeñado la definición clásica de cultura que ofrece Sir Edward Tylor: “*ese todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridos por el hombre en cuanto miembro de una sociedad*”. Es demasiado amplia, demasiado laxa, demasiado inespecífica. Yo prefiero recapitular la esencia de la cultura de una manera más sintética: lo que el hombre añade a la naturaleza.

*Sofos.*- Pero los animales también añaden a la naturaleza. No sólo se guían por instinto, sino que son capaces de adquirir nuevas conductas mediante aprendizaje condicionado. La impronta genética coexiste así con la experiencia ambiental.

*Logos.*- Tienes razón, pero lo que el hombre añade a la naturaleza incorpora un significado, una interpretación plasmada en artefactos materiales, una forma inscrita en la materia que no viene dada por nuestras determinaciones genéticas. No se trata de algo meramente adquirido, sino deliberadamente creado para satisfacer un fin. El propósito yace así en su base, lo que los japoneses llaman *ikigai*. La teleología es la esencia de la cultura. La invención es su alma.

*Sofos.*- En el fondo, la cultura consiste, sí, en ensanchar la naturaleza, pero también en limitarla, en seleccionar elementos de ella y en rechazar otros; en inhibir impulsos ciegos y fuerzas mecánicas, para que florezca el espíritu más allá de la ruda materia biológica. ¿Qué es entonces la cultura, sino un intento desesperado por dar sentido a la existencia?

*Logos.*- Claro, porque al añadir algo a la naturaleza inevitablemente seleccionamos dimensiones de la naturaleza; escogemos una línea por la que debe expandirse la naturaleza y excluimos otras. La cultura exige así instaurar un nuevo sistema de selección, no natural, sino racional e imaginativo, fundado en la voluntad y en la razón, donde ya no somos nosotros los que tenemos que adaptarnos al medio, sino que logramos adaptar el medio a nosotros. Si con la selección natural es el ambiente el que transfiere información al genoma mediante la criba de sus variaciones, con la selección racional es la mente la que transmite información al ambiente, dado que filtra sus posibilidades mediante el trabajo humano. Devuelve al fin la información recibida, pero incorporando nuevos datos. El flujo retorna a la fuente última de toda información, que es la naturaleza, pero aumentado, pues se produce una adición neta de contenido gracias al concurso de nuestras habilidades cognitivas. Información retornada con ganancia; administrador fiel que, como en la parábola de los talentos, da más de lo que ha percibido. Este incremento conjunto, que recapitula y supera lo dado, es la esencia del progreso, y sería imposible sin la participación de la conciencia, del pensamiento reflexivo, del volver a uno mismo para contemplarse subjetivamente como objeto. Constituye la base del razonamiento abstracto, de la capacidad de sustraerse a la corriente de lo inmediato para elevarse a un plano de reflexión más fundamental, y por tanto más universal. La conciencia es entonces el lenguaje de la cultura, la posibilidad de incluir pinceladas de significado en el cuadro vacío de la naturaleza. La cultura habita en la conciencia. Pese a la sombra de presiones inconscientes sobre las que poseemos escaso control, no habría cultura sin conciencia, sin planificación, sin reflexión, sin recuperación del pasado y proyección al futuro para adueñarnos de un presente siempre esquivo. La conciencia me permite pensarme como objeto. Es el sujeto que se vuelve objeto de sí mismo, o la coincidencia, aparentemente contradictoria, entre el sujeto pensante y el objeto pensado. Sujeto objetivado y objeto subjetivado; la mente que retorna a sí misma y se duplica. El descubrimiento de un nuevo dominio conceptual en lo real, de un nuevo universo lógico, deslumbrante metamorfosis metafísica que conseguiremos explicar neurobiológicamente.

*Sofos.*- Me parece que la conciencia es algo demasiado genérico como para definir adecuadamente la esencia de la cultura. ¿La conciencia individual? ¿La suma de conciencias individuales? ¿Una hipotética conciencia colectiva que trascienda la mera suma aritmética de las conciencias individuales? ¿El producto no lineal y caótico de la interacción entre conciencias? ¿No se te ocurre un elemento más concreto, más tangible, más cuantificable a la hora de caracterizar la naturaleza más profunda de la cultura?

*Logos.*- Si me pides que subraye un factor derivado de la conciencia por encima de los demás, diré, sin sombra de duda, que el conocimiento acumulado es la fuerza más poderosa de la historia. El conocimiento acerca de la naturaleza y de nosotros mismos se traduce en ideas e inventos que nos confieren un poder asombroso para definir nuestro destino. Contempla los logros más extraordinarios de la humanidad y en la base verás siempre una idea, un saber, una conciencia; la luz de una racionalidad que se desenvuelve progresivamente.

*Sofos.*- Hablas mucho de lo racional y lo irracional, pero aún no me has ofrecido una definición consistente y profunda de racionalidad...

*Logos.*- ¿No crees que razonar equivale a encadenar el menor número de premisas con el mayor número de consecuencias?

*Sofos.*- Podría aceptar esta definición, que me recuerda bastante a la navaja de Ockham y al principio de economía explicativa. Aun así, tengo la impresión de que el ardor de tus alabanzas a la razón humana esconde antropocentrismo, una doctrina cuyos presupuestos contradicen tu voluntariosa sumisión a las evidencias científicas. Pues exaltas la razón de la especie humana, pero no has demostrado que esta propiedad sea exclusiva de nuestra mente, y que otras especies animales no manifiesten “su racionalidad”, “sus razones”, “su lógica”, probablemente distintas a las nuestras. ¿No pecas de un absorbente exclusivismo biológico, que en realidad es deudor de la visión monoteísta del mundo, según la cual el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios y ha sido entronizado en el centro del universo, no en un sentido espacial, sino ontológico, como cumbre insuperable de todo lo que ha forjado el amor divino?

*Logos.*- No me malinterpretes. Cuando hablo de la dignidad humana y exalto la racionalidad como el atributo más admirable de nuestra naturaleza biológica no pretendo menospreciar a otros animales. Ellos también razonan a su manera y perciben relaciones causales; ellos son dignos porque existen. Existir ya posee una dignidad, incluso en aquellas existencias que nos parecen espantosas, pues es un milagro casi inexplicable que exista algo, que el ser venza al no-ser, como palabra sideral surgida en medio del silencio metafísico. Lo que quiero decir es que la dignidad de nuestra mente es, de hecho, signo de la dignidad de la vida, pero que brilla con una luz especial.

*Sofos.*- De nuevo, ¿crees entonces que es mejor ser que no ser?

*Logos.*- Sin duda. Como poder moverse es mejor que no moverse, o pensar mejor que no pensar.

*Sofos.*- Detecto una inconsistencia en ti, querido amigo. Un residuo teológico extraño en tu forma de pensar.

*Logos.*- ¿Dónde?

*Sofos.*- Sólo puedes otorgar mayor perfección al ser que al no-ser si, en el fondo, consideras que ser tiene algo de divino y noble en sí, como si respondiera a un designio más elevado y transparentara un poder creador.

*Logos.*- No comparto esa conclusión. Además, ¿qué significa la palabra “perfecto”? ¿Cómo podemos saber que algo es perfecto? ¿Cuál es el referente con el que comparar esa supuesta perfección, esa completitud del objeto de análisis? El universo podría ser perfecto en su forma actual. Podemos, ciertamente, imaginar otras formas del universo, pero quizás estemos olvidando detalles minúsculos que en realidad les impedirían existir, por lo que sólo cabría un único universo posible.

*Sofos.*- Un ser perfecto carece de insuficiencias, es decir, no le falta nada.

*Logos.*- El número 1 es perfecto en su forma; 100 no es más perfecto que 1. Como entidad lógica consistente, 1 y 100 son igualmente perfectos en sus respectivos dominios. Ocurre lo mismo con cualquier idea bien definida. Por tanto, no entiendo bien a qué se refieren los filósofos con el concepto de perfección. En cuanto número, al 100 no le falta nada, ni al 200, ni a ningún número correctamente formulado. Honestamente, sigo pensando que la idea de Dios no está bien definida, o que amalgama distintas ideas sin unificarlas de manera consistente.

*Sofos.*- La rígida simetría entre el ser y el no ser, conceptualmente impecable e infranqueable, sólo se rompe si uno de los dos términos del binomio goza de un poder metafísico más profundo que el otro. Esta idea, en la que resuenan los ecos de una ruptura espontánea de la simetría en virtud de la superioridad ontológica de uno de los términos de la dualidad, ¿no evoca, aun tímida y confusamente, a Dios?

*Logos.*- En absoluto. El hecho de que el universo exista implica, lógicamente, una cierta ruptura de simetría entre la nada y el ser como pares conjugados de posibilidades, pero lo mismo puede decirse de Dios. Su existencia también habría de entrañar una ruptura semejante entre el ser y el no-ser, que exigiría una explicación en términos de un antecedente. Salvo, por supuesto, que considerases a Dios una *causa sui*, como Spinoza, concepto que me parece perfectamente aplicable al mundo y a su poder para producir estructuras consistentes.

*Sofos.*- Honestamente, sigo percibiendo mucha fe en todo lo que dices. No sé si tanta fe como en las religiones, pero al menos una fe profunda e injustificada en las capacidades de la mente y del universo para generar todo lo que contemplamos, todo lo que no cesa de asombrarnos por su grandeza y su pujanza.

*Logos.*- Las religiones no se sostendrían sin el adoctrinamiento de los niños. Como convencer a un adulto de la racionalidad de ciertas ideas teológicas es prácticamente imposible, introducen en las conciencias infantiles un sentimiento de respeto y veneración hacia la fe para que eche raíces en sus cerebros, sedimentándose como una convicción tácita, por lo que, cuando alcanzan la madurez, se han habituado a escuchar cosas que nadie sensato aceptaría.

*Sofos.*- Confundes la grandeza del mensaje originario, la pureza de su núcleo conceptual, con los oscuros avatares de su desarrollo histórico.

*Logos.*- Lo confundo porque es indisociable. Todo bebe de la irracionalidad, impermeable a las evidencias. Aunque muden de piel, si por muchos de esos fanáticos fuera seguiríamos viviendo en la Edad Media, en la teocracia, en la anulación del juicio individual, en la sumisión a sus creencias anticientíficas e irracionales; en la barbarie. Furiosos como una hidra descabezada, no han cesado de bramar contra cualquier avance en la senda de la libertad humana, profetizando toda clase de peligros y adversidades si continuábamos empeñados en emanciparnos de su tutela. En cambio, fomentar el espíritu racional, el ímpetu crítico, el juicio individual que no teme contradecir lo que las autoridades establecen, ha sido el mayor antídoto contra ese veneno terrible inoculado en la frágil conciencia de tantos hombres y mujeres desde tiempos inmemoriales. Y el arte, por desgracia, muchas veces ha contribuido a la mistificación irracionalista del mundo, apuntalando sistemas de creencias y de relaciones sociales claramente injustos. Es la ciencia la que ha liberado al hombre de esa condena a la desigualdad que nos ha castigado desde remotos albores, pues nos ha mostrado que, pese a la soberbia de muchos, todos procedemos de un mismo linaje de homínidos, todos somos hijos de un humilde simio antropeide, todos somos animales evolucionados, todos estamos hechos de la misma materia. Todos somos un ensamblaje ocasional de átomos que flotan por el universo.

*Sofos.*- Acepto que los descubrimientos de las ciencias naturales han transformado radicalmente la conciencia que la humanidad tiene de sí misma. No obstante, me cuesta mucho admitir que el método científico sea capaz de explicarlo todo y de desentrañar el sentido más profundo de la vida. Hay siempre un exceso de posibilidades en la conciencia humana, una llamarada inextinguible de arte y trascendencia que no cede ante los embistes de la rasa y unilateral racionalidad científica. Es la fuerza de la fantasía, bella y alada.

*Logos.*- No habría ciencia sin amor a la verdad, aunque muchas veces debamos sacrificar la belleza y el deseo en el altar de la verdad. ¿Y no te parece que quienes aspiran a la comprensión del universo dignifican a la especie humana, además de ennoblecerse a sí mismos? ¿Cabe algo más grande que entender para sentirse parte de un todo que nos sobrepasa? ¿No es el amor a la verdad la mayor de nuestras virtudes?

*Sofos.*- Tú lo reduces todo a la materia y a sus fuerzas desplegadas en el tiempo. Yo canto al espíritu. No a lo que se halla confinado en el espacio y en el tiempo, sino a la

chispa creadora de la mente, que trasciende espacios y tiempos, pues no se limita a recombinar elementos ya dados, sino a intuir órdenes nuevos. No al análisis, sino a la síntesis, a la grandeza irreducible de un alma que se sobrepone a las piezas del mosaico y vislumbra la unidad, hermosa e insondable; el paisaje inédito.

*Logos.*- Cometes un grave error conceptual si condensas la riqueza de la ciencia en un rígido conjunto de proposiciones inmutables. La ciencia, como el arte, es vida, movimiento, cuestionamiento incesante de todo. Lo importante no es tanto la verdad concreta alcanzada como la actitud de comprensión racional que guía el proceso de búsqueda. Ese método es infinito, aunque verse sobre objetos finitos. Quien domina un método y un arte es libre de usarlo en contextos distintos. Ya no se halla ligado inflexiblemente a una respuesta, a un paradigma. Es creador. Es señor de su conocimiento.

*Sofos.*- Te apasiona el entendimiento; yo alabo la ignorancia, la docta ignorancia, ese frenético no entender que me impulsa a crear. Soy hijo del impulso, de la oscura y convulsa emanación de aquello que desafía los conceptos y las categorizaciones, de la rebelión contra la claridad angélica que preside el razonar de los científicos. Prefiero entregarme al bello caos creativo, y que la voluntad entone su cántico por encima de la razón.

*Logos.*- Subestimas de nuevo el poder de la razón. Gracias a la razón hemos podido descubrir la posibilidad lógica y la existencia real de entidades jamás imaginadas. Piensa en las geometrías no euclídeas, racionales pero inimaginables, dada nuestra pobre capacidad de representación figurativa. O en la idea misma de un tejido espaciotemporal, donde las dimensiones espaciales y la temporal no discurren por separado, sino que forman un continuo. O en el número  $i$ , raíz cuadrada de un número negativo, unidad imaginaria, prueba de una razón que se trasciende a sí misma para alumbrar lo que parecía imposible, a causa de la fragilidad de la fantasía humana. La inercia de los conceptos heredados aprisiona nuestra imaginación. Por eso los griegos tenían tantas dificultades a la hora de aceptar los números irracionales. Y si ellos sentían pavor ante los irracionales y desdén hacia los negativos, ¿qué conmoción no habrían producido en su alma los números complejos?

*Sofos.*- No lo negaré: un fecundo juego de razón e imaginación, de claridad y ensueño, es la ciencia. Pero ello no significa que sea infalible, ni completa, ni capaz de sustituir la grandeza del arte y del fervor estético que inflama algunas de las mayores creaciones del espíritu humano.

*Logos.*- Te convenceré algún día de que en la ciencia habita tanta belleza como en el arte...

*Sofos.*- Lo harías si creyera que la esencia del arte estriba en la belleza.

*Logos.*- ¿Y dónde reside entonces? Ilústreme sobre la naturaleza del arte y yo te mostraré una filosofía que no podrás rechazar, porque esa filosofía se basará en la ciencia y se nutrirá de su progreso. Esa filosofía incorporará también el arte. Discernirá el hilo de la razón universal, el verdadero y dorado tejido que todo lo entrelaza con la finura de una sabiduría expresada en caracteres matemáticos. Créeme. Nuestra época ha conquistado tantas y tan profundas verdades que la filosofía ha de cantar su gloria, ha de expresar con las palabras más hermosas y los argumentos más persuasivos la grandeza de los descubrimientos científicos, capaces de resolver los problemas clásicos de la filosofía de una vez por todas.

*Sofos.*- Jamás osaría subordinar el arte a la ciencia, pues nunca me atrevería a reducir las complejidades de la existencia humana a una única dimensión. Deja que el arte sea arte y que la ciencia sea ciencia; no unas lo que la naturaleza y la historia han dividido. Explica el mundo a través del método científico, que lo investiga y disecciona sin temor; crea tu propio mundo a través de la imaginación artística, cuya fuerza extrae del mundo el significado que el hombre desea captar.

*Logos.*- Al igual que la religión, el arte entroniza como ideal supremo de la mente lo que sólo ha de ser un medio. Sentirse deslumbrado por la grandeza del universo o por la luz gozosa de la belleza es medio para un fin más elevado: el de comprender el universo y la belleza, el de desentrañar sus mecanismos, el de penetrar sin miedo en sus secretos más profundos, porque este afán enaltece al hombre. La religión nos ofrece un conjunto de relatos simbólicos para intentar encontrar algo de sentido en un mundo que difícilmente comprendemos; la ciencia plasma el esfuerzo por escrutar ese mundo, por desafiarlo y desgranarlo en su verdad, por hundirse audazmente en el abismo de sus profundidades hasta resurgir con el trofeo del entendimiento, la más hermosa de las recompensas a las que puede aspirar el hombre, sediento de luz.

*Sofos.*- No discutiré la idea de que el arte se encuentra estrechamente ligado a la religión, cual siameses unidos en la misma odisea del alma. No en vano, Hegel los concibió como determinaciones supremas del espíritu, como los momentos culminantes del espíritu universal en su evolución hacia la conciencia absoluta. El arte encarnaría la intuición de lo absoluto, y la religión su representación. De hecho, siempre he considerado las religiones como un termómetro de los deseos más profundos y de las esperanzas más íntimas del ser humano. Sería necio ignorarlas o despreciarlas, pues lo que el filósofo debe hacer es destilar lo mejor de su esencia.

*Logos.*- Si no me equivoco, muchos antropólogos consideran que el nacimiento del arte coincide con el de la religión, cuando en el Paleolítico superior el hombre comenzó a producir manifestaciones artísticas y religiosas en forma de pinturas rupestres y de objetos rituales. Así lo vemos, por ejemplo, en culturas como la Magdaleniense, en Europa occidental.

*Sofos.*- En efecto. Descifrar el lenguaje del arte prehistórico se revela como una tarea casi imposible. No obstante, algunos indicios apuntan a una función ritual antes que a un fin propiamente ornamental y estético. Desde esta perspectiva, el hombre primitivo, más que a la contemplación extasiada de la belleza, se habría entregado a la representación pictórica de sus creencias espirituales. Al pintar un bisonte trataría así de apoderarse de su alma, de su vigor, de su sentido. No pintaría para adornar los fríos y húmedos techos de sus cuevas, sino para rendir culto a la vida.

*Logos.*- Lo que has dicho sobre la concepción hegeliana del arte me parece sumamente inspirador. Admiro a los filósofos que saben formular de manera profunda las conexiones entre los fenómenos, en vez de limitarse a separar las parcelas de la actividad humana.

*Sofos.*- De hecho, te agradecerá saber que Hegel subordinaba el arte y la religión a la filosofía, al concepto, a la posibilidad de destilar un significado que supliera las imperfecciones de la intuición y de la representación.

*Logos.*- Por tanto, él mismo se percató de que la razón debía prevalecer por encima de la intuición estética y de la representación religiosa. Arte y religión pueden entonces interpretarse como los preámbulos de la razón, de la ciencia y de la filosofía.

*Sofos.*- Así es, pero ello no menoscaba la grandeza del arte, reflejo de las posibilidades del ser humano.

*Logos.*- Por desgracia, muchos artistas tienen como único propósito deslumbrarnos con su arte, cegarnos ante la contemplación pura de la naturaleza y embrujarnos con sus hechizos estéticos. Frente a ese fin tan frívolo y deshonesto, el científico no pretende abrumar altivamente a sus espectadores, sino enseñar a que busquemos la verdad por nosotros mismos, para difundir la luz benéfica del conocimiento y explicarlo todo de acuerdo con los principios más simples a nuestro alcance. Porque al buscar la verdad, y al aprender enseñándola, podemos descubrir el sentido de nuestra vida humana.

*Sofos.*- La fiereza de un mundo tantas veces inhóspito, los horrores de la historia, las pulsiones más oscuras del corazón... ¿No nos redimimos del mal en el arte, fuente de consuelo, dulzura y armonía para una humanidad atormentada? ¿No sublimamos en él gran parte de nuestro dolor? Además, no existe una única concepción del arte. Es evidente que el ideal estético de la *mímesis* guarda escasa relación con la comprensión vanguardista del arte.

*Logos.*- Olvidas que la ciencia nos proporciona los medios para protegernos de una naturaleza hostil, para mejorar y dignificar la vida de todos los seres humanos y para unirnos mediante la búsqueda compartida de la verdad.

*Sofos.*- Grandes bienes y grandes males nacen de la ciencia. Sería iluso negarlo. Cuantas más posibilidades confieres al hombre, más riesgos surgen, más irresponsabilidad, más egoísmo, más delirios de grandeza... Más horror, en definitiva, puede eclosionar de la omnipotencia que nos promete el conocimiento científico. En el arte sólo encuentro paz, paz pura, paz inmortal, anhelo de belleza y expresión; el sosiego beatífico de quien contempla y se recrea en su contemplación, y dirige una mirada serena al mundo desde ese púlpito de libertad y franqueza que nos ofrece el arte.

*Logos.*- Atrocidades inenarrables han coexistido con las obras más sublimes del arte. No puedo creer, como Dostoievski, que la belleza salve al mundo. De poco nos ha servido vivir rodeados de belleza y tallar con nuestras propias manos prodigios que desafían a la naturaleza en perfección y hermosura, pues los instintos más primarios, los sellos más tenebrosos de la condición humana, las huellas omnipresentes de la agresividad y del enfrentamiento, han convivido apaciblemente con esa búsqueda apasionada de excelencia artística que tú describes.

*Sofos.*- ¿No intuyes entonces un horizonte de salvación posible en alguna actividad humana?

*Logos.*- Si hay salvación para el hombre, ésta sólo puede hallarse en el conocimiento, en la luz de un saber que nos trasciende como individuos y nos eleva a un plano universal. Y es fácil darse cuenta de que los mayores progresos en el camino hacia la libertad provienen de la ciencia. La ciencia es el instrumento liberador más importante que ha inventado la especie humana. Gracias a ella nos emancipamos de prejuicios, dogmas y servidumbres mitológicas. La ciencia esparce la luz liberadora por antonomasia. Nos otorga la libertad más profunda, que no consiste en romper cadenas físicas, sino mentales; en conocer y comprender la verdad. De nuevo, saber que todos descendemos de una pareja de homínidos africanos ha contribuido más a la liberación de la mente que infinidad de obras literarias y de tratados filosóficos. Los sistemas sociales tradicionales, cuya distribución del poder se basaba en las ideas de derecho de sangre y ascendencia, en mentiras y engaños que sostenían regímenes injustos, han caído como castillos de naipes ante el empuje de la razón científica, que demuestra nuestro origen compartido, nuestra pertenencia a una misma familia humana, que es nuestra casa común. Al fin y al cabo, todos lloramos con las mismas lágrimas y a todos nos sonríe el mismo cielo. Una humillación a la autosuficiencia de algunos; hermosa humillación, que en realidad enaltece a los que habían sido humillados durante siglos con alusiones espurias a linajes y abolengos. Esas ideas pertenecen hoy al pensamiento precientífico, y su obsolescencia sólo produce pena y estupor en quien las escucha. Es un progreso indiscutible, auspiciado por la ciencia, no por el arte o la filosofía, que en muchas ocasiones han servido para preservar y afianzar las antiguas concepciones.

*Sofos.*- Puedo estar de acuerdo con lo que dices. No negaré, como te dije antes, que las teorías de Darwin han transfigurado la imagen que tenemos de nosotros mismos, porque

han puesto en tela de juicio creencias inveteradas y han desacreditado a autoridades que se arrogaban la posesión de la verdad.

*Logos.*- La evolución es el descubrimiento más importante del último milenio. Antes de Darwin, el sentido nos venía dado por nuestra naturaleza, reflejo de lo eterno; después de Darwin, somos nosotros los que tenemos que darnos el sentido. Darwin impulsó brillantemente el materialismo como explicación unitaria de la realidad. El suyo, sin embargo, es un materialismo generativo, que incluye el factor tiempo como fuerza creadora y transformadora. Por ello, resulta mucho más útil y potente que los materialismos anteriores, e incluso que el panteísmo de cadencia materialista asumido implícitamente por Spinoza, pues no se limita a interpretar la totalidad de lo existente como manifestación de una misma materia, sino que propone un mecanismo preciso y contrastable de cómo se produce exactamente el despliegue de esa materia a lo largo del tiempo hasta adquirir nuevas configuraciones. El poder de la explicación darwiniana abruma por su simplicidad. Es de una parsimonia conceptual deslumbrante, porque con un mínimo de asunciones justifica un máximo de fenómenos.

*Sofos.*- Lejos de mi intención cuestionar los logros intelectuales de Darwin y de la ciencia. Aun así, no olvides que también los filósofos, e incluso los artistas, han realizado aportaciones fundamentales a la tarea de liberar al hombre de la esclavitud mental que ha sufrido desde que tiene conciencia.

*Logos.*- Reitero que la mayor y más dolorosa de las esclavitudes es la ignorancia. Sólo la ciencia nos ayuda a vencerla, a desarmarla, porque sólo ella nos proporciona un saber certero. Sólo la difusión del conocimiento científico nos permite liberarnos de prejuicios atávicos alimentados por esa ignorancia. No es de extrañar que los sacerdotes egipcios y mayas aprendieran, sí, astronomía y cálculo de patrones cíclicos, pero que se afanaran en conservar con celo el fruto de sus investigaciones, pues con este secretismo conseguían intimidar y controlar al pueblo. El conocimiento nos hace libres, porque nos ofrece las herramientas para juzgar la realidad por nosotros mismos.

*Sofos.*- Sin duda. Pero no se puede entender un acontecimiento tan trascendental para la historia de la libertad humana como la Revolución francesa sin el papel que en él desempeñaron notables filósofos, no sólo científicos e inventores. O, siglos antes, ¿no tiene mérito la crítica filosófica de Ockham al principado tiránico de los papas, que ejercían su control despótico sobre la espiritualidad europea desde su imponente palacio de Aviñón, a orillas del Ródano, o la de Lorenzo Valla a la falsificación de la *Donación de Constantino*, empleada ignominiosamente por los romanos pontífices para justificar su poder terreno en torno a grandes extensiones de Italia? Ilustres ideas políticas han germinado en la mente de los filósofos y de los humanistas.

*Logos.*- Algunos filósofos han iluminado a la humanidad, otros sólo han vertido oscuridad y confusión. Recuerda que Aristóteles, Santo Tomás y Locke, por citar sólo unos ejemplos, justificaban la legitimidad de la esclavitud como institución social al argüir que la naturaleza, fundamento último de toda normatividad, ha hecho a los

hombres desiguales. ¡Como si la normatividad ética tuviera que hundir sus raíces en una naturaleza que ni siquiera comprendemos y que tanto dista del ideal humano!

*Sofos.*- Pero fueron otros filósofos quienes propusieron el más bello y simétrico principio de organización social, “*De cada uno según sus posibilidades y a cada uno según sus necesidades*”. El ideal entronizado como regla suprema de una realidad que no se clausura en sí misma, sino que se halla abierta; de una realidad en proceso que, dada su incompletitud intrínseca, ha de entenderse a la luz de la razón, de lo que va por delante de la naturaleza, de una síntesis de lógica y de imaginación que nos revela las verdaderas posibilidades de la mente humana.

*Logos.*- Yo añadiría “*según sus verdaderas posibilidades y según sus verdaderas necesidades*”, porque algunos fingen tener menos posibilidades y más necesidades de las que en realidad poseen, o a la inversa.

*Sofos.*- Aceptado, aunque creo que la formulación originaria presupone el adjetivo “verdaderas”. En cualquier caso, todo ello no hace sino reforzar mi argumento: que algunos filósofos, artistas y visionarios han contribuido más que los científicos a la liberación del hombre. Han ayudado a expandir el radio de nuestra imaginación, cuestionando principios que parecían incontestables. ¿Habría sido posible la Revolución francesa sin las ideas alumbradas por los grandes filósofos de la Ilustración? No niego que el desarrollo de los sistemas sociales obedezca muchas veces a fuerzas superiores a la creatividad de los individuos, a una lógica que también afecta a la evolución de nuestras concepciones del mundo, pero no minimicemos el papel de las decisiones subjetivas y de la audacia desplegada por ciertas personas en los momentos más álgidos. Piensa en quienes teorizaron sobre los derechos humanos, todos juristas y filósofos. El científico, natural o social, se esmera en descubrir leyes, pero la creatividad humana desborda toda ley. Y ¿cómo no sentir fascinación por quienes han sido capaces de trascender su contexto y de anticiparse a los desarrollos venideros del pensamiento, del arte y de la técnica?

*Logos.*- Si la filosofía ha sido la fuente de la que han brotado los derechos humanos, esta gesta justifica ya su utilidad por los siglos de los siglos.

*Sofos.*- En los derechos humanos, en la noción de que la pertenencia a la especie humana es condición necesaria y suficiente para tener derechos humanos, culminan filosofías y sistemas de pensamiento, sueños y utopías, esfuerzos y conquistas de muchas generaciones. Son un tesoro, la verdadera Constitución de la humanidad. Pero se trata de un tesoro frágil, que exige nuestro cuidado y nuestra devoción. Su mera existencia debería enorgullecer a la filosofía, porque fue en las reflexiones solitarias y brillantes de algunas mentes inquietas donde nació la idea luminosa de unos derechos inalienables y comunes.

*Logos.*- Sigo pensando, en cualquier caso, que la ciencia llegará algún día a comprender la naturaleza más profunda de los juicios morales. Explicará evolutivamente muchas áreas hoy acaparadas por las humanidades, como el estudio de la ética, el arte y la religión.

*Sofos.*- Sólo sé que algunos científicos, amparados en su ciencia y no en doctrinas filosóficas, han defendido tesis tan aberrantes como la eugenesia y el darwinismo social.

*Logos.*- Más bien se basaban en interpretaciones erróneas de su ciencia, contaminadas por la ideología y por los prejuicios...

*Sofos.*- Ni la ciencia ni la filosofía están libres de pecado. Admitámoslo: ambas han justificado las mayores atrocidades y perversiones. Además, si aceptas que ciertos hallazgos científicos pueden inspirar tesis ideológicas, pero que éstas se deben a una interpretación errónea de los hechos, estarás de acuerdo conmigo en que del estudio aséptico y empírico de la naturaleza es imposible inferir ninguna doctrina ética clara y universal. Podremos esbozar interpretaciones, pero siempre serán cuestionables y débiles desde un punto de vista científico. Lo contrario implicaría reproducir la falacia naturalista, que sucumbe a la confusión entre el ser y el deber ser.

*Logos.*- Es posible, pero estoy convencido de que un conocimiento más profundo del funcionamiento de nuestro cerebro arrojará luz sobre las motivaciones de la conducta humana, y eventualmente sobre la ética. Reduciremos la ética a la neurociencia, por lo que contribuiremos a unificar el saber con herramientas nuevas y poderosas.

*Sofos.*- Yo no creo que sea posible levantar un puente lo suficientemente sólido como para transitar sin problema de las ciencias naturales a las ciencias humanas y sociales. Hay un auténtico abismo, un río caudaloso y anárquico que fluye por debajo: la creatividad humana, es decir, la capacidad de diferenciarnos satisfactoriamente con respecto a lo que existe; la autodeterminación del hombre por sí mismo, por su razón y su voluntad. Las ciencias naturales tienden a subrayar el determinismo de todos los procesos que observamos, y quien asume la profundidad de sus enseñanzas sólo puede vivir abrumado por la intuición de la necesidad universal, como le ocurría a Einstein. Los esfuerzos intelectuales de la ciencia cristalizan en la identificación de causas inexorables, en leyes ciegas y en prolijos mecanismos que difícilmente explican la riqueza de la acción humana. Todo lo reducen a la naturaleza, a lo dado, a lo heredado, a la mismidad del mundo, cerrado ontológicamente en su comparecer. Sin embargo, es imposible hacer una buena teoría social que tome los órdenes sociales como naturales, pues no sólo falta a la verdad, sino que impide estudiar adecuadamente el cambio y la evolución de los sistemas sociales. Lo dado y lo añadido, la evolución biológica y la evolución cultural, exigen metodologías convergentes, pero distintas. Es precisamente del cuestionamiento de los órdenes establecidos de donde han surgido los mayores avances para la humanidad, como la ampliación de derechos a minorías raciales y

sexuales, la preocupación por la igualdad de género o el compromiso con la redistribución de una riqueza que no se corresponde casi nunca con el mérito atesorado a título individual. Por ello, los estamentos más conservadores siempre han mostrado interés en hacernos pensar que la sociedad, o el conjunto de creencias compartidas por un grupo humano, evoluciona naturalmente, regida por fuerzas incontrolables, sumida en una especie de triste fatalidad cósmica que sólo puede inspirar resignación, cuando lo cierto es que la razón humana posee un poder inmenso para modificar las cosas. De hecho, la cultura y la educación resplandecen como las herramientas por antonomasia para construir un mundo que se aproxime a los ideales más nobles del espíritu humano, un mundo donde sea posible decir a los desheredados de la tierra que su dignidad sigue intacta. Claro está que existen limitaciones biológicas insoslayables, losas genéticas de las que difícilmente podremos eximirnos. Aun así, no tenemos alas, pero con la cultura hemos aprendido a volar de una manera original, innovadora; no como las aves, sino como los hombres. Qué triste y oscuro sería conformarse con lo que nos depara la naturaleza, en lugar de intentar avanzar más allá de la naturaleza. No sé si las ciencias naturales comprenderán alguna vez esto: que no somos sólo naturaleza, sino también historia, deseo, imaginación y creación. Somos nuestra propia *natura naturans*.

*Logos.*- En este aspecto sólo puedo expresar mi coincidencia con tus tesis. Pues creo, como Rousseau, que la desigualdad natural cede ante la igualdad social a través de la ley. Es la grandeza de la razón, que establece simetría allí donde sólo imperaba azar. Es el ser humano que se adueña de su destino. La biología nos condiciona de una forma muchas veces opresiva, pero podemos superarla mediante la razón y la cultura.

*Sofos.*- ¿No es intolerable que un acontecimiento biológico tan dependiente de probabilidades combinatorias a escala cromosómica, un accidente como es el hecho de nacer varón o mujer, haya sido tan determinante a la hora de establecer los roles desempeñados por cada individuo en nuestras sociedades? ¿Y no es más noble, más digno, más humano conseguir separar el amor de la procreación gracias a la ciencia y a la tecnología, favoreciendo así un amor más puro y libre, emancipado de las cadenas biológicas y de las servidumbres reproductivas que nos impone la gigantesca maquinaria de la evolución?

*Logos.*- Absolutamente de acuerdo. No debes olvidar, en cualquier caso, que cuando la ciencia estudia el cerebro y la mente se percata de que no todo está determinado por los genes, pues la arquitectura de nuestras conexiones interneuronales no viene fijada genéticamente, sino que se reconfigura de manera constante en interacción con el medio. Es la maravilla de la plasticidad, herramienta adaptativa por antonomasia.

*Sofos.*- Insisto: la ciencia quizás explique la génesis filogenética y ontogenética de ciertas conductas humanas, su desarrollo evolutivo en el plano de la especie y en el de los individuos, pero no su justificación ética. Pensar el sentido de nuestras acciones es labor de la razón filosófica, abierta a posibilidades universales, y no de la razón empírica, esclava de hechos particulares.

*Logos.*- Pero la ciencia es el instrumento que mejor promueve el progreso de la razón humana en su universalidad y en su particularidad, y el que más utilidad y valores extrae de esta facultad tan extraordinaria. Es la razón científica, la razón unida a la experiencia, la que nos permite desentrañar los misterios del mundo y conocer las conexiones causales entre las cosas. Creo que fue Demócrito quien aseguró que prefería conocer una sola ley causal antes que ser emperador de Persia; el poder del conocimiento frente al poder emanado del miedo y de la opresión. No hay nada tan glorioso como conquistar las mentes con una gran idea, con el arma imbatible de la razón. Porque el conocimiento apunta a lo permanente, mientras que el poder desemboca en dominios efímeros y en vacuas potestades abocadas a disolverse en los ríos del odio, el terror y la injusticia. Quien conoce algo, quien entiende un solo elemento de este universo infinito, ha penetrado ya en un reino inexpugnable: el de la verdad. Otras generaciones ampliarán o relativizarán lo aprendido, pero no conculcarán la esencia de la verdad. Por tanto, no puede haber mayor privilegio que el de contribuir al aumento del saber. He aquí una ética, un desafío existencial para todos nosotros. ¿Y no sería ésta una de las utopías más radicales y osadas de la humanidad: la de que todos nos convirtiésemos en consumidores y productores de conocimiento? El poder es oscuro, pues se confina a un individuo, clausurado en torno a la voracidad insaciable y alevosa de los intereses egoístas y de las voluntades acaparadoras. En cambio, el conocimiento nos eleva al plano de lo universal, a un espacio que trasciende la angostura de nuestro yo: a una meta que congrega a los hombres y no los divide. El poder separa, el conocimiento une. El poder es un juego de suma cero, que se agota en quien lo posee; el saber es el juego infinito, que se difunde a todos los que abren su alma. Es la lucha contra la dolorosa vastedad de lo desconocido, es la certeza de que siempre existirá un proyecto en el que esforzarse, una vocación digna de la humanidad, un horizonte por explorar y un interrogante por responder. Infinitas incógnitas por despejar en esa ecuación inacabada que es el universo.

*Sofos.*- Yo prefiero una belleza sublime a todo el poder y todo el saber del mundo...

*Logos.*- ¿Por qué no preferir todas esas realidades, conocimiento, poder y belleza? ¿No es eso la sabiduría? Y ese saber que me fascina es simple, es bello, es armonioso: es la magnificencia de las leyes matemáticas que rigen el devenir del universo. Grande es sin duda el ser humano, que con el poder de la mente ha sido capaz de sintetizar ingentes cantidades de conocimiento verdadero en un pequeño conjunto de símbolos.

*Sofos.*- Quieres dar culto a la simplicidad y a la armonía, pero esta obsesión es perniciosa. Desemboca inevitablemente en el reduccionismo, en la eliminación de cualidades importantes que el científico muchas veces desprecia por no considerarlas fundamentales, o por creer que carecen de valor explicativo. Dado que unas ciencias parecen sustentarse sobre otras, porque la biología se reduciría en último término a química, la química a física, la física a principios matemáticos y la matemática a reglas lógicas, un químico alegrará que todo es química, un físico, que todo es física, un matemático, que todo es matemáticas, y un lógico, que todo es lógica. ¿Subsiste algo aún más fundamental? ¿Y si todo fuera metafísica?

*Logos.*- Más bien diría que todo es racionalidad.

*Sofos.*- Lo único que sé es que el hombre es complejidad, complejidad exuberante e irreductible, sostenida sobre fundamentos más simples, pero de tal manera que los desborda, los humilla, los trasciende. Yo prefiero recrearme en esa complejidad; exaltarla, amplificarla. La sagrada complejidad del hombre.

*Logos.*- Discrepo. Recuerda las alabanzas de Leonardo da Vinci a la simplicidad, o las no menos reveladoras palabras de Newton en los *Principia*: “*La naturaleza se complace en la simplicidad, y rechaza la pompa de causas superfluas*”. Un enunciado tan aparentemente trivial encierra una verdad demasiado profunda, una búsqueda de orden, simplicidad y simetría que da sentido a la empresa científica. Qué diferencia con esos filósofos fatuos que confunden retórica con sabiduría y nos inundan con artificios dialécticos. Cuánta verdad reside en proposiciones tan simples como las leyes newtonianas del movimiento, y cuánta falsedad o trivialidad pulula por esos libros pretenciosos de filosofía que llenan de polvo nuestras bibliotecas, retahílas de palabras huecas que sólo reflejan baja autoestima y deseo impúdico de desorientar. Porque la pretenciosidad terminológica de un autor es inversamente proporcional a su valor filosófico. Sólo las grandes mentes saben hacer sencillo lo complejo. Además, llega un momento en el que te das cuenta de que lo importante no es leer mucho, sino leer bien. Y más importante que leer es pensar. La lectura de poco sirve si no inspira en nosotros un pensamiento profundo.

*Sofos.*- Inmensas tragedias históricas han brotado precisamente de esa entronización patológica de lo simple, como si todo hubiera de reducirse a unos pocos elementos, a unos axiomas iniciales desde los que deducir el descomunal sistema de la naturaleza y de la historia.

*Logos.*- Soy consciente de que algunos pensadores, embelesados por el amor contagioso a la simplicidad que mueve a tantos matemáticos y científicos, han pretendido reducir la complejidad de la historia y de la vida humana a unos pocos elementos explicativos, lo que ciertamente se ha traducido en el desdén hacia otros. Pero no cometas una falacia de proyección de una rama a otra del saber, pues ¿acaso niegas que en la ciencia la explicación más simple ha de prevalecer sobre la más compleja, tal y como proclama ese principio universal e indisputable de economía cognitiva que es la navaja de Ockham?

*Sofos.*- ¿Cómo podría negarlo? Sucumbiría a una falacia de oscuridad, a la idea de que explicar lo oscuro por lo más oscuro, o lo complejo por lo más complejo, es útil, cuando es manifiestamente estéril, pero no malinterpretes mis palabras, menos aún mis intenciones. Simplemente digo que esa obstinación malsana por la reducción conceptual puede valer en las ciencias naturales, cuyo referente goza de solidez y claridad, pues, salvo en la biología de las especies más complejas, podemos aislar los sistemas más relevantes y estudiar y reproducir sus propiedades en un laboratorio. Sin embargo, en

las ciencias humanas, e incluso en el estudio de las conductas animales más evolucionadas, es imposible obtener ese grado de simplificación, esa determinación nítida de los límites de un sistema. La vida es movimiento e indefinición; es la inasible primacía del cambio, el tránsito continuo, la metamorfosis que no cesa de retarse a sí misma. Puedes sumar los instantes en una línea recta, que tú representas como el acontecer del tiempo, pero difícilmente aprehenderás el instante en sí, el infinitésimo incapturable que se desvanece sin remedio cuando te afanas en atraparlo, disipado como bruma matinal. La vida vuela libremente; la ciencia se esfuerza en cristalizar lo que sólo puede fluir...

*Logos.*- Poco ganaría la ciencia si se erigiera en discípula de Heráclito y pensase que ese fluir eterno de todo es ininteligible. Más bien ocurre lo contrario: la ciencia ha sido capaz de desarrollar herramientas matemáticas y tecnológicas que nos permiten comprender el tránsito temporal, la evolución, la mutabilidad intrínseca a todos los sistemas naturales. Pese a las advertencias desalentadoras de Bergson, hoy entendemos mejor que nunca la naturaleza del tiempo y de la vida, la simbiosis de permanencia y cambio, de continuidad y discontinuidad, de conservación y variación que subyace a la práctica totalidad de los procesos naturales.

*Sofos.*- ¿En serio? ¿Puede la ciencia explicar lo que siento cuando me entrego a la contemplación de un paisaje pintoresco, o cuando evoco momentos de felicidad inconmensurable, cuya dulzura sólo yo he percibido? ¿Y qué decir del glorioso caudal de estructuras materiales que puebla el reino de la vida, de formas biológicas dotadas de una complejidad casi irreductible, hasta coronar la cima de la conciencia, del yo, de la libertad? La ciencia quizás haya descubierto principios generales, pero le queda mucho por entender sobre los mecanismos concretos que han suscitado semejantes maravillas.

*Logos.*- Pecaríamos de suma ingenuidad si idealizáramos la belleza del mundo y la exuberancia estética de la naturaleza. El mundo es hermoso como el centelleo de una luciérnaga o espantoso como la forma de un topo de nariz estrellada, o terrible como los ceremoniosos perfiles de una manta gigante, que bajo su belleza y su elegancia esconde un aguijón mortal, un veneno oculto. Belleza, horror, fascinación... ¿No dependen de nuestras percepciones subjetivas? La belleza no es la meta de la evolución, aunque ocasionalmente surjan formas que humillan la belleza de cualquier creación humana, o estructuras embelesadoras desde un punto de vista científico, cuya comprensión ha estimulado de modo notable el desarrollo del conocimiento.

*Sofos.*- Claro. Eso podría decirse de una bacteria como la *Escherichia coli*, que sin embargo ha resultado esencial para el avance del conocimiento biológico. ¿Y si su sentido estribara, precisamente, en actuar como fuente de potenciales hallazgos científicos, de manera que el hombre pudiera extraer de ella valiosísima información?

*Logos.*- ¿Su sentido? ¿Y el de las especies extintas, el de esas ramas que se han desprendido del árbol de la vida? ¿Acaso alguien piensa que los tricerátops fueron el

resultado de un proceso deliberado de diseño consciente? ¿Por qué hubo entonces dinosaurios tan pintorescos como los estegosaurios? Esas formas tan extrañas, ¿no son el fruto de un proceso ciego de variación desencadenado por cambios mayoritariamente azarosos en la constitución genética que, o bien fueron seleccionados por la naturaleza a causa de su utilidad adaptativa, o bien surgieron como subproductos de otros fenómenos adaptativos? ¿Dónde, sino en su valor práctico para un determinado ecosistema, reside su hipotética teleología? Las especies y los órganos que poseen no existen para cumplir un fin, sino por haber superado la criba implacable de la selección natural. La vida sólo busca expandirse en el tiempo y en el espacio, y en su lucha contra la necesidad permite que florezca un asombroso mundo de posibilidades. Además, me parece que hablas mucho de un hipotético sentido vida, e incluso te afanas en extrapolar esa idea al ámbito de otras especies biológicas donde no tienen por qué existir experiencias conscientes, pero ¿y si hubiera varios sentidos, incompatibles entre sí? ¿Por qué esa obsesión por la unicidad? ¿De dónde dimana semejante atracción por un único fundamento? Al fin y al cabo, ¿qué entiendes por sentido? ¿Algo que satisfaga tus aspiraciones?

*Sofos.*- Lógicamente, cuando hablo de sentido me refiero al sentido recapitulador de todos los sentidos, al sentido que daría sentido a los posibles sentidos particulares.

*Logos.*- Evocas entonces un monoteísmo de sentidos, pero sigues sin demostrar su necesidad, la justificación de que la mente se halle abocada a pensar en un único sentido y no desde un politeísmo de sentidos.

*Sofos.*- Al igual que la mente parece orientarnos naturalmente hacia la idea de un primer motor de todo, o de una fuerza primordial de la que derivarían las cuatro fuerzas fundamentales, o de una gran unificación de todos los conocimientos científicos, me parece razonable, y filosóficamente legítimo, concebir la posibilidad de un único sentido que abarque las copiosas ramificaciones de pequeños sentidos a las que pueda dar lugar.

*Logos.*- Reconozco que muchos científicos parecen vivir presos de esa obsesión por una simplicidad despótica y reductiva, pues buscan desesperadamente identificar un único principio desde el que brote la multiplicidad de fuerzas y elementos de la naturaleza. Émulos de Tales de Mileto, añoran ese *arjé* que todo lo explique. Soy escéptico en torno a la viabilidad de semejante empresa, dado que en la mayoría de las ciencias es imposible reducirlo todo a un único principio. Además, no creo que podamos comprender el tiempo como emanación inexorable del espacio, por mucho que ambos se encuentren entretejidos en un mismo continuo relativista, como descubrió Minkowski. Por subrayar la envergadura de las dificultades, no olvidemos que ni siquiera la lógica de primer orden puede funcionar con un único axioma y una única regla de inferencia. Hay varios axiomas y al menos dos reglas de inferencia en la lógica proposicional, el *modus ponens* y la generalización universal. Y la teoría de conjuntos, sobre la que se sustenta el gigantesco y maravilloso edificio de las matemáticas, exige en sus axiomatizaciones más aceptadas nueve proposiciones iniciales. Es lo que ocurre en la axiomática de Zermelo-Fraenkel.

*Sofos.*- Esta pluralidad quizás se deba a la insuficiencia de nuestros conocimientos. Es probable que en el futuro logremos desarrollar sistemas axiomáticos más profundos y parsimoniosos.

*Logos.*- No lo descarto, pero lo veo poco plausible. En cualquier caso, y por volver al tema anterior, la pregunta por el sentido del universo me parece mal formulada. El universo es un conjunto de leyes, un elenco de reglas. Un sistema de estructuras. Es sintaxis más que semántica.

*Sofos.*- Luego el significado del universo quizás resida en nuestra libertad, pues a partir de esas reglas pueden surgir múltiples posibilidades de acción, de transformación, de creación. Podemos así introducir alguna innovación en el rígido curso de la naturaleza. Es el subyugante resplandor de una gran idea recién nacida, sello de lo divino en la mente humana.

*Logos.*- ¿Innovación? ¿Novedad? Términos hermosos que tú enfatizas sin temor, pero ¿qué es lo nuevo? ¿Hay algo realmente nuevo bajo el Sol? Esa hipotética novedad, esa eclosión fulminante de un fenómeno *ex nihilo* que irrumpe desde una nada inabordable y aterradora, ¿no significaría una ruptura metafísica con lo anterior, una victoria imposible sobre la implacable cadena causal que todo lo rige, una superación no sólo de barreras físicas, sino de límites lógicos profundamente enraizados en la arquitectura de nuestro cerebro? De hecho, me cuesta comprender el concepto monoteísta de creación.

*Sofos.*- Frente a una eterna y fatal sucesión de ciclos, frente a una concatenación inexorable de causas y efectos, ¿no sientes que en el mundo, en la vida y en la conciencia despunta el sol de la creación, de la evolución innovadora, cuyo avance elimina e integra? El sentido lo concebimos los seres humanos, pero como formamos parte inextricable del universo, no es osado afirmar que es el propio universo el que produce la capacidad de preguntarse por el sentido y de encender la llama del sentido. Universo que se da forma a sí mismo en la conciencia humana. Evolución que adquiere conciencia de sí misma. Universo que se recrea y crea en nosotros. Novedad encarnada en el espíritu humano.

*Logos.*- Honestamente, pensar que una bacteria tan apasionante y fructífera como la *Escherichia coli* existe para que nosotros la estudiemos carece de fundamento. Implica asumir una finalidad en la trama de la vida que, de nuevo, contrasta flagrantemente con las evidencias empíricas disponibles. Por ello, la humanidad no tiene por qué imaginarse a sí misma como el destino último de la evolución. Puede ser superada. Minúsculo y risible, tan lamentable como un insecto que se creyera simio es un hombre que se piensa semejante a Dios y se considera partícipe de lo eterno. Hay demasiado azar en la evolución como para percibir una línea unidireccional, nítida e inevitable. Además, una parte del universo, en este caso la especie humana, no puede ser más compleja que la totalidad del universo.

*Sofos.*- Yo ya no sé qué pensar. Bien sabes que es concebible la existencia de partes iguales a un todo, por ejemplo en el marco de la teoría de conjuntos.

*Logos.*- Pero sin entrar en sutilezas matemáticas altamente cuestionables, admitirás que el universo, más allá de sus misterios y oscuridades, es reducible a un elenco relativamente simple de principios. Todo lo que mencionas, el fastuoso despliegue de formas orgánicas y configuraciones biológicas, lo explica la selección natural, que actúa gradualmente sobre las variaciones ventajosas para la supervivencia. Es el mecanismo por antonomasia de la evolución y de su exuberante creatividad.

*Sofos.*- Consagrar la selección natural como la fuerza regia y exclusiva de la evolución ignora que no todo cambio biológico cumple una función estrictamente adaptativa. No todo en la evolución se explica por selección natural. La deriva genética, por ejemplo, responde a modificaciones aleatorias en las frecuencias alélicas de la especie, a procesos estocásticos carentes de utilidad adaptativa clara. Un énfasis tan unilateral en la relevancia de las ventajas adaptativas presupone un marco esencialmente conflictivo, una guerra de todos contra todos, una feroz lucha malthusiana dentro y fuera de la especie, pero en la naturaleza también existen la cooperación y el altruismo.

*Logos.*- ¿Acaso no puede interpretarse esa disposición a cooperar como una ventaja adaptativa nítida para el individuo o el grupo que la exhibe?

*Sofos.*- Sería como decir que cualquier ejemplo de lucha dentro o fuera de la especie puede valorarse como la manifestación de una cooperación global más profunda entre individuos y grupos en aras de la supervivencia de la vida en cuanto tal. Darwin probablemente descubrió la idea dotada de mayor poder explicativo para las ciencias de la vida, pero no agotó todos los principios que subyacen a la estructura y al funcionamiento de la vida.

*Logos.*- La selección natural es una fuerza más, dotada de una importancia incuestionable e incluso soberana, pero no es el único motor de los cambios evolutivos. En esto coincido contigo, porque no todas las variaciones genéticas son cribadas de inmediato por la selección natural. Sin embargo, me inclino a creer que al cabo de un cierto número de generaciones incluso esos cambios genéticos aparentemente neutros en cuanto a su valor adaptativo acaban por someterse al tamiz de la selección natural.

*Sofos.*- ¿Cómo validarías empíricamente esta primacía absoluta de la selección natural? Al igual que sucede con los defensores a ultranza del superdeterminismo cósmico, tan imposible de validar como el indeterminismo universal, creo que te ves abocado a apoyar una opción sencillamente infalsable, pues tendrías que observar el universo desde fuera, o al menos compararlo con otro universo indeterminista, para detectar las diferencias y validar tu hipótesis superdeterminista.

*Logos.*- Estoy de acuerdo en lo que respecta al determinismo y al indeterminismo absolutos como aporías filosóficas. Se trata, en efecto, de proposiciones metafísicas, entendiendo por metafísica el conjunto de enunciados que trascienden el alcance de la experiencia y que por tanto se sitúan al margen de cualquier posibilidad de verificación o de falsación, salvo cuando representan meras tautologías o simples principios lógicos. En todo caso, permíteme decir que la falsación me parece un criterio necesario pero no suficiente para delimitar la ciencia. El conocimiento ordinario es falsable, pero no científico. En mi opinión, sólo es científico el discurso capaz de elucidar los mecanismos de los fenómenos.

*Sofos.*- Por valerme de la terminología antropológica al uso, necesitarías una perspectiva *etic* con respecto al universo, algo que frisa con lo inconcebible. Albergó serias dudas, por tanto, en torno a la plausibilidad de que la selección natural constituya una teleología universal de los procesos evolutivos. Tanta insistencia en ella conduce a afirmaciones infalsables, pues yo me pregunto, ¿en qué casos sería verdadera la tesis de que la selección natural no ha desempeñado ningún papel reseñable? Tengo la sensación de que no existe un único principio rector de la evolución de las especies. A mi juicio, Darwin erró al concebir la selección natural como el mecanismo último de este maravilloso despliegue de formas biológicas a lo largo de la historia de la vida en la Tierra y, por qué, en otros planetas donde también ha podido fructificar la semilla de la vida. Y en lo que concierne a la mente humana, ¿en verdad piensas que la selección natural, cuyo único objetivo radica en la preservación de los rasgos útiles para la supervivencia, explica toda la evolución de la vida y de la cultura? ¿Realmente te atreves a sostener que la selección natural es la fuerza subyacente al prodigioso desarrollo de nuestro espíritu, de la civilización, de la misma ciencia? Podríamos haber sobrevivido sin arte, luego la selección natural no ostenta poder alguno sobre una creación inútil en términos biológicos. La civilización es el predominio progresivo de la razón sobre la fuerza, de la mente sobre la selección natural, de lo luminoso sobre lo ciego, de la elección consciente sobre la determinación dada. Es la hija que se rebela contra sus progenitores para crear algo aún más sublime. Algo grandioso. Algo bendecido con el fulgor de la justicia.

*Logos.*- Menosprecias el poder de la acumulación gradual de variaciones, también de cara a la obtención de habilidades cognitivas como las que posibilitan el fenómeno artístico. Quizás el arte sea más útil para la supervivencia de lo que pensamos; quizás no hubiéramos podido sobrevivir sin arte, ni sin mitos, ni sin la luz temblorosa de la fantasía. Quizás el arte sea una nueva herramienta adaptativa de la naturaleza, y quizás en esta agreste verdad resida la clave para comprender lo humano.

*Sofos.*- Subordinar fines tan elevados como el arte y el libre juego de la creatividad a una meta tan irrisoria como la mera reproducción biológica me causa estupor. Qué desperdicio de inventiva y de talento, pues la naturaleza podría habernos ayudado a sobrevivir sin incentivar actividades tan extrañas para el resto de las especies.

*Logos.*- El arte no es tan excepcional como piensas. Contempla un castor, que construye laboriosamente presas para modificar a su favor el medio en el que vive, o escucha los

melodiosos cantos de algunas aves, tan vívidos y puros que parecen emanar de una voz humana. En todas estas actividades siempre podemos detectar el rastro inocultable de la adaptación al entorno para garantizar la supervivencia. Flaco favor haces a la mente humana mistificando lo que poco tiene de místico. Prefiero seguir a Marx, quien quería ver tras las cáscaras místicas semillas racionales. La razón es tan vasta y profunda que logra comprender el cambio, y la permanencia, y la fascinante combinación de cambio y permanencia que nos hace ser lo que somos. Os dejo a los poetas mistificar lo que para mí no es místico, sino racional. Quizás en un futuro encuentren los científicos alguna intuición válida en vuestros desvelos estéticos...

*Sofos.*- En este punto intuyo una paradoja conceptual. Pues si, como sugieres, y como en realidad proponen tantos otros científicos, el conocimiento del mundo incrementa nuestro conocimiento de las conexiones necesarias entre los cuerpos físicos y nos ayuda a desmitificar fenómenos que considerábamos especiales, profundizar en la comprensión de los mecanismos cerebrales no hará otra cosa que disminuir nuestra conciencia de libertad. Nos percataremos de que, en realidad, no somos libres, no somos insólitos. Darse cuenta de semejante fatalidad, ¿no representa un gravísimo peligro para la subsistencia de las sociedades y de la vida humana en general? ¿Qué sería de nosotros sin conciencia de la responsabilidad individual, inextricablemente asociada a nuestra conciencia de la libertad?

*Logos.*- ¿Acaso insinúas que conocer nos hace menos libres? La ciencia sería enemiga del hombre, cuando es su mayor aliada.

*Sofos.*- No sé si pretendo extraer consecuencias tan comprometedoras, pero sigo pensando que existen indicios de incompatibilidad entre la ciencia y la libertad humana. La ciencia nos destrona del pedestal que tan arduamente nos hemos construido, sin el que probablemente nos ahogáramos en las aguas heladas de la apatía, en la crisálida de la indiferencia ante los inmensos desafíos del cosmos y de la existencia humana. Por el contrario, la imaginación artística nos catapulta hasta donde nosotros queramos llegar. En esa especie de realidad paralela podemos recrearnos libremente y gozar de los frutos más hermosos de nuestra capacidad de elucubración y fantasía. Comprender el mundo es advertir que todo responde a causas materiales, y que el hombre es una anécdota cósmica en medio de gélidos silencios y apatías perpetuas. El arte nos infunde libertad, pues nos permite huir temporalmente de esa necesidad intrínseca al universo. A veces es mejor no saber ciertas cosas. Al fin y al cabo, el mundo virtual que puedes fabricarte es también real, real para ti. Discrepo de Platón, quien distinguía categóricamente entre la realidad y la apariencia: la apariencia es real en tanto que apariencia. La punta del iceberg esconde una masa aún mayor, pero esa punta sigue siendo real, sigue siendo digna de estudio y de contemplación. No siempre es necesario llegar a lo más profundo para vivir. En ocasiones, lo profundo está reñido con la vida, con la plenitud de una vida libre y creadora.

*Logos.*- Creo que existe un vínculo conceptual profundo entre el conocimiento y la ética. Conocer nos hace libres. La mayor libertad sólo puede consistir en entender; entender es preludeo para imaginar. Sin entendimiento, la imaginación permanece secuestrada por los datos y las evidencias presentes, por las manifestaciones

superficiales de una verdad más honda. No temas asimilar los resultados de la ciencia. Asume mejor sus descubrimientos. Déjate fascinar por ella. Familiarízate con los conceptos más reveladores sobre el verdadero funcionamiento del mundo y crecerá tu imaginación, se expandirá el poder de tu fantasía.

*Sofos.*- ¿Plegándote a la necesidad? No puedo estar de acuerdo con Spinoza. La libertad no puede equivaler a la imperiosa necesidad. Son términos antitéticos, y siempre lo serán. Líneas divergentes en los senderos del mundo y de la conciencia.

*Logos.*- La libertad no es indeterminación, sino autodeterminación; necesidad decretada por mí, que es otra forma de determinación, sólo que hipotéticamente iniciada por la voluntad del sujeto.

*Sofos.*- Pero tú dices que esa voluntad libre no existe.

*Logos.*- Lo que tú llamas libertad es una suma de procesos bioquímicos. No te engañes. Busca el fundamento y estrecho el cerco a la mentira. Kant hablaba de la necesidad de llegar al “en sí de las cosas”, al famoso *noúmeno*, aunque en el fondo creyera imposible consumir una tarea intelectual tan hercúlea. Yo te digo que la ciencia llega a la verdad última de las cosas, a su esencia más profunda. Escarba sin temor en la superficie y se interna en un mundo apasionante, repleto de formas y colores, de partículas y leyes. Eso es la cosa en sí, y no la idealización interesada de los filósofos, que parecen ansiosos por mantener resquicios de incognoscibilidad e impenetrabilidad para continuar aferrados a su monopolio de las cuestiones más hondas y subyugantes del pensamiento humano. No te conformes con tus representaciones del mundo: indaga en ellas, perfóralas con la luz de la razón y bucea sin miedo en el universo de las verdades que desbordan los exiguos límites impuestos por la subjetividad humana. No supongas, como Schopenhauer, que el mundo es tu representación. Asume más bien que sólo tu mundo es tu representación. No tienes derecho a más. Tu representación del mundo no agota el mundo. Poco o nada podrás saber sobre el mundo que se alza más allá de tu mundo mientras no te esfuerces en trascender el alcance de tus representaciones. Para ello dispones del instrumento universal de la razón, que humilla la pequeñez de nuestros deseos y de nuestros sentimientos. Atrévete a crear una subjetividad tan pura que se revele capaz de superarse a sí misma, para convertirse en el rostro de la objetividad.

*Sofos.*- Creo que exageras el poder explicativo de la ciencia y que te contradices con tus afirmaciones previas, de cariz más pragmático, en las que sostenías que la ciencia no desentraña ningún fundamento, sino que tan sólo ofrece aproximaciones útiles a la realidad. No veo por ninguna parte esa supuesta capacidad de desentrañar el “en sí” de la realidad física.

*Logos.*- Lo reconozco, quizás porque mi idea de fundamento evoca más bien un límite en nuestras aproximaciones al estudio de los fenómenos de la naturaleza y de sus

conexiones; si ese límite parece suficientemente dilucidado, podemos pensar, de manera práctica, que hemos accedido a una especie de fundamento.

*Sofos.*- Sigo creyendo que ningún científico ha entendido la libertad mejor que los filósofos y los artistas. Conocéis células, metabolismos, cascadas de reacciones y multitud de señales químicas cuidadosamente coordinadas, pero no conocéis la esencia de la libertad.

*Logos.*- La neurobiología desgrana ese proceso. Recuerda el famoso experimento de Libet, que demostró la ausencia de libertad en procesos elementales de toma de decisiones. Antes de que el sujeto fuera consciente de la decisión que iba a tomar, ya se habían activado determinadas señales neurofisiológicas en su corteza cerebral. Somos prisioneros de nuestro cerebro. Somos nuestro cerebro porque la mente es el cerebro. Estamos concatenados a una cascada de causas antecedentes.

*Sofos.*- Muchos científicos, por no hablar de innumerables filósofos, rebatirían una afirmación tan tajante, tan conductista, tan profundamente reduccionista o incluso eliminativista.

*Logos.*- Más allá de los términos que usemos para etiquetar las distintas posturas filosóficas, lo importante es darse cuenta de que todo puede reducirse a complejos mecanismos de estímulo y respuesta. No hay libertad. Integra genética y ambiente y reducirás toda biografía individual a un patrón descifrable científicamente.

*Sofos.*- Puedo aceptar la idea de que la subjetividad, por multiforme e inclasificable que se nos antoje, obedece también a afinidades, patrones y convergencias que permiten anticipar tímidamente el itinerario de nuestras vidas, el resultado de nuestras decisiones. Sin embargo, sigo creyendo que persiste siempre una instancia subjetiva irreductible a la cadena de procesos neurofisiológicos que le sirven de soporte. Ese *yo* no cesa de sobreponerse a las determinaciones externas, a la genética y al ambiente, a la biología y a la cultura.

*Logos.*- Parece entonces un tercer hombre, una instancia perennemente salvaguardada de cualquier conato de verificación empírica...

*Sofos.*- No. Es el primero de los hombres. Es la capacidad previa a cualquier determinación. Es el *yo* trascendental de Kant, que no se diluye en los estados específicos adoptados por la subjetividad. El funcionamiento de la mente no puede consistir en una mera sucesión de aprehensiones, pues es necesario que haya, concomitantemente, una aprehensión de sucesiones, tal y como observó acertadamente el filósofo de Königsberg. No es entonces ese *yo* empírico que Hume se confesaba incapaz de capturar, dado que se disolvía irremisiblemente en la vorágine de las percepciones particulares, sino la condición de posibilidad de la superación de todas las

determinaciones, de todos los estados. No el yo psicológico, sino el yo en tanto que puede acceder a un pensamiento objetivo, trascendente a su subjetividad; porque la psicología estudia lo que ocurre mientras pensamos, pero la filosofía estudia el pensamiento mismo. Ese yo es así potencia más que acto; posibilidad más que realidad; proceso más que estructura: la rúbrica de un sujeto que no se agota en sus expresiones espaciales y temporales. El rostro de la creatividad. Es paradójico que el propio Hume, en uno de sus textos más célebres, no deje de aludir a la primera persona del singular, aun cuando excluya la posibilidad de captarla empíricamente. Escribe el escocés: *“en lo que a mí respecta, siempre que penetro más íntimamente en lo que llamo mí mismo tropiezo en todo momento con una u otra percepción particular; sea de calor o frío, de luz o sombra, de amor u odio, de dolor o placer”*. “Penetro”, “llamo”, “tropiezo”... ¿No se ve obligado él también a presuponer un sujeto de sus acciones?

*Logos.*- Con esa idea no respondes a mi objeción inicial. Los procesos cerebrales son deterministas; complejos, plásticos y difíciles de predecir, pero no debido a una imposibilidad intrínseca, sino práctica. Además, es factible que en algún momento logremos desentrañar la esencia de los pensamientos objetivos a los que te refieres, el código electromagnético que los arma, su “verdad”, pero expresada en el lenguaje de las neuronas y de las sinapsis, en el alfabeto de la fisiología.

*Sofos.*- Eres rehén de un determinismo superado. No hay un destino escrito en el anfiteatro de la naturaleza. ¿En qué disco de memoria cósmica está trazada mi biografía? ¿Qué partícula o ley del universo sabe la decisión que he de tomar? Si todo responde a un entrelazamiento inexorable de causas y efectos, mis decisiones han de estar anticipadas en alguna instancia del universo, en una armonía preestablecida entre el desarrollo de los procesos materiales y el despliegue de mi subjetividad. ¿En cuál? ¿Dónde está el registro? ¿Acaso postulas una tabla de la ley que contenga, desde hace miles de millones de años, todas las decisiones que todos los seres humanos habrán de tomar en el curso de los siglos?

*Logos.*- Te diré, como el marqués de Laplace, que si me presentas el conjunto de las posiciones y velocidades iniciales de todas las partículas del universo predeciré su destino, pues conozco las leyes que gobiernan el proceso, las reglas de transformación rectoras de ese vasto mecanismo lógico. El problema reside, claro está, en la flaqueza de nuestro poder de cómputo. Pero conforme perfeccionemos la capacidad de cálculo de nuestros supercomputadores, la mente humana se asemejará a la de Dios, y todo resplandecerá ante ella como una continuidad, lineal, imperturbable, necesaria. Pues el universo no es sino materia en movimiento e interacción...

*Sofos.*- Posiciones y velocidades, pero ¿por qué existen esas velocidades iniciales? ¿Por qué hay leyes? ¿Por qué esas leyes gozan de eficiencia causal? ¿Por qué se mueve el universo? ¿Por qué se expande? ¿Por qué explotó en auroras primordiales? ¿Por qué hay actividad, en definitiva? ¿Por qué no permanece estático, en afortunada quietud? Hay tantas cosas que ni siquiera los científicos explicáis... ¿Es acaso concebible una materia inmóvil?

*Logos.*- Concebible sí. No veo contradicción en los términos. Sin embargo, en la práctica, o al menos a tenor de nuestro conocimiento, me parece imposible que una entidad material permanezca completamente inmóvil. Creo que se trata de una alternativa sencillamente inviable. La prohíben las leyes de la termodinámica, por ejemplo la que establece la imposibilidad de alcanzar el cero absoluto, donde sí existiría esa inmutabilidad. Y si tomamos en consideración el principio de incertidumbre de Heisenberg, una partícula inmóvil implicaría ausencia de indeterminación en su velocidad, lo que es imposible. No hemos de olvidar que la materia es, al fin y al cabo, un conjunto de relaciones espaciotemporales. Aun en el hipotético caso de que una partícula no se moviera en el espacio, sí que lo estaría haciendo en la dimensión temporal, cuya recta fluye inexorablemente y se halla entretejida con las dimensiones espaciales. Pienso, por tanto, que el movimiento es intrínseco a la naturaleza de la materia. Pero si es intrínseco, es necesario desde el punto de vista de las leyes del universo, luego dados los movimientos iniciales, existe una tendencia irresistible a evolucionar de una forma irrevocable y específica.

*Sofos.*- ¿Qué papel ha desempeñado entonces el azar en la larga trama de la evolución? En tu esquema, en tu racionalismo universal, no dejas sitio a la contingencia, a esa gracia indócil y aleatoria que muchas veces gesta prodigios.

*Logos.*- Y calamidades. El azar es sinónimo de nuestra ignorancia de la vasta cadena causal que lo enlaza todo con todo, desde el Big Bang hasta este preciso instante. El azar equivale así a nuestro desconocimiento de la cadena de transformaciones que conduce de un estado a otro del universo. Si pudiéramos contemplar el universo como un todo, a vista de pájaro, desde el cielo supremo de la observación filosófica, todo atisbo de azar se desvanecería; incluso el que dimana del indeterminismo cuántico, pues la ecuación de Schrödinger no hace sino determinar la evolución de la función de onda. En suma, si pudiéramos seguir con prolijidad la cascada de modificaciones que media entre el inicio y el momento actual del universo se disiparía toda sombra de azar en el cosmos. En ti, en tu presente, cristaliza el inmenso poder de las leyes de la naturaleza.

*Sofos.*- Pero, a efectos prácticos, ese itinerario es impredecible; luego parece sensato admitir la existencia del azar.

*Logos.*- El azar no puede gozar de eficacia causal.

*Sofos.*- ¿Te atreves a hablar en esos términos después de Heisenberg y de la mecánica cuántica, que es indeterminista según la interpretación de Copenhague? ¿Acaso olvidas que en los niveles más fundamentales de la materia es imposible determinar trayectorias y destinos con precisión absoluta, y que cuanto mayor precisión ganas en una de las variables canónicamente conjugadas, menor precisión obtienes en la otra?

*Logos.*- Hay azar irreductible en el mundo cuántico, regido por procesos de naturaleza indeterminista que probablemente dimanen de la dualidad fundamental onda-corpúsculo. Sin embargo, no creo que sea relevante cuando hablamos del desarrollo a gran escala del universo, que parece funcionar como un sistema determinista, más allá de los ineludibles efectos caóticos, de los cuales emanan tantos resultados impredecibles. En este caso, el azar expresa nuestra ignorancia de la lógica intrínseca del proceso. Hay leyes, luego hay una guía necesaria, un enorme sistema lógico con elementos, reglas y conclusiones ineluctables. Además, el universo podría ser intrínsecamente indeterminista en el nivel local, pero no a escala global. Es perfectamente asumible que exista un determinismo cósmico canalizado a través de una suma de indeterminismos locales; una especie de superdeterminismo, como defiende Gerardus 't Hooft. No subestimes el poder de las conexiones causales. Creo que Einstein, De Broglie y Schrödinger tenían más razón que Bohr, Heisenberg y Born.

*Sofos.*- Es precisamente en este aspecto donde Einstein ha recibido mayores críticas. Si mal no he entendido, todos los experimentos realizados hasta la fecha apuntan a la incorrección de las teorías basadas en variables ocultas. Frente a lo que creía Einstein, el sistema cuántico parece estar intrínsecamente indeterminado, por lo que Dios sí juega a los dados con el universo.

*Logos.*- Lo sé, pero albergo la intuición de que en último término se demostrará que un determinismo fundamental subyace a la apariencia de indeterminismo transmitida por la mecánica cuántica en su estado actual. Honestamente, no puedo concebir la mecánica cuántica como la teoría definitiva del universo.

*Sofos.*- Pienso que Einstein fue cautivo de su propia inteligencia. Muchas veces las personas dotadas de una gran inteligencia se obstinan en defender sus ideas y usan sus capacidades no para cuestionarlas, sino para salvaguardarlas frente a toda evidencia. Además, en la vida intelectual suele darse una etapa de expansión, que coincide con la juventud, y otra de contracción, que se impone durante la vejez, donde la búsqueda de la simplicidad y la atención a los detalles parecen triunfar sobre la efervescencia de ideas. Quizás Einstein pecó de un amor excesivo hacia la simplicidad, la armonía y la consistencia, que le impidió aceptar los postulados de la mecánica cuántica.

*Logos.*- Pero los errores de las grandes mentes en ocasiones han abierto fabulosas posibilidades de reflexión, como de hecho pasó con las críticas de Einstein a la mecánica cuántica. Bienvenido sea el error si luego se revela fructífero. Te aseguro que toleraría cien errores de Einstein con tal de tener uno solo de sus aciertos, pues en las grandes mentes incluso las intuiciones erradas son fuente de sabiduría. Sin olvidar que detrás de todo éxito hay una estela de grandes fracasos.

*Sofos.*- Más allá de los debates teóricos entre interpretaciones y escuelas, admito que esta cuestión me angustia profundamente. En realidad, me aterra y sobrecoge. No encuentro salida teórica, tan sólo práctica, y aun así la escapatoria se me antoja

sumamente frágil. ¿Está todo determinado? ¿Es mi libertad una mera ilusión, un poderoso hechizo que embruja mi alma con el espejismo de una voluntad verdaderamente autónoma, cuando soy un esclavo más de la imponente cadena de las causas y de los efectos? ¿Estoy entonces determinado a ver el mundo como el mundo me determina a que lo vea? ¿Existo como un *yo*, o como la prolongación inexorable de un *ello*?

*Logos.*- Si nos tomamos en serio el determinismo, incluso el desarrollo de la ciencia ha de estar determinado por las leyes que rigen el universo. La ciencia debe ser entonces una actividad determinada por el propio universo. No somos, por tanto, observadores externos, que contemplan neutralmente el universo desde fuera. Jamás escapamos de la esfera del universo, del sistema de sus leyes, por lo que nunca lograremos conocer el universo como un todo, pues para ello haría falta salir de él y trascender sus fronteras.

*Sofos.*- En ese caso, cuando investigamos según los cánones de la ciencia no estamos midiendo el universo de manera objetiva, como sujetos posicionados fuera de lo que desean referenciar y capaces de distinguir adecuadamente la realidad de su pensamiento, lo externo de lo interno, sino que somos ya parte del universo, y en consecuencia estamos interviniendo inexorablemente en la evolución del propio universo. ¿Dónde reside entonces una ciencia absolutamente libre de presupuestos, una ciencia que refleje la realidad tal cual es, sin distorsiones de la subjetividad, que después de todo obedecen a interacciones entre objetos del mismo mundo?

*Logos.*- Desde luego, no en la mente humana. Cuanto más nos internamos en los fundamentos del universo, más extraño se vuelve todo, menos objetivable, menos determinable, más exótico e inaprehensible. Si pudiera descubrir el fundamento último y único de todo, me sentiría divino, y respiraría el mismo aroma que un dios creador.

*Sofos.*- ¡Oh contradicción desgarradora, implacable encrucijada de la mente! Pues parece que el conocimiento científico exige determinar, limitar, objetivar, referenciar, congelar una imagen del mundo en nuestros modelos, cuando en realidad ese intento de determinar está él mismo determinado por el propio universo, por el curso ineluctable que marcan sus leyes. Es la dulce ilusión de quien cree conocer algo objetivamente, como si su representación no estuviera dictada por el propio universo.

*Logos.*- Ciertamente, medir es referenciar, es establecer una correspondencia biunívoca entre el objeto y el marco de referencia elegido por el sujeto, al modo de una biyección lógica. Sin embargo, cuando trascendemos el ámbito puramente matemático enseguida nos damos cuenta de que ese patrón de referencia no es inmutable, no es absolutamente rígido. Es inútil separar artificialmente el objeto de la mente que se afana en medir ese objeto, porque la mente es ella misma un objeto del universo, que interacción con los objetos investigados. El objeto medido interactúa con el propio patrón de medida creado por el observador. Si el universo es, en definitiva, un sistema cuántico en lugar de uno clásico, los objetos que medimos han de interactuar con nuestros instrumentos de

medida, por lo que estos últimos no pueden permanecer inmutables, como si no se vieran afectados por el propio proceso de medida. Un entrelazamiento tan problemático y esquivo entre objeto y sujeto, o más bien entre objeto y objeto, socava los pilares tradicionales de nuestra visión científica del mundo, hacia los que una inercia casi irresistible para la razón y la imaginación nos habría escorado de modo atávico. Ataca sus fundamentos, y quizás nos revele un horizonte nuevo y misterioso, iconoclasta y fascinante, el sendero hacia una nueva ciencia, más profunda, más completa y consistente.

*Sofos.*- Probablemente debamos asumir que la incertidumbre es consustancial a la búsqueda humana de certeza, y aceptar que la ciencia no lo agota todo. Caminamos siempre en la incertidumbre, como si pisáramos sobre los destellos de un suelo helado. Te confieso que siempre he intentado rehuir el pragmatismo como filosofía del conocimiento y de la existencia, pues he querido identificar el fundamento, la verdad más allá de la apariencia, el corazón del ser. Sin embargo, al final no tengo más remedio que sucumbir a él para encontrar algo de paz en medio de tanta discordia.

*Logos.*- Si me preguntas por qué el universo es como es, me veré obligado a reconocer que el universo constituye su propia norma, su razón suficiente. Es así porque es así; trivialidad máxima, circularidad absoluta e insalvable, tautología eterna: fundamento de sí mismo. Puedo preguntar más, pero no responder más. Mi mente, ansiosa de un más, capaz de cuestionar incluso el fundamento del universo, claudica ante lo dado. Hermosa humillación.

*Sofos.*- Hay tanto que no podemos demostrar... Si estipulamos criterios demasiado rigurosos, ni la matemática se sostendrá con firmeza. Y, por supuesto, toda certeza se disolverá dolorosamente en un océano de vaguedad. De hecho, proposiciones como las que versan sobre la existencia mundo y la existencia del pasado, ¿no son inferencias meramente probables, mas no absolutamente ciertas? ¿Quién puede demostrar sin sombra de duda que existe un mundo externo a su mente, o que el pasado inmediatamente anterior al ahora ha existido realmente? Sólo albergo certeza de mí mismo en el presente, así como de las relaciones básicas de consecuencia lógica que me permiten llegar a la conclusión de que existo porque pienso. El resto son enunciados probables. O renunciamos a la certeza absoluta o sólo encontraremos sufrimiento.

*Logos.*- Al final, siento la tentación de creer que todo está determinado, aunque nosotros no podemos determinarlo a ciencia cierta precisamente por ser parte de esa misma determinación, incapaces de observar el todo desde fuera. Sería la dicha de un dios: la de contemplar el universo desde un trono de omnisciencia e inteligibilidad pura.

*Sofos.*- Todo está determinado, pero según una lógica que no alcanzamos a comprender, porque quizás no sea comprensible. Creemos entender ciertos detalles, pero si somos incapaces de comprender el motivo último, el fundamento de todo lo que ocurre, ¿en qué medida podemos decir que comprendemos algo? No quiero minusvalorar las cimas coronadas en nuestra búsqueda de comprensión, pues estas conquistas son el fruto de un esfuerzo admirable, que me enorgullece vivamente como hombre. Sin embargo, no

puedo engañarme a mí mismo y cantar victoria de forma prematura, cuando todo un abismo de ignorancia se yergue ante mí.

*Logos.*- Para alguien enamorado de la objetividad puede resultar desazonador que nuestras discusiones sobre la naturaleza del conocimiento científico hayan desembocado en el problema de la mente y de la subjetividad. Curiosamente, hemos ascendido desde lo más simple hasta lo más complejo, desde los cimientos cuánticos que arman los ladrillos del cosmos hasta la cúspide de complejidad representada por la mente subjetiva, por la luz de la conciencia. Esta elevación desde el fundamento hasta la que quizás sea su consecuencia más asombrosa me fascina y acongoja al mismo tiempo. Evoca un todo que se entrecruza y entreteje con suma sutileza; una vasta y sublime circularidad entre la base y la cumbre, entre el alfa y la omega, recapitulación máxima de todo lo que ansío comprender.

*Sofos.*- Si no me equivoco, algunos científicos contemporáneos han intentado relacionar el indeterminismo cuántico con el problema de la libertad y de la conciencia. Es una opción respetable, pues como acabamos de comprobar nosotros mismos es imposible escindir la pregunta por el fundamento de la realidad del interrogante por la naturaleza de la mente humana, de la subjetividad que busca comprender la propia realidad.

*Logos.*- ¿Te refieres a la teoría de Sir Roger Penrose?

*Sofos.*- En efecto.

*Logos.*- Aunque la hipótesis me parece sugerente, pues aprovecha ese resquicio de indeterminación que nos ofrece la mecánica cuántica, no creo que sea relevante a escala neuronal. Hay varios órdenes de magnitud de diferencia. Que exista una conexión lógica entre ideas no significa que, en la práctica, exista una conexión real. De lo contrario cometeríamos el mismo error que los psicoanalistas, atrapados en el principio de libre asociación, cuya hipertrofia nos aboca a extrapolaciones carentes de fundamento. Más que a un sistema cuántico, considero que la conciencia se asemeja a un sistema caótico altamente sensible a las condiciones iniciales, pero sin romper completamente con ellas. Un sistema caótico quizás no satisfaga la propiedad de linealidad, pero sí la de continuidad. En mi opinión, en estos sistemas no se produce una ruptura tan profunda y fundamental como la que acontece en los dominios de la mecánica cuántica. Creo, de hecho, que se abusa sistemáticamente del término “cuántico” en muchos debates filosóficos. No lo digo por Penrose, personificación de la excelencia matemática y científica, sino por otros autores, con quienes me mostraría menos indulgente. Su énfasis desmesurado en los aspectos peor comprendidos de la mecánica cuántica ha provocado que la mera alusión a esta teoría sugiera ya algo cuasi mágico, vedado, indescifrable y evanescente, como si se tratara de una fuerza mística impenetrable para la razón humana. Esta sacralización de lo cuántico hace un flaco favor a la ciencia y a la filosofía. Aunque persisten numerosos problemas de interpretación en la mecánica cuántica, y científicos y filósofos continúan embarcados en las discusiones sobre el significado de este fascinante modelo físico, me parece exagerado creer que existe una dependencia inextricable entre los fenómenos cuánticos y la conciencia. Desde los

albores más remotos del universo se han producido procesos cuánticos sin que ninguna conciencia los supervisara.

*Sofos.*- No lo sabemos. El universo podría incorporar la conciencia, la mente, en su estructura más profunda y, por el momento, inaccesible.

*Logos.*- Desde luego, es una posibilidad, pero no tenemos evidencia alguna que la ampare. Se me antoja, de hecho, una hipótesis tan endeble como un castillo de naipes, pues no se basa en ningún dato empírico. Por tanto, supeditar la interpretación correcta de la mecánica cuántica a la defensa de la primacía de la conciencia y de la singularidad de sus propiedades subjetivas sólo puede llevarnos a la confusión, a la flagrante y distorsionadora confusión. Yo parto del supuesto, bastante más plausible, de que la conciencia ha surgido gradualmente a partir del desarrollo del sistema nervioso de los vertebrados, sobre todo gracias a la expansión de las cortezas prefrontales y al perfeccionamiento de los módulos asociativos multimodales del cerebro de un grupo específico de mamíferos. No tengo ninguna prueba de que la conciencia pertenezca a la entraña misma del cosmos material, al esquivo reino de los quarks y los leptones. No creo que la conciencia deba ser entronizada como reina del universo.

*Sofos.*- Si la conciencia se explica como un proceso puramente natural, material, supeditado a las leyes de la ciencia, y si la experiencia subjetiva, la perspectiva de la primera persona, el *yo*, el fenómeno que percibo como mío y que sólo yo puedo capturar, no es más que una proyección de la actividad neuronal generada por las células nerviosas a través de sus conexiones sinápticas, entonces esa dimensión tan íntima de la mente humana debería ser reproducible de manera artificial, como proponen los defensores de la “inteligencia artificial fuerte”.

*Logos.*- Y estoy de acuerdo con ellos, aunque me parece un objetivo tan complejo y remoto que no sé si llegaré a verlo con mis propios ojos. Pero, en principio, no encuentro ninguna imposibilidad conceptual, ninguna ley de la naturaleza o del pensamiento que lo impida. Uno de los pocos que ha intentado demostrar la imposibilidad lógica de construir una conciencia artificial es Penrose, con su idea de la no computabilidad de la conciencia. No me convence su tesis, pues creo que, de ser válida, ni siquiera podría existir la conciencia humana, tan falible como la hipotética conciencia de un ordenador. Además, el teorema de Gödel, del que depende su argumentación, tiene valor precisamente porque se puede demostrar, luego se puede computar, aunque, paradójicamente, apunte a la imposibilidad de demostrar la completitud y consistencia de un sistema axiomático finito. Sin embargo, lo verdaderamente interesante es que podemos demostrar esa imposibilidad de demostrar.

*Sofos.*- Deduzco entonces que a tu juicio el desarrollo de una conciencia artificial es sólo cuestión de tiempo, pero ¿de cuánto tiempo? ¿Cuántos millones de años ha necesitado la evolución de la vida para que una rama de los mamíferos acceda a ese estado mental tan inescrutable que es la conciencia? Permíteme ser escéptico respecto a la viabilidad de una inteligencia artificial fuerte, dotada de estados mentales y no

limitada a seguir un programa de instrucciones previamente impuesto. Los ordenadores son mejores que nosotros cumpliendo reglas, pero no creándolas. Dudo que una máquina de ese tipo logre ser libre, grácil y creativa como un ser humano. Con el progreso de la inteligencia artificial permitiremos que la inteligencia ya no sea un recurso escaso. Propiciaremos una explosión de inteligencia, pero no de creatividad. Creo que la libertad depende íntimamente de las propiedades de la vida, de su relativa indeterminación con respecto al medio; de esa escisión entre el *Umwelt* y el *Innenwelt*, entre el ambiente externo y el medio interno, sobre la que con agudeza teorizó Von Uexküll y cuyo incipiente dualismo subyace a la posibilidad de desplegar conductas auténticamente creativas. Por ello, no basta con trasplantar las propiedades de la conciencia a cualquier clase de soporte. Ese soporte ha de vivir, ha de relacionarse con el medio, ha de reaccionar poliédricamente ante estímulos. Ha de gozar, ha de sufrir, ha de luchar contra lo que le rodea y afirmarse continuamente en ese combate despiadado contra las adversidades más insospechadas que sella el destino de la vida.

*Logos.*- De nuevo, lo que tú llamas libertad no es sino un estallido descontrolado de posibilidades combinatorias dentro de una máquina dotada de un poder de cómputo absolutamente extraordinario, como es el caso del cerebro humano. Semejante capacidad genera sistemas de una complejidad inimaginable. No obstante, la imposibilidad de predecir el resultado de una acción no implica la existencia de libertad, es decir, de verdadera autodeterminación en el desarrollo de esa conducta. La incertidumbre se refiere al conocer, no al ser. Convéncete: nos creemos libres, pero no somos libres. La ciencia desbroza la jungla artificial de complejidades alimentadas interesadamente por los filósofos y los artistas, y nos muestra la pujanza de un mundo mecánico, pero hermoso: la grandeza y exuberancia de un universo que sigue leyes impersonales susceptibles de expresión matemática. Somos parte de ese universo, una de sus posibilidades más briosas, aunque quizás no la más sobresaliente, pues es perfectamente plausible suponer que existen lugares aún más propicios para la vida y la conciencia que la Tierra. En ellos pueden haber florecido inteligencias más puras, más elevadas, más sensibles y creativas que la nuestra. Incluso hay planetas orbitando en torno a la estrella más próxima al Sol, Próxima Centauri, y el número de exoplanetas descubiertos por los astrónomos no hace sino aumentar a un ritmo vertiginoso.

*Sofos.*- Qué triste no poder viajar a esos mundos remotos donde quizás exista vida inteligente. Ojalá fuera posible desplazarse a velocidades superlumínicas y alcanzar casi al instante cualquier región del cosmos. Sólo puedo lamentar nuestra pequeñez, nuestra impotencia, rodeados por semejante pluralidad de mundos y variedad de espacios de los que sólo recibiremos confusas y agónicas señales.

*Logos.*- Lo más probable es que no seamos tan especiales como tendemos a pensar. En suma, nuestra singularidad no difiere de la singularidad misma del universo.

*Sofos.*- Claridad, amigo mío; buscas claridad, orden imperturbable en los conceptos, armonía, perfección geométrica... La tiranía de la racionalidad científica, que sólo reconoce unas pocas dimensiones de la realidad. Yo busco socavar los fundamentos de esa claridad y de esa racionalidad. Traer fuego. Enardecer. Quiero desconcertar el alma

con el soplo de lo indecible; concitar en el corazón del hombre la arrebatadora posesión divina que nos eleva a las cimas del deseo. Dar la bienvenida a ese *incendium mentis* de cariz místico avivado por un exceso de sugerencias o por una sabia inhibición de estímulos, instrumento providencial para que renazca el pensamiento y florezca la fantasía. Inflamado por una especie de rayo sobrenatural, este incendio cognitivo irrumpe como una creación inesperada, como un relámpago divino que perfora el alma sensible y humilla todo atisbo de racionalidad lineal y científica. Tras las llamas, un cielo de claridad cubre la mente, y la belleza y la profundidad se dan la mano en el más gozoso de los encuentros. ¿Qué lluvia podría apagar ese fuego? ¿Qué científico podría desentrañar sus causas?

*Logos.*- Si alguien no se maravilla ante el poder y la belleza de algunos descubrimientos científicos es que no tiene alma. Tener alma implica gozar y sufrir. Celebremos hoy el gozo de vivir para comprender una estructura matemática tan formidable como la que han desentrañado los grandes genios de la ciencia y del pensamiento puro. Porque si alguien no percibe la profunda belleza de ciertas relaciones algebraicas, como la famosa ecuación de Euler, que engloba las principales constantes matemáticas en una expresión sencilla y abrumadora, es que no es humano. Incluso Dios se extasiaría al contemplar la perfección, simplicidad y grandeza de algunas fórmulas matemáticas.

*Sofos.*- Sí, la maestría del orden matemático, la maravilla de condensar nuestra representación del universo en unas pocas ecuaciones diferenciales... Es un logro tan grandioso que no puedo dejar de sentir orgullo por la humanidad. Se trata de una de las conquistas más resplandecientes e inspiradoras de nuestra raza. El artista sólo puede rendirse ante el profundo y vasto poder del lenguaje matemático para describir el funcionamiento del mundo. El arte encarnado en la materia; el arte insertado en los fundamentos últimos de la materia. El arte enlazado eternamente a la materia. ¿Por qué? ¿Por qué el universo sigue leyes matemáticas? ¿Acaso ha sido preestablecido por una inteligencia suprema desde el inicio de los tiempos? ¿Entonces la mente ha existido desde el principio, como defienden los pampsiquistas y como parece colegirse de importantes tradiciones filosóficas de la India, condensadas en ciertos pasajes de los *Vedas* y de los *Upanisad*? ¿No es por tanto la mente un principio fundamental e irreductible de la naturaleza, en vez de una realidad sobrevenida tras una concatenación de accidentes evolutivos?

*Logos.*- Me cuesta creer que en la aurora del universo hubiera ya mente. Hablo, claro está, de una mente consciente, no de un simple orden matemático, de naturaleza formal, como las proposiciones de la lógica y de la geometría, que no son conscientes de su propia existencia. La conciencia es una evolución de esa mente, una de sus posibilidades. En cualquier caso, no hay evidencia de que su luz despuntase con anterioridad a la aparición de sus primeros vestigios en el *Homo sapiens*, y quizás también en el *Homo neanderthalensis*, cuya capacidad craneal era igual o incluso superior a la nuestra, indicio inequívoco de que pudo gozar de habilidades cognitivas similares a las del hombre moderno.

*Sofos.*- Ignoro si alguna vez entenderemos por qué las matemáticas plasman de manera tan sublime el comportamiento del cosmos, pero puedo comprender la pureza de ese

éxtasis divino que los mejores científicos y matemáticos han sentido al contemplar la perfección del orden que impera en el universo. Es místico. Es inefable. Es el milagro de la intuición, que conecta lo disperso mediante una luz no presagiaba.

*Logos.*- En uno de sus poemas, el gran matemático británico Sir Michael Atiyah expresó esta idea de forma incomparablemente bella, deudora de la profunda y lírica hermosura que bendice la lengua inglesa y que tan apta la hace para componer la mejor poesía:

*In the broad light of day  
mathematicians check their equations and their proofs,  
leaving no stone unturned  
in their search for rigour.  
But, at night,  
under the full moon,  
they dream,  
they float among the stars  
and wonder at the miracle of the heavens.  
They are inspired.  
Without dreams there is no art, no mathematics, no life.*

*Sofos.*- ¡Oh belleza! Claro que sueñan los matemáticos a la luz de la luna llena, porque son humanos, y es profundamente humano el soñar, y el vagar por mundos recónditos y divinos, y el cantar la gloria de una belleza que nos posee y engrandece. Sin duda, Atiyah estaba enamorado de la belleza, y si en su obra matemática y científica buscó la verdad, lo hizo siempre guiado por la luz de la belleza. Esa belleza la persigue también el artista, pero de otro modo, pues se extasía no ante el firmamento, frío y poco humano, desnudo y enmudecido, indiferente a nuestros deseos, sino ante la maravilla de la subjetividad, de la creación, de la libertad de la mente frente a la necesidad de la naturaleza.

*Logos.*- Yo quiero comprender la naturaleza de la mente humana, creadora del arte y protagonista del éxtasis. Quiero sumergirme y revelar sus secretos más profundos mediante un método que me permita entender objetivamente todo cuanto sucede en el seno de esa maravilla de la evolución que es el cerebro humano. Naturaleza, universo, sabiduría, creatividad... Quiero fundir estos conceptos en uno solo, bello y armonioso. Quiero racionalizarlo todo con la luz escrutadora de la lógica, y ampliar los límites de lo imaginado en ese proceso de racionalización. Quiero comprender para crear, como antes los teólogos querían entender para creer.

*Sofos.*- Me inclino por asumir el principio inverso: “crea para comprender”, y así actualizar a San Agustín, cuya exhortación era “*crede ut intelligas*”, frente al “*intellige ut credas*” de Santo Tomás de Aquino. Es la viveza de la *fides quaerens intellectum*. Siempre me he inclinado más por San Agustín que por el Aquinate, cuyas doctrinas me parecen lastradas por un exceso de celo racionalista de cuño aristotélico. Los escritos del obispo de Hipona rebosan de sensibilidad, pues su teología filosófica habla tanto a la mente como al corazón. No obstante, me veo obligado a admitir que la *Summa Theologica* es una obra colosal, una de las producciones intelectuales más excelsas de una Edad Media tantas veces sombría, pero luminosa en sus grandes catedrales góticas y en el brillo de algunas de sus mentes. En su vasta recapitulación filosófica y teológica, el fraile dominico intentó interpretar la totalidad del universo y de la vida humana a la luz de Dios, de un Dios que es comienzo y fin de todo cuanto es, *exitus* y *reditus* de una creación que brota de la palabra genesíaca del Dios eterno y se reincorpora a su reino infinito mediante la obra de la redención. Todo sale de Dios y todo regresa a Dios, Alfa prístina y Omega integradora. Sin embargo, no me impresiona este despliegue excepcional de talento especulativo, esta sugerente absorción de la filosofía griega propiciada por San Alberto y Santo Tomás. Prefiero seguir la senda hermosa e inspiradora que han recorrido San Agustín, Pascal o Rousseau. Prefiero buscar no a un Dios entronizado como solemne e impasible primer motor inmóvil del universo, cuyo único cometido consiste en pensarse a sí mismo eternamente, pantocrátor hierático e inexpresivo, sino a un Dios que habite en el interior del hombre, a un Dios que yazga oculto en las profundidades, en la cripta inefable del sentimiento, a un Dios que hable al corazón humano, brújula suprema del espíritu; a un Dios que no se limite a poner en marcha la todopoderosa maquinaria cósmica.

*Logos.*- Honestamente, no veo esa condición universal de “*capax Dei*” que tanto fascinaba a San Agustín. El hombre se cree capaz de Dios, pero no estoy seguro de que lo sea. Tú exaltas lo innumerable; yo quiero comprenderlo. Los artistas os recreáis en la contemplación de determinadas ideas, pero con frecuencia os resignáis a una exaltación poética de lo que carece de mística, de lo que no es incognoscible, sino susceptible de elucidación racional. El mensaje ético condensado en el Sermón de la Montaña puede alcanzarse desde la pura reflexión racional.

*Sofos.*- Los artistas no necesitamos creer en Dios para buscar la belleza, pero admito que los atributos tradicionales de la divinidad esconden una riqueza simbólica cuya versatilidad no cesa de subyugarme. Yo la asumo, la reinvento, la heredo y transformo al servicio de un fin noble y puro: la expresión de los sentimientos humanos.

*Logos.*- Si Dios está en todas partes, deberías contemplar su ubicuidad ontológica también en el horror, y en la fealdad, y en la negación, y en el abismo...

*Sofos.*- ¿No es eso lo que postula la teología cristiana, su síntesis dialéctica de *theologia gloriae* y *theologia crucis*? ¿Acaso no definió Von Balthasar a Cristo como “el universal concreto”, como la personificación del concepto supremo hegeliano, que

reconcilia lo universal y lo particular en la consumación de la esencia verdadera? ¿No es Cristo la divinidad encarnada, el cielo hecho hombre, el Dios glorificado que sin embargo ciñe una corona de espinas sobre su cabeza ensangrentada; integración de los opuestos, la expresión más pura de ese anhelo de conciliación absoluta de todo en todo? ¿No crees que el Cristo crucificado representa el alma del dolor universal, el dolor de todo hombre, la entraña de nuestra finitud? En su agonía, ¿no sientes el desfallecimiento de todo el género humano?

*Logos.*- Tengo la sensación de que en Cristo los teólogos y los filósofos han encontrado el símbolo más vivo y profundo de la ansiada síntesis entre lo humano y lo divino. Plagado de contradicciones, el Cristo teológico evoca la esencia misma de un hombre que aspira a ser Dios sin poder lograrlo, y de un Dios que querría compadecerse de su creación sin saber cómo. Pero es sólo un símbolo. Un bello y poderoso símbolo, inspirado en un acontecimiento probablemente histórico, pero de significado incierto. Dichosos aquellos que no se dejan secuestrar por los símbolos, sino que buscan la verdadera realidad que ellos esconden, el grito de un ser en busca de lo inalcanzable. Sin embargo, y si me permites volver a la pregunta anterior, te diré que conceptos como el de “fealdad” únicamente responden a percepciones subjetivas. La ciencia exhorta a trascender la subjetividad, a no quedarse en la apariencia, sino a llegar al fondo mecánico de las cosas, a su constitución material.

*Sofos.*- En el fondo, ¿no estás negando a la subjetividad el derecho a existir y a participar en la vasta trama del mundo? No me dejas ser subjetivo, cuando mi propia subjetividad representa la certeza más firme e inquebrantable que poseo.

*Logos.*- La subjetividad es una objetividad más compleja. Tú eres objetivo para ti, como puso de relieve Descartes con su “*Pienso, luego existo*”. Eres una “cosa pensante”, pero cosa, proceso plasmado en un objeto. En la autoconciencia cristaliza una objetividad evidente por sí misma. De ello se percató brillantemente San Agustín, cuya obra rebosa de penetrantes intuiciones sobre la naturaleza de la mente humana, cuando escribió la famosa frase “*Si me equivoco, existo*” mil doscientos años antes que Descartes. Por tanto, es posible demostrar *a priori*, es decir, sin recurrir a la experiencia, la existencia de un objeto (el yo pensante) con independencia de nuestra subjetividad. No puedo dejar de maravillarme ante este hecho, ante la capacidad de deducir objetivamente algo desde una experiencia subjetiva, como es un pensamiento. Es lo mismo que sucede con los números, cuya existencia y cuya validez no dependen de nuestras experiencias “físicas” del mundo, aunque probablemente hayamos llegado a ellos por cauces inductivos, cuando aprendimos a contar con los dedos, seguramente ya en los remotos días de la prehistoria.

*Sofos.*- Creo, además, que otra característica relevante del *Pienso, luego existo* consiste en el hecho de que sólo puedo pensarme como existente.

*Logos.*- Discrepo. Claro que puedo pensarme como no existente, salvo que albergue un concepto tan exigente de inexistencia que en realidad no pueda pensar nada como inexistente. Por ejemplo, si pienso en una caja de cartón, puedo creer que soy capaz de

pensarla como inexistente, pero la verdad es que tan pronto como he pensado en ella al menos una vez me resultará imposible borrar del todo cualquier rastro de ese objeto en mi imaginación, luego no podré aniquilarlo por completo en el abismo de lo inexistente. Algo similar ocurre con nuestra autoconciencia. Podemos pensarnos como no vivientes, pero quizás no como inexistentes en su radicalidad metafísica. Cuestión distinta es que, si no existo, no puedo pensarme, ni como existente ni como inexistente. Pero éste es otro problema, referido a la condición de posibilidad del pensamiento. Ahora bien, y por regresar a la discusión sobre la naturaleza de la autoconciencia, ¿qué clase de existencia hemos de atribuir a ese objeto tan peculiar, cuya justificación brota de nuestra experiencia interna, de nuestro pensamiento volcado hacia nosotros mismos, tal que incluso con los ojos cerrados podríamos garantizar su existencia? ¿Es como un número? ¿Desaparece cuando no lo pensamos?

*Sofos.*- Creo que un problema similar surge a propósito de la existencia del mundo. Pues un objeto que alcanzo necesariamente a través del pensamiento, como el yo o un número, tiene para mí el mismo grado de evidencia que un objeto demostrado por experiencia externa, por mera intuición de lo externo a mi subjetividad. Se me impone inexorablemente. Y, desde un punto de vista empírico, si añado un segundo supuesto, el de la validez de las experiencias externas (además de las internas) como fuente de evidencia, compruebo que, en efecto, existe como objeto en interacción con otros objetos.

*Logos.*- No obstante, incluso si prescindo de ese supuesto que mencionas, sigo percibiendo una necesidad lógica tan fuerte que es ya independiente de mí, pues invoca una condición de posibilidad de mi propio pensamiento. Al igual que si existe necesidad lógica, ha de existir un sistema lógico independiente de mí que la sustente, si existe esa necesidad objetiva, ha de existir también el objeto en cuestión que obedece a esa necesidad objetiva. Para mí es tan necesario como lo es una experiencia externa para quienes rechazan el solipsismo.

*Sofos.*- En cualquier caso, considero una falacia decir que lo subjetivo es lo no objetivo. Sería como sostener, apriorísticamente, que Dios es necesario y el mundo contingente. ¡Qué fácil! Defines un término en oposición al otro y ya está. Imagínate que yo afirmara que el mundo es el no-yo, o que el mundo es el no-Dios.

*Logos.*- La diferencia es que de la existencia del mundo tengo evidencias nítidas, pero no así de la de Dios.

*Sofos.*- Menos evidencias aún que de la existencia del sujeto. Recuerda el problema del solipsismo de Berkeley. Kant pensaba que la incapacidad de la filosofía para demostrar la existencia del mundo exterior era un escándalo, y estoy de acuerdo con él.

*Logos.*- No me parece ningún escándalo, sino el resultado de una confusión. Es más parsimonioso, y por tanto más racional, creer que el mundo existe con independencia de

la mente. De lo contrario nos veríamos obligados a postular que el mundo aparece y desaparece según la mente lo perciba o no, además de atribuir a la mente humana unas habilidades creativas verdaderamente insólitas, pues tendría que inventarse continuamente la realidad que contempla. Y, por si fuera poco, la mente opera con unas reglas lógicas y se ve limitada por unos patrones temporales, lo que sugiere la presencia de instancias extrasubjetivas, externas a ella.

*Sofos.*- Puedo aceptar tu argumento, pues reconozco que ni quiero ni puedo ni debo ser escéptico con respecto a la existencia del mundo. Pero, en definitiva, lo que tú propones, el cómputo global de tu sistema filosófico, no es sino un panteísmo científico, próximo al de Einstein, que en realidad hunde sus raíces en Spinoza y en su identificación de Dios con la naturaleza.

*Logos.*- Sí, aproximadamente, aunque no me atrevo a comprometerme con todas las tesis filosóficas y científicas que se derivan de esa visión. Como mucho puedo aceptar el concepto de un primer motor inmóvil, semejante al que postulaba Aristóteles. O, si toleras la digresión metafísica, puedo concebir a Dios como el límite de perfección que cabe imaginar; como lo que imaginaría una mente capaz de conceptos mayores y más profundos, tendente asintóticamente a lo infinito y pleno. Al igual que la mente humana contempla realidades y posibilidades que la mente de un chimpancé ni siquiera puede atisbar en la lejanía, ¿qué no haría una mente superior a la del hombre?

*Sofos.*- Luego Dios es la mente del futuro, por lo que estaríamos creando a Dios con el pensamiento.

*Logos.*- Ésa sería mi visión, que considero una manera de rescatar la idea de Dios de la teología para reinterpretarla a la luz de la neurociencia. De todas formas, y para huir de cuestiones tan especulativas y escasamente susceptibles de solución científica como las que venimos abordando, reitero que puedo aceptar sin dificultades la idea de un Dios que se limita a ser gran arquitecto del universo, un relojero sublime reminescente del enigmático *Nous* de Anaxágoras. Para mí, ese Dios no interfiere milagrosamente en los acontecimientos del universo, que se hallan regidos por sus designios matemáticos inviolables.

*Sofos.*- En esto coincido contigo. Yo tampoco creo en milagros físicos; tan sólo en el milagro del espíritu.

*Logos.*- Tomemos, por ejemplo, un milagro elevado a dogma en el catolicismo: el de la transubstanciación eucarística. Lógicamente, nadie acepta que los átomos del pan y el vino consagrados se conviertan, por arte de un conjuro mágico, en las moléculas transmutadas que componen el cuerpo y la sangre de Cristo. Por eso se refugian en la ambigüedad del término “sustancial”. Reconocen que los accidentes, las propiedades físicas experimentables, no cambian, pero postulan una etérea modificación de la sustancia, del núcleo recóndito de ese ser, de su esencia inaprehensible, de una especie

de *noúmeno* inescrutable que pretenden inmunizar frente a cualquier tentativa de representación física. Con todo, si algo elude todo intento de subsunción en categorías físicas, lo más probable es que se trate de una creación de la mente, de un significado. En el concepto de transubstanciación simbolizamos el anhelo de que la materia visible mute invisiblemente en el objeto de nuestros ideales, en la materia y en el alma del Hijo de Dios. Es sólo una evocación, un objeto intencional, una construcción vívida y elocuente.

*Sofos.*- ¿Y qué dirías sobre los milagros filosóficos, sobre prodigios conceptuales como el hecho de que, según la teología de los concilios ecuménicos, Dios sea Uno y Trino a la vez?

*Logos.*- Lllaman milagro inexplicable o misterio incomprensible a lo que sólo es un sinsentido lógico o un símbolo mal construido. Nos dicen que el Dios Uno y Trino equivale a tres personas y a una naturaleza. ¿Dónde está el problema? Tres personas humanas también comparten una misma naturaleza humana, pero siguen siendo tres sujetos, tres individuos distinguibles por sus propiedades, aunque pertenezcan a la misma clase genérica. Hay millones de trinidadas humanas, y nadie sostiene que su existencia constituya un misterio insondable. Afirmar que Dios es tres personas de una naturaleza, ¿no es análogo a sostener que tres sujetos divinos participan de una misma naturaleza, por lo que son miembros de un mismo conjunto, el de lo divino? Tres dioses, luego tres personificaciones de la naturaleza divina, al igual que tres individuos humanos encarnarían tres modos posibles de pertenecer al conjunto de lo humano.

*Sofos.*- Tan sólo profeso fe inquebrantable en un milagro: el de la intuición, que se sobrepone a la evidencia e inaugura flamantes horizontes de reflexión y creatividad. Es esa ruptura intuitiva con la cadena de causas racionales lo que me fascina, lo que me impulsa a entregarme a la tarea de crear, la consagración más pura a la que puede aspirar un ser humano.

*Logos.*- La intuición, querido amigo, no es sino un razonamiento comprimido. Previamente has evaluado probabilidades relativas y te has familiarizado con las opciones más plausibles. No tienes por qué reservar tu fe a un fenómeno que será escrutado por las lentes de la ciencia.

*Sofos.*- Pero si esas opciones son equiprobables, ¿qué, sino la luz de la intuición, anárquica y ajena a los mecanismos de la razón pura, puede decidir? Te enfrentarías al famoso dilema del asno de Buridan, animal aciago que, ante la misma cantidad de paja dispuesta a cada lado del camino, moría de hambre por su incapacidad de elegir, de cortar la rígida cadena del razonamiento e imponerse mediante un acto de la voluntad que trunca el predominio de la simetría, algo que, en mi opinión, guarda una estrecha analogía con el funcionamiento de los poderes intuitivos de la mente humana. Sin esa ruptura intuitiva es difícil justificar la génesis de ideas verdaderamente nuevas. Ése es el verdadero milagro obrado por la mente, el milagro del espíritu humano, el milagro de

nuestra capacidad para concebir e innovar. ¿Y si Dios fuera, en realidad, la pregunta y el despliegue de posibilidades creadoras a partir de un orden normativo en el universo, expresado en el idioma más universal que existe: el de las matemáticas?

*Logos.*- Dudo que algún día despunte una evidencia firme sobre la existencia o inexistencia de Dios... Además, si Dios fuera trascendente, habría dos infinitos en liza: Dios y el mundo. Dios no podría contener el mundo, o caeríamos en el panteísmo, luego algo quedaría fuera de él.

*Sofos.*- Sigo sin entender cómo te atreves a expresarte de una manera tan categórica, cuando la ciencia ni siquiera es capaz de definir el objeto prioritario de sus investigaciones, la materia.

*Logos.*- Me atrevo porque creo firmemente en el poder explicativo de la ciencia. Podría darte una definición, pero sería simplemente un axioma, una definición inventada y establecida por mí. ¿Es eso lo que quieres?

*Sofos.*- No. Lo que quiero es una definición que responda a la realidad. Un axioma inducido desde las evidencias y que, una vez postulado, permita deducir consecuencias útiles para el conocimiento científico.

*Logos.*- Pues entonces ten paciencia. La filosofía se apresura a ofrecer definiciones de multitud de términos sin haber adquirido el conocimiento suficiente sobre ellos. La ciencia investiga la materia y alcanza definiciones provisionales acerca de los fenómenos del universo, pero enseguida se presta a revisarlas y ampliarlas iterativamente, consciente de los límites de nuestra comprensión presente. Además, ya te he dado a entender que en primera aproximación defino la materia como realidad dimensionada, es decir, como cualquier objeto susceptible de referenciarse en un sistema de coordenadas espaciotemporales.

*Sofos.*- En esta concepción de la materia como *res dimensionata* que tú propones, ¿incluyes también realidades físicas como la luz o las ondas gravitacionales? Lo digo porque ambas viajan a la velocidad de la luz, que es la velocidad límite a la que puede transmitirse la velocidad en el universo conocido, pero al hacerlo caen necesariamente bajo el dominio de los efectos relativistas. Por tanto, deben contraerse máximamente en el espacio y dilatarse máximamente en el tiempo. En cierto sentido y en última instancia, han de revelarse como fenómenos inextensos y atemporales, lo que resulta difícilmente reconciliable con tu definición de materia como “realidad dimensionada”.

*Logos.*- Objetos físicos como los fotones constituyen, precisamente, los casos límite de cualquier representación de la materia como *res dimensionata*. Todo modelo debe

contemplar siempre alguna situación extrema, alguna tensión asintótica que ponga de relieve el alcance de sus presupuestos y las fronteras de su comprensión.

*Sofos.*- De todas formas, y por retornar a la discusión que nos ocupaba, no negarás que muchos científicos y filósofos discreparían de tus ideas acerca de la incompatibilidad entre la ciencia y las creencias religiosas. De hecho, algunas de las mentes más brillantes de la historia han profesado una fe racionalmente justificada en la existencia de un creador que no renuncia a participar en la dinámica del mundo, ni a escuchar nuestras plegarias. Descartes, Galileo, Newton, Leibniz, Faraday, Maxwell, Pasteur... Por no hablar de científicos que, además de creyentes, eran sacerdotes de alguna confesión cristiana, como Mendel. No cito estos nombres para impresionarte, o para emplear caducos argumentos de autoridad que no deciden nada sobre el tema que ahora tratamos, sino para dar testimonio de la respetabilidad de la creencia en Dios.

*Logos.*- No hay evidencia alguna de una deidad sobrenatural que intervenga en el curso del mundo. Por supuesto, admiro infinitamente a todos los científicos que has mencionado, pero reconocerás que, en nuestro tiempo, el número de creyentes dedicados a las ciencias y a la filosofía ha descendido considerablemente. El propio Darwin, que asestó uno de los golpes más duros a la religiosidad teísta, quizás el golpe de gracia a la creencia en un Dios personal que rige el mundo, se hizo agnóstico. Además, muchos de esos nombres ilustres eran rehenes de su época y de las convenciones sociales.

*Sofos.*- ¿Convenciones sociales? ¿Puede un genio caer preso de convenciones sociales, cuando en su mente no cesa de cuestionar con audacia todos los fundamentos, todos los desarrollos y todas las conclusiones?

*Logos.*- Es un error divinizar a un ser humano. Ni siquiera las grandes figuras del arte y del pensamiento poseen esas características sobrenaturales que tendemos a atribuirles. Son hijas y herederas de un contexto y del trabajo de otros seres humanos. Se suben a hombros de gigantes, y el mayor gigante es la humanidad en su desarrollo histórico, sin cuyas aportaciones no seríamos más que cazadores y recolectores dispersos por el mundo, poco más que bípedos evolucionados que no habrían cruzado los pórticos de la civilización. Alabemos la gloria de la creatividad desplegada por ciertos individuos, pero no la falsifiquemos, no la despojemos de sus auténticas raíces, no la separemos arbitrariamente de su fuente nutricia, que es la comunidad humana.

*Sofos.*- Reconocerás también que la creatividad, sobre todo la generación de esas ideas e inventos que han engrandecido a nuestra especie, exige salirse de la norma, desafiar lo heredado, separarse en cierto modo de la comunidad humana y de sus pautas.

*Logos.*- Bella e insoslayable paradoja, no lo niego; *exitus* y *reditus* de la matriz humana; convergencia y divergencia. No obstante, sigo creyendo que existe una especie de

necesidad intrínseca en el desarrollo intelectual de la humanidad a través de la historia. Quizás no en lo que respecta a la evolución del arte, pero sí en lo que concierne a la conquista de nuevas verdades científicas y a la elaboración de sistemas filosóficos. En este aspecto coincido más con Hegel que con Carlyle y Droysen. Sin embargo, y por volver al tema de nuestra discusión, te sorprendería el poder que ejercen los condicionamientos culturales sobre la mente humana, también sobre las más elevadas. Aristóteles no cuestionó la institución de la esclavitud, ni Locke, ni prácticamente ningún intelectual de renombre hasta el siglo XIX. La idea de Dios estaba tan enraizada en la conciencia humana que era casi imposible deshacerse de ella. Fue un proceso lento, que en muchas grandes mentes se canalizó primero a través de la sustitución del teísmo por el panteísmo, para luego desembocar en el ateísmo.

*Sofos.*- No existe ninguna ley inexorable en el desarrollo de la mente que nos obligue a pensar según ese esquema evolucionista que describes. Como se equivocaba con su ley de los tres estadios. El mito, la razón y la experiencia anidan simultáneamente en el seno de la conciencia humana; una coexistencia no pacífica, sino problemática, e incluso violenta. Nadie ha conseguido desterrar el mito de la vida de los hombres. Toda sociedad necesita mitos que la sostengan. Ni siquiera la ciencia es ajena a la presión seductora de los mitos. En ocasiones siento la tentación de abrazarme a la teoría de la doble verdad de Averroes, según la cual la fe y la razón son vías divergentes para alcanzar la verdad. Cada vez estoy más convencido de que fe y razón son dos caminos distintos. La fe es una intuición estética, un canto a lo desconocido, un salto en la percepción y en la lógica. Ni quiero ni necesito racionalizarla. Racionalizarla es empujarla, es desnaturalizarla, es despojarla de su pureza más radiante.

*Logos.*- Algunos se conforman con la fe y la esperanza. Yo necesito el conocimiento.

*Sofos.*- Sin embargo, ¿cómo puedo rehuir esas voces telúricas que resuenan en lo más hondo de mi ser, exhaladas desde las profundidades de un universo misterioso que fluye por debajo de mi espíritu y golpea insistentemente los pilares de mi voluntad? Es la llamada de la fe, hija pródiga del sentimiento. Y la fe verdadera no sustituye el conocimiento, sino que lo acompaña con la convicción de que lograremos conocimientos aún más profundos y brillantes, pues dulce ha de ser la recompensa al esfuerzo de una humanidad cansada de sufrir, pero no cansada de crear.

*Logos.*- Puede que tengas razón. En cualquier caso, no afecta a nuestra discusión presente. La fe en Dios quizás resista como refugio estético de muchos, como lágrima poética derramada ante la inmensidad de lo desconocido, en cuya transparencia un espíritu puro ansiaría reflejarse, pero no considero necesaria la existencia de una divinidad para poner en funcionamiento la monumental maquinaria cósmica. Recuerda que, según la primera ley de Newton, el movimiento es intrínseco a los cuerpos materiales. No es preciso postular un primer motor, eterno y autosuficiente. El universo podría encapsular los requisitos metafísicos que atribuyes a ese primer motor inmóvil.

*Sofos.*- Pero sigue siendo necesario postular un artífice de las leyes que gobiernan el universo, un espíritu capaz de insuflar fuego a ese sistema formal que constituye el

cosmos, tan perfecto, excepcional y armonioso que parece diseñado para albergar la conciencia humana en su seno. Al menos es lo que afirma el principio antrópico, defendido por algunos científicos.

*Logos.*- De nuevo, no hay ninguna prueba de un diseño divino. Sería una hipótesis intrínsecamente incontrastable, pues aunque yo me esforzara con denuedo en buscar indicios de un designio sobrenatural en el mundo y los resultados fueran negativos, el teísta siempre podría aducir que subsisten parcelas impenetrables, variables ocultas inasequibles a la intelección científica y al razonamiento filosófico.

*Sofos.*- Sigo pensando que se necesita mucha fe para creer que el universo, el maravilloso despliegue de orden y armonía que nos envuelve, es fruto del azar, resultado de un proceso ciego, indiferente a nuestros esfuerzos morales.

*Logos.*- No hay piedad, no hay sentimiento, no hay moral ni justicia en la naturaleza. Indiferencia, instinto y crueldad son sus únicas leyes, todo al servicio de la expansión y de la diversificación de la vida.

*Sofos.*- Pero lo asombroso es que de una raíz tan oscura haya brotado la compasión, la luz del espíritu frente a la ciega y atroz necesidad de un mundo incapaz de mirarse a sí mismo. La ciencia nos revela lo insignificantes que somos a escala cosmológica, pero también lo sublime y misterioso de la mente humana, capaz de rasgar el velo de lo eterno con cada destello luminoso de amor, belleza y sabiduría que en ella brota, alas divinas que nos elevan a lo universal. ¿Y quién conoce los límites de lo humano?

*Logos.*- Partes del supuesto de que la vida no se justifica por sí misma. De que es un mero e imposible accidente. De que exige una razón suficiente que nos muestre su necesidad. Sin embargo, pienso que debes distinguir entre dos tipos de causas, la eficiente y la final. La razón suficiente de la vida reside en la cadena de causas eficientes que la ha producido. Y aunque careciera de propósito, de una causa final nítida, no por ello se hallaría desprovista de valor. ¿O acaso lo contingente no tiene valor? Quizás debas cambiar de presupuesto, y respirar la brisa pura del don inmerecido, rendirte a la gratuidad de ese rayo tenue que despunta como nueva aurora cuando creíamos que sólo aparecerían ocasos y noches. Este resplandor crepuscular se agotará, caerá en el olvido, se perderá entre la inmensa oscuridad de un vacío perenne y estremecedor, pero sanará la imaginación humana, nos fulminará con el beneplácito de una epifanía, con la aquiescencia de una revelación no presagiada. Nos arrullará con los ecos de un sonido nuevo capaz de penetrar en las profundidades de nuestra alma, ansiosa de dones y sorpresas. Clavará la espada de su pasión en corazones desesperanzados, y entonces brillará, será éxtasis, elevación incondicionada, fulgor flamígero que bañe un cielo entristecido y un espíritu amustiado.

*Sofos.*- Pese a toda evidencia, yo no puedo dejar de creer que la humanidad no es un mero accidente de la evolución. Que hay algo de divino y proverbial en el ser humano,

una luz indescifrable, un deslumbramiento, un rayo creador tejido de bondad y sabiduría que a veces disemina su belleza por los senderos de la historia. Sigo creyendo en el hombre, sigo pensando que reflejos esporádicos de un cielo de verdad y amor se aposentan en el espíritu y motivan los actos más nobles. Un sol de pureza y honestidad que de vez en cuando nos orienta con sus rayos místicos, sagrados, inescrutables, como una perla centelleante que iluminase ella sola la tenebrosa vastedad del profundo océano. Quizás sea esta fe lo que me permite mantener la convicción indestructible de que estamos llamados a un destino más alto; quizás por ello aún crea en la humanidad.

*Logos.*- ¿Dónde está el plan? Enséñamelo. Muéstrame las tablas de la ley en las que está inscrito con letras de fuego y me deslumbrarás. Como mucho aceptaría las leyes de la naturaleza, grabadas matemáticamente en las entrañas más profundas del universo, pero el orden luminoso del cosmos coexiste con la sombría presencia del azar, de lo que es contingente por cuanto desafía nuestro poder de cómputo, de lo que sólo responde a esquivas probabilidades y no a sólidas certezas.

*Sofos.*- Pero del azar no surge el orden...

*Logos.*- Te equivocas. Hay orden que emerge espontáneamente fuera del equilibrio, sin una conciencia que lo haya diseñado deliberadamente. Como artista que eres, celebras la libertad y el caos, fuentes de novedad, pero fuerzas a los científicos a reducirlo todo a la pura necesidad. No te entiendo.

*Sofos.*- Creo que cuando investigamos las supuestas manifestaciones del caos, el producto de procesos azarosos y ajenos a cualquier regularidad, lo que en realidad descubrimos es un orden más profundo, una nueva lógica. Después de todo, el caos es un orden distorsionado.

*Logos.*- ¿Y si el caos precediera al orden, y el orden enmascarara el caos con la apariencia de regularidad y simetría? La ciencia debe minimizar el número de presupuestos que asume, para pulir las lentes desde las que contempla el mundo. No debe partir, apriorísticamente, de la idea de que el universo representa un conjunto ordenado, rúbrica de inteligibilidad pura, cuyas leyes son susceptibles de elucidación racional. Lo que ha de hacer es observar el cosmos sin prejuicios, y abrirse a posibilidades incómodas. Investiguemos el mundo con el menor número posible de proyecciones subjetivas. Abrámonos al mundo, aunque desafíe nuestras expectativas.

*Sofos.*- Tú mismo acabas de reconocer que el azar es sinónimo de ignorancia, como decía Spinoza y como han intuido tantos sabios a lo largo de la historia. Incluso la evolución de las especies, que tantos consideran un proceso ciego y puramente aleatorio, se halla regida por la fuerza de la selección natural, que impone necesidad sobre las variaciones que experimentan las distintas formas orgánicas.

*Logos.*- En parte estoy de acuerdo. Es posible que me haya extralimitado como científico exaltando el azar. Lo que quiero decir es que la supuesta finalidad de la evolución no es tal cosa. Obedece a causas eficientes, no a una teleología intrínseca al proceso. Es puro mecanicismo, pura reacción adaptativa ante la necesidad. Ni siquiera existe una tendencia universal hacia mayores niveles de complejidad biológica. Muchas especies no han evolucionado apreciablemente a lo largo de millones de años, y es sumamente improbable que vayan a hacerlo en el futuro. Incluso se han observado regresiones a niveles de menor complejidad en ciertos organismos. La vida sólo busca reproducirse y expandirse. Además, mayor complejidad biológica o mayor diversificación en las ramas del árbol de la vida no implica progreso, en el sentido de mejora. Pues ¿qué significa exactamente el término *mejor*? Mejor, ¿con respecto a qué? ¿Según qué criterio? ¿Somos mejores que una bacteria cuyo género ha habitado este planeta desde hace miles de millones de años? ¿Somos mejores porque somos más complejos? ¿Quién reina en el espacio de la vida, sino el que se perpetúa? El problema de las filosofías que creen percibir un ascenso inexorable desde la materia inerte hacia la vida, y desde el instinto hacia la conciencia, estriba en proyectar nuestros deseos en la naturaleza. Como sucede con Teilhard de Chardin y su creencia en una evolución ineluctable hacia el misterioso Punto Omega, vierten postulados teológicos sobre los reinos de la química y de la biología. Una de las expresiones más audaces de estos planteamientos la encontramos en la *Naturphilosophie* de Schelling, que en realidad no es filosofía de la naturaleza, sino filosofía de la conciencia en sí, imaginación de la naturaleza no filtrada por lo que la propia naturaleza nos dice de sí misma a través de observaciones y experimentos. En el fondo, no constituye más que un conjunto de fantasías filosóficas insertadas en un sistema metafísico de dudosa consistencia conceptual.

*Sofos.*- Pero autores contemporáneos, como Richard Dawkins, conciben una meta en la evolución, aunque lo hagan bajo la metáfora del gen egoísta.

*Logos.*- Creo que la tesis de Dawkins parte de un supuesto erróneo. El gen no es la unidad de selección, sino el organismo individual. Un gen rara vez tiene sentido individualmente, pues se halla insertado en una red de genes. Sus efectos dependen estrechamente de la actividad conjunta de otros genes y de factores no génicos, como las proteínas. Además, la evolución no tiene como meta maximizar la presencia de determinados genes; no es meta, sino necesidad intrínseca, porque no hay causalidad final en la evolución; tan sólo causalidad eficiente. De hecho, no puede ser de otra manera. Para demostrarlo basta con tomar en consideración la estructura molecular de esos genes y la presencia de determinadas enzimas que desempeñan un papel clave en el proceso de autorreplicación. Todo está determinado por la disposición química de una serie de elementos, por sus enlaces y configuraciones geométricas. En cuanto despejemos la incógnita sobre el origen de la vida y entendamos cómo surgió la biología a partir de la química, todo se reducirá a una grandiosa cadena de transformaciones moleculares bajo unas condiciones de contorno establecidas por el ambiente. Además, aunque la selección natural obedezca a un criterio nítido, a una racionalidad evidente, tanto como para atribuirle cierto grado de finalidad o de *teleología inconsciente*, es innegable que la abundancia de casualidades y de mutaciones genéticas azarosas cubre la totalidad del proceso con una densa e inexpugnable capa de

aleatoriedad. La selección quizás implique necesidad, pero los procesos de variación suelen ser contingentes.

*Sofos.*- No te comprendo.

*Logos.*- Tampoco yo me comprendo a mí mismo. Si lo entendiera todo, y si en todo apreciara una claridad absoluta, dejaría de investigar. Investigo porque no entiendo, porque vivo preso de contradicciones y oscuridades. Sin embargo, intento encontrar atisbos de orden en medio de ese caos ingente y aterrador que se alza ante nosotros. Y te aseguro que nada de lo que en verdad entiendo apunta a una finalidad en la evolución, a un camino inexorable que tenga como destino el nacimiento de la mente humana.

*Sofos.*- Ahora eres tú el artista, el poeta, el místico que no teme identificar el ser y el no ser. ¡Quién lo diría!

*Logos.*- No cantes victoria de forma tan prematura, amigo mío. Una cosa es mi percepción subjetiva, o mi estado emocional, que condiciona mi actitud personal ante la investigación, y otra el seguimiento escrupuloso del método científico. Iniciarse en la senda de la ciencia quizás responda a causas mucho más complejas y variadas que la uniforme limpidez del proceso racional, pero la validación de los resultados de la investigación es independiente de las motivaciones del científico. De hecho, el método científico no es otra cosa que un feliz híbrido de imaginación y razón, de la amplitud intuitiva que desarrolla posibilidades conceptuales y de la tentativa de fundamentarlas con las herramientas de la lógica. En definitiva, una síntesis de expansión imaginativa, selección racional y verificación empírica. Por tanto, creo que en su estructura más profunda goza de suficiente grado de flexibilidad como para estudiar potencialmente cualquier fenómeno de la realidad y del pensamiento. Convéncete: somos el resultado de un proceso en parte azaroso y en parte necesario, tal y como pensaba Monod, pero regido por fuerzas impersonales como la selección natural. Somos un producto tardío de la evolución biológica, lo que no disminuye nuestra grandeza o merma nuestro poder. La posesión de una inteligencia consciente es un privilegio cósmico inaudito, que exige nuestra responsabilidad en su uso. Lo triste es que la especie más inteligente se haya comportado de manera tan poco inteligente a través de su historia, tanto como para que hoy en día amenace, con su descomunal poder, el tesoro de biodiversidad que engrandece e ilumina la tierra con su colorida exuberancia de configuraciones y propiedades, cual depredadora atroz que no mira a largo plazo y que sólo ante situaciones de máximo riesgo empieza a reflexionar en torno al futuro del planeta.

*Sofos.*- Dudo que con esa filosofía podamos sobrevivir. Incluso desde una lógica evolutiva es más eficiente creer que no constituimos un mero apéndice del universo. Que no estamos arrojados desde la nada al mundo, como pensaba Heidegger. Que no hemos caído desde un abismo a otro abismo, desde la incomprensión hasta la incomprensión, pues en ese caso no hay teodicea que valga, nada que justifique nuestra existencia más allá de los ideales que seamos capaces de concebir. No hay fundamento

que trascienda nuestra voluntad, hija imperfecta del ensueño. Triste nuestra condición; triste el destino del hombre...

*Logos.*- No. No he caído desde la nada, sino desde el ser: soy el fruto de un sublime despliegue de posibilidades realizadas a lo largo de miles de millones de años de evolución cósmica. En mí habitan infinidad de espacios y de tiempos. Mi ser recapitula todo un universo.

*Sofos.*- Entonces, y si interpreto correctamente tus palabras, crees en una especie de reencarnación material, que si bien no acepta la posibilidad de que las almas migren de un cuerpo a otro, dado que niega la existencia del alma como principio sustancial, parece admitir subrepticamente la misma idea, pero actualizada en términos de “transmisión de la información genética” para así dotarla de verosimilitud científica. ¿No desempeña este concepto un papel similar al del alma? ¿En realidad no piensas que la esencia de un individuo, el registro de información que lleva en su seno, la destilación más pura de sus propiedades, es susceptible de trasladarse de un soporte material a otro, como un *software* que se aloja en un nuevo *hardware*, o como una forma que invade una nueva materia? ¿No sigue latiendo un dualismo en tu modelo?

*Logos.*- No, no creo en ningún tipo de reencarnación. Primero, no hay evidencia. Segundo, no hay propuesta alguna de mecanismo físico que explique el tránsito del alma de un cuerpo a otro, sin olvidar que, probablemente, no exista el alma en su acepción tradicional. Y tercero, sería terrible pensar que somos rehenes de nuestras anteriores vidas. Lo que se encarna en nosotros es la información transmitida en los genes, la larga historia de la vida que nos antecede y que ha cristalizado en esa maravillosa doble hélice cuya sutil estructura esconde el secreto de todas las especies, el santo grial de la biología. Pero no es una reencarnación en sentido estricto. No hay una teleología que determine en qué cuerpo ha de aposentarse esa información para cumplir con la ley ciega e inmisericorde del *karma*. Lo único que presenciamos es un traslado físico, real, objetivo, de elementos replicados desde las células germinales de los progenitores a las células germinales de los descendientes. No hay nada misterioso aquí. Hoy conocemos casi a la perfección cómo acontece el proceso de replicación celular. De nuevo, es en la belleza y en la simetría insólita de la estructura molecular de los ácidos nucleicos donde reside el secreto de esa transmisión de información que no tiene nada de arcano o de divino, porque es un fenómeno material, profundamente material, enraizado en las capacidades más extraordinarias de una materia hecha vida gracias a la química. Y como tampoco creo en las teorías meméticas, que conciben la transmisión de ideas y de otros objetos culturales como si se tratara de un mecanismo natural análogo al descrito por Darwin, sigo sin poder admitir ninguna clase de transmisión de contenidos de un individuo a otro que no se halle mediada por los procesos habituales de replicación celular o de aprendizaje cultural.

*Sofos.*- ¿Cuáles son tus principales objeciones a la memética?

*Logos.*- Se me ocurren varias, pero la más importante es que, en mi opinión, esta teoría no explica nada. Ofrece caracterizaciones triviales de lo que ya sabemos y no hace avanzar el conocimiento por direcciones innovadoras. Pero ante todo olvida que la aceptación de ideas no es un proceso espontáneo o automático. Las ideas no tienen vida propia; no se replican, ni mutan aleatoriamente. No son entidades autónomas que quepa aislar de modo artificial más allá de las delimitaciones establecidas por nuestros esquemas mentales. Por tanto, no tiene sentido atribuir vida autónoma a una idea; ni siquiera como un parásito susceptible de colonizar mentes ajenas. Las ideas dependen de la voluntad de aceptación de las mentes, de nuestras convicciones. Lo contrario implicaría resucitar una versión biologicista del platonismo. Las ideas son productos de la mente, no causas de la mente. Sólo cuando renunciamos al ejercicio más genuino de nuestras habilidades mentales corremos el riesgo de ser colonizados por ideas que discurren con independencia de nuestro poder de asimilación. En definitiva, la transmisión de ideas es un proceso en gran medida consciente y fruto de la actividad humana, filtrado no por la selección natural sino por la selección racional o cultural del hombre. Porque imponerse a la arbitrariedad de la naturaleza es un triunfo de la razón. Nos permite decretar ese fin del que carece la naturaleza, para así humanizarla, para espiritualizar un mecanismo ciego y esclarecerlo con la luz de la teleología.

*Sofos.*- Perdona que me desvíe ligeramente de la discusión, pero ¿qué pasaría si esa selección racional “razonara” de tal modo que eligiera eliminar a ciertos seres humanos? ¿Y si la razón humana nos llevase a discriminar a grupos e individuos, como ha sucedido reiteradamente a lo largo de la historia? ¿Y si atentase contra el principio universal de la dignidad humana, que en teoría debe prevalecer sobre las particularidades culturales?

*Logos.*- Entonces no sería una selección racional, sino irracional, pues es irracional atribuir dignidad a unos individuos y no a otros. Si, como he propuesto, la racionalidad implica minimizar el número de presupuestos, la opción más parsimoniosa, simétrica y por ende racional será aquella que reconozca en todos los seres humanos una dignidad intrínseca, inalienable.

*Sofos.*- Aun así, y por volver al tema de la reencarnación, del sentido de la vida y de la posibilidad de perdurar más allá de nuestros límites físicos, he de reconocer que tu respuesta no me consuela, ni me ayuda vivir. Y yo necesito vivir. De poco me sirve saber que soy heredero de millones de años de evolución si ante la inmensidad del universo me siento tan dolorosamente solo, tan abandonado en este silencio cósmico, cuando únicamente trato de pronunciar palabras que den sentido al universo. Estas teorías sólo contribuyen a esparcir aún más nubes de desesperanza sobre mi conciencia, oscureciendo un cielo otrora brillante y azulado. Por supuesto, siempre cabe el suicidio, poner fin a los días de nuestra angustia para vagar sólo por la noche eterna, cuando ya no podemos soportar el implacable peso de la vida. El suicidio es el último resquicio de libertad que nos queda, la última y suprema palabra de afirmación humana en un universo inerte. Gracias al suicidio como posibilidad límite de nuestro horizonte existencial, nuestra voluntad está por encima de nuestro deber como criaturas biológicas, que es sobrevivir. Es el triunfo de la libertad del espíritu frente a la necesidad de la naturaleza. Es el éxtasis de quien crea su propio destino y no teme la

nada, libre para vivir y para morir. La claridad de una vida bajo la poderosa luz del sol que no tiene miedo de disolverse en el lóbrego abismo de lo innombrable. La vida que se entrega a la muerte, el don que se deshace en el no ser, la conciencia que retorna a la materia inanimada. Quien no conoce la muerte no conoce la vida. Temer la muerte es sentir vértigo ante la vida, un apego irracional a una realidad que no comprendemos. Esta dependencia absurda e inexplicable presagia ya el sinsentido de la muerte. Lo prefigura de manera inconsciente e incluso irresponsable. Amar en exceso la vida es también un sinsentido, porque no hemos buscado vivir. Simplemente hemos aparecido sobre la faz de la tierra.

*Logos.*- Esta caída ontológica no sería tal si nos limitáramos a ser entidades inconscientes, piezas de un vasto mecanismo sobre el que no tenemos control alguno, pero disponer de conciencia nos hace buscar un sentido referido a nosotros, preconizar una justificación de nuestra subjetividad, que deseamos ver engarzada en la mecánica de lo objetivo: una subjetividad objetivada. Sin embargo, lo subjetivo sólo puede ser anárquico, inesperado, imprevisto. Si en verdad somos sujetos, si atesoramos ese abismo infinito que nos asoma a las intimidades más profundas del yo, no debemos asustarnos ante lo absurdo de una vida consciente, dotada de interioridad. Lo absurdo surge irracionalmente y se desvanece irracionalmente. Racionalizarlo es ya objetivarlo, someterlo a una necesidad lógica, a unos axiomas y unas reglas de transformación. Implica materializarlo, atraparlo, condensarlo en unas estructuras conceptuales demasiado rígidas. Equivale a cortar las alas de algo que sólo aspira a volar. Si la subjetividad es una sorpresa deparada por la evolución de la vida, igual de desconcertante es su desaparición. Sorpresa inicial y final. Sobresalto metafísico. Sobrecogimiento encarnado. Gracia o condena.

*Sofos.*- Pero morir es renunciar a crear, y sólo por cristalizar un deseo en forma de arte o una intuición en forma de ciencia soportaría el dolor de mil vidas en esta tierra. Pues ante el abismo despiadado de la muerte, ¿cómo no arrepentirse de no haber sabido vivir? Sólo por conmoverme ante lágrimas ajenas aceptaría nacer y crear.

*Logos.*- Yo también tiemblo de angustia ante la muerte, ante la evidencia de que desapareceré, ante el concepto de un cese abrupto de mi existencia. Es doloroso saber que el alma se descompondrá como el cuerpo, pues es igualmente materia, y se disolverá en una totalidad sin rostro, en un humus terrenal incapaz de llamarnos por nuestro nombre. Toda la gloria del hombre destinada a pudrirse en las profundidades de la tierra. Retorno genesíaco a las fuentes del ser y de la vida, pero desprovisto de cualquier atisbo lírico, porque esa hondura es silenciosa, es inerte, es aterradora como la silueta de una lechuza en la oscuridad del bosque. Una prisión eterna para aquél que albergaba deseos de eternidad. Un secuestro infinito en tinieblas imperecederas. Un descenso a los abismos de la nada, infiernos del ser, ausencia de palabra y utopía. De poco sirve alabar la armonía matemática del universo por haber creado algo tan sublime como la mente humana cuando es ella la que nos conduce a una meta tan aciaga, a un final siniestro que sella la condena de una humanidad sepultada por evidencias demasiado poderosas, por densas capas telúricas que absorberán todo nuestro ser. Una tragedia, pero sin destino; una tragedia azarosa. O, más bien, un azar destinado a ser tragedia.

*Sofos.*- ¿Quién no siente un hambre y un dolor de infinitud, un deseo insaciable de sobreponerse a espacios, tiempos y conciencias para abarcarlo todo, para serlo todo, para poder serlo todo?

*Logos.*- Puede que muchos viváis aprisionados por ese anhelo de infinitud, pero no extrapoléis vuestros sentimientos al resto de los hombres. Muchos pueden existir en el seno de la finitud, sin aspirar a la infinitud. No se trata de resignación, sino de audacia. Pues ¿quién es más valiente, el que acepta su finitud y construye un proyecto de vida digno dentro de esa finitud o el que todo lo fía a una infinitud inaccesible y remota?

*Sofos.*- Te aseguro que ese noble impulso, cuya luz nos eleva al cielo tallado por nuestras propias aspiraciones, por la expansión incontenible del espíritu, eternamente ansioso de lo infinito, es la razón más poderosa para existir. No concibo una vida huérfana del deseo de infinito. Y, por tanto, no concibo una vida huérfana de dolor, pues ansiar lo infinito es sufrir infinitamente.

*Logos.*- Pero eres tú el que cree en la infinitud de nuestras aspiraciones. No sabes si son realmente infinitas. Podrían representar una mera ilusión de infinitud, oculta tras el velo de la más desgarradora finitud.

*Sofos.*- Quizás, pero ¿no hay algo patético y grandioso al mismo tiempo en esta inmensa ilusión? ¿No nos moldeamos a nosotros mismos en el barro de lo ilusorio como profecía autocumplida? ¿Qué es el hombre, sino la encarnación de un deseo que se rebela contra el mundo, contra su progenitor, contra su origen? ¿No somos entonces el rostro vivo de lo que aún no es?

*Logos.*- Imagina por un instante que la inmortalidad perteneciera a la esencia del ser humano. ¿Lo considerarías una bendición o un tormento?

*Sofos.*- Te aseguro que una bendición, pues me permitiría perseguir infinitamente lo que es infinito: el saber, el amor y la belleza.

*Logos.*- Sin embargo, ¿quién estaría preparado para emprender semejante búsqueda infinita de un bien infinito? Amigo mío, los dioses o la naturaleza no nos han hecho para lo infinito; sólo para desearlo, pero no para lograrlo. Cuanto más nos acercamos, más rápido se aleja su sombra. Es un límite asintótico que nunca podremos alcanzar. Por ello, es inútil participar en esta tragedia. Lo único que me consuela es acariciar de cuando en cuando humildes destellos de algo más puro y más grande que mi propia conciencia. Recuerda, además, que el filósofo debe penetrar en lo profundo, pero sin despreciar la superficie, el epitelio de este gigantesco enigma abierto que es el cosmos,

pues es también realidad, es también un fenómeno de la vida que exige análisis. No soportaríamos bucear demasiado tiempo en lo profundo. Su presión es incommensurable.

*Sofos.*- Yo sí podría. Yo sé que soportaría esa presión infinita, como un submarino que se sumergiera hasta los fondos abisales del universo, envuelto por la totalidad del mundo. Yo siento que mi conciencia es potencialmente infinita, y en esta sensación implacable pero hermosa encuentro consuelo, y significado, y futuro.

*Logos.*- Potencialmente, pero no actualmente infinita. Reitero que esta contradicción entre la posibilidad y la realidad es el mayor misterio al que se enfrenta el hombre. El desafío consiste entonces en vivir conscientes de la finitud de nuestra vida, en vivir acechados por la sombra inexorable de la muerte, en vivir con el deseo de una vida plena e infinita que sólo tiene cabida en el seno de la conciencia, de la mente, de una imaginación capaz de proyectarse hacia lo ilimitado. No podemos huir de la verdad. No tenemos más remedio que aceptar nuestra condición mortal, corpórea y finita. Mi único consuelo hunde sus raíces en la ciencia, que al menos me muestra un universo infinitamente más grande que mi finitud, luz que me redime tímidamente de esa angustia existencial ante mi insignificancia. Pues al conocer me siento partícipe de una realidad más vasta y apasionante que mi subjetividad; me siento hombre y universo al unísono. Me subsumo en el universo, pero al hacerlo amplío el universo.

*Sofos.*- Yo me redimo en el arte, que es rebelión contra la muerte y la finitud, afirmación de la libertad humana frente a la omnipresente necesidad. El arte es un canto a la esperanza. Si no tuviera la posibilidad de crear, mi existencia carecería de sentido. Poco me importa claudicar ante la contradicción. Con gusto soporto su sombra y su peso, esta funesta convivencia del ser y del no ser, del sentido y del sinsentido, en un mismo pensamiento que brota de lo más profundo de mi espíritu; las fulguraciones de una sensibilidad que me atrapa e invita a crear, a entrar en el éxtasis más sobrecogedor, y la cruel caída a las fosas de la desesperación y al vacío de significado. Ahora siento cómo mi alma cimbrea al son de esta angustia intermitente, de este desasosiego acechante que no deja de incursionar en mí, de este vaivén existencial que tantas veces me impide percibir la belleza de los días y de las noches. El anhelo y el hastío mezclados para provocar una zozobra infinita en el espíritu. Vivir permanentemente en la zozobra, como una nave sin rumbo que se enfrenta al oleaje más desmesurado e inclemente. Abrirse a un horizonte de posibilidades que tiene como destino lo imposible, la aniquilación de toda posibilidad, la reinserción de la conciencia en el magma y la vastedad de lo inconsciente. La no-posibilidad radical como posibilidad inexorable de la humanidad; la ausencia de futuro como futuro para todo individuo. En esta contradicción vivimos y sufrimos, y nos esforzamos por encender la llama de la alegría en medio de esta noche oscura, de esta noche perenne que nos vacía desde su silencio, de este terror místico que nos conduce irremediabilmente a la nada como estación última del ser, a un mundo ciego que absorbe la historia en naturaleza, la libertad en la necesidad, lo posible en lo inevitable.

*Logos.*- Todos sentimos esa ambivalencia existencial. Me he dado cuenta de lo inútil que es repetir este suplicio. Prefiero vivir, y pensar que vivir es inspirador. Si la vida es absurda, elijo sonreír y crear. Así al menos me rebelo contra su oscuridad y su tristeza. Transformo el drama en lírica, la tragedia en fuerza creadora. Voluntad unida a razón para formar una trinchera frente al sinsentido.

*Sofos.*- Hemos sido iniciados contra nuestra voluntad en el supremo misterio eleusino, que es vivir, el secreto mejor guardado de los dioses. ¿Y quién puede enseñarnos verdaderamente a vivir? No hay programa de instrucciones. Hay que aprenderlo con la propia vida. Sin embargo, la vida evoca ya un sinsentido, porque está orientada a la muerte. Es el anticipo de un desenlace estremecedor e inexorable si lo juzgamos desde el punto de vista de la vida. Pero sin esta desolación existencial, ¿aprendería a amar el arte, bálsamo para mi espíritu, justicia para mi sensibilidad, beso celestial que engrandece mis lágrimas? Yo sólo encuentro sentido en Bach y en Beethoven. Especialmente en Bach, en el bautismo de una belleza que no oculta el drama del existir. Matemática y dolor aunados en una hermosura de resonancias divinas que enjuga las lágrimas de un alma honesta, astros piadosos que brotan de un espíritu abierto a lo universal. Una armonía matemática capaz de conmoverse, el esplendor de una liturgia cósmica que también sabe sufrir. Negatividad injertada en el tronco de una perfección que abarca incluso lo que no puede tener nombre: el dolor, el no ser. Un dios que no teme deshacerse en la corriente del no ser.

*Logos.*- Si nadie nos ha pedido permiso para existir, luchemos al menos por que la existencia sea digna de nosotros. Aun conscientes de nuestra mortalidad, hagamos todo lo posible para mejorar el mundo y ampliar la mente en este aquí y en este ahora. Justifiquemos la vida con valores que superen el exiguo alcance de nuestra propia existencia. Ascendamos a un plano más universal, donde florezcan el vigor y la profundidad de una subjetividad como la humana, y entonces la existencia llamará a las puertas del paraíso del sentido. La salvación sólo puede residir en nosotros mismos, pero mediada por fuerzas que nos trascienden a título individual y nos elevan a un escenario de universalidad y grandeza: la sabiduría y la compasión.

*Sofos.*- Pareces desplazar la pregunta por el sentido del individuo al género, del yo a la humanidad. Ese plano más universal al que te refieres evoca sospechosamente una divinización del género humano como nueva fuente de sentido. Humanidad y universo hilados para ofrecer una respuesta a la desesperación de tantos individuos. Un nuevo consuelo; una nueva religión.

*Logos.*- O aceptamos la redención histórica de la humanidad mediante el progreso colectivo o muchas existencias habrán sido vanas, víctimas no expiadas de verdugos no juzgados. Pienso en los esclavos africanos arrojados por la borda en medio del Atlántico, o en tantos que han sufrido la injusticia más atroz, la barbarie, la brutalidad, la sombra de un mal infinito para el que ni siquiera la fuerza de la poesía parece ofrecer un destello de gloria salvífica. La idea de solidaridad histórica en el tiempo es sumamente poderosa. No me extraña que infundiera un hálito de esperanza a Ernst Bloch, pues consuela pensar que todas las tragedias del pasado encuentran su

justificación histórica en la conquista de un mundo mejor. Teodicea humanizada; teodicea hecha historia en la búsqueda de un mundo más humano, donde el hombre sea un hombre para el hombre. Piensa en algo que te haga recuperar la fe en la humanidad. Da una nueva oportunidad a los hombres. Inunda el mundo de luz, alumbrando a tus hermanos con un sol divino que nos salve de esta noche desesperanzada. Al igual que un planeta sólo refleja la luz recibida de su estrella, ¿qué querías ser tú, estrella o planeta, dador o receptor de luz?

*Sofos.*- Ambas cosas. Querría arrojar luz y captarla, porque a veces tan difícil como producir algo es saber asimilarlo. El sol nos brinda su luz, suya es la gloria de verter un don tan sublime y preciado, pero es la tierra la que ha creado la vida, el fruto más sobrecogedor de los rayos que desprende esa estrella a la que nuestro planeta rinde obligada pleitesía con su órbita.

*Logos.*- Y bañado por esos rayos inefables, ¿no sembrarías todos los jardines del mundo con la semilla de una flor eterna, pura, de la que surgieran corolas celestiales para embriagar cualquier imaginación posible? No. La muerte no es el sentido de la vida. Lo es el amor, cuya huella no puede ser borrada por la muerte. Y amar es crear, luego crear es el sentido de la vida. Tenemos conciencia, conciencia creadora que intenta trascenderse a sí misma mediante el pensamiento y la palabra. Es nuestra victoria sobre la muerte, porque el pensamiento y la palabra permanecen, al revelarnos la verdad acerca del universo y de nosotros mismos.

*Sofos.*- Siguen siendo hermosos sueños, nobles utopías, consolaciones filosóficas para lo que, en su verdad más profunda, tú mismo admites que es un acontecimiento carente de sentido y despojado de teleología; un mero efecto de una cadena irreversible de causas. Además, subordinar el sentido de la vida individual a la conquista de una mayor libertad colectiva olvida que, en caso de lograrse ese objetivo tan noble, el problema del sinsentido no haría sino postergarse. Agonía prolongada inútilmente, pues imaginemos por un momento que nuestros desvelos han conseguido edificar ese reino de Dios en la tierra por el que tantos han suspirado. Supongamos que tenemos ya la sociedad perfecta, y que todo el sufrimiento pasado encuentra ahora un sentido en la felicidad presente. ¿Acaso habremos cortado de raíz el problema? ¿Habrá desaparecido la muerte? Esta pregunta inaplazable aún nos fustigaría. De nuevo, el látigo del sinsentido en corazones estriados por esta incompreensión cósmica. Imposible no caer bajo su áspero yugo. La solidaridad histórica en el tiempo es un fin digno, pero insuficiente ante la abundancia de sinsentido que nos rodea y mutila lentamente; una excusa para evitar plantearse un interrogante todavía más fiero. Cuando los hombres creían en un ser divino que los librara de la muerte era posible esperar algo de la vida, pero cuando se han evaporado tanto la fe en Dios como la fe en el futuro de la humanidad sólo nos quedan el llanto y el lamento. Es el ocaso del espíritu. Aun así, sólo puedo estar de acuerdo contigo. Sólo puedo asumir que crear y avanzar nos hacen más humanos, pues yo también necesito consuelo. Necesito neutralizar el exceso de razón con un exceso de sentimiento. Al menos sé admirar a las pocas almas bellas que existen. Es lo único que aún me hace creer en la humanidad...

*Logos.*- Sabes amar, sabes dar gracias, sabes soñar, sabes llorar. Ya sabes mucho. Un rostro perlado de lágrimas, un semblante humedecido por el llanto, nos muestra el alma más bella de un ser humano. En la hondura infinita de la mente humana, capaz de replegarse sobre sí misma y de construir fabulosos edificios conceptuales que nos proyectan más allá del aquí y del ahora, brilla un sentido que se forja con pensamiento y con amor. Ella misma crea su propio sentido, un exceso de significado que roza la desmesura y el paroxismo; un sentido que se erige en dios para sus ojos y su alma. Corazón y mente que hunden sus raíces en ese fundamento subjetivo, en ese ímpetu colosal que puede enaltecernos o destruirnos. Somos finitos, pero convivimos con la sombra de lo infinito. Persigamos esa sombra, aunque no la atrapemos nunca. Buceemos en la profunda oscuridad de la subjetividad humana para crear ese mundo que el mundo no nos da. La salvación intelectual del ser humano sólo podría brotar de la creación de una mente más pura y elevada, caríatide invisible que sostenga todo un firmamento de amor, belleza y sabiduría.

*Sofos.*- Probablemente sea más lógico y deseable pensar así. Al fin y al cabo, sólo nos queda vivir y retrasar el advenimiento de lo inevitable. Creo, sin embargo, que quien abraza esa idea no ha comprendido en profundidad el drama de la vida, el vacío de lo humano, la minuciosidad de nuestro sufrimiento, la sequía existencial impuesta cuando se ha agotado el agua que regaba la ilusión por vivir. No ha interiorizado lo suficiente la posibilidad desazonadora del nihilismo, noche escalofriante que se cierne sobre la creatividad humana, perdida en las vastedades de un universo mudo. Su aguijón, siempre dispuesto a inocularnos el veneno de la frustración, provoca un estallido de pesimismo antropológico que hace pedazos todos los sistemas metafísicos. Basta con pensar en la caducidad del hombre y de la civilización para sucumbir al tormento de una percepción desoladora. Es la amargura letal de quien siente una nostalgia sobrehumana por la imposibilidad de recuperar los paisajes olvidados del alma, y de enmendar la desdicha no sanada, la injusticia no reparada, la herida no cicatrizada de la historia. Hundido en semejante abismo de melancolía, me atenaza un dolor metafísico, un bucle infinito que me devora, inmenso y triste como un cielo encapotado, pues lo más duro es no entender para qué estamos aquí, y tener que sufrir tanto inventando una respuesta. Si fuera omnipotente, ¿sabes qué haría con mi poder? Desterrar el sinsentido.

*Logos.*- El gran problema filosófico no es el nihilismo, no es el suicidio, no es la angustia ante el sinsentido de la existencia, sino el hecho de que nos planteemos estas preguntas. No el abismo que nos desgarrar con su sombra, sino nuestra capacidad de ver lo que otras criaturas no ven. Es la mente y no la nada lo que me desborda.

*Sofos.*- ¿Y si no hubiera razón alguna? ¿Y si todo fuera una condena absurda decretada por la naturaleza, eterna e inmisericorde? Ni puedo ni quiero entender la razón de esta oscuridad. Ni puedo ni quiero entender el sentido de la vida y de la muerte. Por favor, abrázame. Libérame por un instante de esta tortura infernal con un beso que redima mi corazón exangüe y agrietado. Derrama ahora esa luz espiritual que sane mis heridas con su claridad y su pureza, rosa triunfante sobre los abismos del dolor. Sé tú mi ángel, y mi dios, y mi cielo.

*Logos.*- He buscado mucho y he encontrado poco, pero lo que he encontrado justifica mi búsqueda. Te lo aseguro. Es la gloria de quien ama, camina y crea.

*Sofos.*- Sé que mis palabras son contradictorias, porque reniegan de mi fervor por el arte y de la voluntad de crear. Sé que esta exhibición intempestiva de nihilismo sólo puede desconcertarte. Otra vez esta oscilación pendular entre el tormento y el éxtasis, este vagar fluctuante por el sendero sinuoso de la reflexión, germen de hirientes convulsiones en el corazón y en el espíritu. Mis contradicciones no hacen sino reflejar una paradoja devastadora, pues esa nada que tanto nos aterroriza forma parte de nosotros, está injertada en nuestro propio ser. Somos y no somos, y si la nada acude a nosotros en forma de miedo existencial y de acantilado ontológico, ello se debe a que nosotros mismos la atraemos. Es el polo magnético de unas almas insaciables lo que incita a la nada a aproximarse a ellas; ansia de aurora que sin saberlo genera ansia de ocaso. Es entonces cuando me recreo en mis lágrimas destronadas, cuando parece que deseo sufrir. Cautivo entre sollozos, abrumado por una variedad de sentimientos que no alcanzo a recoger en mis manos, me debato entre la dulzura del lirismo y la amargura de la evidencia. Mi único consuelo amaga con residir en una búsqueda imposible de profundidad, porque cuanto más profundo es el sentimiento, más me angustia, más me asusta pensar adónde me llevará entregarme a ese fluir anárquico que brota de una entraña desconocida de mi yo. No hay consistencia en mi sentir. Todo es un fragmento que se deshace y recompone, volubilidad pura, percepción volátil de lo que puedo sentir y puedo ser; porciones de alma guardadas en invisibles e inconexos vasos canopos. Por eso vivo encerrado en la duda, en una duda que es búsqueda y deseo. Curiosa paradoja: encerrarme en la duda para abrirme a la búsqueda. Recluírme para caminar. Abajarme para después saltar y volar sobre la vastedad del mundo. Mi alma es como un muelle que necesita contraerse para luego expandirse, sístole y diástole de un corazón sobrecogido.

*Logos.*- Es falso que no seas nada. Eres parte del universo. Eres un universo. Investiga mejor las posibilidades que laten en ti. Descubre cómo se expresa el universo en ti, mónada imprevista. Toma las riendas de ese algo que eres y de ese ser del que eres partícipe. Aviva ese *conatus* poderoso que en ti late y grita. Transforma lo fugitivo en permanente. Colma el espíritu con el límite de lo cognoscible y quizás también de lo decible.

*Sofos.*- Si acaso soy algo, no es otra cosa que un nómada metafísico. Tienes razón. Esforcémonos al menos por entender este mundo, por profanar sus misterios y bucear en sus entrañas, para saber de qué está hecho el inquietante lugar en cuya hondura hemos recalado. Demos satisfacción a la curiosidad, dulce y melodiosa llamarada divina, y veamos si hay o no una lógica bajo esta bóveda que parece derrochar sinsentido. Pues qué grato es consagrarse a la ciencia. Uno sólo tiene ante sí hechos objetivos e inertes, un mecanismo ciego que no aspira a crear y a afirmarse subjetivamente, la cristalización de un reducto ontológico que se presta con facilidad a una representación inteligible en forma de signos y conceptos. Aquí no hay nada claro. Todo se deshoja al tocarlo. Lo más terrible será dejar este mundo sin haber comprendido tantas cosas. Tal es la profundidad de nuestro dolor, la magnitud de una

falta de respuestas que erosiona sutilmente el espíritu humano, como gota que cae sin cesar sobre la cabeza.

*Logos.*- Entiendo la angustia que herrumbra tu alma, tu agria sensación de desahucio ontológico. El nihilismo es la consecuencia inevitable del progreso científico.

*Sofos.*- Olvidas que esa perspectiva de muerte propia del nihilismo, esa decantación obsesiva e irrefrenable hacia la nada por encima del ser y hacia el sinsentido por encima del significado, no es exclusiva del mundo moderno. En la literatura antigua abundan testimonios desgarradores del abismo más profundo de la existencia humana. ¿No da el *Eclesiastés* voz a este oscuro sentimiento de orfandad metafísica? El pesimismo antropológico, ¿no serpentea en las famosas *Admoniciones* del sabio Ipuwer, escritas durante el ocaso del Reino Antiguo egipcio, ante un panorama desolador para una cultura que había coronado cimas tan luminosas en los dominios de la civilización y del arte?

*Logos.*- No niego que haya antecedentes, pero era más difícil ser nihilista cuando estábamos convencidos de que la Tierra era el centro del universo y el hombre el rey de todo lo creado. Entonces parecía que el ojo omnisciente de Dios contemplaba la hechura de sus manos y velaba por el correcto curso de una historia que sólo podía cumplir los designios de su providencia. Ante ese panóptico celestial, la humanidad, mimada o reprendida por un ser invisible escondido tras los astros, sentía una mezcla de temor y fascinación, que la obligaba a mirar constantemente a lo alto en busca de respuestas. Sin embargo, en cuanto la ciencia demostró que no somos ni el centro de un universo sin centro ni la estación inexorable de una creación sin horizonte claro, sólo pudo invadirnos un sentimiento de agreste soledad, de desamparo espiritual e intemperie metafísica: un abatimiento existencial que nos hizo replantearnos la pregunta por nuestro papel en el cosmos y por nuestro destino en una historia incierta. Como una emanación sulfurosa, el diablo de la duda nos asaltó y nos forzó a asomarnos a un abismo infinito, el de la posibilidad de que no hubiera nada ni antes ni después de nosotros; que fuésemos un simple accidente, un parásito ontológico, un apéndice prescindible de la evolución de la materia y de la vida, y que nuestro verdadero ser fuera esa materia que para nosotros se asemeja a una nada voraz y pavorosa, a una ausencia de significado, a un absurdo perturbador que se repliega sin cesar sobre sí mismo, sobre sus vibraciones y sinuosidades. Para neutralizar la perspectiva escalofriante pero realista del nihilismo, Nietzsche se inventó la teoría del eterno retorno. Pobre espíritu, tan profundamente atormentado como para fabricar un consuelo frágil y espurio, pues olvidó que podría darse una eternidad sin recurrencia y sin ergodicidad termodinámica, una eternidad que discurriera por cada una de sus infinitas posibilidades, miembros de un conjunto infinito numerable, sin quedar atrapada en la circularidad de una de sus ramificaciones. En ese infinito de posibilidades sería perfectamente concebible que jamás se repitiese la nuestra, ni siquiera al cabo de catorce mil millones de años de nuevas andaduras evolutivas en el cosmos y en la naturaleza biológica, o incluso que el bucle de reiteraciones se produjera no en nuestro espacio de posibilidades, sino en otro. El universo, en definitiva, podría extenderse infinitamente hacia el futuro, sin nunca retornar a lo mismo, sin nunca ser lo mismo.

*Sofos.*- A veces siento la tentación de renegar de todo el desarrollo científico y de añorar esos tiempos en los que aún era posible tener fe en el destino sobrenatural del hombre. Qué amable era entonces la vida, el cielo, el Sol, los mares, las estrellas y la belleza de un mundo hecho para nosotros, receptáculo de almas creadas para dar gloria a Dios. Todo reflejaba una grandeza divina, un proyecto celestial, donde la fe en un final luminoso edulcoraba los sufrimientos terrenos. Pero no volverá jamás ese tiempo. La verdad termina por imponerse, y vence todos los idealismos y todos los somníferos espirituales que no se basen en ella. No hay más remedio que reformular nuestros sueños y nuestras utopías a la luz del conocimiento científico. Sin embargo, qué doloroso es sentir el deber de existir y al mismo tiempo padecer el sinsentido de la vida. Captar una vocación irrealizable, percibir cómo surcan nuestra conciencia los ecos nómadas de una llamada intempestiva.

*Logos.*- Todo un universo de belleza y saber te aguarda ahí fuera. Ábrete a él. Busca la verdad y amor, y tu existencia tendrá sentido.

*Sofos.*- Poco importa que hayamos gozado de las maravillas de este mundo. Ese todo que nos fascinó se convertirá en nada. Saborea todos los frutos prohibidos que estén a tu alcance, pues lo que hoy deseas desembocará en la infinitud y en el silencio de la nada. Honestamente, pienso que una filosofía incapaz de proponerme al menos una razón para vivir es inútil.

*Logos.*- Por muchas razones que haya contra la vida, yo necesito vivir. Y vivir es ya una razón. No razonarías si no vivieras. Y en cuanto adviertes que tu existencia quizás no responda a ningún plan, a ninguna premeditación teleológica, a ninguna armonía preestablecida entre el desarrollo del universo y el de tu propio mundo subjetivo, sino a una cadena de causas eficientes y ciegas, ¿no te liberas de la responsabilidad y de la angustia de tener que cumplir unas expectativas? Asomado al abismo de lo inexplicable, ¿no se estremece el corazón, y no nace entonces una nueva responsabilidad, la de comprender y crear para ser digno de ti mismo, tan libre como el azar, que sólo se justifica en su carácter aleatorio, don gratuito e inmerecido, terrible y maravilloso al unísono, tremendo y fascinante como sólo un dios podría serlo, pero siempre sorprendente? En lugar de maldecir la existencia, aprendes a amarla, sientes una llamada a crear tú mismo esa existencia. El drama de la vida se convierte en la gloria del existir. En esta tragedia transformada en épica demuestras tu poder, tu sabiduría y tu sed de creación. Deslumbramiento, experiencia catártica que da sentido a lo que no lo tiene, el palpito de una posibilidad sobrecogedora, es lo que se apodera de nuestro ser cuando interiorizamos esta idea, desgarrados por no entender la lógica que subyace al proceso. Sólo nos queda postrarnos ante lo incontrolable. Si Dios crea de la nada por amor a ti, cuando no hay un dios en el horizonte tienes el deber de emularlo, de crearte a ti mismo por libertad, por el amor puro que sólo puede brotar de un espíritu libre. Sólo puedes entonces perdonar al ser absoluto por no existir, pues eres tú el que existe con la vocación de ser el dios verdadero. Enciendes así una nueva luz, bella y pura; un nuevo

absoluto, un astro inédito que despunta en la oscura infinitud del cosmos. Cae una gota de rocío que fecunda la tierra con el hálito divino de la reflexión.

*Sofos.*- Es preciso tomarse en serio el nihilismo, el paisaje más triste que llega a contemplar la mente, y confrontarlo con la sensibilidad y la razón. Quizás nuestra derrota resulte aún más flagrante y dolorosa, pero al menos habremos luchado, habremos afirmado nuestra humanidad frente a la voracidad del sinsentido. No pensar en la muerte y en el horizonte de la nada anula nuestras defensas cuando su otra manifestación, la indiferencia ante la vida, nos anega con la frialdad de sus aguas. No puedo estar de acuerdo con Spinoza, porque todo hombre sabio debe meditar al menos una vez sobre la muerte. No reflexionar en torno a ella abortaría cualquier opción de alzarse contra su tiranía, de suspirar por un mundo y una historia emancipados de la muerte. El anhelo de perdurar planta una semilla de vida bajo esta luz crepuscular y desasosegante.

*Logos.*- Estoy de acuerdo. La afirmación de que el sabio sólo piensa en la vida es una de las sentencias más ridículas de Spinoza. ¿Hasta tan lejos llegaba su autoengaño? Vivir es encaminarse sin remedio hacia la muerte. Pensar en la vida exige entonces pensar en la muerte, y en el sentido de la vida y de la muerte. Tenemos derecho a pensar y a hablar sobre la muerte, también sobre la voluntaria. Saber que podemos escoger la muerte antes que la vida, por terrible y dolorosa que se nos antoje la decisión, es también un acto de confianza en la libertad humana.

*Sofos.*- Nos hemos acostumbrado a considerar la muerte un tema tabú. Existe una especie de miedo ambiental que nos impide hablar públicamente de ella. Pero vivir no es una obligación. No hemos elegido nacer; al menos podemos elegir vivir o no vivir. Te aseguro que busco ansiosamente razones para vivir, pero que también comprendo las razones para morir.

*Logos.*- La muerte no es una derrota. La derrota consistiría en no ejercer la libertad ni a favor ni en contra de la vida. Pero al actuar libremente, ¿no estamos ya sublevándonos contra el mundo? ¿No triunfamos ya sobre lo dado, pues nos cuestionamos la vida tal y como se nos presenta? Sólo merece vivir quien no teme su libertad, quien lucha por ella y con su lucha revela la luz de un sentido posible.

*Sofos.*- Somos seres contra la muerte, no para la muerte. De esta rebelión agónica contra la fatalidad nacen la gloria y la tragedia del hombre. Frente a lo que dice Heidegger, yo no puedo aceptar que la muerte resuelva el problema humano, clausurando el horizonte abierto e irresuelto que constituimos cada uno de nosotros, arrojados a lo inhóspito del mundo desde las alturas de lo incomprensible. La muerte no resuelve nada, luego no puede ser el colofón de nada. La muerte atrapa lo irresoluble; condensa lo irresoluble en sí. Es la oscuridad que devora la luz. Es el no ser por antonomasia, que fagocita todo un universo de posibilidades. La muerte deja sin resolver el misterio de la existencia humana, pues lo perpetúa en el ingrátido vacío de la ausencia, en el significado desvanecido, en la posibilidad truncada. Prolonga aún más la pregunta, y extiende su

sombra hasta el infinito. No cierra, sino que abre lo que nunca ha sido clausurado, lo que no ha alcanzado consumación alguna, porque no ha revelado su significado más hondo, el sentido que culminaría todo un proceso encaminado a él. Vienen a mí esas hermosas palabras del libro de Isaías que narran la vocación del profeta. Dios le dice “*No temas. Yo estoy contigo*”. Qué deseo más profundo e indoblegable brota de mi corazón cuando escucho este mensaje. Sed de amor, anhelo de vida, voluntad de victoria sobre la muerte. Es deseo de compasión. Cómo no querer extirpar el dolor y borrar el llanto de la tierra y de los cielos. Cómo no querer vivir. Cómo no querer transfigurarse en amor puro. El problema no es morir, sino el sufrimiento que la muerte genera en quienes te aman. Es el desvanecimiento del amor y, más aún, de la posibilidad de amar. Una necesidad oscura e inmisericorde toma entonces las riendas, y la conciencia de lo irreversible sólo nos deja verter lágrimas ante la hostilidad de un mundo que no entendemos. Siempre existirá algún tipo de fe, porque de todo lo incomprensible de la vida humana, la muerte es lo más incomprensible. Es el sarcófago de nuestras ilusiones. Y cómo renunciar a decir “Despierta. Levántate y anda. *Talita kumi*”. Mandato mesiánico que se impone a la frialdad del universo. Tierra que no reclama lo que parece suyo. Cielo de amor y bondad descendido a la tierra. Anhelo puro enseñoreado de la realidad. Hambre de amor, pues sólo el amor puede convencerme de que la vida tiene sentido y de que no es un doloroso preludio de la nada. Si hemos de morir, impidamos al menos que la muerte colonice también los dominios de la vida. Celebremos una voluntad de crear que nos libre transitoriamente del triunfo inexorable de la muerte. Convirtamos nuestra finitud en un infinito de posibilidades, en forma de ideas que descubran la verdad del universo y desvelen el auténtico lenguaje de un dios. Si en verdad quiero enjugar mi llanto y conjurar el espectro acechante del nihilismo, que amenaza con disparar sus flechas envenenadas, sólo puedo pensar que la creación es nuestro verdadero exilio metafísico, porque sólo al crear rompemos la inevitable cadena del existir y nos entregamos a lo nuevo. Sólo entonces renace el mundo e irrumpe el ser sobre la nada. Es la economía de la salvación administrada por mi conciencia, foco irredento que suspira por crearse y por inventar el mundo. Aún nos queda seguir siendo humanos. Aún nos queda crear. Aún nos queda mejorar y engrandecer el mundo. Aún nos queda afirmarnos en nuestra unicidad. Aún nos queda sentir, y pensar, y razonar, y descubrir. Nos quedan muchas cosas. Demasiadas, en realidad. Nos queda nuestra finitud. Breve, pero fascinante. Fugaz, pero divina. Es la dignidad de lo finito, aún mayor cuando se sabe infinita.

*Logos.*- No veo qué sentido tiene hablar de un exilio metafísico cuando en realidad ignoramos si la humanidad posee una patria. Pues ¿quién conoce el destino del hombre, ese horizonte que trasciende voluntades y esfuerzos para proyectarnos al círculo de lo inesperado? Quizás seamos apátridas ontológicos. Quizás ni en el ser ni en el no ser resida nuestro verdadero hogar.

*Sofos.*- Añades entonces una tragedia a otra tragedia. Un absurdo aún más descomunal, que hunde más en su dolor a quienes han olvidado cuándo amaron por última vez la vida. Si no quieres que sufra demasiado, que sufra más de lo que un hombre puede y debe sufrir, concédeme al menos la fe en el poder salvífico de la creatividad humana. Invítame a creer que nuestros desvelos por embellecer y mejorar el mundo no han sido vanos, y que esa escalera de deseos que sube hasta un cielo infinito merece ser recorrida. De lo contrario, caerá el último apoyo a mi fe vacilante en la dignidad de la existencia, que ahora pende de un hilo finísimo. Permíteme al menos creer que la

voluntad de crear, esa sed de un poder que nos rescate del aquí y del ahora y se imponga sobre el sinsentido, es una aspiración legítima del hombre. Pues aun cuando todas nuestras creaciones puedan interpretarse como meras modificaciones de lo existente, como re combinaciones de lo dado, como re afirmaciones de una mismidad cósmica que acaricia peligrosamente los dominios de la nada, ese nuevo ángulo, esa alteración cualitativa, ese flamante horizonte de significado que establece un punto focal hasta entonces desapercibido es ya una manifestación del ímpetu creador del espíritu, de su originalidad, de su hermoso y digno inconformismo metafísico con lo que hay, del anhelo de ser y, más aún, de poder ser.

*Logos.*- ¿Y qué es, después de todo, crear? ¿Cómo es posible que sólo en el camino hacia ese vacío radical encontremos nuestra identidad verdadera, para reconciliarnos con lo que realmente somos? ¿Acaso somos en tanto que no somos, y sólo nos constituimos en seres auténticos mientras nos acercamos a la negación misma del ser, a su antítesis absoluta? Quizás el horizonte de la creación nos ofrezca la única forma de encontrarnos con nosotros mismos más allá de esa nada, de esa muerte, de ese sinsentido categórico al que nos dirigimos consciente e inconscientemente, como vagabundos atraídos por un destino inexorable. Porque al crear rasgamos el velo del tiempo, nos sobreponemos a la fría necesidad y albergamos la esperanza de haber encendido una luz flamante. Es la apertura de un mundo nuevo, el amanecer de una configuración inédita de lo real, donde la cadena causal y el gran ciclo de la vida discurren en paralelo a una estructura original del ser, contemplado ahora como ser-novedad, como posibilidad que trasciende la necesidad.

*Sofos.*- Me preguntas qué es crear. Crear es desear, y desear es elevarse sobre la rasa horizontalidad del ser para introducir un nuevo y sinuoso camino, una línea perpendicular hendida en esa recta exasperante e infinita que parece evocar la recta de los números naturales. Crear es convertir lo necesario en simple contingencia, en accidente de una sustancia más vasta y pura que el carácter uniforme de una realidad tantas veces absurda y lacerante. Crear es afirmar, es vivir, es quebrantar, es abrir, es viajar en una nueva dirección. Es añadir ser al ser. Es redimir al ser de sí mismo, de su mero "serse", de su aparente incuestionabilidad. Es obligar a la rosa a que ofrezca una razón de por qué florece. Es mover lo inmutable con el glorioso aliento de la insatisfacción. Es luchar contra la tragedia de la existencia humana, pues es triste vivir sin saber para qué se vive.

*Logos.*- No lla mes tragedia al existir, atormentado, como Unamuno, por la disolución del yo en la nada, amarga perspectiva que secuestró su pensamiento filosófico. Para una hormiga o un ave no cabe sentimiento de tragedia. Sólo percibimos la sombra de lo trágico cuando existimos conscientemente. La conciencia es nuestro drama más profundo. Está prefigurada en los grados ascendentes de complejidad de la vida. Todo ser vivo establece una barrera con el mundo, se separa del raso existir y adquiere una incipiente interioridad. Nace entonces la luz de una libertad creadora, de una indeterminación ontológica que entraña la posibilidad de ser uno mismo, de gozar y de sufrir. Un electrón simplemente es. No surge o desaparece, sino que emerge a partir de puras re combinaciones físicas dictadas por las leyes de la naturaleza. No hay identidad en un electrón, ningún atisbo de un "sí mismo" como el que comienza a despuntar en las

manifestaciones más elementales de la vida. Es un hecho y un proceso, pero no un sujeto.

*Sofos.*- Preferiría entonces no ser sujeto. Ser piedra, o estrella, o partícula subatómica. Fundirme con el llano existir de una totalidad cósmica. Ser, y nada más. Ahora soy demasiado. Qué carga más terrible la de tener conciencia. ¿Quién puede soportar su peso?

*Logos.*- En ocasiones uno querría transformarse en hormiga, o en ave, o incluso en planta; en mera fisiología reactiva, en concatenación de estímulos y respuestas. Demasiado grande es el dolor que aflige al ser humano, demasiada responsabilidad la de existir subjetivamente, demasiada incompreensión, demasiada conciencia del bien y del mal. ¿Pero en verdad renunciaríamos a la posibilidad de amar, a la primicia del pensar, al desafío de ser conscientes, al reto de ser uno y no otro, posibilidad grandiosa y creadora? ¿Renunciaríamos a este horizonte divino, aun transido de una negatividad que sólo corresponde a los dioses, a quienes contemplan el universo desde lo alto y sólo pueden compadecerse de los seres que todo lo ignoran? En la conciencia tenemos un don y un martirio. Depende de nosotros que el don justifique el martirio. Deja que de tus pensamientos atormentados broten intuiciones profundas y luminosas sobre la existencia humana. Aprende a amar la vida en lugar de resignarte a vivirla.

*Sofos.*- No idolatremos la vida, ni la historia, ni la epopeya humana. Vivir es condición de posibilidad de cualquier bien y de cualquier mal. En realidad, la vida es incomprensible. Nadie conoce el infierno que pueden estar experimentando los otros. De ahí la necesidad de que nos compadezcamos entre todos. Pero no sacralicemos la vida, especialmente la vida humana, la vida fermentada por la conciencia.

*Logos.*- En este punto sólo puedo coincidir con lo que dices. Concibe entonces el espíritu como un sueño efímero, pero disfruta de esta ilusión mientras vivas, porque el espíritu está inextricablemente ligado a la vida. Sólo fabrica ilusiones el que vive. El espíritu pertenece a la vida. Luego regresará a la materia, inerte y desespiritualizada, cuya esencia metafísica excluye la reflexión, la gloriosa vuelta sobre uno mismo, la belleza de un bustrófedon potencialmente infinito. Sólo vuelve el que desea, el que levanta una frontera entre su yo y el mundo, el que percibe la ausencia de sentido y el horizonte de la nada. Ilusionarse es rebelarse contra la realidad. Sólo vive quien crea una conciencia distinta a la constatación de la muerte y de la finitud. Constatar es limitarse a ser; confirmarse, materializarse.

*Sofos.*- Rebelarse, llorar ante el dolor del hombre, ¿no es crear ya un mundo?

*Logos.*- Hemos intentado buscar en el conocimiento y en el arte un alivio para la profunda soledad del hombre, para nuestra voz triste y trémula, que no deja de clamar

por un milagro. Parecemos desterrados a un mundo inhóspito, a un sinsentido atroz y colosal, a un absurdo cósmico, donde unos seres minúsculos se afanan en comprender y en dar significado a una realidad que quizás se halle desprovista de él. En este gigantesco teatro, en este abismo de voluntad, incontables actores aparecen y desaparecen; gritos y llantos, cánticos y atisbos de felicidad. Un esfuerzo ciclópeo de multitud de criaturas que vagan sin rumbo por inmensidades innominadas, como inimitables témpanos de hielo, ¿para qué? Para existir, para ser testigos del avance inexorable del tiempo, para desplegar las posibilidades de la materia. Para nada más. Ni siquiera sé si el universo existe para que los hombres lo conozcamos. Sólo sé que existe, y que quizás se justifique por su mera existencia; el universo como fundamento absoluto de sí mismo. El universo como absoluto. Dios hecho materia.

*Sofos.*- Todo sigue sin consolarme. Qué desperdicio de fuerzas y anhelos, qué sinsentido, qué caudal de absurdos diseminados a lo largo de miles de millones de años y tragados por una tierra ingrata... Parecemos hormigas fumigadas por la severidad de la historia, por la crueldad del tiempo. Pues pese a todos nuestros sacrificios y sueños, aún somos esclavos de la finitud. Aplaudo los deseos de quienes trabajan por liberarnos de este yugo, ajeno a la dulzura, pero siempre vibrará en nosotros un exceso de aspiración, una semilla de insatisfacción plantada en las profundidades del corazón humano y ansiosa por eclosionar en el horizonte de lo infinito, hogar añorado de su conciencia. Es la sombra indoblegable que anida en el alma, cuya oscuridad no deja de perseguirnos en el camino de la existencia; el agujón insumiso de una voluntad volcada al infinito.

*Logos.*- La vida engendra vida, es decir, caducidad, porque la naturaleza es dadora y sustractora de vida y de belleza. La inmortalidad sólo existe en la impasibilidad de una fórmula matemática.

*Sofos.*- Soñaría entonces con ser eterno y temporal al unísono. Así se difuminarían todos mis temores, todas mis aporías, todas mis dudas. Así no tendría que elegir entre Dios y el mundo. Qué oscuro es todo. Lo que parecía esbelto y dorado bajo el sol del mediodía se deshace en vaho y tiniebla cuando llegan las noches de mi desesperación. Qué aterrador es pensar y asomarse a ese abismo infinito que nos acecha y amenaza con sus garras de león rampante. La nada inagotable parece dispuesta a devorarnos, y todas las dudas se agolpan en una conciencia finita y desventurada, atacada por un ejército inclemente. Saltar es entonces la única opción. Saltar, vencer el vértigo para recorrer otro espacio, otra altura, hasta llegar a un nuevo acantilado y enfrentarse a la vastedad de un mar que es un abismo mitigado, pero también estremecedor. De abismo en abismo, de desfiladero en desfiladero... ¿No sería mejor no caminar, o entregarse a la hondura infinita del abismo? ¿Y si fuera mejor caer? En una caída infinita no se sufre, porque jamás se alcanza el suelo. Caída libre y perpetua: eso ha de ser la existencia humana. Un volar libre y creador. Pues cuando se entrelazan todos los crepúsculos en el dolor de tu corazón, ¿qué puedes temer? La muerte es entonces liberadora, puerta a un mundo nuevo para quien siente el profundo enigma del existir. Pero sólo sabe morir quien sabe vivir. Y sólo sabe vivir quien sabe llorar, porque el llanto es una respuesta al misterio del mundo.

*Logos.*- Sufres mucho porque sientes mucho. Eres demasiado exigente contigo mismo.

*Sofos.*- Quiero hacer algo que llegue a la mente y al corazón de la humanidad. No dejes que me consuma solo con mis dudas y con la incertidumbre de mi saber. Ayúdame a encontrar el camino hacia ese mundo donde la luz me absorbería por completo, donde yo mismo sería un todo de luz y un todo dador de luz nueva.

*Logos.*- No temas los abismos. El universo, la historia, la vida... ¿No es todo un profundo y gigantesco abismo transido de misterios e infinitudes que sobrepujan toda intuición? Teme sólo el oscuro abismo que puede surgir en ti, el mal que clausura la belleza del espíritu humano, pero no temas ser quien eres y quien puedes ser, ese universo de luz y sabiduría que puede expandirse en todas direcciones.

*Sofos.*- Temo mi soledad, porque me temo a mí mismo.

*Logos.*- Quizás seríamos más felices si aprendiésemos a soportar mejor la soledad, pero entonces no seríamos humanos.

*Sofos.*- Mírame. ¿No te alzarías sobre todos los cielos del universo con tal de sondear las verdaderas posibilidades del espíritu humano? ¿No surcarías galaxias centelleantes para explorar todo lo que una mente podría asimilar? ¿No vagarías perpetuamente por ese cosmos de posibilidades, como ave intrépida y nunca satisfecha? ¿No lanzarías la flecha de tu deseo contra la diana más alta y remota, contra la posibilidad de las posibilidades?

*Logos.*- Sin duda. Los dos juntos, como las dos alas de un mismo espíritu.

*Sofos.*- ¡Oh, amigo mío! Abrázame de nuevo. Un abrazo es implacable para un alma sensible. Me colma con una felicidad infinita, y ya no necesito caminar más. Todas las sendas desembocan en este instante, en este embrujo celestial que me eleva a un mundo nuevo. Siento lo inconmensurable aposentado en mí.

*Logos.*- ¿Por qué habría que medir este hechizo divino? Dejemos que vuele libremente, y que el feroz mas dulce impulso venza toda razón y toda voluntad. Hermosa derrota, pues en ella el espíritu regresa a sus fuentes primordiales, a la imbatible naturaleza, al yugo originario y creador del que nunca nos liberamos por completo.

*Sofos.*- El problema es que pienso y sueño demasiado. Si me abstuviera de pensar, flotaría sobre los lechos de una felicidad ingrátida y soportable, pero me traicionaría a mí mismo, y quizás también a mi especie. Además, sospecho que aunque comprendiera mucho sufriría también mucho. Estoy hecho para sufrir. El sufrimiento es mi destino y mi lenguaje. ¿Por qué he de sufrir de esta manera, alternando valles de dolor con cimas de entusiasmo? ¿Quién me condena a encadenar sufrimiento y alegría? Sería mejor limitarme a sufrir, abstenerme de gozar y sumergirme en la constancia de un sufrimiento al que probablemente aprendería a acostumbrarme. A veces me hundo en la desesperación de no entender, de no saber, de girar absurdamente junto a este planeta en un teatro cósmico que nada tiene que ver conmigo. Entonces sólo puedo encerrarme para llorar, para llorar intensamente, desolado por el silencio del mundo. Pero también siento grandeza, vida y deseo en este ciclo de agitaciones y estabilidades. Lloro y deleite se dan la mano en esta existencia, atribulada y dichosa al unísono. El ser y el no ser, quizás porque estemos hechos de ambos, y sólo podamos liberarnos de esta contradicción cuando ambos se separen. Pues si supiera para qué vivo, ¿me esforzaría en vivir?

*Logos.*- Lloras porque no entiendes el sentido de la vida. Yo tampoco lo comprendo. En realidad no entiendo nada. Cuanto más me afano en comprender, menos entiendo. Esta relación de proporcionalidad inversa entre mis esfuerzos intelectuales y la recompensa que recibo a menudo me atormenta, pero en ocasiones me vigoriza y exalta; me apremia a continuar buscando una respuesta que quizás no llegue nunca. Por ello, no dejes de llorar. Llorar es humano. Sufrir es humano. Pero también es humano crear, avanzar, vencer el llanto con un nuevo llanto, destinado a ser más puro. Que las lágrimas de tu hoy sean más puras que las lágrimas de tu ayer. Lloro mientras vivas, porque llorar es una forma profunda y honesta de vivir. Lloro para vivir, lloro para suspirar por esa comprensión que te rehúye. Reserva tu llanto para aquellos momentos en los que sientas que la profundidad inagotable de tu ser necesita expresarse, derramarse al mundo exterior, exhalar la grandeza de una subjetividad herida y sorprender a un universo inerte con los frutos de esa reflexión, como si una sola lágrima pudiera transparentar la totalidad del cosmos. Llorar es poético. Tanto como una montaña iluminada por la luz tibia del crepúsculo, o como la vastedad del océano que se yergue impertérrito ante quien lo contempla al atardecer, bajo el color de una soledad que ruga con fervor en su sigilo. La poesía es expresión de los anhelos más profundos del hombre. Es nuestro ser. En su lirismo prefiguramos también lo que deseamos ser. Es tensión infinita entre la realidad y la posibilidad, entre lo dado y lo soñado. Hay toda una ciencia oculta en las lágrimas. Una ciencia que sólo se puede canalizar a través de la poesía. Una ciencia hecha de silencio y de palabra. Un lenguaje único, que apela tanto a la razón como a la emoción, precisamente en esa encrucijada en la que es difícil distinguir la frontera entre dos dimensiones hilvanadas en el corazón de nuestro ser. Entrelazar llanto y alegría apunta a la verdad de lo humano, a nuestro ciclo de día y noche, de éxtasis y ensimismamiento, de pasión y tristeza.

*Sofos.*- Sin embargo, toda pasión esconde un fondo aciago, porque se sabe condenada a la irrealización.

*Logos.*- Y toda tristeza presagia la posibilidad de una alegría futura, de una nueva aurora tras este ocaso. Que tu llanto no sea hijo del miedo, sino de la audacia de quien no teme decir la verdad, desnudar su espíritu ante el mundo y hablar con la voz pura de una lágrima.

*Sofos.*- Lloro porque no dejo de hacerme preguntas. Todo esto, ¿para qué? La humanidad también desaparecerá cuando se apague el Sol. Su lucha agónica contra la evidencia infinita e inapelable de una realidad ajena a nuestros deseos habrá sido inútil, como si una deidad desdeñosa susurrara desde lo recóndito del cielo: “¡oh mortales!, qué patética es vuestra existencia, qué tristes vuestros esfuerzos, qué vanas vuestras aspiraciones, condenados como estáis a disolveros en la corriente arrolladora de la finitud, abocados a extinguiros en el inmenso océano de lo que no tiene vida”. Imagina que a las tres célebres preguntas kantianas respondiéramos con tres rotundos “nada”. ¿Qué puedo saber? Nada. ¿Qué puedo hacer? Nada. ¿Qué puedo esperar? Nada. Una nada imbatible, ubicua y pegajosa. Una nada que penetra en todos los campos de la acción y del pensamiento. Una nada universal. Una nada que no se compadece de nuestros afanes, de nuestra voluntad de hacer el bien y de luchar contra el mal. Una nada funesta que se olvida de quiénes hemos sido, de nuestras sonrisas y de nuestras lágrimas, de nuestra capacidad de amar, de la belleza de nuestra entrega a lo noble y puro.

*Logos.*- Si sólo puedes enseñarme que la vida es finita y que esta delimitación existencial te ahoga en los pozos de la angustia más profunda, mejor no digas nada. Eso ya lo sé. No me revelas nada nuevo. Lo que yo necesito no es insistir en la hondura de mi dolor, para agrandar la herida, sino un aliento existencial que me libere. Lo que yo necesito es una exhortación a crear el futuro con la razón y con la sensibilidad. Ayúdame entonces a comprender las causas de nuestra finitud, si en verdad quieres abrirte a la infinitud que nos eleva y trasciende. Pues cuando nos hacemos conscientes de todo el sufrimiento que existe en este mundo, ¿cómo no sentir la necesidad de traer algo de luz y de salvación? ¿Cómo no contribuir al sueño de que la indiferencia cósmica ceda el testigo a la solicitud humana? Aunque el universo no entienda el lenguaje de la moral, nosotros sí, y lo que me importa es justificarme no ante la inmensidad del cielo, sino ante dignidad de la raza humana.

*Sofos.*- Esta vida es incomprensible. Nos enfrentamos a una fuerza que nos supera, cuyo halo siniestro borraré todo vestigio de bondad y de amor que haya brillado sobre la faz de la tierra. Yo busco la mirada reconciliadora de un sentido que nos devuelve la fe en la humanidad.

*Logos.*- Si la vida pertenece al conjunto de lo absurdo, más absurdo aún es pregonarlo. La inconsistencia más estridente. No hables, no escribas, no anuncies nada si no hay nada y nada tiene valor. No lances amargas profecías si ni siquiera eso tendría sentido. Atormenta tu alma, pero no la de los demás. No robes nuestra ilusión. No tienes derecho a hacerlo. Adora devotamente la nada, pero déjanos a los demás adorar el ser,

déjanos soñar con la inmensidad del mundo. Las puertas del suicidio están siempre abiertas, no así las del amor por la vida y la creatividad. Rinde culto a la nada con tu silencio, no con tu palabra. No pienses en nada; disuélvete en la nada eterna en vez de en el ser puro. Suspende el flujo de tu ser, pero no nos contagies un dramatismo existencial que sólo sabe reforzarse, relámpago apocalíptico y paralizante que te electrifica con pulsiones nihilistas, vaciándote de tu amor al ser. Qué aburrimiento. Qué espanto filosófico. Qué bucle triste y oscuro, incapaz de cuestionarse, de abrirse, de relativizarse. El ser sabe negarse, pero esa nada desoladora ni siquiera es capaz de negarse a sí misma. Ni en eso es creativa.

*Sofos.*- Es cierto. Proclamar lo absurdo y la omnipresencia de la nada es dignificar lo que no es digno, pues no es nada. Es funesto caer en bucles depresivos, atolones espirituales que atestiguan el hundimiento de todo un mundo de anhelos y aspiraciones. Haz que emerja de nuevo desde las profundidades del dolor la gloria de una voluntad libre y creadora. Devuélveme el amor a la vida, pues ya no sé qué quiero ni qué puedo querer.

*Logos.*- Lo intento, pero a veces te regocijas en tu propio sufrimiento existencial. Si crees que la vida es algo vacío, llénala con el conocimiento, el amor y la belleza. Si quieres lograr algo perdurable, di algo verdadero. Alcanza una verdad y habrás conquistado la permanencia; habrás vencido a la muerte con la luz pura del espíritu.

*Sofos.*- Es una utopía creer que la vida tiene sentido, pero yo debo abstenerme de renunciar a esa utopía, pues sólo puedo postrarme ante la viveza y la exuberancia de una idea tan deslumbrante. Lo sé: es la expresión más acendrada del voluntarismo, el deseo de que nuestro corazón triunfe sobre nuestra mente. Hay cosas que sólo capta la sensibilidad, no las categorías del entendimiento.

*Logos.*- Quizás tuviera razón Schopenhauer cuando decía que la cosa en sí kantiana es la voluntad, ajena a las formas *a priori* de la sensibilidad y a las categorías del entendimiento.

*Sofos.*- ¿Y si todo naciera del deseo, fuente y copa de la vida? Puede que se trate de un deseo inconsciente, de una voluntad subterránea que atraviese el universo y adquiera distintas manifestaciones físicas e históricas, cabezas de una hidra colosal y oscura. Sin embargo, ¿cuál sería la naturaleza de esa voluntad? ¿De dónde procedería? Ni él ni Schelling lo explican, y mi respeto por el conocimiento científico me obliga a identificar en todo un mecanismo plausible y riguroso que materialice esas intuiciones filosóficas en procesos físicos observables. Lo en sí no puede ser otra cosa que las posibilidades de la materia para adoptar infinidad de formas, una de las cuales es la subjetividad, ese pozo que parece descender infinitamente, ese abismo proyectado a lo inteligible, pero desde el que paradójicamente surge toda posibilidad de entendimiento del mundo.

*Logos.*- No obstante, la subjetividad hunde sus raíces en la materia, en la lógica que gobierna los fundamentos de todos los fenómenos físicos. Ese núcleo originario de posibilidades siempre trasciende nuestra capacidad de imaginar y razonar, porque jamás podríamos estar seguros de haber identificado el sistema completo que determina semejante haz de posibilidades. Nunca podríamos saber con certeza si hemos alcanzado el absoluto verdadero, la explicación incondicionada, el primer motor inmóvil de la razón. Esta apertura intrínseca de un universo de posibilidades que no puedo determinar ni *a priori* ni *a posteriori* quizás selle la tragedia del ser humano, ansioso por comprender, pero condenado a dudar.

*Sofos.*- Poseemos una mente que no cesa de buscar un absoluto auténtico, un límite infranqueable para el intelecto, pero que continuamente se enfrenta a la ampliación de ese horizonte, al quebrantamiento de ese límite. Hemos nacido para sufrir por no comprender, mientras vislumbramos nuevas posibilidades de comprensión. Es probable que sea en esta ambivalencia fundamental donde estribe la verdadera cosa en sí, la infinitud incondicionada que se acercaría más que ninguna otra cosa a la esquiva idea del absoluto. Pues, en efecto, cabe la inquietante posibilidad de que el ser se halle siempre unido al no ser, a su negación potencial. Así, ninguna afirmación que conquistásemos, por poderosa e irrefutable que se nos antojara, delimitaría en realidad las fronteras últimas del ser, su sentido más recóndito.

*Logos.*- El tiempo es el heraldo del no ser, sus ojos y sus oídos, porque su discurrir niega lo anterior, inaugura una posibilidad hasta entonces inédita, añade nuevos elementos de información que se superponen a los anteriores y amplían constantemente las fronteras del ser. Estabilidad e inestabilidad, continuidad y discontinuidad, conservación y cambio, ser y no ser, espacio y tiempo...

*Sofos.*- Es imposible sustraerse a esta dialéctica compulsiva entre fuerzas que sólo concebimos desde la oposición conceptual, pero que inevitablemente se encuentran entrelazadas en el devenir del mundo, de la vida y de la historia, escalera de rosas y espinas que nos conduce a la verdad. Al fin y al cabo, enfatizar la armonía matemática de la naturaleza no puede hacernos obviar la llama ubicua y dilatada de la tensión, de la dialéctica, del conflicto. Queremos integrar, unificar, reducir lo complejo a lo simple, pero siempre triunfa la dualidad, la rebeldía de un binomio que humilla nuestro intelecto. Mas esta humillación es bella, porque nos insta a seguir buscando. Y buscar es vivir. Si el ser y el no ser se alzan, en definitiva, como aspectos inseparables, como las dos caras de una misma moneda metafísica, no es osado teorizar con la subsistencia de un fundamento aún más profundo, de un espacio que abarque ser y no ser, de una raíz única de la que broten el ser y el no ser.

*Logos.*- Amigo mío, el mundo es profundo, insondablemente profundo. En todas direcciones se revela su profundidad. Ascende a los cielos o desciende al núcleo de la tierra y percibirás atisbos de esa profundidad infinita. Pero la razón es aún más profunda. En ella encuentras luz. Luz para escapar de esa oscuridad innominada contra la que clama tu corazón. Una razón que denota universalidad, no particularismo

antropocéntrico, no asfixiante subjetivismo, no hundimiento en el lúgubre abismo del yo. Una razón que nos permite trascender el ocaso para descubrir la nueva aurora.

*Sofos.*- Te aseguro que soy capaz de asumir un arte no antropocéntrico, una filosofía no antropocéntrica, un idealismo no antropocéntrico.

*Logos.*- No lo parece. Todo tu discurso es rehén del antropocentrismo. Embriagado de celo narcisista, secuestrado por el amor a tu propia especie, crees que el mundo entero gira en torno al sol de nuestras almas. No haces sino buscar un universo hecho a imagen y semejanza del hombre. Un universo a la medida de los deseos humanos. Un universo que sólo puedes crear en tu imaginación. Un universo que sólo puede ser tuyo.

*Sofos.*- Continúas empeñado en negar la posibilidad de un sentido auténtico para la vida, para mi sufrimiento, para la fuente de mis lágrimas. Cegado por tu amor la ciencia y a la objetividad, sigues sin ayudarme a vivir humanamente.

*Logos.*- Es inútil hablar de sentido sin antes dilucidar qué significa este concepto que filósofos y artistas esgrimen con tanta ligereza. Primero hay que plantearse cuáles son las condiciones de posibilidad de que haya un sentido en la gran trama cósmica. El sentido puede venir determinado por la existencia de un orden causal eficiente. En ese caso, es la propia pertenencia a una cadena de razones previas la que confiere un significado a los miembros de ese conjunto, una justificación de su ser. Sin embargo, lo que solemos entender por sentido remite a la posibilidad de una causa final, de un cumplimiento que atraiga retroactivamente el curso de nuestras vidas hacia su consumación. De un destino. De una teleología, de una meta que absorba pasados y presentes en el crisol del futuro. Ese foco daría sentido a nuestro ser. Podría, eso sí, ser favorable o desfavorable a nuestros intereses. Lo que está claro es que el sentido exige necesariamente la presencia de un orden previo, de una lógica inscrita en el sistema. Del azar no emana un sentido. Ahora bien, a la luz de la ciencia sólo tenemos pruebas de un sentido eficiente, no final. Hay un orden causal en el universo que actúa como razón suficiente y explicativa de los fenómenos que observamos. No obstante, cuando analizamos la naturaleza de ese orden eficiente advertimos que en él coexisten lo determinado y lo indeterminado, posibilidades de proyección al futuro, al horizonte de la novedad. Por tanto, me parece legítimo sostener que el sentido de la vida, si estriba en algo, es en crear, en tomar las riendas de esa apertura ontológica que late ya en el universo físico y que alcanza su cumbre conocida en la conciencia humana.

*Sofos.*- Afirmas entonces que el conocimiento es la respuesta a la pregunta por el sentido de la vida. Que vivimos para conocer.

*Logos.*- Así es. Pero se trata de un sentido potencial. No puedo demostrar que sea el auténtico sentido del universo, pues ni siquiera sé a ciencia cierta si existe un sentido.

*Sofos.*- Luego el arte es el sentido de la historia, porque sólo puede tener sentido para el hombre aquello que sugiere libertad y capacidad creadora.

*Logos.*- Conocer y crear son las dos manifestaciones de una misma realidad subyacente. Sólo crea quien ya conoce algo, y sólo conoce quien es capaz de crear un concepto y un lenguaje.

*Sofos.*- Sólo puedo compartir tus palabras, rebosantes de clarividencia. Por tanto, el sentido de la historia ha de residir en el arte y en la ciencia, siamesas indisolubles que recapitulan el significado posible de la existencia humana, que no es otro que crear. Hemos alcanzado un acuerdo provisional, amigo mío, pese a nuestras desavenencias sobre el valor respectivo de la ciencia y del arte.

*Logos.*- Un acuerdo parcial sí, pero no creo que podamos reconciliar nuestras cosmovisiones. Son esencialmente antitéticas. Tú buscas un sentido eterno, un principio divino y permanente, pasión abstracta que siembra en ti un deseo infinito de amor y de belleza. Tú buscas a Dios, el Dios de los artistas, el Dios de los profetas, el Dios del idealismo; el Dios por el que siempre ha suspirado una parte del alma humana. Yo busco la verdad en la naturaleza.

*Sofos.*- Tú no haces sino divinizar la naturaleza. Tú destronas a Dios de su sitial celeste y te empeñas en que hunda sus raíces en el suelo de la materia.

*Logos.*- Quizás sea una cuestión de perspectivas. Arriba o abajo, todo pertenece inevitablemente a un mismo ciclo ontológico, a un mismo fundamento.

*Sofos.*- En cualquier caso, creo que tu interpretación de lo divino como una especie de orden matemático universal del que emanan infinitas posibilidades ofrece la ventaja de preservar el inmenso valor estético de la creencia en Dios, pero sin concebirlo como una instancia trascendente al universo, dado que lo integra en el sistema mismo del universo. Es más: lo identifica con el universo y su armonía matemática. Aunque jamás pretendería calificar a Leibniz de panteísta, creo discernir en tus palabras los ecos de una interesante idea planteada por el gran filósofo y matemático alemán. Según ella, Dios se alzaría como el matemático supremo que, al crear el mundo, habría efectuado un gigantesco cálculo de optimización: "*Cum Deus calculat fit mundus*". Así, Dios habría diseñado el sistema del mundo de tal manera que en todas las situaciones se lograra el óptimo en la relación entre los factores implicados, principalmente entre los objetos y las leyes que rigen el comportamiento de esos objetos, a fin de maximizar la potencia ontológica del sistema y de obtener la mayor eficiencia en su obrar. Habría seleccionado la mejor opción en todos los casos, como corresponde a su suma e infinita sabiduría, cuyas expresiones no pueden sino obedecer sumisamente la *lex melioris*, la ley de lo óptimo, la ley de la eficiencia y de la utilidad, la ley que extrae lo mejor de todo objeto y de toda ley.

*Logos.*- Por tanto, en la visión leibniziana no cabría algo mejor, no existirían posibilidades dotadas de un mayor nivel de perfección ontológica. Todo sería óptimo, por cuanto todo respondería a la razón suficiente que habría guiado de modo inconcuso el cálculo de Dios, vasta y celestial computadora que todo lo habría tenido en cuenta a la hora de imprimir el grado más eminente de perfección en aquello que su omnipotencia habría decidido atraer desde el oscuro abismo del no-ser hasta el luminoso espacio del ser.

*Sofos.*- En realidad, ni siquiera haría falta que Dios supervisase todos los detalles en la ejecución de su obra, porque establecidas unas condiciones iniciales y unas reglas de transformación, el sistema evolucionaría espontáneamente según el programa de instrucciones fijado, según la inexorable ley lógica del *modus ponens*, plasmación por antonomasia del principio de razón suficiente. Un espíritu bendecido con una capacidad de análisis inagotable, una mente laplaciana, omniabarcadora, debería poder inferir en cada manifestación del mundo el despliegue necesario de ese plan, el forzoso desenvolvimiento de unos axiomas de partida que gobiernan la totalidad del proceso. Para esa mente, todas las verdades de hecho no serían otra cosa que verdades de razón camufladas, elididas en el seno de tan inmenso mecanismo inferencial, por lo que identificaría plenamente la totalidad de los predicados con la totalidad de los sujetos asociados a ese sistema. En esa convergencia absoluta entre lo analítico y lo sintético, podría incluso predecir el rumbo de la historia, y deducir que César tenía que cruzar el Rubicón, Colón llegar a América y Napoleón vencer en Austerlitz. Dios sería entonces un sublime esclavo de la lógica, que sólo puede crear el mundo de acuerdo con los más escrupulosos cánones racionales. En todo brillaría la luz vigorosa e inextinguible de la lógica. La lógica resplandecería como el Dios verdadero, y en los primeros principios lógicos se condensaría la auténtica esencia de lo divino, el alma del creador.

*Logos.*- El principio "*praedicatum inest subiecto*" de Leibniz, si se aplica a las verdades de hecho, exige asumir el determinismo cósmico universal. Pues, en efecto, el predicado se hallará contenido en el sujeto si podemos elucidar la concatenación completa de causas y efectos que confluyen en ese fenómeno específico. Late aquí, insoslayablemente, el germen del determinismo que más tarde adoptarán figuras como Boscovich y Laplace, la contemplación del tejido inconsútil de la naturaleza, donde no existen fisuras, resquicios y discontinuidades, sino que todo conspira con todo, todo cede a todo y en todo resplandece todo. Por tanto, la conexión entre el sujeto y el predicado, que en los juicios sintéticos sólo puede alcanzarse por medio de la experiencia, en realidad sería diáfananamente visible para una mente divina, cuya inteligencia suprema fuese capaz de esclarecer el vínculo universal que todo lo conecta con todo, dentro de la vasta trama de la naturaleza. Sin embargo, pienso que el problema fundamental de la tesis leibniziana emerge con severidad y nitidez. Atribuir a Dios la necesidad de seleccionar siempre la mejor opción en el mejor de los mundos posibles deja al arbitrio de lo inescrutable determinar qué significa exactamente *lo mejor*. De nuevo, lo mejor, ¿para qué y según qué criterio? Si desconocemos la teleología última que inspira el proceso creador de Dios, ¿cómo podemos saber que cada opción concreta realmente encarna lo mejor?

*Sofos.*- Pero esta objeción refuerza el argumento de Leibniz: tú no lo sabes, pero Dios sí. Él si tiene en mente una teleología optimizadora.

*Logos.*- Quizás este mundo sea el mejor de los mundos posibles en el cómputo general, a escala global, pero no necesariamente en las realizaciones específicas, en los itinerarios intermedios. El sistema podría estar degenerado, esto es, subdeterminado con respecto al resultado final, tal que cupiesen distintos grados de indeterminación en ese gigantesco sistema deductivo presidido por leyes inmutables que Dios habría planificado con sumo esmero y suprema artesanía.

*Sofos.*- Para Leibniz, esa indeterminación en los subsistemas sería impropia de la sabiduría divina. En cualquier caso, coincido en tus apreciaciones, sin olvidar que Leibniz no responde a la pregunta que él mismo formuló: ¿Por qué el ser y no la nada? O, más bien, ¿por qué Dios tenía que crear el mundo? No basta con afirmar que lo hizo por amor, pues no sé qué puede significar esta frase en un contexto ajeno a la elaboración de hermosas metáforas poéticas. Y como Leibniz se niega a sostener que Dios creó el mundo como fruto de su libérrimo arbitrio, de su suprema libertad, de una voluntad absolutamente liberada de la obediencia al principio de razón suficiente, parece que más bien concibe una necesidad intrínseca en el proceso creador. Dios estaría obligado a crear el mundo por imperativo lógico.

*Logos.*- Leibniz tampoco explica por qué Dios tenía que existir desde la eternidad; por qué no ha primado un no-Dios, o un Dios negativo: el Dios del no-ser, revestido de todos los atributos tradicionalmente predicados de Dios, pero en negativo.

*Sofos.*- En este punto no veo problema, al menos desde la perspectiva leibniziana. Recuerda que para el filósofo alemán Dios existe necesariamente.

*Logos.*- Te sorprenderá lo que voy a decir. Sé que contrasta con mis posiciones agnósticas y ateas, pero te confieso que todavía encuentro un lugar para Dios en mi mente. Dios es una pregunta, no una respuesta. Es la pregunta por el todo y por su posible fundamento.

*Sofos.*- Entonces, Dios equivaldría a un resto desconocido siempre pendiente.

*Logos.*- Como sugerí antes, Dios sería la mente del futuro; el límite infinito al que podría tender el desarrollo evolutivo de la mente.

*Sofos.*- Tú adoras el futuro. Tu dios es el futuro. Tu dios es el horizonte de posibilidades de la humanidad.

*Logos.*- Así es. Amo lo posible. Lo posible es un dios para mí, una luz que me rescata de la monotonía y del sinsentido.

*Sofos.* – Luego tu dios es una mezcla de ciencia y arte.

*Logos.*- Y de posibilidad. De creación. De la Ciudad de Dios a la Ciudad de la Creación. ¿Cabe acaso concebir algo superior a Dios? Sí. Aquello que sería capaz de crearse continuamente a sí mismo. El meta-Dios. El Dios-creatividad.

*Sofos.*- Más allá de la conceptualización filosófica a la que sometes la idea de Dios, ¿no hay nada valioso en las religiones históricas? ¿No encuentras ninguna enseñanza perdurable en las palabras de Jesús de Nazaret?

*Logos.*- Acepto la existencia histórica de Jesús el galileo, pese a desconfiar de muchos de los testimonios que nos han llegado sobre sus palabras y sus obras, en algunos casos confusos y mutuamente contradictorios. Creo también que hay algo admirable en muchas de las enseñanzas que se le atribuyen. Doy un “sí” a Jesús, como se lo doy también a Buda, y a Lao-Tse, y a Sócrates, y a San Francisco de Asís, y a otros grandes maestros del espíritu que han ennoblecido la historia humana con la excelencia de sus doctrinas y con la pureza de sus acciones.

*Sofos.*- El Sermón de la Montaña sobresale por encima de todas las demás enseñanzas. Te confieso que yo necesito el mensaje, no al mensajero. La suavidad de las palabras de Jesús me revela un mundo demasiado luminoso, demasiado universal. La escucha de esa dulzura envuelta en verdad y amor reconforta mi alma, sedienta de paz y bien. Poco me importa que hayan sido inventadas por los evangelistas o que respondan a las auténticas palabras del nazareno, pues su verdad trasciende su contexto; es la verdad de aquello a lo que puede aspirar el hombre.

*Logos.*- Coincido en tu apreciación, pero tú te centras en las palabras más bellas y universales de Jesús. Olvidas otras sentencias tuyas más problemáticas y de dudoso valor ético, como las que traslucen un exasperante nacionalismo judío y un innegable exclusivismo religioso. Piensa en el diálogo con la mujer siro-fenicia. Al menos Jesús supo rectificar, y quizás sea ésta la mejor enseñanza que podemos extraer de ese pasaje evangélico. Por otra parte, yo no puedo compartir su énfasis en el perdón y en el amor a los enemigos como epicentro de las relaciones humanas. Lo entiendo y alabo en lo que respecta a las relaciones estrictamente privadas, a la esfera de los sentimientos

individuales, porque perdonar nos permite vencer la aparente irreversibilidad del pasado y nos abre a un mundo nuevo y hermoso. Sin embargo, en el ámbito de las relaciones sociales no se puede insistir tan desafortunadamente en la primacía del perdón, pues conduciría a consecuencias indeseadas. Si el perdón sustituyera la justicia, los malos tendrían incentivos constantes para perseverar en sus actos.

*Sofos.*- El cristianismo exalta el perdón porque parte del supuesto de que somos pecadores, naturalmente pecadores, enfrentados continuamente a la disyuntiva entre el bien y el mal, pero atrapados por una poderosa inclinación hacia el mal. Esta fatalidad intrínseca sólo puede subsanarse mediante la intervención de un don, de una gracia externa y divina que nos redima de nuestros pecados y de nuestra extraña predisposición al mal.

*Logos.*- La idea de que somos intrínseca y contagiosamente pecadores, de que nacemos en el pecado y de que sucumbimos inexorablemente a un pecado multiforme, omnívoro e innato es una de las creencias más perniciosas, más crueles, más deshumanizadoras de cuantas nos ha legado cierta interpretación del mensaje de Cristo. Es propia de quienes aman el cielo más que a las personas. Con su teoría del pecado original y de su dominio despótico sobre el alma y el cuerpo, San Agustín se ha convertido en uno de los responsables máximos de este ataque contra la dignidad humana, pero los teólogos posteriores han sido cómplices diligentes a la hora de sembrar un sentimiento de culpabilidad irremisible y martirizante, cuyas gotas ponzoñosas no han dejado de deslizarse aciagamente por los intersticios de innumerables conciencias. Por ello, todo lo que ayude a erosionar semejante imperio de ideas inhumanas mediante la luz de la razón ha de ser bienvenido. Es precisamente lo que sucede ahora gracias a la secularización que experimentan las sociedades occidentales, pues vemos cómo se difumina paulatinamente toda una constelación de creencias y prácticas que no se sostenían en las convicciones individuales, sino en las convenciones sociales. Son planteamientos obsoletos, estalactitas a punto de caer. El ser humano debe creer en su grandeza, en sus posibilidades, en el don de existir y de beneficiarse de millones de años de evolución previa a esta maravillosa eclosión de complejidad que hoy nos define. Cada uno de nosotros debe creer en su dignidad, pues si ni siquiera tú crees en ti mismo, no pidas a los demás que lo hagan. Nos perderemos en una espiral de desconfianza y pesimismo, en una nueva Edad Media que ahogará el espíritu humano.

*Sofos.*- La definición clásica de pecado reza “*Aversio a Deo et conversio ad creaturas*”, pero mi concepción religiosa es distinta. Es estética, es integradora. No escinde a Dios de la naturaleza, ni expulsa la naturaleza del regazo divino.

*Logos.*- Si Dios es infinitamente misericordioso, si la dicha del perdón brota de su espíritu eterno como agua que fluye de un manantial inagotable, ¿cómo explicar su falta de clemencia con los ángeles caídos? No se me ocurre mayor acto de crueldad que su condena eterna. Según la teología más ortodoxa, el ángel se sentencia a sí mismo a un castigo irrevocable en virtud de una sola decisión de su voluntad, pues en teoría su

intelecto habría sido capaz de vislumbrar todas las consecuencias posibles emanadas de sus acciones. Pero esta tesis no tiene ningún sentido. Primero, sólo una mente divina podría otear los infinitos horizontes potenciales que se abren con cada decisión. Y, en segundo lugar, antes de sucumbir al mal esos ángeles fueron criaturas luminosas, llenas de amor y de sabiduría, por lo que también tomaron decisiones buenas, que deberían ser igualmente irrevocables, tanto como para garantizarles la salvación eterna. Si fueron buenos durante un único instante, ya deberían quedar justificados para toda la eternidad en el espacio infinito de los cielos, y Dios debería haberlos librado para siempre de las llamas infernales.

*Sofos.*- Esta dificultad no supone ningún problema para mí, porque puedo concebir una salvación eterna, pero no una condena eterna. Como Orígenes de Alejandría, creo en una *apocatástasis* o restauración final de todas las cosas. Incluso el diablo debería convertirse a Dios en ese radical escenario escatológico. Toda la teología la interpreto como un símbolo elocuente de una verdad filosófica más profunda: la capacidad que tiene el hombre para rescatar lo que parece insalvable, el poder que atesorará una mente futura, mucho más elevada que la nuestra, para mejorar, para progresar y para llevarlo todo a una plenitud que siempre se alzarán como límite infinito; para ir más allá de la Jerusalén celeste.

*Logos.*- El cristianismo ya no sirve. Inventemos algo nuevo. Imaginemos cimas aún más altas.

*Sofos.*- Tus palabras me recuerdan a las de Nietzsche, quien hablaba de transvalorar todos los valores, pero ¿para qué? ¿Con qué criterio? ¿Mero y ocioso ejercicio de exploración filosófica y vivencial, auténtica propuesta de un nuevo sistema o renuncia definitiva a cualquier tentativa de racionalizar la acción humana? ¿También habremos de transvalorar la transvaloración de los valores? ¿Nos entregaremos a la más flagrante de las contradicciones lógicas por el simple hecho de afirmarnos como individuos creadores? Con los horrores que aún existen en el mundo, con la injusticia no resarcida, con el sinsentido imperante en esta historia, ¿no sería mejor emplear todo el potencial creador del espíritu humano para diseñar el sistema de los sistemas, la posibilidad de las posibilidades, el mundo no sólo humano, sino más digno aún del hombre y de lo que puede venir después del hombre?

*Logos.*- No se trata de imaginar por imaginar, sino de imaginar para elevarnos por encima de lo dado y hacer justicia a este universo, que nos ofrece incontables posibilidades de pensamiento y de creación. Este deseo es noble. En cuanto a Nietzsche, algunas de sus enseñanzas me parecen sublimes, otras, espantosas.

*Sofos.*- Ojalá supiera llorar el universo con cada injusticia que se comete en su seno. Ojalá hablara el firmamento con una voz humana, con una voz de amor. Pero nuestros sueños se reflejan en el espejo roto de una naturaleza sin alma, cuya suntuosidad no

conoce ni la justicia ni el amor ni la compasión. En cualquier caso, qué extraño: pensaba que nuestro diálogo versaría sobre la ciencia y el arte, y al final no hemos podido evitar hablar de Dios...

*Logos.*- Lo sé. Hermosa y divina contradicción, en la que gustosamente incurro.

*Sofos.*- Después de conversar sobre tantos y tan variados temas, no deja de sorprenderme que tu amor apasionado por el espíritu científico no te haya convencido de que el universo evoluciona inexorablemente hacia el desorden, hacia el caos, hacia mayores niveles de desorganización, preludio de la verdadera libertad creadora. Ese aumento irreversible de la entropía sella el destino de un universo condenado a alejarse paulatinamente de los ideales de simetría y perfección matemática que muchos científicos y filósofos han exaltado.

*Logos.*- Te equivocas, querido amigo, si pretendes descifrar la esencia última del universo mediante el concepto de entropía. El incremento irreversible de la entropía constituye una ley del universo, no lo niego, pero vale la pena mencionar que esta ley coexiste problemáticamente con otras leyes. También busca el universo la conservación de determinadas magnitudes físicas. Junto con esa tendencia hacia el desorden sobre la que tan agudamente reflexionó Boltzmann impera una búsqueda de equilibrio, regida por esclarecedores principios de simetría. El universo quizás camine hacia el desorden, pero no cesa de intrigar a la imaginación humana que esa senda de apariencia irrevocable discurra a través de la generación de estructuras estables y complejas. Fíjate en la constancia de la masa del protón, o en la estabilidad de ciertas estructuras químicas, ya desde el surgimiento de la molécula de helio, o en la génesis de tantas manifestaciones de orden en forma de galaxias y sistemas planetarios. De lo minúsculo a lo grandioso, el orden irrumpe de manera ubicua y deslumbrante, como Minerva de la cabeza de Júpiter. Aumenta, sí, la entropía; es el principio de la diferencia, de la variación, de la negación, del tiempo que jamás regresa a los estadios previos, misterio sempiterno para filósofos y científicos, que en tantas ocasiones se han desvelado por comprender la naturaleza del tiempo. Sin embargo, priman también importantes principios de conservación, de simetría inalterable, como el principio de conservación de la energía o, en una formulación más general, el principio de la acción física estacionaria, que siempre ha de alcanzar valores extremos. Por tanto, no todo es cambio en el universo. Parménides y Heráclito parecen resucitar en la cosmología contemporánea, como si clamaran por una reconciliación definitiva entre las categorías antitéticas de la permanencia y de la variación.

*Sofos.*- Sin embargo, ni siquiera los científicos habéis sido capaces de entender cabalmente cómo se entrelazan todos esos principios, cómo dimanen de un axioma unificador. ¿Por qué, en vuestra ansia desmesurada de simplicidad conceptual y unidad explicativa, no habéis logrado identificar un único principio que rijan la evolución del universo?

*Logos.*- Lo admito: no lo sé. Y lo peor es que ignoro cómo podría llegar a saberlo. Es un fracaso de la ciencia, al menos por el momento. Aunque quizás represente también una victoria, el triunfo de quien se ciñe a las evidencias y no trata de imponer a toda costa los principios intelectuales que más le fascinan. A la hora de entender rigurosamente el cosmos, no cometerá el error de los platónicos, quienes, anhelosos de proyectar las leyes supremas de la perfección matemática sobre el funcionamiento del universo físico, pretendían salvar aquellos fenómenos que contradecían sus hipótesis de partida. No aceptaban, por ejemplo, la existencia de órbitas elípticas en el movimiento planetario, porque se les antojaban más imperfectas que las órbitas circulares, quintaesencia de completitud y proporción. La ciencia intenta entender el mundo desde el menor número de principios simples y universales, pero se subordina al propio mundo, que es la norma por excelencia, la regla inquebrantable. Si el universo se revela ante nosotros como un conjunto gobernado por distintas leyes, mutuamente irreductibles, sería ciego empeñarse en forzar esa verdad incontrovertible. Razón y evidencia, pero ante todo evidencia; yace aquí la diferencia principal entre las matemáticas y las ciencias naturales. El matemático encuentra esa evidencia en la consistencia formal de sus proposiciones, no en un mundo externo a su mente, no en el filtro implacable de una realidad que en ocasiones desafía la perfección de nuestras hipótesis. Las sorpresas que el universo depara al científico exceden inconmensurablemente lo que la razón y la imaginación intuyen en el curso solitario de sus cavilaciones. La naturaleza es más sublime que todos los mundos posibles.

*Sofos.*- Ojalá tengas razón. Como tú, me veo obligado a mantener la esperanza en la posibilidad de conocer alguna verdad y de crear algo digno y valioso. Gustosamente seguiría embarcado en este diálogo de vocación eterna, amigo mío, pero está anocheciendo. El crepúsculo llamea en la cresta de las montañas. Con sus destellos purpúreos de flor de loto nos invita a despedirnos. ¡Oh, los finos y ruborizados resplandores del ocaso, que parecen irradiar fuerza y esperanza al corazón! Esta belleza es desmesurada. El espectáculo de una naturaleza que no se cansa de reiterarse en noches y días, la irrupción del silencio sepulcral de la noche... Qué dulce es contemplar tanta hermosura y saborear por un instante la esencia de lo infinito. Todo es demasiado puro. Todo enaltece la sensibilidad. Bajo la noche estrellada he aprendido a venerar el poder del silencio, capaz de exhalar por doquier los aromas más olorosos. Siento que sólo la noche inspira los pensamientos profundos, porque sólo en su silencio puede el alma conversar consigo misma y con el todo. Enfrentados a la inmensidad del cielo nocturno y al exotismo que lo enhebra, la oscuridad anuncia un mundo de misterio ilimitado y de belleza pura. La oscuridad nos ofrece el sueño del infinito...

*Logos.*- Tantas preguntas me has planteado que ahora puedo admirar la concatenación universal de todas las cosas, y decir, como Anaxágoras, que “*todo está en todo*”: todo es todo, todo remite a todo, todo late en todo, todo proyecta a todo. ¡Divino todo, todo divino! ¿Y acaso no es bello contemplar cómo cualquier interrogante filosófico que formules conduce a otro, en una cadena venturosamente infinita que nos permite soñar con las cimas más altas y con los más hermosos horizontes?

*Sofos.*- Sólo puedo rendirme devotamente ante esta pléyade infinita de preguntas cada vez más hondas sobre el mundo, la vida y la conciencia. Ella sola nutre la aventura de

nuestro intelecto, pues su estela es el faro de toda ciencia, de toda filosofía y de todo arte. Es la rúbrica de un futuro siempre abierto, el símbolo de una verdad concebida como límite que jamás se clausura, el emblema de una búsqueda inagotable que justifica todos los esfuerzos de la humanidad. Y cuanto más profundas sean las respuestas, más profundas habrán de ser las nuevas preguntas. Feliz e infinita cadena de preguntas que engrandece nuestra búsqueda de conocimiento. Mas ¿cómo no sentir una mezcla de vértigo y admiración ante esta espiral incesante, destinada a depararnos una infinitud potencial de sorpresas? Sólo quien aprende a amar la búsqueda puede reconciliarse con este infinito luminoso que siempre nos adelanta. Sólo quien aprende a amar el futuro como respuesta al presente puede llegar a descubrir la clave hermenéutica de la epopeya humana.

*Logos.*- Vivir inmersos en esta concatenación inacabada de respuestas y de nuevos interrogantes es profundamente bello. Evoca el rostro de la libertad, de una libertad siempre nueva, siempre rejuvenecida al son de nuestra búsqueda. Y quizás lo eterno sea la búsqueda.

*Sofos.*- El gran límite de la ciencia es el conocimiento del futuro. El gran límite de la ciencia es la propia ciencia, porque la ciencia no puede predecirse a sí misma. No puede predecir la ciencia del futuro. ¿No resulta fascinante pensar que sabremos cosas que ahora ignoramos, y que corregiremos muchas cosas que ahora creemos saber? La ciencia camina siempre por delante de sí misma. Podremos tener una ciencia que quizás humille a la actual, una ciencia distinta, superior, más profunda y universal: la ciencia de las ciencias.

*Logos.*- En efecto, pues ¿cómo cambia la percepción de lo evidente! Parecía tan evidente que un cuerpo más pesado ha de tardar menos en caer desde la misma altura, o que sólo cabe una geometría dotada de consistencia lógica... Encerrada nuestra mente en paradigmas que, como el de la física aristotélica, ofrecían respuestas a todo, qué difícil era plantearse escenarios alternativos y sondear nuevas posibilidades. Puede que la única verdad absoluta que jamás conquiste el espíritu humano sea la provisionalidad de todo saber, o al menos su carácter limitado: la existencia de un horizonte ulterior a todo, capaz de relativizar lo que hoy nos sentimos tentados de absolutizar. ¿Existirá alguna vez una mente inmune al error, tan lúcida como para captar la verdad de manera plena? Lo desconozco. Pero para no añadir confusión, creo necesario que la próxima vez organicemos nuestro coloquio de una manera más eficiente. Sé que en el plano de los fundamentos todo está relacionado con todo, y que para un espíritu bendecido con el impulso volcánico de una curiosidad genuina y con la vastedad de un intelecto laplaciano sería imposible aislar cuestiones artificialmente, porque en todas resuenan los ecos de preguntas ulteriores. Sin embargo, ¿no piensas que si la razón busca ansiosamente la respuesta completa, la teoría absoluta, la visión total, naufraga en ella misma, se enquistada y no avanza? ¿No crees que la mente humana debe dividir las preguntas, y resistir la fogosidad de ese ímpetu omniabarcador e incesante que parece exhortarnos a descubrir, de una vez por todas, la solución a cuantos enigmas contempla el entendimiento? Sucumbir a un holismo apresurado y acaparador, ¿no nos obstruye, no nos precipita por el agitado abismo de un todo ecléctico e ingobernable, en vez de

invitarnos a plantear el interrogante por las condiciones concretas en que cada cosa se relaciona con las demás?

*Sofos.*- Sin duda. Es la gran virtud del método analítico, que desbroza las imbricaciones entre los fenómenos y descompone el todo en sus partes. Aunque no debemos olvidar, como advirtió Descartes, que al análisis ha de sucederle la síntesis, la reconstrucción.

*Logos.*- Así es. En cualquier caso, y si estás de acuerdo con esta apreciación, será mejor que en otra ocasión ordenemos convenientemente los temas que deseamos abordar.

*Sofos.*- No. No quiero seguir ningún orden. Déjame ser libre por unos instantes, y sumirme en una anarquía creadora. No sabes cuánto placer me produce entregarme a la especulación y permitir que la mente vague, libre y embriagada, por la totalidad del reino del saber. Por ello, prefiero renunciar a cualquier tipo de organización en los temas y ritmos de nuestras conversaciones. Suficientes imperativos existen ya en la vida real como para proyectar su sombra sobre el diálogo y el intercambio puro de las ideas.

*Logos.*- Entiendo que no hemos de temer caer en parcialidades. Para nosotros será un signo de humildad reconocer que si bien todo se halla conectado con todo en último término, y que quizás la más poderosa de las mentes percibiría al unísono la melodía absoluta del universo, nuestros intelectos finitos se ven obligados a distinguir, a dividir, a fragmentar, a repartirse un trabajo demasiado arduo. Quien tiene miedo de la parcialidad, quien se flagela por no dar con la teoría completa, agujoneado por el espectro de la totalidad, se condena a la inacción. ¿Qué sabio, por eximias que nos parezcan sus enseñanzas, ha despejado todas las incógnitas y ha desvelado todas las verdades? ¿Qué sería de nosotros si todo hubiese sido ya resuelto? ¿Qué tarea nos quedaría en la tierra? Una teoría completa debería incluir todos los casos conocidos y concebibles de los sistemas sobre los que pretende ser aplicada. Una teoría completa del universo debería abarcar cualquier fenómeno no sólo conocido, sino imaginable. Dudo mucho que ninguna mente finita logre nunca coronar una cima tan ambiciosa. Ni siquiera un intelecto divino podría eximirse de cumplir el teorema de Gödel. ¿Quién conseguiría entonces una teoría completa y consistente del universo, de la vida, de la historia, de la mente y de sus posibilidades abocadas al infinito?

*Sofos.*- Por supuesto, pero insisto en la belleza indescriptible que brota de la conversación libre y espontánea, del juego gozoso de una imaginación volcada no a un fin concreto y tangible, sino al deleite de su propio ejercicio. No temamos ir de una idea a otra, o regresar a las mismas ideas, peregrinando por esos universos en miniatura que se recrean como fractales en cada cuestión, en cada concepto, en cada átomo de inteligibilidad, cual gotas de rocío capaces de reflejar todo un mundo de pensamiento. Demasiadas distinciones y clasificaciones han propuesto ya los sabios. Vivimos invadidos por taxonomías, esquemas y jerarquías; busquemos ahora la libertad auténtica, la magnanimidad, la verdadera "grandeza de alma". Me fascina este concepto. *Mahatma*, alma grande. Todo lo que nos ayude a engrandecer el alma ha de ser bienvenido. El mal no es sino la reducción de nuestros horizontes vitales, la clausura de

una mente hecha para abrirse sin límites. Busquemos un mundo que sea una suma de inteligencia y bondad. ¡Oh maravilla de existir, oh privilegio de haber contemplado el mismo sol que tantas almas grandes, bellas y bondadosas!

*Logos.*- Aun así, sé clemente contigo mismo, no te sientas culpable por analizar problemas pequeños o cuestiones fragmentarias. Lo importante es que en todo manifiestes un espíritu honesto, enamorado de la verdad por encima de nuestras preferencias subjetivas y de nuestros deseos más ardorosos.

*Sofos.*- Me resultará difícil, pero lo intentaré.

*Logos.*- Recuerda que lo pequeño es fundamento de lo grande. Esa visión absoluta que tanto te fascina tendrá que sustentarse sobre piezas minúsculas, cuidadosamente elucidadas por el esfuerzo de muchos e imprescindibles para coronar la más elevada de las cúspides intelectuales. Lo grande parecerá entonces volverse pequeño, cuando en realidad se hará aún más grande, pues comprendemos el proceso que conduce de lo pequeño a lo grande, la circularidad hermenéutica que conecta ambas dimensiones. Esta labor desmitificadora es profundamente bella. No resta un ápice de magia a la realidad. Antes bien, pone de relieve la importancia de tener en cuenta el marco relativo desde el que analizamos un objeto. Lo pequeño es grande en una escala, y lo grande es pequeño en otra. Es la mente la que atribuye propiedades que no pertenecen intrínsecamente a la realidad. Es la mente la que debe aprender a encontrar en todo un motivo de inspiración, un hermoso destello de tensión creadora, una pregunta abierta, una grandeza surgida desde el suelo tembloroso de la pequeñez. Por tanto, no desistas en tus nobles ambiciones de entenderlo todo, de agotar todos los misterios del universo con la fuerza de la mente, pero no desprecies las humildes piedras que han de sostener esa gigantesca catedral bajo cuyas divinas bóvedas se custodiaría el tesoro de la verdad completa.

*Sofos.*- Parece, al fin y al cabo, que hemos cometido un error categorial al establecer una oposición tan severa entre el arte y la ciencia. Todo nuestro diálogo no hace sino poner de manifiesto que existe una feliz continuidad entre ambas dimensiones de la creatividad humana. La ciencia estudia realidades, el arte contempla posibilidades. Por tanto, ambas inauguran mundos, ambas crean categorías y cosmovisiones. Además, hay mucho espacio para la cooperación intelectual entre las ciencias y las humanidades. Científicos, filósofos y creadores artísticos están llamados a unir fuerzas para abordar los desafíos más profundos para la mente humana, como la naturaleza de la libertad y el misterio de la conciencia.

*Logos.*- Sigo pensando que se puede ser materialista, y creer firmemente en las virtudes explicativas del racionalismo científico, pero apreciar también con justicia el valor del arte, y mostrar sensibilidad ante la belleza. La evolución puede contemplarse como un despliegue de posibilidades, como una relación recíproca entre la simplicidad de las leyes de la naturaleza y la complejidad que éstas son capaces de producir. La ciencia es así arte, es apertura a la novedad, es creatividad puesta al servicio de un orden que no se somete a la voluntad humana, de una realidad objetiva e impersonal que no claudica

ante nuestros afanes, pero que los propicia, pues es la raíz del mundo humano. El arte es expansión de la mente, es desbordamiento, es creación pura, es despliegue de subjetividad, y por tanto progreso del hombre sobre las determinaciones que parecían esclavizarlo con el yugo de lo inexorable.

*Sofos.*- El arte se nutre del conocimiento del mundo, pero busca ampliarlo, e incluso rebelarse contra el azaroso mundo. El arte es vanguardia del mundo, un diluvio de creatividad que renueva la faz de la tierra y el rostro del hombre. Una alegría cósmica debería inundar el universo cuando la belleza nace allí donde sólo había oscuridad. Una belleza que es también poder: poder de transformar, de crear y de anticipar, como si la mariposa al batir delicadamente sus alas estuviera rasgando todo un cielo de ideas posibles. Es el orden triunfante sobre el caos, isla de estabilidad en medio de lo mutable. Pero gracias a ese océano de caos y deseo nace el orden creador, destinado también a transformarse en nuevo caos y en nueva fuente de cultura. Es la cadena incesante de la posibilidad.

*Logos.*- También la ciencia es también vanguardia luminosa de la mente, herramienta que nos permite navegar hacia lo desconocido.

*Sofos.*- Sí, y por tanto en el arte y en la ciencia resplandece la creatividad humana, que no conoce fronteras entre disciplinas y técnicas, sino que brilla por igual en todas las expresiones de una misma voluntad de comprender, de transformar y de imaginar.

*Logos.*- Tan importante como alcanzar el saber es llegar a ser conscientes de que no sabemos muchas cosas, y de que muchos conocimientos están destinados a superarse. Esta convicción es el fermento del espíritu científico.

*Sofos.*- Todo se resume en una palabra: amor. Amor a la ciencia, amor al saber, amor a la belleza, amor a la imaginación... Es el imperativo de infundir amor hacia todo lo que es luminoso, y hemos de admirar todo cuanto destaque por su luz, para ayudar al que lo necesite. El amor, semilla de la vida, nos ofrece una visión transparente del mundo, pues basta con sucumbir a la dulzura de su hechizo para sentir una profunda piedad ante lo que nos desborda, ante lo que nos supera, ante lo que nos enaltece. Y amar el saber es un acto de piedad. Aspirar a una contemplación pura y desinteresada que nos revele la verdad del mundo es la mayor manifestación de piedad que puede desear el hombre. Un corazón duro y áspero se reblandece ante la voz lírica que se atreve a hablar de un amor puro, de un amor que trasciende lo sensible para percibir en el otro un fin incondicionado. Santa es la imaginación que osa concebir un reino de amor puro, pues amar es ensanchar el alma para que aprenda a ver más allá de sí misma. Es asumir una negatividad, un elemento externo que expande la positividad del alma. Y si parece que la negatividad es el motor inexorable del devenir, yo quiero convertirme en negatividad pura, en devenir incesante, en nada, como el místico irredento que aspira a disolverse en la infinitud del no ser. Pero quiero salvar la negatividad, redimirla, y por eso he de

crearla, asomándome al milagro de la vida. Ama y crearás. Apasionate y encontrarás. Voluntad y razón han de ir de la mano para forjar algo grande, algo digno de la humanidad. Una vida sin amor no merece ser vivida, y una vida sin búsqueda no vale la pena. Amor y búsqueda, corazón y mente, sentimiento y razón, ¿no son la esencia de la vida? Es la pureza radiante de una idea sencilla pero profunda. Dame verdad y amor y me habrás salvado. Y el amor es el fruto más hermoso del árbol de la vida. Es el triunfo de la poesía. Es el renacimiento de la humanidad.

*Logos.*- ¿Más hermoso que la razón?

*Sofos.*- El universo es razón, es lógica, es entrelazamiento de causas, emergencia necesaria de efectos, sublime armonía deductiva. El amor es libertad, éxtasis creador, hermosa y reveladora ruptura de la consecuencia lógica y de la simetría causal.

*Logos.*- Subestimas el sufrimiento que produce el amor. El amor no es sólo luz, es también oscuridad.

*Sofos.*- Todo lo que tiene valor en esta vida es y ha de ser contradictorio, fuente de gozo y de sufrimiento.

*Logos.*- El amor implica temor hacia su ausencia, nostalgia de su pasado y angustia por su futuro; felicidad que expira irremisiblemente. Pues qué dolor, qué inmenso dolor enamorarse de la persona errónea, o sentir que un amor languidece. Amar es desear, y el deseo siempre nos frustra, siempre nos inflige dolor, desencadenando infelicidades e insatisfacciones, como enseñó Buda.

*Sofos.*- Pero qué profunda humanidad surge en esas situaciones. Es entonces cuando brilla el verdadero rostro del ser humano, su fragilidad y su grandeza, su cruz y su gloria, su fusión de cielo y tierra en el misterio insondable del espíritu. Pues ¡qué bello es el amor! Es demasiado hermoso degustar las delicias de un impulso que ni siquiera el gélido intelecto doblega. El amor mueve el mundo. El amor nos hace sentir cosas que la razón desconoce. El amor revela una sabiduría mayor que la de todas las virtudes desplegadas por la racionalidad, y en la fuente mística de sus aguas purificaría todos mis deseos, consagrado sólo a soñar lo que no tiene nombre. Ni el mejor de los hombres merece el amor. El amor es un regalo de dioses apiadados de nuestra soledad y de nuestra indigencia.

*Logos.*- Espero no parecer pesimista, pero sigo creyendo que en ocasiones nos ciega una visión idealizada del amor. Yo quiero desentrañar la naturaleza más profunda del amor humano, y de todo amor posible. Quiero diseccionar esta idea y analizarla con la luz insobornable de la razón. Quiero desgranar sus mecanismos, comprender el sentimiento, domesticar las salvajes pulsiones con la férrea y luminosa disciplina del intelecto, allí donde la fiereza del impulso no cede fácilmente a la claridad de la lógica. Quiero

participar de la gloria de entender. Un exceso de admiración y sobrecogimiento nos nubla, nos ofusca, nos abaja; nos impide aproximarnos objetivamente a la realidad y emanciparnos de asombros estériles que paralizan las fuerzas de la racionalidad humana. Dejemos la actitud reverencial ante los misterios para el arte y su magia contemplativa; la ciencia debe partir del presupuesto de que ningún misterio podrá nunca derrotar el vigor del entendimiento humano. Razonemos para admirar, no admiremos para evitar razonar. La contemplación ha de ser un medio al servicio de un fin mayor: la meta de comprender.

*Sofos.*- Reconciliemos por fin la razón y la imaginación. Exploremos sin miedo esa enigmática región fronteriza entre la ciencia, la filosofía y la poesía. Una palabra bella puede conmovernos más que un concepto profundo; nada superará por tanto la síntesis de belleza y profundidad. Llega más hondo al alma una imagen poderosa que un concepto profundo. Sólo cuando ese concepto profundo puede convertirse también en imagen, grande y hermosa, logramos que viva, que sangre y resplandezca la idea en forma sensible, lo universal en el cuerpo de lo concreto, lo abstracto liberado de su lejanía. Pues, ciertamente, un concepto profundo y bien expresado graba una huella indeleble en el alma, forjada por una mezcla de comprensión y sentimiento. Es la música de las esferas celestes, la voz pura del universo; razones y emociones reconciliadas en un cáliz que acoge nuestras ilusiones. ¿Acaso no piensas que a veces nos ponemos demasiados límites, fruto del temor y de la desconfianza en nosotros mismos? No siempre creemos en la grandeza de la libertad. Pero, después de todo, la verdad es que estamos solos ante hojas en blanco, ante páginas vacías, ante infinitas posibilidades de invención. Nada nos impide crear algo bello, algo profundo, algo luminoso, algo que sirva a la humanidad; una idea, una palabra, un sentimiento que nos eleve y hermane. Cada uno de nosotros es la obra que aún no ha sido escrita.

*Logos.*- En efecto, pues más allá de nuestras saludables y necesarias discrepancias, vivir es una tarea fascinante. Vivir es aprender a crear. Todas nuestras discusiones no han hecho sino desembocar en un océano inmenso, desafiante e inconcluso: el de lo humano, el de la definición de lo humano, el de la contemplación de las posibilidades de lo humano. Y mientras exista la naturaleza humana, seré habitante de todos los pasados y de todos los futuros.

*Sofos.*- Vivamos entonces como si de nosotros dependiera el destino del universo y seremos dignos de nuestra naturaleza humana. Amemos, conozcamos y seamos libres. Sólo así viviremos una vida verdaderamente humana. No temamos abrirnos a nuevas ideas, a nuevas perspectivas, a nuevas experiencias, en la dulzura de una existencia consagrada a la búsqueda de saberes no presagiados. Juzguemos siempre como el mayor de los regalos cada nueva oportunidad de aprendizaje que nos conceda el mundo, y usemos el conocimiento para unir a la humanidad. Ofrezcamos un mensaje positivo al mundo. ¡Humanidad, bríndame preguntas e inspírame con ideas! ¡No ceses de estimular mi espíritu y de expandir el horizonte de posibilidades que ante mí se alza!

*Logos.*- Suelen decir que debemos pensar globalmente y actuar localmente. ¡No! ¡En absoluto! Pues para actuar en una escala hay que pensar a esa escala. No se puede actuar

sin pensar. Piensa localmente y actúa localmente, piensa globalmente y actúa globalmente. Piensa y actúa bien siempre. No desistas de pensar y de actuar. El pensamiento y la acción conectan todas las esferas, todos los ámbitos. Si en la naturaleza hay que adaptarse al contexto para sobrevivir, en la historia hay que adaptar el contexto a nosotros para vivir humanamente, para lanzar nuestra profecía autocumplida y crear nuestro propio mundo, tal que querer sea poder; tarea que sólo puede realizarse mediante el pensamiento.

*Sofos.*- Por eso es preciso que algunas mentes se dediquen a pensar a diferentes escalas y desde ángulos distintos, y que fomenten la cooperación intelectual para cubrir todos los niveles. Uno de nuestros mayores retos es reconciliar el bienestar humano con el bienestar de la biosfera. Para este objetivo estoy seguro de que el pensamiento en clave humanística, interesado en la perspectiva global más que en los detalles, en el bosque más que en los árboles, ha de combinarse adecuadamente con el análisis que nos ofrecen las diversas ciencias. De lo contrario, pondremos en peligro las bases de nuestra supervivencia como especie, y de la superación del estado actual de nuestra especie. Necesitamos ideas grandes, ambiciosas; una efusión de vitalidad intelectual que abra nuestras mentes ante tantos desafíos y tantas posibilidades.

*Logos.*- Lo que está en juego no es el crecimiento económico o el desarrollo material de los países, sino la prosperidad del espíritu; la paz, la belleza, la solidaridad. Lo que está en juego es la humanidad. Una humanidad que trasciende nuestros egoísmos particulares, nuestras angostas perspectivas, nuestras visiones cortoplacistas.

*Sofos.*- Cuidemos este planeta. Pasarán siglos o milenios hasta que podamos colonizar otros mundos. Hoy sabemos que existen otros mundos, como ya vaticinaron Epicuro y Giordano Bruno, pero aún ignoramos si son habitables, si son tan bellos y propicios para nosotros como la Tierra.

*Logos.*- Todos podemos ayudar a la humanidad, no en un sentido paternalista, sino motivados por el deseo sincero de contribuir a que la humanidad se ayude a sí misma y despliegue sus auténticas y más profundas posibilidades. Hoy más que nunca es necesaria una alianza entre las ciencias, las artes y las humanidades para buscar ideas nuevas y ambiciosas, ideas dignas de la mente humana. La filosofía, de hecho, ha de apremiarnos a pensar a largo plazo, a fin de elevar la conciencia humana.

*Sofos.*- Siento que tengo derecho a ser en parte lo que he sido y en parte lo que puedo ser. Identidad que se expande desde un núcleo y que regresa a ese núcleo para cuestionarlo y renovarlo. No quiero limitarme a escapar de la prisión de los pensamientos heredados. Quiero integrar lo antiguo con lo nuevo, consciente de que sólo superaremos la frontera de las ideas dadas si aprendemos a rescatar lo más valioso que hay en ellas. Quiero descubrir todas mis posibilidades, convivir con el límite, crearme al franquear ese límite, desafiar lo que innumerables filósofos han dicho sobre el hombre. Buscar en mí y en los otros la esencia perdida de mí mismo. ¡Ayúdame, amigo, en esta empresa! Yo sólo no puedo con tantas aspiraciones...

*Logos.*- Yo me esfuerzo en iluminar las facetas de lo humano con la luz de la ciencia, pero sigo sin dar respuesta a los interrogantes más desgarradores. ¿Por qué seguimos embarcados en la tenebrosa aventura del odio? ¿Por qué nos odiamos? ¿Por qué hay tantos corazones segados por el odio, el rencor y la cerrazón mental? ¿Por qué surgen en nosotros pasiones tan bajas, sentimientos tan lúgubres, tan privativos, tan lacerantes e inhumanos que nos impiden contemplar la grandeza de la vida, la dignidad del otro, el valor de la diferencia encarnada en un ser humano? ¿Por qué hemos evolucionado en poco en ciertas dimensiones de la existencia?

*Sofos.*- Pienso, como Sófocles pone en boca de Antígona, que "*no he nacido para compartir el odio, sino el amor*". Paz, sabiduría y amor deberían bastar para vivir una vida feliz, pero nos consumen fuerzas demasiado negativas. Sólo la belleza del amor puede salvar a un alma devorada por el odio, a un alma que se estrecha, encogida por ideas oscuras.

*Logos.*- Ojalá sea verdad lo que dices. Ojalá te escuchen los cielos, y destilen la savia más profunda de tus intenciones. Ojalá el amor llegue a elevarnos a un reino nuevo, grande y puro, y derrame su lluvia sobre los sueños de tantas almas ansiosas.

*Sofos.*- Qué extraña es la vida. Tienes un objetivo que buscas con tesón y, en cuanto te alzas con su trofeo, deja de satisfacerte. Inmersa en un río de proyectos, de presentes convertidos en futuros, mi mente ha navegado por los rincones más remotos del espíritu y mis ojos han visto los enclaves más bellos del mundo, pero aun así quiero más. Estoy saturado del alma y de los sentidos. ¿Qué calmaría esta voluntad profunda y rebelde, herida por la sombra de una voracidad insaciable? En esta cadena desahogada de anhelos y de ambiciones, el hombre, osado Fausto o afligido Sísifo, poco puede hacer. Ha de continuar sin descanso, aunque nada colme sus deseos. Es su naturaleza. Es la condena o la bendición de los dioses, su cruz o su gloria. Vive porque busca, y busca porque vive. Sólo puede luchar. Para él, todo es lucha. Lucha incesante y encarnizada. Perenne suspiro. Sufrimiento perpetuo. Desafío implacable.

*Logos.*- Como la vida, que es una lucha constante, un continuo examen a cargo de la naturaleza y de la humanidad. Poca paz encuentras en la vida, hecha de fuego y relámpago. Pero la ausencia de paz enciende la llama radiante y sinuosa del deseo, el propósito de alcanzar esa paz añorada. Es en esta percepción de una carencia fundamental donde brilla nuestro genio creador, porque la tensión entre lo conocido y lo desconocido es bella y estimulante, es el pecho invisible que alimenta los anhelos más profundos del corazón humano. Vivir es actuar, es decidir, y tan importante como aprender a tomar la decisión correcta es aprender a rectificar cuando no se logra. Si estamos condenados a existir, estamos condenados a buscar un sentido a esa existencia. Búsqueda y entrega definen así la vida. Porque buscar nos hace humanos.

*Sofos.*- Entonces admitirás la existencia de una especie de *a priori* en el seno de nuestra mente, de una disposición innata a buscar, a ampliar, a crear, sello divino del espíritu humano.

*Logos.*- Sí. Se llama curiosidad, y debería erigirse en la diosa suprema del panteón educativo y de todos los panteones de la tierra. Nuestra mente formula preguntas para las que quizás no haya respuesta. ¿Cuál es la utilidad de todo esto? ¿Por qué nos ha programado la naturaleza para desplegar una curiosidad insaciable? Una utilidad clara, máxima, incontestable. La mayor de las utilidades: que ese ser vaya siempre por delante de sí mismo. Porque sin curiosidad y anticipación no hay conocimiento. En el fondo, la clave de la creatividad es la curiosidad, y la creatividad está en la base de los mayores progresos humanos. La curiosidad goza de indudable utilidad evolutiva, y ella ha hecho grande a nuestra especie. Es la indomable curiosidad lo que nos hace humanos.

*Sofos.*- Sin embargo, también entraña numerosos riesgos existenciales. Jamás habíamos progresado tanto, pero jamás nos habíamos enfrentado a tantos peligros. Jamás había sido tan flagrante la distancia entre nuestro conocimiento y nuestra ética.

*Logos.*- Ciertamente. Pero sin riesgo no hay progreso, porque todo tiene costes en un mundo cuya moneda universal de cambio es la energía. La vasta y ondulante trama de evolución se sustenta sobre el riesgo y la vulnerabilidad, amenazas que siempre serpentean por los itinerarios de la historia natural y de la historia humana.

*Sofos.*- Son inquietudes que no dejan de asaltarme: ¿cuál es o debe ser el fin del conocimiento? ¿Para qué buscarlo, si incluso los logros más sublimes de las ciencias y de las humanidades se asemejarán siempre a minúsculos granos de arena en medio de la inconcebible inmensidad de una playa infinita? Sorprende pensar que el hombre, pese a ser consciente de la insaciabilidad de sus anhelos y pese a advertir que su ansia de comprensión jamás encontrará una respuesta plena, no haya cesado de consagrar gran parte de sus energías a formular preguntas antes no imaginadas, a explorar nuevos territorios y a relativizarse a sí mismo. Es cierto que el deseo de aprender nos ha permitido conquistar mundos y alargar la vida, pero creo que subsiste un exceso de curiosidad, un elefantiásico desequilibrio, una desproporción en el vasto campo de nuestras aspiraciones. Este desacoplamiento se me antoja inexplicable desde el criterio de la utilidad material que nos reporta. Al crear las ciencias y la filosofía, la humanidad no se ha conformado con mitigar el sufrimiento físico y psicológico o con incrementar su poder sobre la naturaleza y sobre sí misma, sino que ha pretendido también calmar una voluntad de conocimiento que desborda toda frontera. Yo quiero saber hasta dónde puede llegar nuestra mente en su afán de entendimiento, y por qué nos hemos atrevido desde muy pronto a mirar a las estrellas.

*Logos.*- No poseo respuesta para todos tus interrogantes. Siento decepcionarte cuando compruebes que hay en mí más vacilación que solidez, más dudas que soluciones. Sin embargo, cada vez estoy más convencido de que no debe aprisionarnos la insatisfacción por no alcanzar la totalidad, la verdad, lo absoluto. Hemos de apreciar la belleza y el

goce que desprende lo finito y limitado, con la intención de vislumbrar en todo atisbos, aun tenues y oscurecidos, de amor, hermosura y sabiduría.

*Sofos.*- Lo que yo busco es crear. Crear me humaniza. Crear me diviniza. Crear me abre a la verdadera esencia del ser: desplegar su horizonte infinito de posibilidades, y encontrarse a sí mismo en esa búsqueda indefinida y eterna. Y yo amo aquellas preguntas que son más importantes que las respuestas.

*Logos.*- Docto amor el tuyo, síntesis de ciencia y de arte que para mí representa la plenitud de la sabiduría.

*Sofos.*- En realidad, síntesis de lo finito y lo infinito, tan deslumbrante y cegadora como la propia alma humana. En el fondo, ¿no crees que para crear es necesario amar? ¿Acaso no crea quien ama su búsqueda, quien es capaz de entregarse a algo superior y de sacrificarlo todo en el altar que él mismo talla laboriosamente? Una gran idea sólo puede posar sus alas en espíritus abiertos, libres, dispuestos a lanzar una mirada distinta al mundo, preparados para la sorpresa. La mayoría de los seres humanos permanecen aprisionados por prejuicios. No abren sus mentes. Qué importante es aprender a retraerse de este mundo, a sumirse en una abstracción de reminiscencias celestiales, para aislar lo efímero y centrarse en lo permanente. Sólo así podemos cultivar un espíritu puro, abierto y liberado de prejuicios. Un espíritu que no teme. Un espíritu que trasciende el hecho para elevarse a la idea. Sin miedo a poderes, opiniones y contingencias, libre con respecto al mundo, se hace entonces merecedor de esa luz que busca. Receptivo y generoso, ve más allá de las circunstancias y comprende la esencia, el fundamento. Se abre, por tanto, a una intuición de totalidad. Una mente libre es el mayor don al que podemos aspirar en esta vida. Una mente desprendida de sí misma, de vanidades exiguas y de afanes percederos. Una mente que sólo busca el amor y el saber, como fines y no como medios. Una mente libre vive una existencia más pura y profunda, porque en todo encuentra una oportunidad de fascinación, de descubrimiento, de crecimiento y belleza, guiada por la paciencia y la perseverancia, luces de la voluntad, abierta a la mística del futuro. Esa mente sabe amar. Esa mente encarna el amor. Porque amar es entregarse, es fundir nuestro yo con un mundo más vasto y hondo. Es ampliar nuestro mundo, para acercarnos a la verdad. El amor es así el verdadero tesoro de la humanidad. El amor es la epifanía de un mundo nuevo.

*Logos.*- Qué oscuros son los caminos de la vida, aunque a veces surja el rayo creador en medio del sinsentido, y lleguemos a pensar que el cielo nos ha revelado una verdad luminosa. Es el destino del alma fugitiva que sólo crea, busca y añora.

*Sofos.*- Lo comprensible y lo incomprensible comparecen simultáneamente en la palestra de una historia que sólo nosotros podemos interpretar, porque es nuestra obra y nuestro destino. La cultura no es sino el reflejo de la pregunta por lo que somos y por lo que no somos. Es entonces el fruto de una pasión y de una entrega. La historia y la cultura son expresiones de una búsqueda condecorada con un deseo aún mayor, anhelo engrandecido en su propia esfera, universo de voluntad que se expande al son de su

caminar incesante y arcano, llamada de intuición pura que anega nuestras mentes con bellas y primorosas evocaciones de lo eterno.

*Logos.*- Yo sólo puedo alabar el espíritu de la búsqueda, pues sólo puedo aspirar a trascenderme. Gocemos entonces de la riqueza de experiencias y de posibilidades que nos ofrece un mundo en constante movimiento, un mundo que invita a la búsqueda, un mundo que sólo puede comprenderse como la plasmación de una búsqueda infinita. Mis ojos han visto numerosas maravillas de este mundo, pero de lo que más me enorgullezco es de haber posado la mente sobre la contemplación de muchas ideas grandes y hermosas. Porque las alas del alma vuelan más alto que las de los sentidos. Y siempre hay un motivo para soñar. El cielo nunca dejará de derramar nuevos misterios sobre las cabezas de los hombres. Siempre podremos descubrir algo nuevo. Siempre habrá espacio para el crecimiento de la mente humana.

*Sofos.*- Pero este mundo de dolor e injusticia merece ser transformado, elevado, liberado de sí mismo. Permíteme abrazar un sueño utópico. Deja que entregue mi alma a la más alta utopía que jamás haya concebido un hombre. En ella, la naturaleza tal y como la conocemos experimentaría una metamorfosis radical. Ya no existirían depredadores y presas entrelazados en la gran cadena de sufrimiento, engendradora y destructora de vida. Se apagarían el grito del verdugo y el llanto de la víctima, porque conociendo las causas del sufrimiento aprenderíamos por fin a erradicarlo. Eliminaríamos las imperfecciones de las que ni siquiera un dios ha podido prescindir al llevar a cabo la obra de su creación. Bastaría con esclarecer los mecanismos del sufrimiento para controlarlos y derrotarlos. Si conocer es poder, revélame entonces los secretos del cerebro y cortaré de raíz el sufrimiento de todas las especies. Edificaré un mundo donde se cumpla la utopía infinita de una ausencia completa de dolor, extendida a todas las criaturas. Pero el esfuerzo exigirá todavía más dolor. Un dolor nuevo, el dolor de quien bucea en aguas abisales y divisa horrores antes nunca vistos, el dolor de quien se adentra en espacios inexplorados y desvela la existencia de nuevas manifestaciones de sufrimiento. En el camino hacia la supresión absoluta del dolor descubriremos aún más formas de dolor, e interiorizaremos el dolor aún más profundo de quien ve desfilar ante sí un mundo inundado de dolor, de quien ensancha su espíritu para acoger aún más dolor y asumir una compasión aún más desgarradora.

*Logos.*- Ese dolor es inevitable. Es eterno. La conciencia, arma suprema del hombre, se convierte en nuestra peor enemiga cuando nos revela nuestra finitud, cuando desentraña la esencia del dolor universal y comprende que la única y verdadera tragedia de la vida humana estriba en la finitud, en el hiato tajante que existe entre nuestra voluntad y nuestra realidad.

*Sofos.*- Sin embargo, al concienciarnos de esa carencia sentiremos el impulso a llenar toda oscuridad con la luz de la paz y de la justicia. Abre el cofre de mi deseo con la llave de tu ciencia y contemplarás un poder unido al anhelo más profundo y hermoso; voluntad y saber aliados para elevar al hombre por encima del sufrimiento, y dejar que vuele libre por los cielos más puros.

*Logos.*- Sólo puedo compartir tu búsqueda, abrazar tu anhelo y nadar en tus mismas aguas. Yo también siento esa vocación unánime e irremisible, tan profunda y resplandeciente que pocos pueden rehuirla. Yo también busco una concordia de razón y sensibilidad, pues una luz pálida me invita aún a soñar, a soñar para ser digno de esta vida.

*Sofos.*- ¡Oh, amigo mío! Ahora siento que la inmensidad del cielo se ha suspendido sobre mí, a la espera de mi palabra, de una palabra de sabiduría, de una palabra henchida de amor. Ahora no temo penetrar en mundos nuevos, para cruzar con audacia las puertas de todas las ciudades prohibidas del espíritu.

*Logos.*- Hay tantas cosas por pensar y hacer en este universo vetado de enigmas, en este océano inagotable de perspectivas, en esta invitación constante a la exploración, el entusiasmo y la apertura... Porque el universo es el rostro vivo de lo posible.

*Sofos.*- ¡Oh destino, muéstrame todo lo que es bello y profundo en esta tierra, y en este universo! No me prives de la contemplación de nada grande y puro, de nada que brille con la luz de una verdad perenne. Abre mi alma a la totalidad. No me sirve el aforismo “*llega a ser quien eres*”. Quiero ser más de lo que supuestamente soy. Mi filosofía ha de erigirse en un canto desaforado al *más*, sin sentirse intimidada por ningún estado presente.

*Logos.*- Una sola vida no es suficiente para aprender a ser humano, y para aspirar a trascender el reino de lo humano. Ni en un infinito de existencias lograríamos comprender todas las posibilidades que nos ofrece el mundo.

*Sofos.*- Algún día alumbraremos la idea de que la mente es potencialmente infinita en su capacidad de conocer. La grandeza de los cielos, refugio sagrado al que se elevan amores prohibidos y sueños rotos, habrá entonces descendido a su auténtico hogar, en el horizonte futuro del inmenso y misterioso espíritu, que no cesa de irradiar su fulgor.

